

# MEMORIAS PÓSTUMAS

DEL

BRIGADIER GENERAL D. JOSÉ M. PAZ.

*Comprenden sus campañas, servicios y padecimientos desde la guerra de la Independencia, hasta su muerte; con variedad de otros documentos inéditos de alta importancia.*

---

**TOMO III.**

---

BUENOS AIRES.

IMPRESA DE LA REVISTA.

—  
1855.



**CIRCUNSTANCIAS QUE PREPARAN LA  
TRASLACION DE PAZ AL PODER  
DE ROSAS.**

[1] Desde que el gobierno de Santa-Fé se sacudió por la muerte de Quiroga, del miedo que le causaba un caudillo cuya influencia era decisiva en el interior de la república, creyó que yo le importaba menos, pues ya no se necesitaba un contrapeso á la omnipotencia de aquel que ya no existia. Agregese á esto lo que entonces nadie pudo ima-

---

[1] "Después de la muerte de Quiroga, el caudillo de las provincias del interior, que contrariaba la política invasora de Rosas; después de haberse constituido el juez de los gobernadores encargados de asesinar á Quiroga, Rosas no podia tolerar por mas tiempo que un general de la capacidad de Paz, estuviese fuera de su jurisdiccion, ó que uno de los caudillos á quien esperaba subordinar, poseyese este elemento de guerra tan temible, que podia ser puesto en ejercicio, antes de que su obra de agresion lenta y disimulada estuviese completa sobre todas las provincias, Rosas pues solicitó de nuevo y obtuvo en 1835, que se le entregase el cautivo que desde 1831 estaba en los calabozos de Santa Fé. El General Paz en consecuencia fué conducido á la provincia de Buenos Aires y encerrado en Lujan, pueblecillo de campaña situado á diéz y siete leguas de la capital, donde permaneció iucomunicado durante cerca de dos años. En América son raros los casos en que un hombre se halle preso durante muchos años, sobre todo si es un personaje político. El General Paz, preso en Lujan, rodeado de centinelas y privado de toda comunicacion con sus deudos ó amigos, traia á la imaginacion de los viajeros que pasaban por las inmediaciones de su solitaria prision, las escenas descritas por Silvio Pelli-co, en las carceles de Spielberg, ó la prision de Napolcon en Santa

ginar, y es que Rosas atribuyese el asesinato de dicho caudillo á los unitarios que para nada habian entrado en él. Era pues de creer que en nada deponia el Dictador futuro de la república la saña que habia mostrado contra sus enemigos políticos y que perseveraba en sus miras de esterminarlos. Era un consiguiente que sobre mí recayese una parte de ese anatema, cuyo presentimiento hacia sombría

---

Elena, ó en fin las Casas Matas de Lima, en que los generales de la Patria prisioneros, fueron sepultados por los españoles durante la guerra de la revolucion, y que tan tristes reminiscencias han dejado por todo el ambito de la América. Todavía venian á hacer mas punzantes estos recuerdos, y mas doloroso el sentimiento de compasion que el cautivo inspiraba, el rumor diestramente esparcido de que por salvar del fastidio de las eternas horas del calabozo se habia abandonado á la embriaguez. Eran Rosas y su hija los que en todas las muestras de interés por el pobre General Paz decian en voz baja á los que se les acercaban: "¡Es una lastima, ha dado en beber!... es ya un hombre perdido!..." Asi pues el tirano que hacia rodar cabezas humanas, á cada obstáculo que sus maquinaciones encontraban, descendia al infame papel de calumniador de su víctima; porque calumnia era lo de la embriaguez habitual esparcido por Rosas, con el designio de que la animadversion que sus atrocidades empezaban á suscitar, no contase un dia con un general de la habilidad y prestigio de Paz, para hacerse escuchar, mostrándolo como un borracho consuetudinario. Efectivamente hasta en la emigracion se creyó está fábula que nadie podia desmentir, hasta que el general Paz ha espresado la estrañeza de que tal idea existiese. Figurese el lector un cuarto de cuatro paredes, sin colgaduras ni alfombrado, algunas sillas, una mesa y una cama por todo amueblado: una niña joven dando de mamar á su hijo, y un hombre en una artesa dentro del mismo cuarto lavando ropa de adultos y de niños, y podrá el lector formarse idea de una de las escenas diarias de la prision de Lujan, en cuyas puertas y ventanas se ostentaban al lado de afuera pañales y mantillas, y una gran cantidad de jaulas llenas de canarios, cardenales y jilgueros. Oh! el General Paz desafia al mas hábil constructor de jaulas de caña, á hacerlas mas fuertes, y mas variadas en su construccion, con torres, pirámides, obeliscos, todo de caña y primorosamente tallado. Hacer jaulas para encerrar pajaritos que lo alegrasen con sus gorjeos; construirse su calzador; lavarse la ropa; tales fueron al principio sus ocupaciones y sus gozes soberanos; hasta que una buena provision de libros, una esposa y un hijo vieron por fin á hacerle casi feliz en su cautiverio, cuyo término no era dado preveer, puesto que llevaba ya seis años sin disminuir de rigor, ni de incomunicacion.

y mas penosa mi situacion. Fuera de eso hubo otros incidentes que contribuyeron á hacerla mas mortificante.

Algunos meses antes de mi casamiento á eso de la media noche que era bien obscura, en una pequeña azotea que quedaba en la ala opuesta del patio á la que yo habitaba se oyeron unos quejidos tan penetrantes y tan dolorosos, acompañados de algunas espresiones suplicatorias que no me quedó duda que eran de alguna persona á quien le daban la cuestion del tormento. Por el modo de espresarse y por la familiaridad con que el doliente trataba al ayudante ejecutor á quien tuteaba, inferí que era persona de distincion. Despues de algunos minutos de tortura, cuando el paciente decia que ya iba á declarar, cesaba el tormento, y los lamentos, á los que sucedia un murmullo que no podia entender, mas luego volvía á sufrir la víctima y empezaba otra vez á quejarse amargamente. Duraria esta escena de horror tres cuartos de hora, pasados los cuales todo quedó en silencio, y no oí mas ruido que abrir y cerrar puertas por varias veces, sin que por esa noche pudiese adelantar nada sobre el asunto. A la mañana siguiente supe que la víctima habia sido D. Clemente Zañudo (mas tarde asesinado en Buenos Aires por la mashorca) jóven distinguido de Santa-Fé, y la causa de su martirio, fué la siguiente.

Habiendo concluido el término legal del gobierno de Lopez se trataba de la eleccion, ó mejor dicho de la reeleccion porque era sabido que ningun otro seria gobernador sino él: aquel año se le ocurrió renunciar el nombramiento despues que fué relecto: la Sala de RR. insistió y él se empeñaba en reusar lo que causó alguna indecision y embarazo. En estos momentos aparece un pasquin apostrofando á los RR. de hombres pusilanimos irresolutos, y diciéndoles que elijiesen otro, pues habia muchos santafesinos dignos y capaces de obtener el gobierno. Aqui fué Troya. El hipócrita mandon, montó en furor y en su frenético delirio se le ocurrió que Zañudo debia por lo menos saber quien era el autor del pasquin. Se le llama, se le interrega, niega,

se le amenaza—y no se tiene mejor resultado, entonces enlazando sus dos puños en una cuerda corrediza sobre una viga que está en lo alto, se le suspende hasta quedar su cuerpo en el aire gravitando con todo su peso en los puños y en la cuerda. Cada vez mas se vá haciendo mas intolérable esta posición hasta que le causa acervos dolores y casi le disloca los brazos. Las interrupciones que yo notaba provenian de que en lo mas agudo del sufrimiento ofrecia hacer revelaciones de lo mismo que ignoraba, y entonces se aflojaba la cuerda y se le permitia hacer pié, mas cerciorado Lopez que en persona presidia la ejecucion de que nada adelantaba volvía á empezar la tortura. Al dia siguiente el (Zañudo) y D. V. Francisco Benitez tuvieron órden de salir de la provincia, y se fueron á Buenos Aires donde el primero 6 años despues halló una muerte trájica.

Lopez admitió por fin el nombramiento del gobierno que por supuesto jamás pensó seriamente reusar; pero sea que alguna enfermedad que entonces empezaba á insinuarse, sea que viese que su influencia política en los negocios de la república empezaba á debilitarse en proporcion que crecia la de Rosas, lo cierto es que su carácter se iba agrinando sensiblemente. En una índole cachacienta como la suya admiraba á sus allegados los raptos de mal humor en que entraba con frecuencia, y á un hombre á quien no se le habia creído inclinado á la crueldad, se le vió ejecutar hechos que hacen estremecer la humanidad; como vamos á verlo.

Debía darse por la noche un baile en el cabildo, cuando poco antes de empezar se supo que una partida de indios habia atacado otra de soldados á distancia de tres leguas de la ciudad batiéndola y matando al oficial que era el ayudante Oroño que habia sido mi carcelero, y 4 ó 6 hombres mas. Lopez se irritó tanto que mandó cerrar las puertas de la sala del baile, en términos que algunas señoras que habian concurrido ya tuvieron que retirarse mas que de prisa. Pero no fué esto todo: se propuso hacer una ma-

matanza de indios, premeditada, sucesiva y á sangre fria. Ya dijimos que de los indios de San Javier y otros tenia armados en un gran calabozo de la carcel de ciento á doscientos indios que guardaba sin saber para que.—A la noche siguiente del suceso de Oroño fué la partida de policia que mandaba un cabo Luna, que en esos dias y por esos mèritos ascendió á sargento y tomando dos indios los llevó la misma noche á la barranca que llaman del Remanso porque cae efectivamente sobre uno que forma el rio y que está á poca distancia de la ciudad, donde los hizo degollar: á la noche que subsiguio hizo lo mismo con otros dos, á la tercera cuando se abrió la puerta del calabozo (operacion que se hacia con las mayores precauciones temiendo la desesperacion de los indios) rehusaron salir los dos que se llamaron, porque ya conocieron la suerte que les estaba preparada: en vano fué que se emplease las mas groseras mentiras y las mas engañosas promesas, los indios persistieron en rehusar: al fin no recuerdo si esa noche se logró sacar del calabozo las víctimas destinadas al sacrificio, en espacion de la muerte de Oroño y sus compañeros pero de cualquier modo, era preciso variar de método para continuar la operacion en los dias sucesivos, y hé aquí lo que se practicaba para seguir la matanza en escala mayor.

Sacar del calabozo los indios que se quisiese de dia no tenia los peligros que de noche, en que con la oscuridad podian causar con una irrupcion una gran confusion, y ademas habia el arbitrio de sacarlos con el pretesto de destinarlos á algún trabajo como lo hacian. Entonces se llevaban los seis, ocho, ò diez, senteciados para esa noche á la Aduana donde se les conservaba durante el dia, hasta la noche que venia el insigne Luna con su partida á caballo. Se procedia luego á asegurarlos, amarrándolos uno á uno pero con un mismo cordel ò lazo de modo que resultaba una especie de rosario cuyas cuentas formaban los infelices destinados al sacrificio, pero se tenia buen cuidado de que un extremo del lazo fuese atado á la cincha de un ca-

ballo que guiaba la marcha, y el otro extremo á otro caballo que cerraba su retaguardia—los demas con Luna se colocaban á los flancos. Así seguia la procesion sin mas ruido que las carcajadas de los ejecutores que decian á uno: *Este me parece que va á cozear mucho*, á otro: *este pienso que ha de ser mansito*, á un tercero: *este si que ha de bellaquear como un redomon lo que sienta el filo del cuchillo por la garganta &c.* Estoy al cabo de todo esto porque el criado de casa que traia mi cena á las ocho dadas de la noche, hora en que tambien salia la procesion me referia estos pormenores, y ademas porque los oia á los soldados de la guardia que los presenciaban.

La procesion se dirigia en derechura al Remanso donde eran inmediatamente degollados los infelices y arrojados de sobre la barranca al rio. Como esta operacion se repitió muchos dias oí decir que el lugar de la ejecucion estaba, y se conservó por algun tiempo matizado de sangre y con mechones de cabellos de los que al dividir las cabezas de los cuerpos, cortaban de las grandes cabelleras de los indios. Es un hecho público que durante algunos meses nadie queria comer pescado porque suponian que se habian alimentado abundantemente de la carne humana que se les habia prodigado. Para mi y mi familia era el espectáculo mas afijente, los semblantes melancólicos de aquellos infelices salvages que muchas veces no llegaban á los 18 años, que con una crueldad sistemática, se depositaban todas las mañanas en la Aduana para llevarlos por la noche al matadero. La desgracia es un motivo de simpatia, y aunque hubiese sido posible prescindir de los sentimientos de humanidad, esa sola razon hubiera bastado para que nos interesasen: á ellos sin duda les sucederia otro tanto, pues hasta ahora me acuerdo con viva emocion de sus miradas amargas y penetrantes único language que nos era permitido.

Estas emociones eran tanto mas penosas para mi familia y para mi cuanto nadie participaba de ellas. Hasta



la gente mas distinguida, mas culta y mas timorata de Santa-Fé, miraba con la mayor indiferencia estos horrores, que nos cuidabamos muy bien de desaprobár, ni aun con gestos. El pais á no dudarlo estaba corrompido y embrutecido. Si se descendia á la plebe, esta hacia algo mas pues los aplaudia: sobre todós el insigne Luna que no satisfecho con las degollaciones de los indios decia muchas veces refiriéndose á mí—; Qué hayamos de estar incomodándonos en guardar á este hombre cuando era mejor sacarlo una noche de estas para llevarlo al Remanso! Al fin tres años despues al ir á practicar una de estas degollaciones en una isla del Paraná, los indios sentenciados aconsejados por la desesperacion se arrojaron sobre los ejecutores y con sus mismas armas acabaron con Luna, el mayor Pajon (Chula) y otros. Digno fin de este feroz malvado.

Por Marzo del 34 vinieron las dispensas del Obispo de Buenos Aires para mi casamiento y la autorización para que lo bendijese el Dr. Cabrera. El dió los pasos necesarios y se le permitió vérme. El gobierno no puso embarazo alguno, mas hubo ciertos incidentes que sino envolvian otras miras, no tenian mas objeto que el de mortificarme. Cuando todo parecia allanado, y que se aproximaba su celebracion vino el ayuntamiento á decirme que habia antecedentes para temer una sublevacion de algunos indios que se conservaban aun en la Aduana, y que como llegado este caso tanto peligraria yo como cualquiera de ellos, se hacia preciso tomar algunas precauciones con respecto á mí. Una de ellas consistia en que al punto de las doce hora en que se cerraban las oficinas y él se iba á su casa á comer y dormir su siesta se cerrase la puerta no de mi calabozó, sino la de la escalera que conducia al piso alto donde yo estaba. De este modo quedaba encerrado durante tres ó cuatro horas del dia, cosa que naturalmente debia ser muy incómoda á mi familia. Ademas el peligro de una sublevacion que pudjese haber aunque fuese por corto tiempo y una señora

en poder de los salvajes debía llamar seriamente nuestra atención. Felizmente sin que yo insistiese en manera alguna Margarita conoció la superchería, y despreció altamente tan miserable arvitrio. El casamiento se llevó adelante y ellos despues de encerrarnos 8 ó 10 dias se cansaron en este sentido que seria prolijo enumerar, y que por eso los omito, pero no dejaré de decir que en todos ellos veia la mano del intrigante Cullen cuyas miras, planes, y deseos no puedo hasta ahora discernir bien.

Era prodigioso el empeño que tomaba en persuadir á las personas que se interesaban por mi, el anelo que tenia de mejorar mi situacion: les decia que por esta razon habia merecido reproches de los federales de Buenos Aires, que lo acusaban de parcialidad: aseguraba que á él se le debia la conservacion de mis dias, y que habia hecho cuanto podia en mi obsequio. Entretanto él era el mas vigilante centinela para guardarme, era un infatigable Argos. A veces (y esto era calculado) hacia correr y difundir hasta en Buenos Aires mismo, que yo estaba en secretas é íntimas relaciones con el gobierno de Santa-Fé, y aunque no estaban distantes de darme fuerzas á mandar. Quería *hacer cerco*—mas cuando sobre esto se hacian reclamaciones trataba de hacer su negocio, haciendo ver la falsedad de esos rumores y propasándose hasta proferir espresiones que me denigraban. Al mismo tiempo que con este manejo sacaba su provecho, satisfacía un bajo sentimiento de venganza que creo jamás lo abandonó, por no haberme entendido con él desde Córdoba. Al fin le sucedió lo que á todos los intrigantes que pocos años despues [el 39] se enredó en sus propias redes y pereció á manos del ídolo que él mismo habia mimado, siendo sentido de muy pocos.

En el dia 31 de Marzo de 35, á las dos de la tarde me casé con Margarita, dándonos las bendiciones el Dr. Cabrera y siendo padrinos su sobrino D. Manuel y mi madre. Temiendo que algun estorvo repentino viniese á interponerse por las maniobras de Cullen, habiamos hecho enten-

der que no se verificaria la ceremonia hasta despues de algunos dias, y hasta la hora que se eligió fué la de mas soledad en la Aduana. Para llevar adelante este inocente engaño, mi madre y Margarita se retiraron esa tarde a las horas de costumbre y no fué sino al otro dia que se supo en la Aduana que yo estaba casado. Sin embargo Margarita se retirò como de costumbre, y no fué sino el 2 de Abril que vino el buen ayudante Velez á decirme muy maravillado, que habia ignorado la celebracion del casamiento pero que estando hecho podia mi esposa quedarse á vivir con migo como efectivamente sucedió desde entonces, quedando mi madre sola en su casa lo que no era poca pena para todos.

Para dar una muestra de las inesplicables contradicciones de Cullen, referiré lo que pasó al Dr. Cabrera, á quien manifestaba la mejor amistad y aun le dispensaba proteccion. Cuando éste á virtud de estar autorizado para bendecir mi casamiento, le pidió licencia para verme, le alegó como una razon mas la relacion de parentesco que nos unia: él le dijo entonces que la habia ignorado, pues, á saberla, siempre le hubiera estado mi puerta franca; con esto pensó el bueno de mi amigo que ya le seria permitido visitarme, y al dia siguiente de mi enlace que fué la última vez que lo ví me sostenia con calor esta opinion: en esta firme inteligencia se despidió de mi, cuando al bajar la escalera se le insinuó la orden del mismo Cullen para que no volviese mas. Solo me habia visitado tres ó cuatro veces, y este pequeño consuelo me fué privado sin motivo, sin razon, sin utilidad de ningun género, Cabrera al hacerme anunciar con mi madre lo sucedido, confesaba paladinamente que se habia engañado. Se me preguntará ¿qué papel hacia Lopez, pues solo Cullen aparece en la relacion que voy haciendo? y yo responderé que segun pienso, como antes me habia entregado al ayudante D. José Manuel Echagüe para que me esquilmasé, hacia lo mismo con Cullen para que se divirtiese conmigo despues que habia procurado negociar en escala mayor.

Por Junio del mismo año, tomó la Aduana un aspecto aun mas sombrío con motivo del otro asesinato que tan fundadamente se atribuyó á D. Bernardo Echagüe, perpetrado en la persona de un benefactor y huesped suyo. El 29 á las doce del dia fué traído, y toda la casa resonó con los golpes del martillo que aseguraban los gritos que se le pusieron. Nada de esto nos concernia personalmente, pero es preciso haber pasado por estos lances para apreciar la impresion desagradable que producía en unos ánimos lastimados, los padecimientos ajenos. Acaso contribuía tambien á hacernos mas sensibles un temor vago, una incertidumbre penosa que mas que otras veces empezaba á pesar sobre nosotros.

Efectivamente Rosas habia subido al poder, usando de facultades enmascaradas: Lopez á su imitacion se las habia hecho conceder como si antes no las hubiese tenido: empezaba á representarse ese drama tenebroso, nombre que quiero darle al proceso de los asesinos de Quiroga— Se desplegaba en Buenos Aires, el rencor y la animosidad mas encarnizada contra el partido unitario y finalmente se ponian los fundamentos de ese sistema de terror y de sangre que despues de 13 años pesa todavia sobre toda la república Argentina. Todo anunciaba que para mi tambien se aproximaba la crisis y nada veíamos en el horizonte que pudiese consolarnos. Esta no tardó mucho.

El ayudante Velez, por indisposicion de salud se habia retirado por unos dias á su casa, y el oficial 1.º de secretaria D. Juan Moncillo, hacia sus veces en la Aduana. En la noche del 16 de Setiembre, estrañamos con Margarita que él viniese en persona á cerrar nuestra puerta cuando siempre lo hacia el ordenanza del ayudante, mas no pasó de allí nuestra observacion. Yo habia estado afectado de un catarro que me habia mortificado mucho, y Moncillo me halló en cama. A la mañana siguiente sucedió lo mismo, es decir vino tambien en persona á abrir la puerta, lo que era ya una novedad, mucho mas si se considera el aire axis.

pado que traia: me preguntó como me hallaba y se retiró, Apenas habia pasado media hora cuando volvió á decirme que queria hablar á solas con migo. Esta fué casi una señal de muerte para Margarita—se arrojó sobre la cama á llorar, pero sin que Moncillo pudiese notarlo. Este me dijo luego que me hube vestido y salido fuera de la habitacion, que yo debia marchar en el acto, siéndole prohibido decir para donde. Le pregunté si podia llevar mi familia y contestó que nó—volví á preguntar si podia llevar un criado y contestó tambien negativamente. Por último pregunté si podia llevar algun equipage y me dijo que podia llevar una muda ligera de ropa. Me apresuré á decirle que iba inmediatamente á hacer mis preparativos y se retiró. Uno de ellos era sacar la llave que debió servir para mi escape y que estaba oculta en el mismo cuarto. Margarita, se repuso un poco para acomodarme en un pañuelo un poco de ropa blanca, y me propuso salir á dar algunos paseos para saber algo mas y si era posible mitigar lo riguroso de mi destino. Conocia que eso era imposible pero convine calculando que de eso modo evitaba el terrible momento de mi despedida. Yo me puse á afeitarme, y estando en la mitad de esta operacion, volvió Moncillo á activar mi salida, con este motivo le dije algunas palabras algo duras que él toleró cortesmente. Habia consultado sobre mi demanda de llevar un criado, y al salir vino el permiso para que pudiese acompañarme.

Siempre acompañado de Moncillo, bajé la escalera que hacia cuatro años, cuatro meses y un dia que habia subido, y sin la menor detencion me dirigió al puerto: entramos á la casilla del resguardo y allí encontré á mi madre, á Margarita acompañadas de las señoras Torres. Cualquiera adivinará su situacion pero es preciso decir que sin embargo de ser tan affigente pudieron ellas y yo dominarla para no dar este motivo de entretenimiento à nuestros atormentadores y á una buena porcion de curiosos que se habian reunido en la calle. Yo hubiera deseado evitar á mi

familia este cruel momento pero ella en su desesperacion nada calculó y quiso darme el que creia último á Dios. Margarita y mi madre habian ido á lo de Lopez quien se negó, lo mismo hizo Cullen: su solicito empeño consistia en que les permitiesen acompañarme, por lo menos á Margarita ya que mi madre por su edad no hubiese podido soportar un viage si era que iba yo á hacerlo. No quiso Lopez ni Cullen, ni aun quisieron escuchar esta súplica, y mucho menos concederla. Adviértase que Margarita estaba embarazada y que su situacion requeria miramientos delicados: mas nada bastó, y se nos hizo agotar hasta las heces la copa de dolor y de la amargura.

No admite duda que el objeto que se propuso el gobierno de Santa-Fe, fué revestir aquel último acto que ejercia con su prisionero, de esterioridades alarmantes, que persuadieron á todos y á mí el primero que se trataba de poner término á mi existencia. En el puerto estaba una partida á cargo del capitan Diaz que me recibió y subimos á un lanchon que inmediatamente marchó con direccion á la boca del Paraná que es camino para todas partes. Despues que hubimos navegado un rato, me dijo el capitan Diaz que mi direccion era á Buenos Aires, debiendo él entregarme en el Arroyo del Medio limite de la jurisdiccion de Santa-Fé: que el General Lopez le habia encargado me dijese que aunque iba á poder de Rosas, pero que no era creible que se me fusilase despues de una prision tan dilatada: me hice repetir este mensaje que el capitan traia perfectamente estudiado, porque en varias veces que lo repitió fué con las mismas idénticas palabras sin añadir ni quitar una sílaba. Navegamos todo el dia con un calor fuerte, por la noche se amarró el bote á una isla, se me hizo dormir en él; la tropa con pocas excepciones estuvo en tierra: al dia siguiente 18 continuamos el camino y á las dos de la tarde llegamos al Rosario donde desembarcamos. Poro volveré á Santa-Fé para decir lo que hacia mi familia.

Cuando Margarita volvió á casa de las Torres, de don-

de no salió ya, se encontró con el Dr. Cabrera, á quien había hecho llamar Cullen para recomendarle que fuese á consolarla: todo el consuelo se redujo á una nueva mentira increíble y por lo mismo ineficaz para el objeto. Decía Cabrera refiriéndose á Cullen que no tuviesen cuidado alguno por mí, que mi destino era á la Banda Oriental, donde estaria muy pronto. La improbabilidad y torpeza con que se fraguaba esta especie, contribuía á aumentar los temores de los mas, porque se persuadian que el empeño que tenían en ocultar la verdad, encerraba un terrible y decisivo destino. Margarita se limitó á decir que no pretendía sino salir cuanto antes de Santa-Fé, y que en consecuencia esperaba el pasaporte en el mismo dia: sin perder un instante se hicieron diligencias de buque y se encontró uno que iba cargado de maderas sobre las cuales y bajo la toldilla de un encerado se acomodaron aquellas desoladas señoras y salieron de Santa-Fé en la mañana del 19. Las incomodidades de tan molesto viage agravaron las enfermedades de mi madre y no tengo duda que contribuyeron á acelerar sus dias. En cuanto á Margarita triunfó su juventud, pues aunque el dia de mi salida (el 27) cayó en un estado de postracion que no le permitia el menor movimiento, en la noche hubo una crisis favorable, de modo que al dia siguiente se sintió mejor. Cullen hasta el fin, ó sea Da. Joaquina Rodriguez su muger, no dejó su conducta contradictoria: despues que con la mayor crueldad habia derramado sobre toda la familia el pesar y la desesperacion, se empeñò en mandarle coche para que fueran hasta el puerto y en hacer ridiculas protestas de condolencia y amistad. Al fin mi madre y Margarita salieron de Santa-Fé el 19, con el corazon despedazado y esperando á cada momento tener noticias de mi fatal destino. En el Rosario tuvieron la certeza de que se me habia conducido á Buenos Aires y no por eso fué menos su cuidado: nadie ignora lo que importaban é importan hasta ahora esas remisiones de hombres que se hacen los gobernantes que

figen actualmente los destinos de nuestro país, y todos saben los centenares de presos que han desaparecido en los suplicios á consecuencia de esas bárbaras entregas: Pero yo las dejaré para referir lo que sucedió en mi camino.

Un Esquivel era comandante militar del Rosario, y en su ausencia desempeñaba sus funciones un mayor Vayo, sugeto de muy buena educacion y maneras obligantes, que fué quien me recibio. Me alojé en la comandancia sin aparato de guardia ni otras precauciones incómodas: me visitó todo el que quiso, y se me permitió el desago que era compatible con mi situacion. Entre otros estuvo el apreciable cura D. Nicasio Romero; el padre Lucero no menos apreciable; el Dr. Serrano médico, y un Fernandez hijo de aquel tan conócido *viva la patria*: este último al saber que me dirijian á Buenos Aires manifestó la mayor admiracion y aproximandose me me dijo con repeticion.—“Sr. vá vd. mal á Buenos Aires—alli las cosas toman un carácter terrible—de ningun modo haga vd. tal cosa.” La confidencia no pudo seguir mas adelante porque el capitan Diaz que estaba presente y que debió oír algo, se interpuso, é interrumpió la conversacion teniendola muy á mal, como luego me lo dijo, dejándome sumergido en las mas terribles dudas. ¿Creia este pobre mozo que yo hacia el viaje á Buenos Aires voluntariamente? No era posible semejante equivocacion, pues veia que se me traia preso, y entonces que medio me quedaba de evitarlo? Debí creer que el venia quizá de acuerdo con Serrano ó con otros que podia decir amigos, de sustraerme á mi fatal destino y que esto habia querido darme á entender. Estos medios no podian ser otros que facilitar mi evasion, lo que alli era facil siempre que se contase con alguna persona del país capaz de arrastrar el compromiso. Luego que se fueron las visitas llamé á mi criado que era un muchacho de 12 años y traté de mandarlo á que buscase á dicho Fernandez por ver si por su conducto me escribia ó me aclaraba lo que habia dicho: el criado era un tontuelo y nada pude conseguir: sin



embargo esperaba que si algunos tomaban algún interés por mi destino, me lo harían conocer de cualquier modo durante el curso de la noche—pero nada hubo, esta se pasó y nos acostamos quedando yo agravado con mis dudas sobre Fernandez fuera de lo que ya tenía en sí de desesperante mi situación. Era mucho más de media noche, el capitán dormía en la misma habitación, y la tropa se había colocado en la inmediata. Una puerta de la primera daba á la calle. Repentinamente oí que refregaban algo en la puerta y que decían algunas palabras bajas, inconexas y mal articuladas —parecían de un borracho.—Luego creí que fuese una indicación de Fernandez ú otros, y estaba ya para levantarme cuando el capitán despertó y gritó y el ruido cesó enteramente. Me conservé despierto con el mayor cuidado pero nada más volví á oír. Por años he conservado la duda de lo que significaban las espresiones de Fernandez, y deseaba vivamente encontrarme con él para que la aclarase. Al fin lo logre y se creerá que aquel mentecato nada quiso decirme, nada quiso significarme, y que ni el mismo había pesado el valor de sus espresiones? En cuanto á mí no ha dejado de ser un consuelo este descubrimiento porque me servía de una mortificación la idea de que habiendo podido evitar una gran parte de mis sufrimientos, no lo había hecho quizá por falta de destreza.

En la mañana del 20 se me dijo que debíamos continuar el viage á caballo hasta la estancia de D. Francisco Javier Acevedo en el Arroyo del Medio donde debían recibirme las tropas de Buenos Aires. Cuando yo observé al capitán que no tenía montura me contestó que Cullen había provisto á todo, mandando una completa al efecto. Efectivamente me presentaron un caballo aderezado con un recado de municion sin uso, y que de consiguiente tenía toda la dureza y desigualdades de esta clase de construcciones, un freno de la misma, unos estrivitos de fierro también de municion poco desiguales, y un pelloncito de cuero teñido de azul: para mi jóven eriado hice comprar el primer

ro que se encontró. Subimos á caballo y echamos á correr la posta. El dia era terriblemente caluroso, como que era precursor de una tempestad que vino esa misma noche: sin embargo no cesamos de andar, y á la oracion habiamos franqueado las 18 leguas que median entre el Rosario y la estancia de Acevedo. El capitan se admiraba de mi resistencia despues de cuatro años y medio de encierro, pero mi criado dió enteramente en tierra con la suya, en términos que concluyó la jornada mas bien como un fardo que se acomoda sobre una bestia carguera, que como un ginete que dirige la que cabalga.

Era puesto ya el sol cuando llegamos á la márgen izquierda del Arroyo del Medio, á casa de un conocido del capitan, donde se demoró un poco aguardando sin duda que fuese bien entrada la noche. Pasamos luego el Arroyo y no tardamos en distinguir la casa de Arevalo y los fuegos de un pequeño campamento que estaba inmediato. Llegamos al guarda-patio y dejándome allí el capitan entró solo á la precitada casa: mientras eso, salió un soldado gritando á otro á quien llamaba en nombre de su coronel, y con este motivo le pregunté quien era el gefe de aquella fuerza; supe con gusto que era el coronel D. Antonio Ramirez antiguo compañero y conocido mio en el ejército del Perú. Pasado un rato salió él mismo, me habló amistosamente y me condujo á la pieza que ocupaba, juntamente con el Sr. Acevedo dueño de la casa y el capitan Diaz que se apresuraba por formalizar la entrega del prisionero exigiendo su correspondiente recibo. Sobre esto hubo una pequeña diferencia con Ramirez que queria demorar el recibo hasta el otro dia, pero al fin cedió, y el capitan regresó esa misma noche. Mientras Ramirez fué á estender el documento quedó conmigo el Sr. Acevedo sugeto recomendable y de maneras muy agradables y recuerdo que me dijo. "Hace meses que su amigo el Dr. D. Eusebio Agüero, estuvo aqui una temporada, habitando este mismo cuarto, y seguramente estaba muy lejos de pensar que vd. vendria á ocuparlo por

esta noche." El tambien se engañaba porque luego fuí conducido á otro. Ramirez conversó tambien familiarmente con migo un rato, y como giro de la misma conversacion me preguntó mi edad y ademas noté que se fijaba en mi fisonomia. Despues supe que su indagacion era para formar mi filiacion, la que fué remitida á Rosas fué impresa en un papel suelto distribuida profusamente á los jueces de paz, alcaldes, tenientes alcaldes, oficiales, sargentos, cabos de milicias &a. de toda la campaña para que fuese reconocido si llegaba á escaparme.

Una de las cosas que primero me preguntó Ramirez, fué de mi familia y cuando supo que habia quedado en Santa-Fé se manifestó maravillado, porque segun las órdenes que habia recibido de Rosas suponía que venia con migo. Tuvo la condescendencia de leerme el artículo que trataba de ella—decía que se proporcionarían para su transporte carretones, ó carretillas decentes que se pedirían al vecindario &a.—Ahora bien, el arrancarme del lado de ella, el tenaz empeño de prohibirle que me acompañase, el revestir aquella medida de todas las apariencias de una catástrofe final, sin contar lo terrible que tenia por si sola nuestra separacion, fué esclusiva de Lopez y Cullen, fué un refinamiento de rencor, y despues de todo, una crueldad inútil, pues no sirvió ni á recomendarlos con Rosas, si es que lo pensaron.

Ramirez me habia hablado muy amistosamente y me habia dicho que tenia orden de dirigirse á Lujan que era su residencia, pero que entretanto esperaba nuevas órdenes que recibiría en el camino en contestacion al parte de haberme recibido que pasaba en el acto: que nada mas sabia, pero que no opinaba siniestramente sobre mi posterior destino: otra cosa pensaba él como dias despues me lo dijo. Entre tanto se me avisó que ya estaba preparado el cuarto en que debia alojarme y me dirigí á el, que estaba ya rodeado de una guardia numerosa. El oficial que la mandaba era el capitán D. Francisco Serua, hombre gigantesco y de

formas atléticas: llevaba á la izquierda un enorme sable, un grueso pistolon á la derecha, y un formidable puñal en su cintura: procuraba conocidamente hacer mas desapacible su rostro avinagrado, y queria por todos medios aparentar una insensibilidad que sin duda estaba lejos de su corazon como despues lo conoci. Ramirez para que yo no ignorase mi situacion, quiso darle las órdenes que debia cumplir á gritos y en mi presencia. Dejando el tono familiar que hasta entonces habia usado y tomando uno enteramente oficial y lleno de causticidad tambien, le dijo. Debe Vd. tomar todas las precauciones, y observar la mas esquisita vigilancia con el prisionero, el cual está rigurosamente incomunicado. El capitán observó tan bien la consigna que al traerme la ceña que mandaba el Sr. Acevedo revolvió todos los platos, y hasta la botella de vino fué puesta á mi vista en transparencia á la luz de la vela que me alumbraba, y vuelta en todas direcciones para ver sin duda si contenia algun papel ó carta. Estas precauciones tenian algo de ridículas, pero me era en extremo mortificante la consideracion de que volvia á empezar como el primer dia despues de cuatro y medio años de prision, cuando ellas no indicasen otra cosa peor.

La noche y la mañana siguiente fué lluviosa, pero apenas cesó de llover nos pusimos en camino. Ramirez habia traído para custodiarme nada menos que un escuadron, para el que se habia hecho una prolija eleccion de oficiales y tropa cuidando que no viniese ningun cordobés ¡vana precaucion! Todos, menos los oficiales vestian chaqueta, chiripá y gorra encarnada, y llevaban ademas una chapa tambien punzó al pecho con el *viva la federacion y mueran los unitarios*. No es fácil esplicar la chocante sensacion que me hizo aquel lujo de rencor y de barbarie que se ostentaba por todas partes. En Buenos Aires se han acostumbrado á el, y ya no se estraña tanto: pero al que recién llega, y al que iba en una situacion como la mia todos eran signos de muerte, y de horror.

Desde que salimos emprendimos el galope, y yo que habia quedado molido y destrozado con la caminata del dia anterior, y ademas sufría enormemente con las desigualdades y dureza de mi montura, le representé á Ramirez que no podia marchar á ese paso. El entonces me ponderó la urgencia que tenia de llegar pronto por cuanto estaba mudando sus ganados á otro campo, lo que reclamaba su presencia. Se trató entonces de un carruaje y tomó sus medidas para proporcionarlo en el camino. Con peligro de desagradar á Rosas que habia indicado que se diesen á mi familia carretones ó carretillas decentes, él escribió al maestro de posta de Arrecifes, el Viejo Lima, pidiéndole su coche, que lo franqueó con la mejor voluntad.

Esa noche dormimos en una posta que no recuerdo, y aunque continuaba el mal tiempo continuamos al dia siguiente. No entramos al pueblo de Arrecifes porque se hacia particular estudio en alejarme de las poblaciones, pero en su inmediacion nós encontró el coche de Lima, á donde subimos, Ramirez, yo y mi criado que venia mas muerto que vivo. Llegamos por la tarde á la casa del mismo Lima donde pasamos la noche. Allí tuvo lugar una escena graciosa con un perro que tuvo el atrevimiento de ladrar al Sr. Ramirez. Se me habia destinado mi cuarto, y despues de colocadas las centinelas y tomadas todas las precauciones, se paseaba dicho coronel por frente á mi puerta; un desatentado perro tuvo la audacia de ladrarle y acaso hizo ademan de investirlo, lo que le causó un acceso de cólera que lo obligó á sacar la pistola que traía habitualmente á la cintura y montada: como un pobre paisano que se hallaba cerca por casualidad hubiese ocurrido á contener al perro, fué tambien objeto de las iras de nuestro bizarro coronel el cual apuntando sucesiva y alternadamente al paisano y al perro que ya estaba sugeto, les decia—“¿A quién mato, á Vd. ó al perro?” El pobre paisano asustado y fuera de sí, no hallaba palabras para disculparse, mientras que interiormente maldeciria su ofi-

cioso comedimiento. Al fin Ramirez se fué apaciguando, desmontó su pistola, la volvió al cinto, y tuvieron en adelante buen cuidado de alejar los perros de la casa para precaver una escena parecida.

Los aguaceros de esos días habían sido copiosos, y á eso atribuía Ramirez la demora de la contestacion de Rosas que ya tardaba segun su cuenta. Nos pusimos en marcha el 22 y llegamos al Rio de Areco que encontramos crecido extraordinariamente. La prudencia aconsejaba esperar á que bajase un poco lo que sucederia, pero la impaciencia del coronel no lo permitia; ordenó que se pasase á nado el Rio, é inmediatamente desensilló la tropa y se aprestaron para la operacion, que no era dificil porque el Rio es angosto. Ramirez se hizo preparar una pelota de cuero y con mil precauciones y rodeado de nadadores hizo aquel *peligroso* tránsito. Yo en el fondo de mi carruage esperaba pacientemente lo que se haria de mí, y por mas que veia aunque no oia, discutir en diferentes grupos que se formaban, no sabia la resolucion que se tomaria. Finalmente despues de unas dos horas que se habian pasado y en que felizmente se habia disminuido algo la violencia de las aguas, se me insinuó que yo debía pasar dentro del mismo coche, que tirarian caballos atados por la cola como se acostumbra en tales casos. Era patente el peligro de que el coche se volcase y entonces—á Dios preso, con lo que se hubieran ahorrado el trabajo de guardarlo. Cuando el coche se movia declararon terminantemente los nadadores que andaban auxiliando la operacion que el coche debía volcarse arrebatado por la corriente, y entonces les dije que no espusiesen al muchacho mi criado que iba tambien dentro—últimamente les dije resueltamente que lo sacasen y no lo hiciesen perecer conmigo. Entonces volvieron á entrar en cuentas, y despues de nuevo exámen resolvieron que tres de los mismos nadadores se pusiesen de pié en la vara que quedaba del lado de la corriente para que el coche no pudiese ser volcado por ella. Asi se hizo y pasó feliz-

mente el coche medio nadando, medio arrastrando pero entrando el agua en raudal por una puerta y saliendo por otra, para cuyo efecto se conservaron abiertas. Tuve que admirar la indiferencia de Ramirez que habia puesto tan esquisito cuidado por su seguridad personal, pero quien creia la mia tan en peligro de otro género que poco se perdia con anticipar el desenlace algunas horas.

Esa tarde llegamos á casa de un Figueroa gran amigo de Rosas segun supe despues, é inmediatamente me alojaron en una pieza aislada donde se colocaron centinelas dobles y se tomaron todas precauciones. Ramirez entraba á cada momento á mi alojamiento que fué tambien el suyo, y viendo llegar un carreton con mugeres, me dijo que esa noche habia baile en la casa, por eso á que motivo particular? Creo que el verdadero fué mi venida, y el deseo innoble de mortificarme. Al estar cenando vinieron á cantar á la puerta una cancion de esas que acostumbra, en que no se respira sino sangre y carniceria: al concluir dieron los vivas y múeras de regla, lo que tomé y tengo hasta ahora por un verdadero insulto que quiso hacérseme. Ramirez se disculpó como pudo, y al dia siguiente continuamos.

Estabamos ya cerca de Lujan, y la contestacion de Rosas no parecia. A distancia de una legua frente á la chacra de Escola, paró el carruage y la comitiva. Ramirez en la puerta del rancho despachaba oficiales y soldados que salian á escape, y recibia otros que le traian avisos y comunicaciones; yo debí creer que eran las que esperaba de Rosas: despues de mas de una hora continuamos marchando y ya percibiamos de muy cerca la torre de la iglesia de Lujan cuando el coche haciendo una conversion á la derecha salió á toda rienda en la direccion Sud. Creí entonces firmemente que mi suerte estaba fatalmente decidida, y que se me llevaba á algun lugar designado para la ejecucion. El pueblo de Navarro, y la ocurrencia del Dr. Sarachaga de que ya hice mencion, se me presentaron con la mayor viveza: ya hacia mis composiciones de lugar, ya procuraba

tranquilizar mi espíritu, ya en fin procuraba familiarizarme con tan triste idea, cuando el coche despues de haber andado 12 ó 15 cuadras en la nueva direccion, torció brusca- mente á la izquierda por un movimiento contrario, to- mando otra vez la de Lujan de donde distabamos muy po- co. La razon de estos cambios de direccion fué la siguien- te.—Cerca de Lujan corta el camino una honda zanja que cuando llueve se pone pantanosa, y para despuntarla acos- tumbran hacer los carruajes un rodeo como el que he des- cripto. Esto fué lo que sucedió, pero con la diferencia que por inadvertencia quizá no variaron los cocheros hasta muy cerca de la zanja, de modo que el cambio fué súbito y muy pronunciado.

Entramos á Lujan á eso de las diez, del dia 23 de se- tiembre y como no hubiese aun habitacion preparada para mí, se me alojó momentáneamente en casa del mismo coro- nel Ramirez. Esto prueba que él no tenia hasta entonces órden de establecerme en Lujan y tan solo habia recibido la de traerme en esa direccion hasta recibir otras nuevas; estas eran las que se esperaban y se temian á la vez. Eran los momentos criticos y mi ansiedad era proporciona- da á mi situacion. Seria entre dos y tres de la tarde que habia pedido avios de afeitarme y lo estaba verificando cerca de una ventana que daba á la calle, y que estaba cer- ca de la puerta principal de la casa, cuando vi llegar un hombre de poncho azul militar, y que en la manga de la chaqueta traia una faja transversal que decia en letras amarillas—Policía—de la que sin duda era empleado. Se apeó del caballo, registró la grupa, sacó un grueso paque- te de papeles cerrados en forma de pliego y entró. Este era á no dudarlo el conductor de la esperada contestacion: en ella venia la resolucion de mi destino. Tardó Ramirez en venir cerca de una hora, mas cuando lo hizo fué con un semblante placentero, y estendiendo los brazos me dijo: “Somos de vida, acabo de recibir la comunicacion que es- “peraba y me dice el gobierno que se le aloje á Vd. como-



“damente y que se le trate bien, esto indica que sus dias “deben ser conservados. Entre tanto (continuó) crea Vd. “que yo tambien he estado en la mas cruel ansiedad y que “no es sino temblando que he abierto el pliego que acabo “de recibir, si amigo (repetió) temblando he leído las ùlti- “mas órdenes que me han venido, pero ellas me han tran- “quilizado, y lo felicito á Vd. por ello.” En seguida me dijo que se estaba preparando una pieza en el cabildo para mí y que esa noche seria trasladado.

Asi fué, á las 8 de la noche se me condujo al cabildo y yo quedé luego instalado en una pieza alta con salida al corredor ó balcon y vista á la plaza del pueblo y al campo. El cuarto era desahogado y tenia una ventana que caia al mismo corredor. Sin embargo, la iacomunicacion era mas rigurosa que nunca, y mi soledad era completa. Esta soledad fué mi mayor tormento durante mi prision: mi familia me la habia hecho mas llevadera y ahora me veia privado de ella. Por otra parte la falta de noticias de ella; la ignorancia en que estaba si habian ó no salido de Santa-Fé, si habian hecho su viage con felicidad, otras mil ocurrencias y peligros que abulta la imaginacion y que cria una fantásia irritada por las desgracias, eran torcedores continuos que hacian sumamente amarga mi posicion. En los primeros dias de Octubre llegó de Buenos Aires á Lujan la Sra. Da. Rufina Herrero y tuvo la atencion, y la humanidad de mandarme decir á escondidas que mi familia habia llegado buena á Buenos Aires, que la habia visto y que podia asegurarlo. Esta noticia me fué de un inesplicable consuelo, pues la idea de que hubiesen entorpecido su viage en Santa-Fé era para mí desesperante, abrumadora.

Como nunca nos falta que desear y como tenia tanta materia de ejercitar mis deseos, los míos se contrajeron á la venida de mi familia—para esperarla me hacia este argumento—Rosas creia que yó traia de Santa-Fé mi familia, y si hubiera sido asi, es probable que no se me hubiera separado de ella —luego no puede impedirle que se me reuna:

mas no fué asi y yo devoré solo cuatro meses mis pesares y mis acerbas penas, lo peor es que en mi amargura ó mejor diré en mi delirio llegué alguna vez á sospechar que no harian el esfuerzo bastante, ó que les fatigaria la vida que forzosamente habian de llevar á mi lado. Injusta sospecha de que me arrepentia luego, pues es imposible mayor abnegacion, ni mayor constancia que las de las personas que me pertenecian, muy partilarmente la de mi jóven esposa, mi incomparable Margarita. Pero no anticipemos los sucesos.

A los pocos dias de mi llegada á Lujan se me presentó Ramirez para leerme un capítulo de la carta de Rosas en que le decia mas ó menos lo siguiente: “Haga Vd. entender al General Paz que se le aborará su sueldo y que pida cuanto necesite que le será proporcionado, pero que en punto á seguridad no hay que hablar pues se tomarán las precauciones imaginables, que su filiacion está circulada en toda la provincia, y que si llegare á intentar fuga ó fugarse será fusilado sin otro término que el preciso para admistrarle los auxilios espirituales. Que por lo demas no es mi ánimo dañarle, pero que el estado de las cosas políticas y lo mas caro de mis deberes públicos me obligan á esta medida.” Cuanto bien pudo hacerme el loco, y estúpido Ramirez dando un sentido literal á estas palabras, pero el malvado se complacia en mantener mis dudas dando á entender con medias palabras que no les daba el valor que en sí tenian. Creia que era una medida de seguridad, y hasta se complacia en mantenerme en la mas cruel incertidumbre, al menos cuando un motivo cualquiera lo hacia desagradarse: tenia este insensato unas alternativas inesplicables, sin embargo que debo confesar que me hizo sufrir menos de lo que podia esperarse de sus caprichos traviliarios y aun positivos actos de locura de que se quejaba todo el departamento. Algo quizá diremos en el curso de esta narración.

Por el 20 al 22 de Octubre estaba una tarde en la puerta de mi prision y vi llegar una partida de tropa de línea man-

dadá por un gefe que cargaba charrateras, la que paró y desmontó en casa de Ramirez. Luego me figuré que veniese por mí, mas permaneciò inmóvil por algun tiempo y noté que el gefe que conversaba con Ramirez en la puerta de su casa saludaba con la mano en la direccion que yo estaba. No podia figurarme que fuese á mi el saludo, pero tanto se repitió que contesté mesuradamente con la cabeza por si efectivamente me venia dirigido: despues de una hora la partida montó y continuó su camino: es de notar que no llevaban mas bagage que un carguero cuya carga se confundia con la albarda porque abultaba muy poco. Nada mas supe de esta ocurrencia hasta la noche que vino Ramirez á visitarme y me dijo que el gefe que me habia saludado era el coronel D. Ramon Rodriguez que iba á recibir á los Rejnafés que eran traídos de Córdoba. El carguero de que he hablado conducia cuatro hermosas barras de grillos que debian acomodarseles luego que la partida se recibiese de ellos. Añadió que Rodriguez habia querido visitarme, pero que á él no le habia parecido conveniente por la hora, pero que á la vuelta lo haria.

El 31 de octubre noté por la tarde, un movimiento en las callezuelas de Lujan que llamaba la atencion hácia el camino que viene del interior; la gente affuía en esa direccion y muy luego supe el motivo.—Llegaban los Rejnafés. Los bajaron en el mismo cabildo y los alojaron en las piezas bajas, en la misma que cuadraba debajo de la que yo ocupaba. Venian en dos carretillas de las que una servia á José Antonio, Guillermo y el secretario Dr. Aguirre, la otra á solo José Vicente y un criado que lo acompañaba. Todos traian sendas barras de grillos y el José Vicente enfermo segun decia, en términos que lo bajaban y subian á la carreta en brazos. Yo me retiré al fondo de mi habitacion para no ver ni ser visto de ellos, ni del numeroso concurso que habia acudido.

No era uno de mis menores temores que se le antojase á Rosas acusarme sobre el asesinato de Quiroga y confun-

dirme con los Reinafés. Todo estaba en que se le ocurriese y le conviniese adoptar ese arbitrio para herirme mas cruelmente y acabar conmigo de ún modo aparentemente mas legal. El que proclamaba altamente que los unitarios habian maquinado ese crimen, nada tenia de extraño que acusase al que habia sido gefe de ellos, aunque ese gefe hubiese estado sumido en un calabazo cuando habia sucedido: esto adquiria un viso mas de verosimilitud, cuando hubieron en esos dias de gritar, andando con música una reunion presidida de un mayor Macaluci tan bajo como cobarde, mueran los cordobeses como piquillin—mueran los cordobeses asesinos de Quiroga, en que parecia querian incluir á todos los de aquella provincia. Este temor lo fortificó Ramirez un dia que hablando en confianza le dije: No quieran Vds. confundirme con los Reinafés y cualquiera que sea mi destino, deseo que se separe de unos hombres con quienes no he tenido jamás ninguna inteligencia, pues siempre fueron mis enemigos. El bárbaro Ramirez me contestó:—Eso su conciencia se lo dirá—con lo que me daba á entender que creia muy posible esa complicidad que no podia ni aun suponerse. Tan brutal salida no merecia réplica, y me callé devorando interiormente la irritacion que me causó.

Que de reflexiones se agolparon á mi imaginacion al considerarme preso en la misma casa que mis antagonistas y sucesores en el gobicrno de Córdoba. Mil veces estuve tentado de reirme al ver las vicisitudes de una revolucion y las peripecias humanas. Serian las siete de la noche, cuando me sacó de estas meditaciones el ruido de otra carretilla que trageron, y aproximaron á las otras dos que habian ocupado los Reinafés y que probablemente volverian á ocupar al dia siguiente para seguir su viaje. Luego me vino la idea de que la tercera carretilla era destinada á otro personage que naturalmente deberia ser yo. Esto me causó un sinsabor extremo, porque no podia avenirme á ir Buenos Ajres mezclado con aquella gente: cualquier-

ra otra cosa, la muerte misma me era preferible. Me habia dominado de una extrema angustia, cuando el ruido de una cuarta carretilla vino otra vez á interrumpir mis tristes meditaciones: esto me tranquilizó hasta cierto punto porque para mí no se necesitaban dos, mas sin embargo no podia atinar con el significado de este lujo de carruajes. Al otro dia lo supe cuando vi quedar vacias las que habian llegado la tarde antes para devolverlas á sus dueños que ya quedaban atras, mientras eran reemplazadas con otras del mismo pueblo que serian tambien devueltas de Buenos Aires.

A la mañana siguiente continuó el viage de los Reinafés y entonces desde la hendija de mi puerta pude ver á dos de ellos. El José Antonio muy gordo, muy barbado, muy cano se asemejaba al busto con que suelen representar al Padre eterno. Una especie de serenidad hija mas de la estupidez que del valor marcaban sus facciones—las de Guillermo y del secretario Aguirre nada decian, é indicaban mas bien abatimiento moral. Es lo que pude notar en una rápida ojeada y á una regular distancia. Ellos marcharon sin excitar á lo que creo un sentimiento de simpatia en persona alguna y sin merecer la compasion de nadie fuera de mí, que me dolí muy sinceramente de los males que les esperaban. ¡Ah! Esos pobres hombres apuraron hasta las heces el cáliz de la desgracia: dos años duró la instruccion y substanciacion de la causa, y dos años sufrieron los mas prolijos tormentos: al fin fueron sentenciados é intimados de muerte y para haocer mas duradera su agonía se les permitió apelar al mismo tribunal que los habia sentenciado (es decir á Rosas mismo) para que sufriesen dos meses mas, pasados los cuales se les puso en capilla y aun à ésta se le dió una duracion extraordinaria: al fin fueron ejecutados con Santos Perez y colgados en la horca, lo que no ha tenido ejemplar en la revolucion.

En esos dias y meses posteriores á la venida de los Reinafés fueron pasando otras partidas de presos implica-

dos en la misma causa, pero ninguna de ellas llegó al cabildo y tan solo las ví pasar á la distancia por la orilla del pueblito. Con este motivo referiré lo que supe relativamente á la partida de cordobeses que condujo á Santos Perez.

Rosas se habia propuesto hacer lo mismo que cuando los Reinafés; es decir, mandar una partida suya que recibiese al preso en la frontera de Buenos Aires, regresando desde allí la que venia de Córdoba. Efectivamente salió sino me engaño el mismo coronel Rodriguez á conducirlo como habia conducido á aquellos, pero cuando lo esperaba por el camino del Pergamino, la partida cordobesa tomó el camino de la Costa que es de la izquierda y se metió en Buenos Aires dejando chasqueado á Rosas, á la partida, y á su gefe. Ahora bien, el objeto de esta operacion estratégica del oficial cordobés era conducir y presentar personalmente en Buenos Aires al desgraciado Santos Perez que venia en una carretilla cruelmente aerrojado con grillos, esposas y tramojo, para obtener algunos pobres regalos ó gratificaciones que les hiciese Rosas. Cuando regresaba la partida y que ví algunos de los que la componian diseminados en las calles ó pulperias luciendo sus chaquetas y chiripás nuevos de paño encarnado y sus grupas en que llevarian algunas varas de lienzo ó sarasa, mi irritacion y mi desprecio para aquellos miserables no tuvo límites. Estoy perfectamente seguro que este mismo sentimiento excitaron en todos (sin exceptuar los federales,) cuantos los vieron.

Que en fuerza de la obediencia militar hubieran traído el preso hasta donde se les exigia, y que hubiesen cooperado á la docilidad sin nombre del general Lopez de Córdoba que mandaba docenas de sus paisanos para que los devorase Rosas (1) segun su capricho—pase—pero que se

---

(1) En ese tiempo tenia muy buena relacion D. Aparicio Frias con el gobernador Lopez de Córdoba, y quiso hacerla valer

adelantasen á mas de lo que se les exigia, por un despreciable interés es el colmo de la vileza, de la degradacion y de la indignidad. El error de esta célebre hazaña, es decir el oficial que mandaba la partida fué un Villaroel segun recuerdo: es probable que á su regreso haya contado que cruzó todo el pueblo de Buenos Aires rodeando la carrétilla de Santos Perez, en medio de los gritos e navales de la plebe, y que se haya envanecido como de un triunfo. A mi juicio son estas acciones tales, que no deben olvidarse para vergüenza de sus autores y represion de los que sean capaces de imitarlos.

He olvidado decir que cuando Ramirez me dijo el ofrecimiento de Rosas de que pidiese lo que necesitase, solo dije que necesitaba libros—se me instó para que digese cuales queria y recuerdo que nombré Anquetil. Luego vino esta obra completa acompañada de los Varones ilustres de Plutarco y de la Iliada traducida al castellano, y de alguna otra obra que nunca llegó á mis manos porque se perdió en el camino. Estoy seguro que otro en mi lugar hubiera llevado sus peticiones á mas distancia y que las hubiera obtenido. Séame permitido hacer ahora una ligera comparacion entre los dos caudillos bajo cuya férula tuve que sufrir ocho años de prision: el uno Rosas me mandó libros, al otro ni se le ocurrió que podia necesitarlos. Aquel me hace conocer francamente sus intenciones: Lopez taimado y taciturno quiere que le adiven, y se irrita porque cré que no puedo comprenderlo pues para esto hubiera sido preciso bajarse hasta donde me era imposible llegar. Ambos gauchos, ambos tiranos, ambos indiferentes por las desgracias de la humanidad, pero el uno obra en grandes proporciones, el otro limitado á una esfera tan reducida como su

---

en obsequio de D. Patricio Bustamente que aunque enteramente inocente convino hacerlo venir á Buenos Aires como culpable. Lopez contestó á Frias: *no me hable amigo sobre este particular porque si el Sr. Rosas me pide á la Santos (su esposa) á la Santos la he de madar.*

educacion y sus aspiraciones. Rosas marcha derecho, Lopez por rodeos y callejuelas. Rosas fusila 80 indígenas en Buenos Aires y en un solo día. Lopez los hace degollar en detall, de noche y en un lugar escusado, Rosas pretende que se le tenga por hombre culto, pero haciendo ver que no son para él una traba las formas de la civilizacion, Lopez se revela contra la sociedad siempre que le dá á entender que ha dejado de pertenecer al salvajismo. Rosas quiere el progreso á su modo, un progreso (permítaseme la expresion) haciéndonos retroceder en muchos sentidos, Lopez nada quiere sino el quietismo y un estado perfectamente estacionario. Rosas escribe mucho, y dá grande valor al trabajo de gabinete, Lopez aparenta el mayor desprecio por todo lo que es papales imprenta y elocuencia. *Por et contraria:* Lopez ha sido feviz en los campos de batalla, y tenia cifrada su vanidad en eso, Rosas no ha aspirado á la gloria militar, sea por sistema, sea por otro motivo que no haga tanto honor á su valor personal. He tocado ligeramente los diversos rasgos de estos dos caracteres, sobre que se pudieran hacer muchas mas observaciones, mas ni es de mi propósito, ni quiero estender demasiado esta relacion, á la que preciso es volver.

Cuatro meses seguí en Lujan arrastrando una penosa existencia en la soledad mas completa y en la ineertidumbre mas molesta. La tardanza de mi familia me hacia entender que se le habia prohibido reunirse con migo, y esta prohibicion no debia ser hija sino de medidas siniestras que habian de tomarse con respecto á mi. Asi discurria y asi me atormentaba cuando el de Enero del año 36 llegó Margarita, mi madre y Rosario, quien habiendo dejado á Elisalde en la Colonia venia á acompañar á su hija durante su parto: Margarita estaba ya en meses mayores. Querer pintar el consuelo de que me sirvió la venida de mi familia, es superior á los esfuerzos de mi pluma, hay cosas que mejor se conciben que se dicen y esta es una de ellas: al fin volvia á verme reducido con los mios, y veia tambien á Rosario que



además de ser mi hermana era entonces mi suegra después de siete años de ausencia. Gozando como nos era posible gozar, continuamos hasta el parto de Margarita que fué el 10 de Abril á las 6 de la tarde dando á luz á mi primer hijo José Maria Ezequiel. El parto fué laborioso y se llantó al Dr. Muniz á quien se permitió entrar. Con este motivo recordaré que el Dr. Muniz al entrar al cabildo donde iba á verse conmigo se habia colocado la cinta de Rosas ó sea la divisa de modo que solo se leia—Los federales mueran—para que yo entendiese que no habia variado de opinion y que era el mismo unitario que habiamos conocido. El modo de hacerlo era muy sencillo, pues introduciendo en dos distintos ojales de la casaca los dos extremos de la cinta, quedaba oculto el *vivan* de los federales—y en la segunda leyenda solo quedaba visible el *mueran* que correspondia á los unitarios—mas elaro—Las dos leyendas seguian la direccion de la cinta en esta forma—*vivan* los federales—*mueran* los unitarios. Ocultas las estremidades de la cinta desaparecian la primera y última de las cuatro principales palabras, y solo quedaba, *Los federales mueran*. Para que yo lo notase bien, no perdonaba movimiento ni accion que pudiera contribuir á ello, en términos que creí deber hacerle conocer que estaba al cabo de su pensamiento. Me he detenido en esto para comparar la conducta del Sr. Muniz con aquel antecedente. Ahora solo se ocupa en estar escribiendo artículos sobre historia natural, descnterrando el Megaterio, describiendo el avestruz, haciéndose gauchó con bien poca gracia, para dedicar sus trabajos á Rosas é incensarlo con adulacion.

Mi hijo se bautizó en la iglesia de Lujan siendo padrino mi hermano político, Elisalde por apoderado y mi madre. Jamás quiso Margarita ceder el privilegio de criar sus hijos dejando á manos asalariadas el cuidado de la lactancia y demas que requiere un recién-naeido, por entonces era indispensable porque no se permitia la entrada sino á los que rigurosamente eran de la familia. Como Elisalde

padecía de sus antiguas dolencias reclamaba por otro lado los cuidados de Rosario, y tuvo esta buena hermana y madre que dejarnos para ir á prodigar sus servicios á su doliente esposo, que permanecia aun en la Banda Oriental. Mas deseoso yo y todos los demas de estar reunidos, me insinué con Ramirez para que se le permitiese venir á Buenos Aires y de allí pasar á Lujan, porque así nuestra subsistencia era mas cómoda. Ramirez se encargó de hablar con Rosas, y contestó que todo estaba allanado.

Por Junio partió Rosario y el 1.º de Octubre volvió á Lujan acompañada de Elisalde. A este no se le permitió verme, lo que no dejó de causarnos estrañeza. Se notaron tambien algunas pueriles precauciones que no dejaron de alarmarnos, finalmente una de esas noches el centinela dijo que habia visto un bulto en el corredor alto y el oficial de guardia que era un capitan Bello, hizo un alboroto. Todo era lo mas infundado que puede imaginarse, pues no habiamos pensado en lo mas minimo infringir el órden que se habia establecido.

Llegó el 11 de Octubre (dia célebre de los fastos federales) y sufrimos el mas terrible golpe que nos hirió mientras estuve en la provincia de Buenos Aires.—Muy temprano se me dijo por un criado que el juez de Paz estaba con soldados en casa de mi familia y muy luego me avisó que á Elisalde lo traian preso al cabildo. Rosario se vino desalada á hacernos á Margarita y á mi la misma relacion, y á pocos momentos oímos los golpes del martillo que le aseguraba una buena barra de grillos. La pieza donde se hacia esto, quedaba debajo de la que yo ocupaba y oíamos distintamente mucho de lo que pasaba. Rosario descendió la escalera para hecharse en brazos de su marido pero las centinelas se lo prohibieron y volvió á subir á mi cuarto en un estado difícil de describir. Ella se desesperaba, Margarita lloraba, las criadas gemian algo mas despacio y hasta mi chico de meses participaba al parecer del dolor comun porque daba gritos prolongados.

Cada golpe del martillo que se sentia en la pieza baja venia á desgarrar todos nuestros corazones. Nuestra afliccion fué mayor cuando un criado jóven que estaba en el balcon viendo que traian otra barra de grillos, avisó que eran dos pares los que iban á poner á Elisalde; felizmente no fué así, sino que se le mudaron los que primero le habian puesto porque estaban muy estrechos. A renglon seguido arrimaron una carretilla de carne sucia aun con la sangre de las reses cuya carne habia guardado, y embarcando al preso partió para Buenos Aires. Entonces llegó á su colmo la desesperacion de mi familia, Rosario ya que no le habian permitido abrazar á su marido queria al menos abalanzarse al balcon para hablarlo, y Margarita seguia su movimiento. Todo esto era inútil y degeneraba en una escena trágica aunque harto verídica que iban á presenciar innumerables curiosos. Me sobrepuse pues á todo y cerrando resueltamente la puerta de mi habitacion no permití salir á nadie: solo la abrí cuando la carretilla se perdió de vista y ya habia calmado en parte la violencia de aquellos arrebatos. Cualquiera se hará cargo de la amargura en que nos sumergió este acontecimiento que no comprendíamos porque no atinábamos con la causa que podia haberlo producido. Aquella se aumentó cuando á renglon seguido se intimó á mi madre y á Rosario que partiesen á Buenos Aires dentro de tres dias sin dar los motivos, ni término de aquel semi-destierro, así se practicó y yo quedé solo con Margarita entregado á todos los tormentos de la incertidumbre.

A la verdad no podiamos atinar con la causa que habria motivado aquella cruel medida. ¿La licencia concedida á Elisalde para venir de la Banda Oriental seria un lazo que se le habia armado para que cayese en él? ¿Habriase levantado en Lujan alguna calumnia ó chisme que pudiera habernos dañado en el ánimo de Rosas? ¿Seria efecto de nuevas combinaciones politicas que influian en mi destino? Nada, nada podiamos adelantar, y nos per-

ñanos—nos estraviabamos en un mar inmenso de conjeturas. Despues que obtuve libertad, el Sr. Arana como por via de satisfaccion se esforzó en hacer llegar á mi noticia la causa de este procedimiento y segun su esplicacion fué la siguiente:

Desde que Rosas volvió al poder el año 35, los unitarios emigrados en la Banda Oriental se agitaron extraordinariamente y se constituyeron en una conspiracion permanente contra la omnipotencia del nuevo Dictador. Para mejor llevar adelante sus planes organizaron sociedades secretas (que sin embargo nada tenian de secretas) en Montevideo y otros pueblos de aquella república. La de la Colonia en que fué iniciado Elisalde se reunió dos ó tres veces en su casa, y cuando ella fué traicionada y denunciada al Ministro Yambí, por el célebre D. Calixto Vera, aquel dió parte á Rosas instruyéndolo por supuesto de que Elisalde pertenecia á aquella asociacion. Quien conociese el carácter no hubiera dado mucho valor á estas relaciones, pero Rosas se sirvió de ellas para hacerlo sufrir cerca de tres meses en una rigurosa prision. En ella se agravó su enfermedad que era una inveterada retencion de orina, y cuando salió en libertad el 1.º de Enero del 37, no hizo sino seguir reagrándose hasta que murió en Julio del año 38. He dicho mal que salió en libertad, pues aun cuando se le sacó de la *Cuna* (prision de Estado) se le dejó con la ciudad por cárcel hasta que acabó. No me detendré en detallar los padecimientos que causó á toda la familia este nuevo infortunio muy particularmente á mi hermana Rosario que estimaba sinceramente á su marido; pues fácil es conjeturarlo. Tan solo diré que no se pasaba en estos tiempos aciagos un año, un mes, una semana, sin que algun nuevo suceso viniese á sumergirnos en la más desesperante desconfianza ó en la más acerba amargura. Estos sufrimientos de detall serian muy prolijos, parecerian quizá pueriles al que no ha pasado por ellos, pero no son por eso ménos crueles; solo tocaremos

ligeramente algunos porque ya es preciso abreviar esta pesada memoria.

Habiendo salido Elisalde de la prision y aproximándose el nacimiento de mi segundo hijo, Margarita hizo una solicitud para que se permitiese á su madre venir á asistir-la en el parto. Rosas consintió y tuvimos el placer de volver á verla y á mi madre que llegaron por Abril segunda vez á Lujan. El 30 de este mes dió Margarita á luz á las 8 de la mañana á mi hija Catalina, se bautizó á los pocos dias siendo padrinos el mismo Elisalde por poder y mi hermana Rosario.—Era dotada esta niña de una singular belleza, pero el 7 de setiembre siguiente fué atacada de una convulsión y murió al dia siguiente dejándonos sumidos en el mas profundo dolor. Margarita hizo esfuerzos de desesperacion, y tuve que emplear todos mis esfuerzos para mitigar su justo pesar. Cuando esto sucedió ya Rosario habia regresado á Buenos Aires á atender al doliente Elisalde y nos encontrábamos solos con mi madre que viviendo separada, reclamaba mas nuestros cuidados por su ancianidad y achaques.

Mi primer hijo Pepe habia sufrido tambien una enfermedad que lo tuvo á la muerte. Solo la mas esquisita eficacia, y los cuidados mas prolijos pudieron salvarlo. Todo era sufrir, sin que por ninguna parte viésemos una vislumbre de felicidad.

Estos trabajos domésticos me han distraido de los que me ocasionaba mi prision y la mala voluntad, el celo extravariado ó la estupidez de mis carceleros—Ramirez era ya bastante loco y bastante interesado en aparecer vigilante á los ojos de Rosas para causarnos mil disgustos con sus extravagancias, pero cuando él se ausentaba dejaba otros en su lugar, de los que algunos se mostraron sino hostiles por lo menos insensibles. De ellos fué un mayor Montojo, hombre inmoral y bajo, sin honor y sin conciencia. Una muerte penosa y pronta lo privó de la comandancia y nos libró de un fiscal dispuesto á sacrificarnos en cuanto le hu-

biese convenido. Le sucedió el capitán Serna el mismo que me hizo la primera guardia en la estancia de Acevedo, el que manifestó mejores sentimientos y mas humanidad. Referiré como prueba de ello lo siguiente:

Una noche á las 8 sentimos llegar con gran aparato de tropa un coche que paró á la puerta de la cárcel ó del cabildo que es lo mismo. Luego se oyó un ruido de grillos y cadenas que arrastraban los que venian dentro de él: salió tambien del coche un religioso que probablemente debia ejercer su ministerio cerca de alguno que estaba destinado á morir. No dejó de causar sorpresa esta aparicion y este lugubre aparato en Margarita que estaba en cinta: Serna tuvo el comedimiento de subir luego á mi cuarto á decirnos que la persona cargada de grillos y cadenas que venia en el coche era un negro que habia en tiempos anteriores asesinado á su ama vecina de *Giles* sino me engaño y que se le conducia á fusilarlo en el mismo lugar que cometió el crimen: el capellan lo acompañaba para suministrarle los últimos auxilios espirituales: estaban solo de paso y debian continuar su camino al dia siguiente.

¿Qué objeto tuvo Rosas en suministrar coche á un desgraciado negro, á un criminal famoso, cuando lo habia negado á los Reinafés, á quienes quitaron los que trajeron de Córdoba en el Pergamino? La única esplicacion que se me ocurre es la que voy á decir. Cuando me conducia Ramirez y pidió el coche de *Lima* que he referido, me manifestó sus temeros de que Rosas desaprobase, y despues me dijo que efectivamente lo habia desaprobado y aun reconvenido por su condescendencia. Pienso pues que concediendo al negro la misma distincion, que aunque á su pesar habia yo obtenido, y mandado quizá espresamente que viniese á pernoctar á pocas varas de mí, quiso darme á entender que la concesion del coche no me ponía fuera de la esfera de gran criminal, como él clasifica á todos sus enegimos. Bien sabido es que tiene el sistemático empeño de dar á los delitos políticos un carácter mas feo y

atroz que á los demas crímenes que violan las leyes divinas y humanas: en su lenguaje los primeros son mucho mas deshonrosos é infames que los últimos. Concurrirá á probar esto lo que supe que habia sucedido con el mismo negro.

Es verdad que este habia asesinado á su *señora*, pero habia sido buen federal y se le habia indultado por el mismo Rosas y habia servido despues en las tropas: mas cometió no se que deslealtad que no supieron esplicarme, y se le sacó de las filas para arrestarlo y mandarlo al suplicio: aun entónces se tuvo consideracion á sus antiguos servicios á la santa causa.

Presencié desde mi prision otra ejecucion que es digna de referirse. Residia en Lujan un gaucho cordobés, que pertenecia á esa clase que llaman los paisanos *gauchos aseados* porque se traen decentemente: su nombre sino me engaño era José Luque, ò Ardiles. Este hombre era dotado de unas pasiones violentas, y era al mismo tiempo víctima de ellas. Era casado y dejando su muger en Córdoba abandonada habia traído en su compañía una jóven con quien vivia maridamente. Enamorase violentamente de otra jóven de mediano pelage en Lujan y trata de casarse con ella como único medio de poseerla. Para ello era un obstáculo la jóven que tenia en su compañía la que interesada en que no la abandonase no dejaria de denunciar su anterior casamiento. Repentinamente desaparece la jóven y el propala que la habia mandado á Córdoba en una tropa de carretas, siguiendo entre tanto con tenaz empeño las diligencias de su futuro matrimonio que estaba ya al concluirse. A los pocos dias aparece el cadáver de la jóven cordobesa á una ó dos leguas rio abajo, cuyas aguas en una gran creciente habian arrojado á la orilla: estaba degollada aunque no enteramente separada la cabeza. Se reconoce la identidad, y las sospechas mas vehementes recaen sobre el futuro vigamo. Se le arresta, se le interroga y todo lo niega, se toman nuevos datos y los indicios se agraban: se le ponen unas dos barras de grillos y el persiste en su negati-

Va: al fin se le remite un lunes á Buenos Aires sentado á mugeriegas en un caballo sin mitigar el rigor de sus prisiones: llega á la casa de policía por la tarde (Lujan dista 16 leguas de Buenos Aires), tan solo se demora el tiempo que se tarda en leer lo actuado y en estender la sentencia de muerte; esa misma noche y con la misma custodia que lo habia llevado se le hace regresar, y á las dos de la tarde del martes está de vuelta en Lujan habiendo andado 32 leguas en un mal recado con dos barras gruesas de grillos y en la posicion mas incómoda que puede darse. Inmediatamente se le pone en capilla y al oír la sentencia esclama: "¿Son estas las leyes que se preconizan en este Pais? cualquiera que fuese el crimen de que se me acusa, debería oírseme y escuchar mi defensa, debería sujetarseme á un juicio: pero nada ha habido y se me mata indefenso y contra todo derecho."

En seguida entró el cura del pueblo á ofrecerle los auxilios de la religion que no quiso admitir en manera alguna. En vano fueron las persuaciones y los ruegos, en vano fué que se interpusiesen las personas de su amistad, el hombre ostentó la mas deplorable firmeza. El buen cura agotó toda su clemencia sin dar mejor resultado y ya cansados todos y accediendo á sus deseos lo dejaron solo y se acostó á dormir tranquilamente. El valor extraordinario de este hombre habia impuesto de tal modo á sus guardianes que lo miraban con una especie de terror. Cuando por complacerlo se retiraron tuvieron buen cuidado de correr los cerrojos de la única puerta que tenia el calabozo, quedando solo para observarlo una pequeña abertura que tenia la misma puerta: por alli vieron que tentó sus grillos como para probar un último esfuerzo de sacarlos; convencido de la imposibilidad, se tendió en la cama á dormir. He dicho antes que les habia impuesto miedo, debo añadir que los habia fascinado en términos que estoy persuadido que si hubiera logrado librarse de sus prisiones no habiera habido quien se le pusiese delante.



A la mañana siguiente insté para que Margarita se fuese á pasear lejos para que no presenciase tan triste espectáculo: así lo hizo: yo solo de mi familia lo ví en todos sus pormenores, porque el banquillo estaba coloeado en la plaza en frente de mi habitación. Salió con paso firme, aire erguido, voz entera y manifestando en todas sus acciones y movimientos el mas indómito valor. El sacerdote iba á su lado y de cuando le dirigia algunas palabras dulces y persuasivas, á las que alguna vez contestaba “Ya le he dicho á Vd. Padre que todo es inútil.” Al irse á sentar en el fatal banquillo, se quitó un poncho de paño azul que llevaba puesto y lo dió á un soldado de policia con quien habia tenido relaciones de amistad diciéndole—“Conserve Vd. esta memoria mia.” Despues de sentado todavia se acercó el sacerdote y le dijo—“Hermano todavia es tiempo, un solo momento de arrepentimiento basta para la salvacion de un alma.” Nada quiso contestar y recibió la descarga sin perder la aptitud fiera que habia conservado durante toda la escena. Se dudó si se se daria sepultura eclesiástica á su cadáver y se consultó á Rosas depositándolo entretanto en la orilla del rio, vino la contestacion y se le enterrò en una zanja del campo.

Segun todas las probabilidades y los mas vehementes indicios este hombre era un insigne criminal, era el asesino de una muger á quien él mismo habia seducido: merecía sin duda la muerte que sufría, ¿pero por qué no aplicársela segun lo previenen las leyes, y guardando las formas por ellas prescriptas? ¿Para que ese lujo de despotismo? Haciendo con los trámites debidos esta ejecucion que en el fondo la creo justa, se hubiera logrado mucho mejor imprimir en los demas el escarmjento y sin duda se hubiera ahorrado tambien el escándolo de su impenitencia. Este hombre con algun mas tiempo para reflexionar, y convencido de la justicia con que se le imponia el castigo, se hubiera reconciliado con la sociedad y con Dios y se hubiera arrepentido: pero llevadas las cosas por el camino que hemos

visto, qué mucho que siendo un hombre sin principios, en quien estaban amortiguadas las ideas religiosas, de un carácter indómito, que mucho digo que viendo holladas las leyes humanas, se hubiese creído dispensado de la observancia de las divinas? Este suceso hizo profunda impresion y fué materia de conversacion para muchos dias, pero sin que nadie fuese osado de hacer la menor observacion sobre la fragante violacion del mas justo de los derechos, cual es la defensa. Solo añadiré que este hombre no habia prestado servicios á la causa de la federacion.

Fuí también testigo del aparato que se hizo con un desertor á quien mandó Rosas fusilar. Se le trajo del cuartel al cabildo, é inmediatamente sobre una barra de grillos que tenia se le puso otra, y se procedió luego á notificarle la sentencia. Al dia siguiente se puso altar en la capilla que quedaba bajo mi habitacion, se dijo misa á que asistió la tropa formada y creo que el mismo Ramirez, se le dió también la comunión. Concluida la tan edificante escena se le hizo montar á caballo en la única posicion que le era posible hacerlo, y con una escolta proporcionada se le hizo marchar á la Barrancosa donde estaba la mayor parte de su cuerpo, y donde fué ejecutado luego que llegó. Es difícil que sentenciado ninguno haya hecho un camino tan largo desde la capilla hasta el sepulcro como el que se le obligó á hacer á este desgraciado: es probable que en este lúgubre paseo de mas de 30 leguas se quiso atemorizar á todas las poblaciones del camino. ¿Y para qué seria tanto lujo de preparaciones cristianas cuando se han muerto hombres á millaradas sin pensar si quíera en semejante cosa? Lo ignoro: esto me recuerda el indio de Santa-Fé á quien se quiso administrar el bautismo para luego hacerlo morir en medio de horribles tormentos.

Hubo en este mismo tiempo con corta diferencia otro suceso que no puedo dispensarme de referirlo. El coronel Ramirez se hallaba entonces en el canton de la Barrancosa y repentinamente mandó á Lujan en clase de arresta-

do al teniente Montiel, jóven apreciable y de interesante figura. Nadie, ni el mismo Montiel sabia la causa de su arresto y de su espulsion de la Barrancosa: no estaba comunicado, pero por ciertas precauciones que se observaban se venia en conocimiento que estaba bien recomendado: Sin embargo, Montiel cuya conciencia nada le arguía solo sospechaba, que la queja de un soldado á quien habia reprendido con justicia sirviese de pretesto al coronel para despedirlo del regimiento y que á esto se limitaría todo—pero no fué así como vamos á referirlo. Despues de 12 ó 15 dias de prision, se presentó en Lujan el capitán ó mayor Macaluci con órden de conducir á Montiel á la Barrancosa. Yo los ví salir de la carcel juntos y montar á caballo una mañana despues de haber hecho un abundante almuerzo en que el vino no habia andado muy escaso: conversaban y reian juntos y no iba escolta alguna—me dijeron que dos ó tres soldados que llevaba Macaluci los habia mandado esperar á la orilla del pueblo, para aparentar mejor la inocencia de aquel viage. Nadie pues sospechaba el fatal destino de Montiel y no es sino con estupor que se supo á los tres ó cuatro dias que inmediatamente de llegado á la Barrancosa habia sido fusilado, sin juicio, sin defensa, sin recibirle siquiera su confesion y sin mas antecedentes que algunas declaraciones tomadas á otros en su ausencia.

A los muy pocos dias vino Ramirez de la Barrancosa, y habiendo ido á visitarme me refirió muy por estenso el suceso de Montiel: por el esfuerzo que hacia para justificar su proceder, se conocia que estaba atormentado por su conciencia. Hé aquí la relacion que me hizo—Hacia meses que Ramirez habia tenido un encuentro con los indios, sobre los que obtuvo algunas ventajas—ventajas que se exageraron, cacarearon y celebraron del modo mas ridículo; nadie habia hablado hasta entonces del malogro de una carga por haber hecho sonar un trompeta el toque de *alto* ni cosa parecida, mas un dia (y ahora es que empieza la

relacion de Ramirez) que iba este paseando por el campamento oyò por casualidad que un trompeta referia á otro soldado que el teniente Montiel le habia mandado tocar *alto*, y que por eso no habia obtenido la carga todo el resultado: entonces fuè que mandó salir á Montiel y que reunió otras declaraciones que comprobaban el hecho. Formalizadas estas, dió cuenta á Rosas quien ordenó que se fusilase á Montiel sobre la marcha para lo que se le hizo regresar de Lujan con Macaluci segun se ha referido. Estaba Ramirez tan ocupado de este suceso que me hizo una larga narracion y hasta me relató la proclama que habia pronunciado despues de la ejecucion, mas á pesar de su elocuencia quedaba mucho de obscuro en el negocio para que no desease aclararlo.

Traté pues con paciencia y tiempo de aclarar este misterio, ya por las relaciones que oia á los oficiales de guardia, ya por las noticias que obtenia por medio de mi familia, y lo que saqué en limpio me llenó de horror y dobló los terrores de mi familia; fuera de Macaluci, habia un Muñoz ayudante de Ramirez que era como el primero, y aun mas de los ministriles de su confianza sin perjuicio de que le aplicase algunos latigazos cuando lo dominaba el mal humor. Este Muñoz segun creian todos era sobrino carnal de Ramirez por ser hijo sacrilego de su hermano clérigo ya finado: el tenia la comision de llevar todos los meses el dinero para el pago de la tropa, y ademas obtenia otras comisiones que lo tenian en continuo movimiento. No pasaba mes, sin que cuando menos hiciese un viage de la Barrancosa á Buenos Aires ida y vuelta. Sobre el camino habia una familia con hijas jóvenes que era frecuentada de los oficiales que pasaban. Allí supo Muñoz que Montiel se habia espresado de un modo desfavorable á Ramirez diciendo que su conducta militar en el encuentro con los indios no habia sido la que convenia. Puesto este chisme en conocimiento de Ramirez por Muñoz, y sin averiguar el grado de certeza que tenia se propuso vengarse á toda costa.

Para ello pues, se forjó ó si fué efectiva se dió ese valor á la conversacion del trompeta y se tomaron otras declaraciones teniendo cuidado de alejar á Montiel para que le quedase el campo libre y no pudiera desmentirlas. Para obtenerlas cual se deseaba se empleó la coaccion, y se pusieron en ejercicio promesas, amenazas y hasta castigos efectivos: hubo un sargento que conozco mucho, que vive y que quizá nombraré (1) que fué temporalmente privado de las ginetas y sufrió por muchos dias la prision y una barra de grillos porque no cometia una infamia. Con estas declaraciones cuyo contenido ni aun se hizo saber á Montiel, se dió cuenta á Rosas y éste decretó su muerte sin apelacion. Ahora no hubo ni auxilios espirituales, ni misa, ni nada de lo que se habia concedido al desertor ¿y por qué? no lo sé— tan solo me resta que añadir, que el desgraciado Montiel habia servido á las órdenes del General Lavalle, y esta era una recomedacion que muy poco le favorecia y que se tuvo presente para su condenacion.

Por abreviar no he hecho mencion de otro hecho que tuvo lugar el dia antes de mi llegada á Lujan que tenia la poblacion en consternacion, pensando que iban á seguirse de pronto otras ejecuciones sin escluir la mia, el cual tocaré ahora ligeramente. En la estancia de D. José Maria San Cristóbal se habia dado caballo y hecho acompañar por un peon á un desertor hijo de una muger que tenia íntimas relaciones con el capataz. El peon y el desertor fueron aprendidos y fusilados luego en la plaza de Lujan. Aun estaban calientes los cadáveres cuando traian preso á San Critóbal y á su capataz, debiendo por supuesto creer que iba á correr la misma suerte de su peon: hubo de perder el juicio. Estuvo cuatro meses luchando diré así, con la muerte y una buena barra de grillos hasta que por medio de resortes que pudo tocar obtuvo su libertad. Al otro dia de su prision es que llegué yo á Lujan, y recuerdo que muchas veces alcancé á ver su blanca cabeza y su fisonomía respetable.

Toda nuestra vida pasaba allí bajo las impresiones

mas desagradables; Fuera de esas escenas de horror que he descripto teniamos el disgusto de ver los mas de los dias sartas de hombres engrillados que llevaban de varios puntos de la campaña á Buenos Aires, y que venian como á una posta á pernoctar con la cárcel de Lujan: no solo los criminales iban engrillados, sino los ligeramente indicados de algun delito y los reclutas que se destinaban á las armas: llegué á ver partidas que no bajaban de veinte, mas por lo comun eran menores. Con este motivo pregunté de donde salian en poder de los jueces de paz tantos grillos y me digeron que el gobierno habia tenido cuidado de proveer con una prodigiosa abundancia de este artículo á los juzgados de paz, que eran tambien comisarias de policia y á las comandancias militares. Calcúlo que habrian bastantes miles de grillos en la provincia de Buenos Aires y que habrá hasta ahora. Con un solo par se sujetaban dos personas colocando cada anillo en la pierna izquierna de ámbos de modo que para caminar era forzoso que uno fuese delante del otro: cabalgaban lo mismo sentado uno en el lomillo y el otro en las ancas de un solo caballo, y quedando los grillos del lado que habian montado. Pero esta clase de prision no estaba reservada á los hombres de tropa, pues vi capitanes y subalternos engrillados, ser conducidos á Buenos Aires por faltas de servicio que no afectaban el honor. Uno de ellos (1) que tiene actualmente el grado de coronel ha servido despues á mis órdenes y se ha conducido con distincion. Omito otras ejecuciones de azotes por cientos aplicados en medio del dia, en la plaza pública y á nuestra vista para evitar prolijidad, como otros mil incidentes que contribuian á atormentarnos. Lo dicho basta para formar juicio de lo que sufriamos y de la situacion de aquel desgraciado pais.

A estas escenas de horror se sucedian otras de una bur-

---

(1) El coronel D. Matias Rivero—de quien acabo de saber que se ha marchado al Cerrito de donde irá sin duda á Buenos Aires.

lesca pantomima. Por ejemplo, un dia vimos entrar de la parte de Buenos Aires un coche encarnado, tirado por cuatro caballos cuyos tiros eran forrados en tela del mismo color y adornados de testeras y coleras tambien encarnados. El coche iba vacio, pero lo acompañaba un coronel (era mi amigo D. Ramon Rodriguez) con una pequeña escolta aderezada en la misma forma. Dificil era atinar con el destino de esta ceremoniosa comitiva: ella pasó y luego se supo que era dirigida á Córdoba á traer los restos mortales del General Quiroga. Efectivamente antes de un mes regresó trayendo el coche por única carga un pequeño cajon en que se decia estar contenidos.

Otra vez la cosa era mas formal, pues en lugar de uno eran tres ó cuatro coches preparados en la misma manera y sin que dejase uno solo de ser encarnado, que iban á traer al General Lopez de Santa-Fé, para procurar la mejoría de su salud. A los pocos dias volvió el comboy trayendo á S. E. con su familia y séquito y ademas una numerosa escolta de vecinos principales de la campaña y milicias que se relevaba en todos los pueblos. En el primer coche venia Lopez con su secretario y su capellan el cura Amenabar; en el segundo venia su muger é hijos, en otro algunos oficiales, y luego en otro las criadas: cerraba la marcha un coche verde de la propiedad de Lopez que hacia un matiz singular con los que le precedian. En Lujan se le preparó gran casa y hospedage, hubo felicitaciones, repiques, guardia de honor &c. &c. En fin aunque fuese por causa, ó con pretesto de enfermedad los dos grandes amigos iban á verse, á entenderse, á tratar seguramente los negocios de Estado y decidir quizá la suerte de la república.

Asi pensaba yo y creo que pensaban muchos, y por decontado consideraba que sus decisiones debian influir eficazmente en mi destino ¡Que digo influir! tenia por cierto que deliverarian y resolverian definitivamente el que debian darme, porque no era posible que quisieran tenerme eternamente en una prision que era gravosa al Es-

tado por cuanto se pagaba un destacamento de 30 hombres ó 40, con sus oficiales correspondientes para mi sola custodia, y que era tambien inútil en el giro que habian tomado las cosas. La pomposa recepcion que se hizo á Lopez en Buenos Aires donde se cubrió de banderas la calle de la entrada, se formaron las tropas, se le preparó la fortaleza, es decir el antiguo Palacio de los Virreyes para alojamiento y se hicieron las mas ostentosas demostraciones, venian á fortificar aquellos conceptos. Ya en mi imaginacion veia surgir de esta famosa entrevista algunas medidas generales á toda la república, alguna vislumbre de organizacion nacional, alguna mejora en la administracion, y una vuelta mas ó menos rápida á un sistema de gobierno mas moderado. Ansiaba por saber algo de las conferencias de los dos caudillos, mas los dias pasaban, sin poder adelantar mas sino que S. E. santafesino iba al teatro, á otros espectáculos y otras sandeces de este género.

Despues de dos meses meses mas ó menos regresó Lopez con algunos obsequios de poca importancia que se dijo haberle hecho, y ademas con el mismo aparato de banderas, formacion de tropas, repiques y acompañamiento que habia llevado á su ida. Tuvo ademas el honor que Rosas en persona y su hija Manuelita lo acompañaran con otros personajes hasta el Puente de Marquez, ó mas allá, pero nunca quiso Rosas llegar á Lujan aunque sé que se lo propusieron. Lo de mas substancia que se habló entonces sobre los asuntos que habian tratado, fué la solicitud de un Obispo para Santa-Fé para que designaban unos al canónigo Vidal y otros á Amenabar. Si hubo algo de esto como me inclino á creer, no solo nada logró Lopez sino que mereció que Rosas ridiculizase su pretension, y en prueba de ello referiré lo que fué público á toda la concurrencia. Rosas en su acompañamiento de despedida se habia hecho seguir de su loco favorito: asi como otras veces lo condecoraba con la denominacion de gobernador, y fingia por burla que lo respetaba por tal, en el camino y en la noche.



que pasaron en el Puente de Marquez, se le antojó que el loco fuese obispo y como á tal le daban el tratamiento y lo consideraban burlescamente. ¿No sería pues esta una amarga sátira contra el candidato de Lopez, y contra el mismo Lopez si habia propuesto algino?

Lopez pasó de regreso por Luján devorado de desengaños y mal humor; que incomodado de la falta de salud. Tenia razon, pero no para haberse creado él mismo esa posicion por su torpeza y estúpido modo de proceder. Despues he hablado con D. Manuel Leiva que era quien servia á Lopez de secretario, y he sabido que no hubo las conferencias que habiamos soñado, ni cosa que se pareciese: eran muy pocas, raras las veces que Rosas lo habia visitado, y entonces en nada menos pensó que en ocuparse de negocios de Estado: con pretesto de atender al regalo de los huéspedes estaba instalado en el fuerte el coronel Ramiro edecán de Rosas, que naturalmente daría cuenta de lo decia, hacia, y hasta de las visitas que recibia. Le indicaron que se pusiera la cinta colorada en el pecho, cosa que antes habia desdeñado y lo hizo, como lo hicieron todos los de su comitiva sin escluir las damas que traian sus grandes moños punzos. Concluyamos. Lopez nada mas sacó para sí de su viage á Buenos Aires que un piano que le regalaron y los ridículos honores de que lo colmaron, y para el pais nada otra cosa que la conviccion de que Rosas era todo, quedando su influencia completamente anulada.

Estos debian ser al fin los efectos de esa política (si es que puede llamarse política) menguada, estúpida, miserable y rastrera que siempre guió los pasos del gabinete santafecino. Todo el empeño y objeto de sus miserables maniobras se reducía á sacar de Buenos Aires ó de otro gobierno que hubiera querido alguna propina fuese en dinero, armas, ó vestuarios: cuando lo consiguiera habia llenado su objeto, sin mirar para el día de mañana y sin las ulterioridades de una generosidad calculada. Si cuando estuve en Córdoba hubiera tenido medios de equilibrar las

dádivas que hacia Rosas, es seguro que se hubiese inclinado á mi favor. Algo semejante á los salvajes del Chaco ó de las Pampas, que desatienden los medios honrosos de adquirir, para vivir á costa de sus vecinos ya por la violencia, ya haciéndose pagar su aparente amistad, así Lopez en nada pensando menos que en fomentar la industria, el comercio y los trabajos útiles en su país, queria tener en contribucion á los gobiernos y pueblos á quienes convenia neutralizar los fondos de que podja disponer. Recuerdo haber oido á algunos santafesinos ponderar los talentos de Cullen diciendo—!Oh; D. Domingo es hombre muy vivo (que era lo mismo que decir es un gran diplomático, hombre de Estado y eminente estadista) porque cuando vá á Buenos Aires siempre ha de sacar algo: no hay ejemplar de un viaje que haya hecho que no haya traído dinero, vestuario, armas, ó todo á un tiempo. Lograda una remesa de estas ya quedaba Lopez contento y satisfecho. Era pues un menzugo gaucho sin ninguna clase de elevacion, sin miras entonces y sin ninguna prenda de las que hace disculpable la ambicion. El estado de atraso, de barbárie, y de pobreza en que quedó Santa Fé despues de haberla gobernado con un poder absoluto por 20 años es la prueba mas elocuente de su ineptitud y pequeñez.

Ya de vuelta Lopez en Santa Fé, sin haber obtenido cosa alguna vino á Buenos Aires Cullen á probar si era mas feliz: fué recibido tambien con una pompa pueril y alojado en el fuerte como su patron. Entabló algunas intrigas con los agentes franceses que bloqueaban entonces á Buenos Aires y se cree generalmente que quiso entenderse con ellos y obligar á Rosas á ceder para que se levantara el bloqueo que afligia por igual á todas las provincias, mas yo no pienso así—lo que creo que quiso dar la alarma á Rosas, para que este pagase á buen precio la docilidad de Lopez, y que le salió la cuenta errada. El Dictador de Buenos Aires tenia ya la conciencia de su poder y rehusó pagar una condescendencia que qui-

zá no necesitaba. Además en esos momentos acaeció la muerte de Lopez, y Cullen le sucedió—Quiso seguir el mismo juego pero sin el poder de su antecesor le fué imposible sostenerse, y mucho menos intimidar á Rosas.

Se me ha pasado una observacion, que hubiera estado mejor en otro lugar, pero que no por eso omitiré. Cuando Rosas se hizo autorizar por las provincias para entender en los negocios de paz y guerra, dijo que siendo muy moroso y prolijo estar consultando á todos los gobiernos sobre cada ocurrencia que sobreviniese, era conveniente se le autorizase para espedir sin ellos poniéndose de acuerdo con su compañero Lopez. Este imbécil gaicho no supo sacar partido de este importante antecedente y se dejò arrebatado toda su influencia amilanándose él y chasqueando á los pueblos que habian esperado mas de su capacidad.

Me he distraído en estas reflexiones, del objeto de esta narracion y debo volver á ella. Para que se comprenda el grado de servidumbre á que estaba ya reducida la poblacion, y el modo como eran tratados los vecinos de la campaña, referiré entre varios un hecho que he visto. Venia de Chile un personage inglés, de cuyo nombre y carácter no me acuerdo, sino que habia sido gobernador en una de tantas colonias que posee aquella nacion. Como estaba entonces en los intereses de Rosas cortejar al gobierno de la Gran Bretaña, habia dado orden que entre los honores se le diese una escolta de cincuenta hombres mitad vecinos (!Qué rareza!) y mitad milicianos. Se citaron los primeros de entre los principales del pueblo y sus dependencias para que á tal hora del dia estuviesen á caballo de chaqueta y pantalon azul, chaleco punzó, sobrepuesto, testera y colora del caballo del mismo color. Todos fueron puntualmente exactos y á eso de las once del dia que pasó el coche del ingles siguieron trás él á guisa de escolta. El coche iba muy ligero, en términos que á las 4 de la tarde entraba en Buenos Aires. Dicha escolta debia ser relevada por otros vecinos y milicianos en medio del camino, mas no habien-

do estado pronto el relevo por la celeridad del viagero, tuvieron los lujaneros que seguir hasta la ciudad. ¿Pero qué sucedió? muchos que no pudieron seguir la rapidez del carruaje fueron quedando deseminados, y otros entre quienes habia hombres de avanzada edad llegaron mas muertos que vivos. Al fin la derrota fué completa, y fueron regresando á sus casas á los dos, tres y seis dias, todos estropeados, escaldados, y habiendo desatendido sus casas de negocio á sus faenas rurales por todo ese tiempo. ¿Y se pensará que hubo quejas? Ningunas. Rosas se burla de los hombres pero los hombres le han dado lugar á ello. Permitaseme aplicarle el concepto que una célebre escritora hizo de Napoleon—“Si él ha concebido el mas profundo desprecio por la especie humana, ella lo ha merecido demasiado por su servil condescendencia.”

Elisalde falleció en Buenos Aires el 28 de Julio del 38 y Rosario pudo reunirsenos para no separarse mas. Para que es decir la dolorosa impresion que hizo esta nueva desgracia. Margarita estaba otra vez embarazada y tuve que tomar precauciones para darle la noticia: ella amaba sinceramente á su padrastro y sintió vivamente su muerte. En cuanto á mí, desaparecia uno de mi familia sin que hubiese podido ni aun hablarlo, no obstante que habia estado á mi inmediacion y que habia alcanzado á verlo. Mi hermana doblemente viuda se unia á su hija y á mí con vínculos mas estrechos. Mi madre perdió notablemente en su salud, no era sino con trabajo que se arrastraba al cabildo todos los dias. Nuestros sufrimientos morales gastaban nuestras fuerzas, y la prolongacion indefinida cerraba á veces nuestro corazon á la esperanza. Agregaré á esto la continua zozobra que agitaba todos los momentos de nuestra existencia. Un suceso político, un chisme, una calumnia podia empeorar súbitamente nuestra situacion y hacerla desesperada. Una vez á un soldado ébrio y diré mas loco, se le antojó decir en una pulperia que tenia sus conversaciones secretas conmigo cuando entraba de centinela, y fué este mo-

tivo de grande alboroto—se le pusieron grillos, se le tuvo incomunicado, se le tomaron declaraciones, y tal era la ridiculidad del personage que tuvieron que echarlo á la calle y callarse. Despues referiré lo que sucedió con el bondadoso y honrado capitan Palavecino, que tomó la comandancia en ausencia de Ramirez á consecuencia de la muerte de Serna,

El 24 de setiembre fué un dia de la mayor agitacion para el pueblo de Lujan, y del que se acordarán en muchos años. Habia llovido copiosamente toda la noche anterior y desde que amaneció ya se notó que el rio crecía estrordinariamente: sin embargo nadie calculó lo que iba á suceder. El aumento de sus aguas era tan rápido que á las ocho ya habia cubierto el puente y amenazaba invadir la poblacion, lo que no tardó en suceder. A las nueve ya entraba la agua por algunas calles y la plaza, y á las diez, dos terceras partes del pueblo eran un crecido lago cuyas aguas escurriéndose por un lado eran reemplazadas por otras que traia el rio. El cabildo como es de inferir habia quedado aislado y el comandante pensó seriamente en sacarme de mi prision para trasladarme á otro punto hasta que pasase la turbonada: así se hizo á las once de la mañana, hora en que habia en la plaza mas de cinco palmos de agua. Me llevaron con mi correspondiente guardia primero á una casa, y despues á otra, huyendo siempre de la agua que venia en aumento. A la tarde paró la creciente á la noche empezó á bajar; á los cuatro dias todo estaba ya en seco y yo volví á mi antigua posicion del cabildo. Es seguro que si la creciente sucede de noche hay innumerables víctimas: felizmente era de dia, y las pérdidas se redujeron á algunos efectos y unas pocas casas caidas.

La peregrinacion de cuatro dias por aquellas pasucas de la orilla, con todas sus incomodidades anexas, fatigaron mucho á Margarita que se conceptuaba en el último mes de su embarazo. Cuando volvimos al cabildo recuer-

do que me dijo que se alegraba de verse otra vez en posesion de su anterior vivienda. Efectivamente el 24 de octubre dió á luz á las doce del dia á mi tercer hija que se llamó Margarita, la que conservo aun. Este mismo dia bajaba Oribe de la silla de la presidencia Oriental, dejando el poder á Rivera que á consecuencia de su victoria del Palmar asediaba á Montevideo. Este era un verdadero revés para Rosas cuyos enemigos los emigrados tomaban en el estado vecino una gran influencia. Eran los preludios de la terrible guerra que ha devastado ambos paises. Mas este revés vino luego á compensarse con la de Santa Cruz en Yungay que trajo su caida, y la de Veron de Estrada en Pago Largo. En celebridad de estos sucesos Rosas dió libertad á muchos presos políticos, sin que en cuanto á mí se variase en lo mas pequeño el régimen que habia establecido. Por el contrario en ~~ese~~ mismo tiempo hubo un suceso que nos mortificò terriblemente.

Despues de la muerte del capitan Serna, habia quedado mandando el capitan D. Mariano Palavecino, paisano honrado y de humanos sentimientos. Le merecia consideraciones, y hacia el de su parte cuanto podia sin faltar á su deber por hacer mas llevadera mi situacion. Como una obligacion anexa á la comandancia de Lujan, era la de vigilar sobre la estancia de Ramirez que estaba á tres leguas de este pueblo. Administraba dicha estancia como capataz un teniente de línea del cuerpo de Ramirez y servian de peones los soldados de una partida destinada al efecto, lo que era muy económico pues no tenian mas salario que el sueldo que les daba el Estado segun sus clases. Ademas del almacen del regimiento se les suministraba especialmente vestuario y monturas supernumerarias. Sucedió una vez que un ladron robó una ó dos vacas en la estancia de Ramirez, que esto llegó á noticia de Palavecino y que este se limitó á avisarlo al teniente capataz sin tomar otras providencias. Esta que Ramirez reputó tibieza en

el celo por sus intereses, fué un crimen en Palavecino que excitaba toda la venganza de Ramirez: mas como este no podia ser un motivo ostensible de persecucion legal, fué preciso buscar otro, y le ocurrió el de suponer sospechosas sus relaciones conmigo. Fué mandado un capitán Sagasti à relevar á Palavecino, luego fué este arrestado y conducido á la Barrancosa donde estaba Ramirez. Se tomaron prolijas indagaciones, se hicieron diligencias esquisitas por hallar alguna culpabilidad, mas no pudo sacrificarlo como á Montiel, y sin embargo Palavecino salió á buen librar sin empleo, y trasladándose á Buenos Aires. Su sucesor Sagasti sin cometer actos de positiva hostilidad se manifestó tan terco y retirado que no le ví la cara hasta el dia que vino á significarme que se habia concluido mi prision en Lujan.

No quiero dejar pasar esta ocasion de decir algunas palabras sobre el singular carácter de mi principal carcelero el coronel Ramirez. Era un hombre sin ninguna instruccion, de consiguiente ignorante hasta lo sumo. Desde jóven que lo conocí en el ejército era mezquino, pero ahora estaba devorado de una avaricia insaciable. Solo con su muger (que es repito una excelente señora) sin hijos, sin otros deudos á quien socorrer, sin erogaciones de ninguna clase, vivia en estrechez, no obstante que habia aglomerado por medios cuya legalidad era dudosa, una buena fortuna. Atraviliario, violento, frenético frecuentemente, tenia siempre en la mayor zozobra á los que vivian á su inmediacion. Tenia por criado á un mulato llamado Tomas que habia sido antes su esclavo, y al cual habia vestido de uniforme para que se lo pagase el Estado: despues de algun tiempo quiso aumentarle el salario y el espediente que tomó fué hacerlo sargento para que percibiese algunos papeles (moneda) mas. Mas á pesar de esto el tal Tomas era el hombre mas desgraciado y pienso que no hubiera estado bien compensado aunque lo hubiera hecho general. Cuando veniamos á Lujan y que el viajaba en el coche que me

conducía según he referido, habiendo hecho *alto* en una parada, vino el mulato muy placentero á abrir la portezuela del coche por si queria bajar Ramirez; este lo hizo pero de un modo particular. No habia precedente alguno que hiciera sospechar la tempestad que iba á estallar; no habia notado ni falta en el criado, ni cólera en el amo, y sin embargo desde que puso el pié en el estribo y antes de tocar el suelo empezó á descargar tremendos golpes sobre el pobre sargento, los que primero caian perpendicularmente sobre su cabeza porque venian de mas altura y que despues tomaron otra direccion cuando Ramirez tomó tierra firme. Esta escena fué muda, pues ni el amo, ni el criado hablaron una palabra, hasta que este fué aterrado y aquel se internó en el rancho que estaba inmediato.

Otras veces lo ví arrancar la pistola que siempre traía al cinto en campaña, amartillarla y ponerla al pecho; entonces era indefinible la fisonomía del desgraciado Tomas, mas debo decir en obsequio de la verdad que en mi presencia nunca llegó el caso de dispararla y solo quedó en amenaza, aunque tambien debo añadir que el mismo Ramirez conversando confidencialmente me dijo: que algunas veces en sus arrebatos llegaba á disparar efectivamente la pistola sobre el cuitado mulato pero que para precaver una desgracia á que podia arrastrarlo su genio la tenia siempre descargada, y solo con ceba fulminante, la que únicamente hacia su esplosion. No quiero privarme de referir algunos hechos que son públicos que muestran el carácter ó mejor diré locura del guardian en cuyas manos habia sido puesto.

Al considerar la latitud que le dejaba Rosas, ó mas bien la parte de *facultades extraordinarias* que le dejaba ejercer, he estado tentado en creer que queria castigar al segundo departamento que es el que mandaba Ramirez, de la afeccion que habia mostrado á su antiguo jefe el General Izquierdo que no era amigo de Rosas. El vecindario y los milicianos eran tratados no solo de un modo arbitra-



rio sino brutal. En cuanto á mi no debo quejarme pues siempre me respetó mas que á nadie, y aun algunas veces manifestaba consideraciones que admiraban á todos. Pienso que la medida de su conducta eran las disposiciones de Rosas hácia mí, segun las comprendia en el momento; por lo demas repito que no juzgo que el carácter de Ramirez fuese positivamente cruel, y mas bien me inclino á creer que queriendo tambien él inspirar el terror, no hallaba otro medio que el de dar palos y patadas sin tasa y sin discernimiento.

Un capitan Frias de las milicias de la Capilla del Señor, estando en la Barrancosa con su compañía, incurrió no se porque en la desgracia de Ramirez. Para vengarse le buscó la vida, y lo encausó sobretesto de que habia aconsejado la desercion á los milicianos. Tampoco pudo inmolarlo como á Montiel, pero consiguió quitarle el empleo y hacerlo retirar á Buenos Aires. Frias tenia buena reputacion y era querido de sus soldados, lo que desagradaba estremadamente á Ramirez; veamos como se condujo para hacerlo olvidar. Cuando se encontraba casualmente con algun soldado le preguntaba ¿de que compañía es Vd? Este aterrado ante la presencia de su terrible coronel, no le ocurría en el momento el nombre del nuevo capitan que le habian dado y contestaba por costumbre y casi maquinalmente—*de la compañía del capitan Frias*, modo ordinario de designar las compañías entre los milicianos. Un tremendo puñetazo era entonces la respuesta del coronel con el cual estropeaba malamente al miliciano: por este medio tan sencillo llegó á estar machucada una parte de la compañía, cuyos soldados tenian un ojo hinchado, ó las orejas molidas, ó los rostros acardenalados, hasta que bien á su costa aprendieron á no equivocarse, ni á nombrar involuntariamente al capitan Frias.

Una vez, entre una y dos de la mañana fui despertado, é intimado desde la puerta de mi prision de vestirme y levantarme: la sorpresa de Margarita fué extrema, pero un,

presentimiento saludable me hizo preveer que nada tenía que temer é hice lo que pude mientras medio me vestia por tranquilizarla: Ramirez no estaba en Luján, y á pesar de eso se me ocurrió que este aparato era una locura sin consecuencia. Efectivamente habia llegado de impreviso desde la Barrancosa á esas horas y habia venido en derecha á visitar la guardia que era mandada por un alférez Gonzalez á quien encontró recostado durmiendo. Entonces fué Troya: lo mandó relevar, lo puso arrestado, daba gritos descompasados, patêaba, amenazaba, y hacia ridiculeces propias de un insensato. El sargento corrió la misma suerte que el oficial, pero con lo restante de la guardia que se conservaba formada estuvo mas complaciente: le habló de su reciente victoria sobre los indios, de sus hazañas, y llegó hasta sacar un soldado de la fila, á quien haciendo tocar su espada, le preguntaba ¿sabe Vd. de quien es esta espada? Es la del coronel Ramirez (decia el mismo) la que ha escarmentado á los salvages &c. El soldado temblando repetia idénticas palabras, con lo que pareció por lo pronto serenarse la tormenta, pero faltaba la segunda parte, en que debia ser la víctima el capitán Palavecino que aun no habia sido destituido, y á quien se habia mandado buscar á su casa.

Apenas se presentó lo envistió con una furia desmedida, haciéndole cargo por el supuesto abandono de la guardia. Le ofreció veinte veces fusilarlo con gritos tan descompasados, que yo los oía desde mi cuarto, y se oirian tambien en la vecindad. En vano representaba Palavecino su esquisita vigilancia, agregando que esa misma noche á las doce habia estado á visitar la guardia y habia encontrado todo en órden, Ramirez replicaba esforzando la voz aun mas si era posible, *tenga Vd. entendido que si se va el prisionero hade responder con su cabeza, y que su familia y sus bienes han de ser estermados.* Sin cesar de gritar en los términos espresados salió de la cárcel seguido de Palavecino

no, y se dirigió á su casa sin dejar de oírse las voces hasta que se perdieron en los aposentos de ella.

Podria escribirse un libro curioso sino divertido de las extravagancias de este hombre particular, destinado á mortificar aquel vecindario: sin duda hubieran sido mucho mayores sus arbitrariedades, sin el contrapeso que le hacia el juez de paz D. Salvador Aguirre *Federal neto* y como tal muy bien conceptuado con Rosas, á quien transmitia cuanto chisme podia recoger. No solo él sino sus hijas que eran muchas, sus sobrinas y demas parentela' estaban consagradas al poco honroso oficio de espionas. Cerca del cabildo vivian las últimas y dedicaban la mas prolija investigacion sobre todo lo que concernia á mi familia, la que se guardaba tanto de ellas aun en las cosas mas inocentes como podia haberlo hecho del mas servil agente de policia: sobre todas una vieja y fierísima solterona Da. Inés Aguirre era desde una ventanilla un *argós* infatigable para observarlo todo. Sin embargo era tanto nuestro cuidado que ignoro si le dimos materia á sus delaciones. En cuanto á Ramirez, debo decir que sí pudo hacerme mucho mal y no lo practicó, tampoco me hizo el bien que pudo sin faltar en manera alguna á sus deberes. Sin desviarse de ellos merecieron mi gratitud Serna y Palavecino; no así Montojo y Sagasti de quienes ya he hablado.

Entró el año 39 sin que hubiese mejorado mi situacion; por el contrario aun debian sucederse muy sensibles desgracias de familia. Mi madre desmejoraba todos los dias en su salud no era sino arrastrándose que podia llegar hasta el cabildo. En los primeros dias de Febrero estuvo por última vez: despues de un rato se sintió incomodada y se retiró: ya no la volví á ver mas. El 10 de este mismo mes á las 4 de la tarde falleció despues de haberse dispuesto cristianamente y haber hecho su testamento. Lo que pasó al otorgarlo merece que lo refiera.

Cuando llegó el caso de nombrar albaceas me designó á mí en primer lugar, y el Juez de Paz que era entonces

D. Francisco Aparicio, rehusó admitirme en atencion á mi estado de prisionero: mi madre insistió y el juez rehusó nuevamente y no queriendo ceder ni el testador ni el actuario se suspendió la diligencia hasta consultar á Rosas. Eran las doce del dia anterior á la muerte de mi madre cuando Margarita vino y me avisó lo ocurrido, añadiendo que el juez de paz, se habia retirado á preparar la comunicacion en que hacia la consulta, siendo de nuestro cargo costear un hombre que corriese á Buenos Aires con ella. Instruido de todo la despaché otra vez para que dijese á mi madre que le agradecia la distincion que queria hacer de mí, que satisfecho con ella le rogaba que nombrase á mis otros dos hermanos en los primeros lugares, y que le dejase á la misma Margarita el tercero como una persona tan allegada á mí. Pareció condescender, y en consecuencia se avisó al juez de paz se creia innecesaria la consulta. Cuando este lo supo, manifestó desagrado diciendo que la nota estaba ya tirada, y que era mejor elevarla, mas como nuestra resolucion estuviese hecha le fué preciso conformarse y tuvo que asistir á la celebracion del testamento esa misma tarde. Mi madre habló en estos términos: “Ponga Vd. Sr. escribano que nombro condicionalmente primer albacea á mi hijo José Maria.”—El juez se negó— Mi madre continuó: “Ponga Vd. entonces que habiéndolo nombrado, y no siendo aceptado por el juez de paz, paso &c.” Tambien se negó el juez con la misma obstinacion: tenia miedo de nombrarme, mas bien queria recomendarse con esta aparente oposicion; digo aparente porque el Sr. Aparicio estaba muy lejos de sérnos hostil, y muchas veces nos habia manifestado simpatía que creí sincera. Finalmente mi madre dijo: “No permitiéndoseme nombrar en primer lugar á mi hijo mayor, quiero que sea principal albacea su muger que es la que mas inmediata lo representa, y nombro como tal á mi nieta y nuera Doña Margarita Wild de Paz, ocupando el 2º y 3º mis otros dos hijos Julian y Maria del Rosario.” Con lo que terminó la cuestion,

Tres ó cuatro dias despues de la muerte de mi madre eran las 8 de la noche, hora en que se retiraba Rosario y ya se disponia á hacerlo cuando vino un criado á decir que el juez de paz la buscaba con exigencia. Su terror y el de todos nosotros fué grande porque recordábamos otras visitas de esta clase que nos habian colmado de amargura. Antes de veinte minutos volvió desalada á peligro que la rechazase la guardia y de que ya nos hubiesen encerrado, á decirnos el motivo de la visita del juez de paz. Tal era su deseo de ostentar firmeza ante Rosas con respecto á mí, que á pesar de nuestra resistencia é ignorándolo nosotros habia elevado la consulta sobre el albaceajo hecho en mi persona: quizá tambien habia un deseo de conocer las disposiciones de Rosas con respecto á mí, las que eran materia de mil opiniones diversas. El resultado era que una nota del General Corvalan á nombre de Rosas me declaraba hábil para desempeñar el encargo que mi madre habia querido hacerme. El juez de paz creyendo que este era un buen síntoma sobre mi futuro destino se habia apresurado á comunicarlo y nos felicitaba, creo que sinceramente. Existe en mi poder la nota de Corvalan, en la que se expresaba se agregase al testamento, mas ya el asunto estaba concluido y mi madre no existi : á esperar la resolucion hubiera muerto intestada.

Para que detenerme en espresar el amargo dolor que nos causó esta nueva pérdida? Cualquiera sabe lo que importa una madre por anciana que sea: la nuestra se hallaba en este estado, pero era siempre la cabeza de la familia, era un nudo que ligaba todos los miembros de ella: faltando me parecia que quedábamos no solo en horfandad sino tambien en acefalía. Por otra parte la habíamos visto morir abismada de pesares é inquietudes por sus hijos, sobre quienes pesaban los mas grandes peligros: cerró los ojos sin saber su final destino. En cuanto á nosotros cualquiera se hará cargo que en unos corazones ulcerados por la desgracia esta última los hacia sangrar, causándonos un

inesplicable dolor. Si en circunstancias comunes y ordinarias de la vida, la pérdida de una madre, es una desgracia irreparable, ¿que seria para nosotros, batidos de tantos modos por el infortunio y con nuestras fuerzas agotadas por tan prolongados sufrimientos? Solo la providencia ha podido conservarme, y á ella, y despues de ella á mi querida Margarita le debo el haber sobrevivido.

Por Marzo recibió Margarita una carta de D. Rufino Elisalde en que le decia que se abria una vislumbre de esperanza, y que á la mayor brevedad hicjese una solicitud por mi libertad. Por decontado que se hizo así en el acto y se mandó un hombre en diligencia creyendo que á su regreso, traeria algo de mas positivo. El hombre regresó, sin mas contestacion que recomendarnos aun la paciencia. Pasó así un mes, y ya nuestras esperanzas volvjian á desfallecer cuando el sábado 20 de Abril á eso de las diez de la mañana vino Rosario corriendo á decirnos que un soldado habia ido á contarle que acababa de ver en lo del juez de paz, por casualidad, que habia llegado la órden para mi libertad. Antes de un cuarto de hora, estuvo el capitán Sagasti, á hacerme saber oficialmente que se abrian las puertas de mi calabozo debiendo pasar á Buenos Aires donde me presentaria á la policia y permaneceria como suele decirse con la ciudad por cárcel—sin poder alejarme mas de una legua de la plaza, y dando parte á la policia de la casa que habitase. En el acto se retiraron las centinelas y esa tarde fuí por primera vez á la casa en que moraba Rosario que era la misma en que habia muerto mi madre. El 23 nos pusimos en marcha y el 24 estuvimos en la capital de Buenos Aires.

He concluido mi tarea sin abrigar pretensiones á que se considere ni como un mediano trabajo: es una ligera memoria de lo que he sufrido en ocho años menos veinte dias de rigurosa prision, que consagro á mi hijo para su instruccion y para que conserve un recuerdo de su padre. He dicho ligera porque seria muy prolijo entrar en mayo-

res pormenores—he escusado referir los apuros pecuniarios en que algunas veces nos vimos principalmente en Santa-Fé, no porque faltasen personas que me ofreciesen recursos, sino porque no queria ocuparlas y no lo hice. He omitido tambien otros detalles que habiendo olvidado en el lugar que les correspondia, no he querido retroceder para ponerlos, ni rehacer lo que habia escrito. En gran parte, ni he vuelto á leer lo que una vez he <sup>re</sup>estampado, así es que no será extraño que haya repeticiones; tanto mas cuando ha mediado mucho tiempo entre el principio y la conclusion de esta memoria. Fué comenzada en Buenos Aires cuando habiendo salido de la prision estaba ocioso, observando las mayores precauciones para que en alguna visita domiciliaria que pudiese ocurrir no cayesen mis papeles en poder de Rosas, y ha sido concluida en el Janeiro, habiendo sufrido una interrupcion de nueve años que he estado en campaña y otras ocupaciones importantes y públicas: durante este tiempo ha estado relegada á un completo olvido.

Cuando la principié vivia Margarita y gozaba las dulzuras de la vida privada al lado de una compañera fiel, de una amiga sincera, de una muger querida, la concluyo despues de haberla perdido el 5 de Junio de 1848 á las diez y cuarto de la noche despues de haber dado á luz á mi último hijo Rafael. Si antes los recuerdos recientes de mi prision debieron influir en mi ánimo, ahora el infortunio que me agovia ha debido dar un tinte lúgubre á mis ideas, á mis palabras y á mis reflexiones. Sin duda adolecia tambien de acrimonia la pintura que hago de muchos de mis carceleros y de otros que han intervenido en mis desgracias, pero he querido espresar francamente mis pensamientos y no vestirme de un ropage fingido que no me conviene. Lo siento efectivamente, y mucho mas despues que he leído las "*Prisiones de Silvio Pellizo*," cuya dulzura, resignacion y caridad cristiana estoy muy lejos de poseer. Admiro con toda la fuerza de mi alma sus sublimes

virtudes, pero no á todos es dado el practicarlas. Sin embargo espero que Dios me perdonará y tendrá piedad de mí.

No obstante debo decir que en el terrible trabajo que me ha oprimido, solo he hallado consuelos en los principios religiosos, y en el testimonio de mi conciencia, solo allí he encontrado fuerzas para sobrellevarlo. Ahora mas que nunca quisiera tener la pluma de Pellizo para expresar lo que he sentido á este respecto durante el largo periodo de mis sufrimientos pero faltándome aquellos dotes habré de conformarme con lo poco que he dicho.

Finalizaré con una observacion que se me ocurre siempre que tiendo la vista sobre aquel triste periodo de mi vida, en que tuve durante ocho años suspendida sobre mi cabeza la espada de Demoeles. Casi todos mis carceleros y los que intervinieron en mi prision han desaparecido, y de un modo trágico. ¡Y yo les he sobrevivido! No lo esperaban ellos, cuando veian mis dias pendientes de un hilo, y contaban los suyos en plena seguridad. Sin contar á Lopez y Cullen: sin hacer mencion de Reinafé gefe de la fuerza que me tomó prisionero, del capitan Acosta que mandaba la partida, de Bartolo Benavides, el Rubio de Chinsacate, y Panchillo oficiales de ella, (fusilados los tres últimos) de Zeballos que me boleó el caballo (tambien fusilado) murió el primer oficial que me custodió en Santa Fé, que fué el ayudante Oroño asesinado por los indios, el segundo Freire fusilado por D. Juan Pablo Lopez, el tercero Pancho Echagüe de pesadumbre, el cuarto José Manuel Echagüe en un medio combate á favor de Cullen, y contra dicho Lopez, el quinto D. Moncillo asesinado en la batalla del Arroyo Grande, quedando solo con vida hasta hace dos años el ayudante Velez de quien he hecho mencion. De los que me han guardado en Lujan murió Ramirez en desgracia de Rosas y casi desesperado, Montojo y Serna fueron víctimas de una horrorosa enfermedad (inflamacion hemorroidal). Palavecino asesinado por la Ma-



zorca; solo de Sagasti que tambien es el último de los de Lujan como Velez de los de Santa-Fé, ignoro qué suerte han corrido.

De los oficiales subalternos que me han hecho guardia tomé en Caaguazú prisionero á un teniente Cisneros al que socorrí como pude y traté bien.

No me resta sino admirar la Providencia que me ha conservado al través de tantos y tamaños peligros, y respetar sus altos é impenetrables juicios.

### **CONCEDESE A PAZ LA LIBERTAD.**

Je ne veux retracer maintenant que la part qui me concerne dans ce vaste tableau. Mais en jetant de ce point de vue si borné quelques regards sur l'ensemble, je me flatte de me faire souvent oublier, en racontant ma propre histoire.

*Mad. de Stael.*

El 20 de Abril habia sídome intimado el fin de mi cautiverio, y el 23 llegué á Buenos Aires alojándome provi-

---

## **ULTIMA CAMPAÑA**

DEL

### **GENERAL LAMADRID**

### **EN EL INTERIOR DE LA REPUBLICA ARGENTINA.**

**Año de 1839, '40 y 41.**

---

El General Madrid despues de una larga peregrinacion por ambos Perus y Chile, habia vuelto á Montevideo el año 35, desde donde hizo cuanto pudo por reacomodarse con Rosas. Mundó su familia á Buenos Aires, le escribió carta sobre carta aunque sin obtener contestacion, le recomendó á su hijo logrando que lo colocase á su costa en un colegio.

Ademas se resistió con repeticion á tomar parte en el movi-

sionalmente en casa del Sr. D. Rufino Elisalde: á los ocho dias tomé casa propia, (es decir alquilada por mí) pero dando aviso á la policia segun se me habia prevenido, como tambien que no pudiese alejarme mas de una legua de la plaza. (1)

Las primeras visitas que recibí cuando acababa de bajar del carruaje fueron las del General Madrid, D. Mariano

---

(1) "Un dia las puertas de la prision del General Paz se abrieron, y con la ciudad de Buenos Aires por cárcel y la renta de General, se le permitió reunirse á su familia y comunicarse con todo el mundo. Este acto de generosidad era inusitado en la administracion de Rosas, en la que ninguno de los Generales antiguos de la república aun aquellos que no eran abiertamente ostiles, tenian renta asegurada á su grado en la lista militar. No hacia mucho tiempo que el coronel Rojo, antiguo oficial de Paz, habia prestado á Rosas importantes servicios, en la guerra que declaró contra Santa Cruz, Presidente entonces de Bolivia; concluida la campaña, el gobierno de Salta, testigo de los servicios del coronel Rojo, que con peligro de su vida habia sofocado dos revoluciones en el ejército, pi-

---

nimiento del General Rierva, en que se comprometieron los argentinos unitarios, lo que le valió la asignacion de 50 pesos que le entregaba mensualmente el Sr. Correa Morales (1). En seguida se marchó á Buenos Aires sin haber obtenido ni contestacion ni licencia de Rosas.

Alli se dedicó con el mayor esmero á hacer la corte á la familia del Dictador, asistiendo diariamente á la tertulia de la hija, y visitando con asiduidad á las cuñadas &c. Muy pronto recogió

---

(1) Es muy singular lo que el Sr. Correa Morales dijo al Sr. Madrid al entregarle la asignacion del primer mes "*Puede (le dijo) que algun dia le pese á Vd. este auxilio.*" ¿Ha sucedido, ó no así? solo podrá decirnoslo el mismo Sr. Madrid. Entretanto, podrá preguntarse tambien si el Sr. Correa hablaba sinceramente y yo pienso que si, conocí á este Sr. años antes, fué mi subalterno en mi Regimiento y puedo asegurar que no era afecto al Sr. Rosas. Habia dado el mando del Regimiento No. 2 de caballeria de que el era comandante de escuadron, al coronel Pedernera, fué la causa de su resentimiento con el General Lavalle y conmigo. El año 39 lo ví una vez aunque no nos hablamos en casa del Sr. Lozano, y se conocia que lo devoraba una pena interior. Posteriormente se suicidó á pesar que obtenia un empleo distinguido y en apariencia las gracias del gobierno.

**Lozano, y el General D. Celestino Vidal.** El segundo de estos me dijo que algunos amigos míos deseaban visitarme pero que ignoraban si nos convendría á todos que lo hiciesen en las circunstancias, de lo que yo podía instruirles:

---

dió para él un grado y la renta á él afecta. Rosas contestó que los grados no se habían hecho para los salvajes unitarios, y el coronel Rojo se retiró á la vida privada. Una causa sin embargo podía asignarse á este cambio de conducta tan inesperado. El bloqueo francés preludiaba por entonces, y de las notas diplomáticas cambiadas entre los ministros se preparaban ya á cruzar balas de una y otra parte.

“Rosas no tenía á sus órdenes un general que con prestigio suficiente entendiese la guerra, en que el principal papel lo desempeñan cañones y reductos. Todavía no servía bajo sus banderas el general Oribe, ex-presidente de la República del Uruguay, que después tomó el humilde papel de verdugo de Rosas, para mostrar á su patria lo que debía prometerse del presidente legal que ocho años más tarde se presentaría á sus puertas reclamando la presidencia, como una propiedad vinculada en su persona. Los antiguos generales de la República, ó le eran desafectos, ó estaban emigrados. El general Alvear era demasiado sospechoso, y cuando más convenía alejarlo, con una comisión diplomática: Guido jamás había hecho la guerra, si bien había servido en los consejos, y estado

---

los frutos de su dedicación pues que recibió por lo pronto un regalo por mano del Sr. Corvalán.

Siempre deseoso de estrechar más sus relaciones, esperó la ocasión de ir á la quinta de Palermo donde al fin tuvo la fortuna de hablar con su compadre, de comer con él, y de pasar un día en su compañía

Colocado el Sr. Madrid en esta pendiente, cada día avanzaba un poco en la carrera del favor y de la confianza del Dictador, para lo que necesariamente le era menester aumentar las muestras de adhesión. Así es que lo vimos del todo metido en esas reuniones inculcables, en las que con el vaso en la mano y á presencia del retrato del *Ilustre Restaurador* se fulminaba el estermínio de la mitad de los hijos de la república.

En ellas nos asegura el General que jamás se pronunció contra los unitarios por más que se empeñaron en ello los temibles *Mazorqueros*; pero como si él mismo se hubiese impuesto la tarea de contradecirse nos cuenta luego que desde Arrecifes, es decir

mi contestacion fué que ellos debian conocerlas mejor que yo, que acababa de salir de un calabozo. El Sr. Lozano repuso que creia mejor que por entonces se abstudiesen de toda comunicacion, nombrándome á los Sres. Dr. D. Eu-

---

mayor de San Martin. Madrid que habia ofrecido sus servicios al gobierno era general de caballeria ¿No convendria en efecto, tentar algo con el general cautivo, que consideraria como un favor especial la libertad que se le concedia, tanto mas que la guerra que podria sobrevenir nada tenia que ver con los partidos, puesto que se hacia contra los *extrangeros*, y para mantener incolume el honor y la independenciam de la patria? El general Paz, se mostraria mas taimado que Guido que fué hasta 33 enemigo de Rosas; pero que recibiendo rentas durante seis años como enviado á Chile á donde no fué nunca, ha concluido por dejarse amansar, y servir á Rosas, en su comision diplomática al Brasil, no solo con fidelidad y talento, sino con todo el fervor de un partidario.

“Sea de ello lo que fuere el general Paz, vivió tranquilo y retirado en Buenos Aires, y sus antiguos amigos políticos, creyeron por algun tiempo que la reclusion penitenciaria de ocho años, habia quebrantado su espíritu, y tornándolo indiferente sobre los asuntos públicos. En efecto, todos aquellos de entre los antiguos

---

cuando no tenia tanto que temer de Rosas, compuso y le remitió una cancion ó *vidalita* cuyo refran era:

“ *Perros Unitarios, nada han respetado*

“ *A inmundos franceses, ellos se han aliado.*

Parece que el General Madrid al marchar de Buenos Aires á las provincias interiores pensaba servir sinceramente los intereses de Rosas; al menos asi lo da á entender salvo las reservas mentales que pudo hacerse: otros han pensado de distinto modo juzgando que todo cuanto hizo para captar la confianza del Dictador fué simulado mientras que se hacia dueño de un poder que habia de convertir contra su autor.

En mi modo de ver, ni el mismo General Madrid, ni hasta este momento puede darse cuenta distinta de sus sentimientos que estoy lejos de creer depravados. Su objeto era buscar una posicion cual convenia á sus deseos y á sus intereses sin ocuparse mucho en la eleccion de los medios. Los únicos que se le presentaban, eran los de manifestar gran adhesion á Rosas y su sistema, y no vaciló en adoptarlos.

Puesto en Tucuman, halló que las cosas habian variado. No

sebio Agüero y Dr. Sarachaga. Me conformé con su opinion, rogándole que agradeciese á dichos Sres. sus buenos deseos, quienes por su parte hicieron lo mismo no poniendo jamás los pies en mi habitacion; poco les sirvió su pru-

---

amigos, que se acercaron á él para hablarle de las esperanzas que abrigaban, de las conjuraciones que no estallaban, por faltar el nombre de un general de prestigio que las diese sancion y centro, lo encontraron frio, impenetrable, temeroso de comprometerse en lo mas mínimo. Los descontentos decian: "Es un hombre perdido para la patria! No hay que contar con él." El general en el seno de la confianza decia—Imprudentes! quieren una palabra mia, para que mañana no haya uno que en Buenos Aires ignore mi asentimiento á los planes, pues que el principal interés es que se sepa que yo entro ó encabezo revoluciones.

"Pero el pavor real del general Paz se mostraba sin embozo, cuando la mazorca se acercaba á su casa, anunciando su fatídica aproximacion con las músicas militares, los fuegos artificiales y la algaraza que la acompañaba. Entonces el general perdía toda su sangre fria, se levantaba de su asiento, se acercaba á las rendijas de las ventanas que daban á la calle, escuchaba, se paseaba, volvía á escuchar y no se serenaba, sino cuando aquellos foragidos

---

solamente no encontró esa *entrañable afeccion de su querido pueblo*, sino que se vió amenazado con la prision, la espatriacion y la muerte (1). El iba pues á perder esa posicion que habia buscado con el sacrificio de sus antecedentes y acaso de sus principios. Para no dejarla escapar del todo abjuró en un momento los últimos compromisos, y en un cuarto de hora, de un teniente de Rosas pasó á ser un campeón de la causa contraria.

Sin salir de la casa del Gobernador Piedra-Buena á donde acababa de entrar el Sr. Madrid con el empeño de llevar adelante su comision, lo vemos variar enteramente de propósito, y predicar con el mayor ardor una cruzada contra su poderdante. Nada prueba mas que esta súbita variacion, su dominante deseo de asumir

---

(1) Esto debió explicar al General Madrid las verdaderas causas de su popularidad en épocas anteriores, la que el tan candida como exclusivamente atribuye á sus munereras populares y á sus proezas guerreras. El pueblo de Tucuman como que tenia una campaña muy reducida, tiene mucha influencia en las gentes del campo y ademas la disciplina del ejército del General Belgrano ganó la opinion pública para los gobiernos nacionales. Esto necesitaba una explicacion mas larga.

dencia porque el uno fué luego asesinado y el otro sufre aun las consecuencias de su voluntario destierro.

Algunas otras personas me visitaron en el dia, pero á la noche fué mayor la afluencia: la sala del Sr. Elisalde estaba casi llena, y el empeño de todos por conversar conmigo, por oirme discurrir en cualquier materia era tan mar-

---

se alejaban ó tomaban otra direccion. Es preciso haber residido en Buenos Aires en aquellas épocas horrosas para comprender este miedo cerval, en un general que desde su infancia habia pasado la vida entre los peligros de la guerra. Pero hay hombres cuyo espíritu, indiferente al zumbido de las balas de cañon que pueden dejarlos sin vida, se muestra flaco y cobarde, ante la idea de ser vejado en su persona, por una multitud irresistible, y autorizada por el gobierno, de cuyas órdenes era ejecutora fiel. El general Paz temia verse tomado de un brazo, arrastrado á la calle; temia recibir palos y otras violencias, diarias en aquella época, y que por vergüenza de la humanidad no deben nombrarse. El general Paz en fin temia, que rodeado de aquellos caníbales, se le forzase cuando menos á gritar ¡Viva el Ilustre Restaurador! ¡Mueran los Salvages Uunitarios!; letania con que el gobierno mandaba com-

---

una posicion calculada. por cualquier camino que fuese, ya sirviendo los intereses de Rosas, ya atacándolos decididamente. En la imposibilidad de hacer lo uno se declaró por la causa opuesta á la que algunos minutos antes estaba adherido.

Seria curioso saber si en el parte que dió á Rosas, hizo mencion de la peroracion que hizo al público de Tucuman para que pusiesen á su disposicion 6,000 pesos, y las tropas que tenian á mano para invadir sobre la marcha las provincias de Santiago Córdoba y Buenos Aires y derrocar al ya Tirano Rosas.

Es de lo mas singular que puede concebirse, tanto el plan de campaña, como el modo de ejecutarlo, y aun de proponerlo. Cuesta trabajo persuadirse que hable sériamente el General Madrid cuando nos dice ahora, el año 50, cuando escribe á sangre fria que todo se ha perdido porque no se siguieron sus consejos.

Que el hablase así en aquella circunstancia para dar á entender que su conversion era sincera y que la media vuelta que daba era tan completa que estaba resuelto á marchar en direccion opuesta, se comprende bien: pero que ahora, despues de mas de diez años nos quiera persuadir lo mismo es fuera de todo cálculo.

endo que hube de apercibirme. Recuerdo que el coronel D. Sixto Quesada que era uno de los concurrentes recordó algunos sucesos del ejército nacional en la Banda Oriental, y como viese que daba una cuenta de ellos mejor sin duda que lo que podia él hacerlo prorrumpió en esta exclamacion: ¡Vaya, esta visto que es Vd. el mismo que he conocido! y ¿por qué lo dudaba Vd? le dije, á lo que repuso: porque una prision tan larga podia haber entorpecido sus facultades y debilitado su memoria.

La causa de su admiracion consistia en lo que se ha-  
prabar la adhesion, ó el orgullo de la parte mas notable de la poblacion.

Estas violencias y las matanzas de la mazorca, hacian salir á centenares de Buenos Aires á Montevideo, los hombres esasperados por tanta iniquidad. El bloqueo francés estaba establecido, ya el General Lavalle preparaba su ejército, para destronar al sanguinario y sómbrio tirano, cuando el General Paz, creyó llegado el momento de ir á reunirse á los que se preparaban al combate, en Martin Garcia, en Montevideo ó en Corrientes."

*D. F. Sarmiento.*

Nadie desconoce las ventajas de una sorpresa, mas no por eso dejan de necesitarse los medios adecuados para verificarla. ¿Y lo eran esos de que en aquel momento podia disponer el gobierno de Tucuman? ¿Unos cuantos cientos de hombres sin organizacion, sin disciplina, y sin mas preparacion que los *atronadores vivos* de que tanto se paga el General, eran suficientes para invadir dichas provincias por descuidadas que estuviesen? ¿Seis mil pesos era un fondo bastante para ocurrir á los costos de tamaña empresa? Decídalo cualquiera.

El General Madrid que hasta ese momento habia sostenido la causa y los intereses de Rosas, que habia exagerado su poder y hécholo subir á las nubes, que soló por una violenta coaccion abrazaba la causa opuesta, el General Madrid, dijo, se proponia el mismo para mandar esa decisiva expedicion!!! Es preciso mucho candor de parte del General y hubiera sido necesaria mucha imbecilidad de parte de los tucumanos, para que sin mas, ni mas confiasen sus destinos á las mismas manos que acababan de desarmar. Si despues lo hicieron fué cuando el General habia dado otras

hían empeñado en persuadir sean algunos de mis enemigos políticos, sean algunos de los que debían ser mis amigos. Según ellos yo era un hombre perdido para la política, para la guerra, y para todo negocio público por el decaimiento de mis fuerzas intelectuales (2) que me había traído á una especie de imbecilidad moral. Este rumor se había querido propagar con una particular tenacidad como tendré ocasion de hacerlo notar otra vez: por ahora diré algo de la causa que lo producía.

Nunca pertenecí á facciones, de modo que aunque me

---

(2) En el momento de la victoria de Caaguazú, cuando el enemigo huía en derrota dije á mi secretario D. Gregorio Garcia Castro. *Pienso que mis compatriotas no dirán que soy un imbécil. Y á la verdad sentí una satisfacción en poder desmentirlos. Un guerrero célebre de la antigüedad abrumado de las fatigas y penalidades de la guerra exclamo: ¡Oh Atenienses! y si supierais á los peligros y trabajos que me espongo por obtener vuestras alabanzas! Yo me contenté con demostrar á mis amigos, que no merecía su desprecio.*

---

pruebas, ó cuando nuevas combinaciones hacían difícil una nueva prevaricación.

Finalmente, es lo mas raro que puede escogitarse la propuesta circunstanciada de un plan de sorpresa, y de consiguiente reservado en una concurrencia, en que estaban reunidos el gobierno, el pueblo, y sus representantes y también las tropas, las cuales (según las Memorias) dieron su aprobación.

No puede dudarse que por mas rápido que hubiese sido el movimiento de la expedición, debía precederle la noticia no solo de la operación sino de su objeto y de sus medios. Considérese que separado Tucumán 150 leguas de Córdoba y mas de 300 de Buenos Aires, por rápidas que fuesen las marchas, dejarían á Rosas tiempo bastante para desplegar ese poder que el mismo acababa de ponderar. Santiago es verdad que está mas cerca, pero debía tener presente que la fuerza de esta provincia no consiste ni en cañones, ni en cuerpos reglados y disciplinados, sino en la decisión individual de los santiagueños de la campaña, y en Santiago la campaña es todo.

Por otra parte, á nadie en Tucumán podía ocultarse que la



haya visto implicado en los partidos políticos, he huido no solo de las exageraciones sino tambien de esas tendencias exclusivas de que adolecen los hombres que dependen de aquellas. Un sentimiento de equidad me ha hecho en lo general, ser justo hasta con mis enemigos, y otro que es un consiguiente de aquel me ha constituido siempre en una cierta independencia de mis amigos en lo que no he creído razonable y arreglado á justicia. Semejantes ideas no podian convenir á hombres apasionados, á quienes mas que el bien público anima el espíritu de faccion y los intereses de partido. Agréguese á esto las ambiciones, los odios, las venganzas, la codicia y otras pasiones que sin duda serian contrariadas por el poder de un hombre que no estuviese dispuesto á capitular con ellas, y se hallará la esplicacion de la frialdad y hasta malquerencia que he experimentado de una gran parte de los sectarios de la *unidad*;

miras del Sr. Madrid eran hacerse Gobernador de la provincia fuese adhiriéndose á los intereses de Rosas, fuese en oposicion á ellos. Todos debian haber visto en esas peroraciones, en ese empeño de no separarse de su escolta, en esa ocupacion del cabildo, y demas mezquinas manobras, debian haber visto, digo, nada mas que *unos tanteos* para provocar escenas parecidas á las de años anteriores, mediante las cuales pudo ocupar la silla del poder. Mas ese tiempo habia pasado, y ni la situacion ni el prestigio del General Madrid eran los mismos. Tuvo que ceder, y conformarse, pero sin cesar de trabajar en recomendarse con sus últimos amigos, lo que seguramente no repruebo.

Seguro el gobierno de Tucuman de la fidelidad del General Madrid, lo empleó al fin, y le dió el mando de la espedicion que en Julio destacó sobre Córdoba (1) la cual debia ser aumentada con fuer-

(1) Aunque no lo dicen las Memorias, debo creer que esta espedicion se hizo con autoridad y por disposicion del gobierno de Tucuman. Ya aqui se nota que el Sr. Madrid toma el tono que le hemos censurado en otros puntos de dichas Memorias. El, sin que nos diga que investidura tenia, daba instrucciones á los gobiernos, daba grados militares, y hasta puede creerse de su relacion, que convocó un congreso,

en cuyo bando estaba inscripto y por el que habia hecho tantos servicios y sacrificios.

Sin embargo no se crea que los ataques que por lo general me han dirigido eran francos y públicos: nada de eso. No eran tan necios sus autores que desconociesen que perjudicaria á su propósito tan chocante injusticia, y se contentaban con esparcir rumores que sino contrastaban el concepto que me ha dispensado la mayor y mejor parte de mis conciudadanos, podrian al menos debilitarlo.

Muy al contrario de lo que ellos se proponian, me sirvió inmensamente su innoble modo de proceder, y quizá á él debo el haber salvado de las garras del tirano. Este juzgándome sin duda por lo que se siente, creyó que yo adjuraria la amistad política y las doctrinas de unos hombres que se conducian conmigo tan ingratamente y concluyó que no podria jamás pertenecerles. Sin esto, pienso que

---

zas de Catamarca y la Rioja. Esta espedicion apenas se habia separado algunas leguas de la capital de la provincia y no habia aun penetrado en la de Santiago cuando se disolvió por la defeccion del coronel Gutierrez (actual gobernador de Tucuman) y la retirada del Sr. Cuvas. Podria preguntarse al Sr. Madrid, si cuando meses antes aconsejó esta espedicion en su célebre peroracion, creía que hubiera tenido mejor resultado? En cuanto á mi pienso que no, pues que debia estar mucho menos preparada.

En Agosto siguiente se realizó otra vez la misma espedicion con destino á auxiliar la provincia de la Rioja que habia sido invadida por Aldao. Fué entonces mas feliz el General Madrid pues que no solo llegó á su destino, contribuyendo mediante el hecho parcial de armas que nos refiere, á arrojar al invasor, sino que penetró en la de Córdoba.

No conocí al General Brizuela, aunque estuvo prisionero de las tropas de mi dependencia el año 30. Sin embargo todos los informes que he oido estan contestes en clasificarlo como un hombre raro, extravagante é invencil. Cuesta no poco trabajo conciliar estas noticias con el prestigio, y onmimoda influencia que ejercia en la Rioja, pero demasiado hemos visto estas anomalias en nuestro pais

Rosas hubiera terminado mi existencia ó me hubiera condenado á un eterno cautiverio.

Hay en realidad ciertos hombres hábiles en la ciencia del corazon humano, amaestrados en las cosas públicas, eminentes en la política que no pueden comprender que otro posea ciertos principios que fijen su regla de conducta: acostumbrados á buscar el origen de todas las acciones humanas en ciertos intereses que para ellos son todo, se equivocan miserablemente cuando quieren penetrar en el corazon del que no piensa como ellos. Sin negar pues la sagacidad del Dictador, diré que se equivocó en cuanto á mí, porque no habiendo desde antes pertenecido á personas, sino á la causa de mi eleccion, no influyó en mis opiniones el desleal y poco generoso proceder de los que debian reputarse mis amigos.

Puede creer alguno que trato de hacer mi panegírico, y se engaña porque solo he tratado de dar una explicacion.

---

para que debamos sorprendernos de ello. Ibarra gobernador de Santiago es una muestra patente y continua de la exactitud de lo que digo.

Estoy pues muy dispuesto á dar crédito á lo que dice el Sr. Madrid, relativamente á la inaccion y á las contradicciones de Brizuela, sin que por esto asegure que todos sus consejos fueron saludables (1). Lo que habia de positivo era que algo debia de hacerse, y este algo es debido esclusivamente al General Madrid.

Las disposiciones de la provincia de Córdoba eran favorabilísimas; así fué, que la revolucion se hizo sin violencia, sin grande esfuerzo, y sin sangre cuando se vislumbró un apoyo cualquiera: este

---

(1) El lance que tuvo lugar en los Llanos cuando retirándose á su campo, gritaron los soldados en coro—*tengo hambre, tengo hambre*, es tan gracioso que seria digno de la pluma de Moliere. El General Madrid hizo mas que el salvador cuando con cinco panes alimentó 5,000 personas, porque cinco panes tienen mas substancia que dos chifles de vino y una vidalita.—Sin duda que estos arbitrios son útiles y deben usarse cuando mas no se puede—pero el General Madrid les da tanto valor. . . . . y ademas cree que su efecto es de una duracion ilimitada.

Si esa consideracion hubiera de retraerme de decir lo que siento, mejor seria no haber tomado la pluma. Si sospechase siquiera que habia en mí un motivo indigno, me avergonzaria á mis propios ojos. No presumo de tener una gran capacidad, pero he querido tener juicio propio, y obrar por mis propias convicciones, sin dejar de poner los medios de ilustrarme y asegurar en lo posible el acierto. Esto es por supuesto lo que no agrada á los que solo buscan ciegos instrumentos, y es lo que no han hallado en mí. Hé aquí todo, todo.

Por mas que mi seguridad requiriese la conducta mas circunspecta de mi parte, y que mis amigos políticos estuviesen persuadidos de lo que importaba á la de ellos la frecuencia de relaciones conmigo, era imposible precaverse de la necesidad de comunicarnos y transmitirnos nuestros sentimientos é ideas; así fué que por mas propósitos que hiciésemos para ser cautos no faltaban pretextos que

---

apoyo era la division del General Madrid. Para mejor inteligencia debe advertirse que Lopez gobernador de Córdoba por su nulidad es un 2.º tomo de lo que era Brizuela, ó de lo que es Ibarra hasta el presente.

Ya tenemos al General Madrid en Córdoba donde es recibida con unánimes aclamaciones. Todo esto es consiguiente y no debemos dudarle ni detenernos en ello. No así con todo lo demas que sigue, y que merece muy seria consideracion.

Era de desear que el ex-gobernador hubiera sido perseguido con mas eficacia y mas prontitud, pero no hallándome en el caso de poder apreciar la excusa de la falta de caballos, y demas inconvenientes que dice, que tocó el Sr. Madrid, me abstendré en lo posible de un juicio positivo, limitándome á una ligerisima observacion.

Et General Madrid para llegar á Córdoba habia atravesado la parte mas poblada de la provincia, y le hubiera sido mas fácil proveerse de caballos sobre su marcha que conseguirlos de un gobierno que acababa de instalarse y que no habia tenido tiempo ni

nos aproximaban. Era tambien imposible en la agitacion que producía la tiranía del gobierno y los esfuerzos de una parte de la sociedad para sacudirla, no participar del general movimiento. Desde que llegué á Buenos Aires conocí el peligro de mi situacion, y no fué mi vida sino una continua inquietud. Poco mas ó poco menos era así la de todos.

En el acto de llegar me presenté al gefe de policia quien me recibió con frialdad pero sin desatencion. Luego se me indicó que debía por la forma presentarme en casa de Rosas, que sino lo hacia estrañaria este requisito, y ya se sabe lo que en tal gobierno importaba una omision cualquiera. Ademas mi calidad de militar en cuya clase es sabido que el preso que obtiene libertad se presenta al gefe, daba mas colorido á esta exigencia. Yo tenia tambien un motivo para creer que estas indicaciones no partian del Sr. Elisalde que me las hacia, sino que traian su

---

aun de empuñar las riendas de la administracion.

Unos cuantos dias despues lo vemos (segun sus Memorias) disponer de numerosas caballadas, y ofrecer remontar todo el ejército del General Lavalle sin intervencion alguna del gobierno, lo que parece probar que antes pudo y aun con mas razon hacer lo mismo, y no descartarse con la omision de un gobierno y un pueblo tambien dispuesto como lo estaba el de Córdoba.

Hubiera sido tambien de desear que la persecucion de Lopez, se hubiera hecho con mayor fuerza y acaso con la personal intervencion del General. Era este un punto vital que merecia muy seria atencion: aunque no se hubiese logrado su captura lo que es dificilísimo tratándose de un gaucho, se le hubiera al menos disuelto su fuerza, y quitádole sus caballadas y sus carretas.

Carezco absolutamente lo repito de toda otra noticia ó documento para hacer estas observaciones, que las que me suministran las mismas Memorias del General Madrid. Ni aun hay en Rio Janeiro que es donde escribo una persona que tenga el menor conocimiento de estos negocios. Por tanto deben considerarse estos renglones, al menos en la parte que vamos, menos como una refu-

origen del ministro Arana cuya señora es hermana de la del Sr. Elisalde.

Elegí pues una noche á los tres ó cuatro dias de haber llegado y acompañado del hijo mayor del Sr. Elisalde fuí a casa de Rosas. Es imponderable el silencio y lobreguez de aquella calle: eran raras las personas que pasaban por ella, y he conocido muchas que hacian grandes rodeos por evitarla cuando alguna urgencia los llamaba en esa direccion. ¿Qué diré de la casa? no habia guardia, no habia aparato militar alguno: un zaguan alumbrado con un farol, y un hombre que desempeñaba las funciones de portero, un gran patio sombrío y desierto en que reinaba el mas profundo silencio, es lo único que ví. Todas las puertas que caian á él estaban cerradas á excepcion de una en que se divisaba una débil luz: á ella nos dirigimos, y habiendo llegado vimos dos hombres sentados delante de una gran mesa rodeada de sillas que le daban el aspecto de un come-

---

3

tacion, que como un juicio crítico del escrito del General y de los sucesos en el modo que los refiere. Si algun dia poseyese otros documentos y tuviese lugar para ello, no dejaré de añadir lo que crea conveniente. Entretanto seguiré con mi obra tal cual puedo hacerla. Si alguno la leyere, que me tome tambien en cuenta la dificultad no pequeña, de comentar los escritos del General Madrid en que van los sucesos mezclados sin orden alguno y confundidos sin la menor separacion los hechos mas notables, con las mas triviales puerilidades.

Ateniéndome pues únicamente á lo que dicen las Memorias, el movimiento revolucionario de Córdoba fué el 11 de Octubre, y habiendo entrado inmediatamente despues el General Madrid y salido el 1.º de Noviembre, debió allí permanecer cerca de 20 dias.

No se echa de ver en que invirtió todo este tiempo, pues que ningunos arreglos administrativos podian detenerlo habiendo un gobierno, y muy pocos debieron ser los militares que lo ocupasen, cuando luego nos dice que habia aumentado tampoco sus fuerzas. A fines de Noviembre solo tenia mil cien hombres incluso los ci-

dor muy comun. Esos dos hombres eran el Edecán Corvalan y el capitán del puerto coronel D. Francisco Crespo.

Cuando hube dicho que venia à hacerme presente á S. E., me contestó el primero que no podia verse al Sr. Gobernador y cuando el jóven Elisalde le dtjo quien era yo, Corvalan sin moverse de su silla ni mudar de postura, me insinuó que no era preciso que me hubiese incomodado en ir pero que lo haria saber al Ilustre Restaurador.

Me retiré bajo el peso de las mas desagradables impresiones: por un lado celebraba haber salido de aquel disgustante paso que se me habia pintado como indispensable, y que sin duda lo era á pesar de lo que dijo Corvalan, pero el sepulcral aspecto del edificio, su lobreguez, la certidumbre de que allí se alojaba un sangriento tirano (1) el terror de que parecia que participaban hasta las pa-

---

(1) Hacia poco tiempo que habia sido fusilado Cienfuegos porque se le encontró con cierto disfraz en la calle de Rosas. El alegó que iba á una cita amorosa, mas no se libró por eso del suplicio.

---

vicos que ya estaban formados antes de su llegada y trescientos hombres que habia reunido el coronel Salas.

El Fuerte del Tio dista de la ciudad de Córdoba 34 á 36 leguas, y tardó en vencerlas 15 ó 16 dias pues que habiendo salido el 1.º de Noviembre, solo llegó el 16. No se puede comprender el motivo de tamaña demora, y mucho menos que el General nada diga para explicarla. Esta tardanza y esta omision es tanto mas notable, cuanto desde antes ya habia recibido comunicaciones del General Lavalle, y conocia la conveniencia de aproximarse, pues que tal fué el objeto que se propuso con este movimiento.

La cita que le hizo el General Lavalle para que se reuniesen el 20 en Romero llevándole ganado, le revelaba por sí sola dos cosas: primero que dicho General carecia de este artículo y que estaba en la incapacidad de proporcionarselo: segundo, que su aptitud tan lejos de ser preponderante y ofensiva respecto del enemigo era de retirada, y de retirada sobre Córdoba. Romero se encuentra cerca de 20 leguas de Santa-Fé, por el camino mas recto que con-

redes, producía sensaciones inesplicables para los que no han estado en Buenos Aires ó en el Paraguay en la época del Dr. Francia. En seguida fui á casa del Sr. Arana quien me recibió muy atentamente y á quien dije la grosera acogida que me habia hecho Corvalan á quien trató de disculpar con la vejez.

No pasaron dos dias sin que se me transmitiese por conducto de la señora de Elisalde, á quien se lo habia referido su hermana la esposa del Sr. Arana, que la señorita Doña Manuelita Rosas habia reñido mucho á Corvalan por que no le habia anunciado mi visita, pues, aunque su tati-ta no pudiera recibirme por sus ocupaciones, ella hubiera tenido gusto en conocerme. Hé aquí á mi Mentor el Sr. Elisalde que declara que aquella indicacion equivalía á una muy clara invitacion para que yo fuese otra vez de visita á casa de Rosas, sopena, si rehusaba á ella de... de... de todo, porque todo puede acarreamos el simple de-

---

duce á aquella ciudad, y poca mayor distancia del Tio donde se hallaba el General Madrid.

Este General que diez años antes cuando estaba á mis órdenes en ese mismo teatro se impacientaba, y que aun ahora me censura sin misericordia, porque no marchaba de frente aunque las circunstancias que me rodeaban fuesen con mucho mas desfavorables que las que circundaban á él; el General Madrid digo, se acoge ahora á la prudencia y á la adopcion de esquisitas precauciones para disculpar su inaccion ó su tibieza.

He dicho que las circunstancias en que yo me encontraba eran mas desfavorables, porque el año 31 hormigueaba el interior de enemigos que nos hacian la guerra hasta en la misma provincia de Córdoba, mientras ahora los que no habian depuesto las armas, estaban reducidos á la impotencia. Porque ahora no dejaba á su espalda terribles caudillos, mientras entonces quedaban los Quirogas, los Brizuelas, los Reinafés &c. Porque ahora la opinion de las poblaciones de la campaña habia sufrido un cambio feliz por nuestra causa, de modo que las de Córdoba y la Rioja nos eran adictas cuando antes sucedia lo contrario. Porque en fin, y esto es lo mas



sagrado de un hombre dotado de un poder monstruoso, y que usa de él, del modo que sabemos.

Me sería imposible significar la repugnancia que sentía para hacer este segundo cumplido del que no saldría tan brevemente como del primero. Habrían pasado ocho días de mi llegada cuando á la una de la tarde me presenté en casa de Rosas, y á pesar de la hora, el silencio y la soledad de la calle y de la casa era la misma. Tan solo había en el patio una puerta abierta que era de la misma pieza en que noches antes había encontrado á Corvalán: allí encontré á alguno que no se si era edecán, á quien me anuncié, y mientras el partió, quedé dando largos paseos por el patio que duraron cerca media hora.

Al patio caían varias ventanas, pero perfectamente cubiertas con persianas, que no permitían ver cosa alguna interior: era seguro que Rosas que nunca me había visto, como yo no lo he visto á él hasta ahora, quería conocer-

---

importante, yo años antes no contaba con un apoyo poderoso, mientras el tenía el del ejército Libertador al que mientras mas fuerte supudiese, menos motivo honesto tenía de rehusar su asistencia.

Me parece bien frívolo el motivo que tuvo para desconfiar del mayor Jimenez enviado con credenciales por el General Lavalle, pero aun cuando no fuese así, ya que no se prestase ciegamente á los deseos que este oficial le manifestase de parte de su General, haga siquiera algo en el sentido que se le pedía, sin desatender las precauciones para no dejar defraudadas las esperanzas del aquel gefe, en caso que fuese efectiva, como lo era la misión.

Singular es el silencio que guarda el Sr. Madrid sobre lo que ella contenía, pues es imposible que el mayor Jimenez fuese costado al través de tantos peligros para decirle que el ejército Libertador tenía 5,000 hombres y buenas caballadas. Esta reticencia extraordinaria del General Madrid, deja muy imperfecto el conocimiento de este asunto, y nos obliga á suspender cuando menos el juicio que debemos formar de él, y de su sinceridad.

Nos da motivo de sospechar que existían entre ambos Genera-

me y que al efecto me estaria observando de la parte interior de las persianas: yo que no dudaba de ello, traté de aparentar la mas cumplida indiferencia y paseándome con negligencia jugueteaba con mis guantes que tenia asidos con una mano. Cuando despues de hecha mi visita, me retiré, y advirtió el Sr. Elisalde que mis guantes eran de un color verde oscuro, me significó la inconveniencia de su color y el peligro que habia corrido: mas como ya hubiese pasado, hubimos de tranquilizarnos proponiéndome no hacer otra prueba.

Al fin se abrió la puerta del salon, al que salió la señorita Doña Manuelita y una ó dos señoras mas de las que una era tia y otra abuela: me recibió con atencion y aun me manifestó benevolencia, pero sin hablar por supuesto una palabra ni de mis sufrimientos pasados, ni de las cosas públicas presentes. La conversacion roló sobre objetos in-

---

les celos y mútuas desconfianzas que le impedia al uno esplicarse francamente y al otro obrar en el sentido mas conveniente.

Sin duda habia en el General Lavalle falta de franqueza, y ademas una invencible repugnancia á decir que necesitaba los auxilios y cooperacion del General Madrid: pero hubiera sido muy generoso de parte de este sobreponerse á esta falta y obrar únicamente en el sentido del bien general. Pero sigamos examinando los hechos.

El coronel Salas salió del Tio el 18 llevando ganado para el General Lavalle, y el 19 se movió el General Madrid en la misma direccion. Aquel avisó la escasez que habia de agna, y retrocedió un tanto el 20 para situarse en la Esquina donde habia buenos pastos, y esperar los resultados. Así permaneció hasta el 25, sin haber tenido noticias del ejército Libertador por mas que las procuró. El coronel Salas se deja entender que habia regresado de Romero con el ganado de que era conductor.

En estas circunstancias el General Madrid se hizo el siguiente razonamiento. "Si el General Lavalle con 5,000 hombres bien montados no ha podido poner en mi conocimiento los motivos que han embarazado su marcha, obligándole á faltar á una cita

diferentes, y nada hubo de que pudiese resentirse la mas refinada delicadeza.

La casa á que me mudé á los pocos dias de mi llegada, estaba situada en la calle de la Catedral, tirando para las Catalinas, y quedaba frente á frente de la que ocupaba el célebre Larrazabal tan conocido por su adhesion á Rosas, y por sus proezas federales: era pues un centinela, un testigo, un espia de cuantos entraban ó salian de mi casa: mis amigos se me quejaron de esta vecindad y tuve algo despues que buscar otra casa que estuviese menos observada, mas antes de dejarla tuvieron lugar los sucesos de Junio de que voy á ocuparme.

La tiranía de Rosas no habia echado las raíces que hemos visto despues, y el terror no habia estinguído todo sentimiento de resistencia. Se preparaba pues á ella una gran parte de la poblacion en la única forma que le era posible, es decir conspirando. Los agentes de este plan lo

---

“que entre militares es sagrada, mucho menos podré yo pasar con “mil cien hombres á encontrarlo.”

Este razonamiento no era exacto, pues que por lo mismo que *una cita es sagrada entre militares*, debia suponerse que motivos muy graves le habian impedido concurrir á ella. Por otra parte las situaciones eran muy diversas pues el General Lavalle tenia sobre sí todo el ejército enemigo mientras que el General Madrid no tenia quien le entorpeciese sus movimientos; y adviértase que no ignoraba ni la situacion mas ó menos del ejército enemigo y su poder, pues que el mayor Almandos le habia dicho que habia sido reforzado con dos mil hombres de infanteria.

Podia temer el General Madrid que el enemigo se hubiese interpuesto entre él y el General Lavalle, y que creyese en tal caso imposible su reunion. Mas esto era lo que debia averiguarse antes de hacer un movimiento excéntrico y que abandonaba enteramente á su destino al ejército á quien se habia propuesto dar la mano. El mejor modo de conseguirlo (hablo de lo último) era conservarse, si es que no podia avanzarse lo mas próximo posible en la direccion que debia traer ese ejército, pero variar en esos mo-

ereian tanto mas realizable cuanto entraban ya en el algunos militares y muy principalmente el coronel D. Ramon Maza, jóven de valor, de crédito y que ofrecia las mas bellas esperanzas. Yo sabia positivamente de lo que se trataba, pues que se obraba con tan poca reserva, que he oido en un estrado delante de dos señoras hacer mencion de los puntos mas reservados, sin la menor precaucion. Cuando yo hice notar esta informalidad me dijo el amigo á quien me habia dirigido que las señoras eran de toda confianza. Y tenja razon porque no fueron señoras las que traicionaron á sus amigos y á la libertad, sino personas del sexo que se dice fuerte.

Como la indiscrecion que acabo de señalar se cometian cientos, de modo que el secreto de la conjuracion estaba en miles de bocas. Es portentoso que Rosas no la descubriese antes y en mi modo de ver, nada prueba mas que el sentimiento de oposicion era sincero, y noble el

---

mentos su línea de operaciones dirigiéndose el 25 á la Herradura, sin tener noticia alguna fué una operacion errónea, y fatal en sus consecuencias. No es temerario decir que á ella fué debido el desastre del Quebracho, y todas sus tremendas consecuencias.

Cualquiera comprenderá que situado el General Madrid á cinco ó seis leguas del Quebracho, debió necesariamente saber la aproximacion del General Lavalle antes que Oribe le hubiese dado alcance el 28. Bien se prueba esto por la esquila que escribió este desde Romero el 27 avisando que el enemigo habia querido estorbarle el paso del Saludo y pidiendo nuevamente ganado.

Esto supuesto, el General Madrid hubiera tenido tiempo de auxiliar con caballos y aumentar la fuerza del ejército Libertador con mas de mil hombres entre los cuales un excelente batallon de infanteria. ¿Cual hubiera sido la suerte de Oribe? Si hemos de creer á las relaciones contestes que nos hacen de esa desgraciada jornada, debemos persuadirnos que el ejército Federal, hubiera sido irremisiblemente batido.

¡Qué diferencia entonces en nuestros destinos! La que va de una victoria, á una batalla perdida. Median entre ambos estre-

motivo que lo producía, que el no haber sido revelado antes.

Entonces sucedió lo que generalmente sucede cuando asuntos tan graves se emprenden sin la premeditación necesaria y cuando su dirección queda al solo entusiasmo. Aunque como se vé, no ignoraba yo el movimiento que se meditaba, no estaba en el pormenor de sus arcanos si es que había algunos. Cuando llegaba el caso de que yo empezase á penetrar en ellos, fué la esplosión que desvarató por entonces el proyecto. Por esta razón, no puedo dar un conocimiento distinto de lo ocurrido, y tan solo diré que en lo general de la gente pensadora, acomodada é ilustrada había excelentes disposiciones. Se que cuando se necesitó dinero se abrieron generosamente los bolsillos de muchos, y que se reunieron muy regulares cantidades, y que hubieran podido reunirse cuantiosas.

Hasta el 22 de Junio nada se me había dicho de que

---

mos el porvenir de los pueblos, la suerte de la humanidad, y de la posteridad misma.

Forzoso es repetir, porque conviene fijarse en las verdaderas causas de los sucesos que tanto han influido en los destinos de nuestro país. El movimiento de flanco, que practicó el General Madrid desde las inmediaciones del Quebracho para ir á operar en la campaña norte de Buenos Aires fué errado, vicioso y de las más fatales consecuencias.

El General Madrid debía por lo menos conjeturar que estaba próxima una batalla entre el ejército Libertador y el Federal, y ningún militar ignora la regla general de no separar la víspera de una acción tropas que no puedan concurrir á ella; regla por otra parte que basta el sentido comun para conocer la exactitud y utilidad. ¿Y cómo es que el General Madrid tres días antes de dar la batalla del Quebracho, elige un teatro mas de cien leguas distante del que iba á serlo del combate? Esto es incomprendible, sino es que para explicarlo, ocurramos á las flaquezas del corazón humano.

En esta vez no se reconoce ni en sus hechos ni en sus escri-

se me reclamase ningún servicio ni empeño personal, mas ese día el Dr. Barros mi amigo, me insinuó que el Sr. Albarracín uno de los principales agentes deseaba tener una conferencia conmigo sobre el asunto. Yo que no había extrañado que no se me iniciase en los grandes misterios porque después de tantos años que estaba fuera de la escena no conservaba relaciones militares, y siempre estuve persuadido que en esta clase de negocios no debe haber confianzas inútiles, puse mis reparos á la conferencia que me proponían y dije al Dr. Barros que no conociendo yo al sugeto que la deseaba, ni él á mí, me parecia mas conforme á razón que el mismo (el Dr. Barros,) que estaba en todos los secretos, me transmitiese todo lo que el otro queria decirme. El 23 por la noche temprano, estaba en mi escritorio el Dr. Barros, insistiendo aun en la conferencia solicitada á que yo no tenia un gran empeño en negarme cuando anunciaron dos sugetos que venian de visita, y

---

tos al General Madrid. El que se nos retrata á cada momento como dotado de una rara osadía y para usar de su misma expresion de un carácter *temerario*, no tuvo en él lance mas importante una de esas inspiraciones generosas, con que hubiese salvado el ejército Libertador y la causa que defendia.

Para abundar si quisiesemos en razones que prueban lo que acabamos de decir, añadiremos, que el General Madrid después de sus arrogantes jactancias, ni aun tiene la excusa de alegar la diferencia de fuerzas de su ejército con el enemigo. Ya recordará, cuantas veces nos ha dicho que con unos cuantos cientos de hombres tenia bastante para anonadar á los caudillos de la Federación. Yendo un poco mas lejos se tendrá presente que con su nombre y unos cuantos de la escolta penetró en columna, contuvo al célebre General Canterac, é impuso á todo el ejército español. Mas concediéndole todo el derecho que quiera de tomar ese pretesto, no por eso es menos grave el cargo que resulta contra él.

Aunque que creyese que el ejército enemigo se habia interpuesto sobre él y el General Lavalle, no debió moverse sin averi-

que habian sido introducidos á la sala. Me despedí del Dr. Barros y me encontré con el mismo Sr. Albarracin acompañado del Dr. Fernandez quien venia á convidarme para una tertulia que se daba al dia siguiente en su casa. Por supuesto que no se habló de otra cosa, pero era muy claro que el Sr. Albarracin queria aproximarse, y vencer por medio de su comunicacion el inconveniente que yo habia observado.

Cualquiera verá que el inconveniente que era casi de pura forma, estaba vencido y que muy luego debia tener lugar la proyectada conferencia y entrar de plano en el negocio. Por otra parte las noticias que con este motivo habia adquirido del Sr. Albarracin eran las mas favorables, y debo en justicia decir que merecia muy cumplidamente el concepto de juicio, lealtad, patriotismo, y valor que tenia. Despues probò que el asunto no podia haber estado en mejores manos, y que los que se fiaron de él habian de-

---

guarlo, y verificado que fuese era lo mas inconveniente alejarse indefinidamente, y librar á Oribe del cuidado que debia darle un cuerpo respetable de tropas colocado sobre su espalda. Aunque no marchase sobre él, le convenia maniobrar en el sentido de inquietarlo, ó sino, dejarle estar en su posicion hasta ver mejor el estado de las cosas. Lo que hizo el General Madrid fué lo peor que podia hacerse, de modo que pudiendo salvar al ejército Libertador, lo dejó sacrificar por sus enemigos.

Mucho podriamos decir para corroborar la exactitud de estas reflexiones, pero no queremos reagravar los cargos que resultan contra el General Madrid. No conociamos los detalles de esta desgraciada campaña, cuando las memorias han venido á derramar un poco de luz sobre ella. Hemos emitido nuestro juicio por los datos que aquellas nos subministran es decir por la relacion que hace de dicha campaña el mismo General Madrid. Si algun otro imparcial escribiese sobre ella, quizá se harian nuevos descubrimientos que justificasen aun mas mi modo de pensar.

Puede que algunas veces haya hecho uso de un lenguaje algo fuerte, pero espero se me disculpe y se crea que hago todo lo posi-

positado su confianza en un hombre digno de ella. Cuando lo he conocido mas de cerca, y ha sido mi íntimo amigo he tenido motivos especiales de comprobar sus excelentes calidades, á las que reúne una suma actividad, y un particular tino en el trato de gentes.

Es despues que por este amigo he sabido algunos detalles de que haré mencion, sin lisonjearme de que estos conocimientos aislados, y delicados por su naturaleza me pongan en el caso de esplicarlo todo.

Segun todas probabilidades el 24 de Junio debia ser decisivo para la parte mas ó menos activa que yo tomase en el negocio, pues era muy claro que hasta el convite para la tertulia que se me habia hecho era para aproximarme á los conjurados. En ese dia estaba de visita en casa de D. Mariano Lozano, y entre una y dos de la tarde entró su sobrino político D. Manuel Ocampo, y lo llamó á parte para decirle algo en secreto: Ocampo salió

---

ble por desprenderme de todo sentimiento apasionado: sin embargo puedo precaverme de un movimiento de indignacion cuando comparo las operaciones practicadas en ese mismo teatro el año 31 que censura tan acremente el General Madrid, con las que él pretende ahora justificar. Me critica de *indeciso*, mientras se le ve fluctuar entre irresoluciones, ó tomar un partido para abandonarlo al dia siguiente.

Perdida la batalla del *Quebracho Herrado* ya no era (á mi juicio) posible pensar en una nueva batalla. Verdad es que habia elementos para formar otro ejército inmediatamente reuniendo las fuerzas de Córdoba, de Salta y las que tenia el General Madrid; pero la dificultad estaba en compaginarlas. La organizacion del ejército Libertador fué viciosa desde un principio y no era á presencia del enemigo y bajo la impresion de una derrota, que podia procederse á mejorarla. Lo que me parece que convenia era replegarse disputando en cuanto fuese posible el terreno y sin perder de vista el grande objeto de regularizar los medios que quedaban de resistencia.



y Lozano volvió al grupo que formábamos tres ó cuatro de sus contertulios. Después de 12 ó 15 minutos de hablar cosas indiferentes, nos dijo que el coronel Maza acababa de ser preso, y que se anunciaban otros arreóstos. La cosa era bien clara, la conspiracion estaba descubierta, y el golpe por entonces fallido. Me retiré á mi casa y luego se supó que Albarracin, Ladines, su esposa Doña Mercedes Rodríguez y algunos otros habian sido tambien presos: Me guardé muy bien de asistir á la tertulia del Dr Fernandez, y creó que lo mismo hicieron los demas convidados: Este me vió á los dos ó tres dias en casa de uno de sus enfermos y me espresó los cuidados en que estaba por el y por mí, pues la noche del 23 cuando estuvo en casa, ya estaba hecha la denuncia, y ya Albarracin debia ser vigilado por la policia: de consiguiente debia tener conocimiento de su visita nocturna: mas no tuvo consecuencia.

Estas prisiones y el motivo que las ocasionaba, pro-

---

No hablaremos de los planes del General Madrid que tan pronto queria dar una batalla como dirigirse al Norte; á Cuyo, ó á la campaña de Buenos Aires. Todo lo pensó y nada hizo sino lo que estaba marcado por la misma naturaleza de las cosas. Se puede juzgar por lo que á él le sucedió antes y ahora de aquellos consejos *atrevidos* de que tanto se envanecé, que me daba el año 31 para hacer esos mismos movimientos que entonces y ahora se le quedaron en el tintero; pues que no pasaron de meras imaginaciones.

El General Lavalle abandonando la ciudad de Córdoba ó se propuso hacer al enemigo una guerra de partidas en escala mayor; digo en escala mayor, porque en lugar de partidas empleaba lo que nosotros llamamos gruesas divisiones, y en vez de elegir una provincia para teatro abarcaba toda la estension de la república.

Bastó plan; pero para cuya ejecucion no se calcularon los medios ni se consultaron las circunstancias:

En primer lugar necesitaba gefes capaces, inteligentes, y adecuados. En segundo lugar necesitaba cuerpos de tropas moralizadas que no fuesen con los excesos de la indisciplina á conchitar el

dujeron en casi todas las clases de la sociedad el estupor y la desconfianza: los unos veían sus esperanzas destruidas, los otros amenazaban con terribles venganzas. De los primeros, todos se ocuparon en componer lo mejor que podían sus asuntos para alejar toda sospecha, en convinar las respuestas que darían si se les hacían cargos, ó en buscar escondites donde substraerse de la acción del gobierno si eran buscados por la policía, ó la mazhorca. Yo también me ocupé de lo último, pero con tan poco suceso que pienso que llegado el caso, no hubieran sido bastantes á salvarme mis precauciones.

No salí de casa en los días inmediatos y aun mi puerta estaba habitualmente cerrada: cuando llamaban se había con precaución y yo desde la ventana de mi escritorio que estaba en frente, veía antes que él pudiese observarme quien era el que entraba, para en caso de ser persona sospechosa poder evadirme por los fondos á la ventura.

---

odio popular. En tercer lugar era preciso que hubiese en los pueblos ó provincias que iban á ocuparse unas disposiciones tales, que se prestasen con facilidad á la impulsión que iban á darles los libertadores. Finalmente se necesitaba establecer un centro común de relaciones, ó sea una autoridad general que diese dirección á esos cuerpos y á los distritos que levantasen.

No se, si se tuvo en vista todo esto, mas lo que hay de positivo es que el plan fué desgraciado desde sus primeros ensayos. La división del coronel Videla fué batida en San Carlos ó San Cala.—El coronel Acha que se destacó á Santiago sin ganar nada perdió un buen escuadroncito de correntinos que con el mayor Ramirez se pasaron á Ibarra. Otros cuerpos menores que se mandaron obrar en la Sierra tampoco hicieron cosa alguna. Quien mas se sostuvo fué el coronel Salas en el Rio 2.º, pero luego se vió obligado á retirarse y solo salvó por un milagro.

No admito duda que el ejército libertador cometía desórdenes, y que estaba entregado á una desenfrenada licencia. En alguna otra parte he indicado que este método, si tal puede llamarse, era sistemático, y que el General Lavalle se había propuesto vencer á

El 27 á la noche temprano estuvo de visita D. Mariano Lozano, quien me tranquilizó porque me dijo que nada se traslucía que pudiese dañarme personalmente y que de consiguiente podía y aun debía pasear y dejarme ver libremente. Para aprovechar su consejo y por indicacion de él mismo, salimos juntos á las 9 de la noche marchando reunidos un trecho hasta separarnos, él para ir á la tertulia en casa del Dr. Lahite yo para ir á casa de Elizalde. Por lo que se vió luego, Lozano estaba muy engañada en cuanto al rumbo que tomaban los negocios pues estaba muy distante de preveer ni aun sospechar la tremenda catástrofe que tenia lugar á esa misma hora.

Cuando yo llegaba á la puerta del Sr. Elizalde, su hijo jóven estudiante que venia de casa de Irigoyen que estaba en frente, batia el llamador de la suya para recojerse: las primeras palabras que me dijo cuando me acerqué á él fueron. ¿Sabe Vd. que el Dr. Maza, presidente de la Sala de

---

á sus enemigos por los mismos medios que ellos lo habian vencido diez ú once años antes (1). Entonces la licencia gauchodemagoga se sobrepuso á las tropas regulares que él mandaba, y ahora queria él sobreponerse á sus enemigos relajando todos los resortes de la disciplina y permitiendo los desórdenes. Funesto error que tanto en política como en lo militar, nos ha causado horribles males, y lo que es mas ha hecho desvanecer la mayor parte de nuestras esperanzas.

Tambien he dicho en otra parte que los cuerpos que ha mandado el General Madrid jamás, se distinguieron por el orden y la re-

---

(1) Una cosa muy semejante se han propuesto en política algunos hombres, cuyos talentos y recomendables calidades no se les pueden disputar. Pretendieron antes sobreponerse á sus opositores, ofreciendo al país una constitucion liberal, y la mas adecuada á nuestro estado y á nuestras necesidades. Por causas que no es del caso esplanar, triunfaron sus contrarios que lo eran tambien de la constitucion, y ella fué rechazada. Como si quisieran desquitarse con los pueblos de este desaire, y como si la inconstitucionalidad fuera una arma, han querido apoderarse de ella, sin mas fruto que reagrabar los males públicos, hacer indefinido el desorden político. Dios quiera que conozcan mejor sus intereses y los de la patria.

R. B. acaba de ser asesinado en el mismo recinto de las sesiones? Y como yo dudase, repuso. Mis amigos los jóvenes Irigayen de quienes acabo de separarme, vienen ahora mismo de ver el cadáver. A esto abrió un criado la puerta y entramos en la casa, preguntando por el arca de ella. El Sr. Elizalde padre se habia acostado por indisposicion y me recibió en la cama. Luego que supo la noticia, se inmutó de tal modo, que me dijo casi en tono de increpacion ¿y se atreve Vd. á andar en la calle en una tal noche y á tales horas? vayase Vd. amigo, ahora mismo, pronto, y vayase tomando la sombra y recatandose en lo posible, porque se compromete Vd. y me compromete tambien con su visita. Lo hice asi, pero no fué precisa la última precaucion porque las calles estaban tan solas que no encontré una sola persona en mas de cinco cuadras.

A la mañana siguiente se supo que en la madrugada habia sido fusilado en la cárcel el coronel Maza, hijo del

---

gularidad, pero en contraposicion al ejército libertador he oido decir que eran un modelo de disciplina.

Quizá el General Lavalle en los últimos habia conocido su error, pero ya no creia que era tiempo de remediarlo. El tedio que le causaba un mando basado sobre un sistema semejante, piensa que fué una de las causas que le obligó á adoptar el plan de hacer obrar sus divisiones á grandes distancias. El mando inmediato era un peso que queria arrojar de sí, y por lo menos no presenciar los males que no podia ó no queria evitar.

Dejaré aqui esta triste materia para que cada uno juzgue segun sus principios, y segun su corazon. Los míos son bien conocidos, y no podria tratar mas de ello sin emplear puntos que quiera economizar.

Ya está otra vez en Tucuman el General Madrid donde obtiene el mando de la provincia por delegacion del gobernador Garmendia. Allí se contrajo como era consiguiente al aumento, equipo y arreglo de las tropas que debian aun emplearse en sostener la revolucion en que se habia lanzado una gran parte de la República para derrocar el poder absoluto y despótico del Dictador de Buenos

**Presidente de la Sala de R. R. y que ambos cadáveres se habian llevado en una carretilla sin ceremonia al cementerio destinándolos á la fosa comun y sin entregárselos á sus familias. La consternacion del pueblo de Buenos Aires fué entonces completa: nadie se podia dar razon de lo mismo que sentia, y costaba trabajo dar crédito á sus propios sentidos: parecia mas que una realidad un penoso sueño, porque es solo por grados que ha ido desarrollándose ese poder monstruoso que nada respeta, y mostrándonos á todos de lo que es capaz el hombre tremendo que pesa sobre los destinos de nuestro pais.**

Yo habia vuelto á mi encierro y á mis precauciones desatendiendo los candorosos consejos del Sr. Lozano, cuando á las cuatro de la tarde del 23 tocaron á mi puerta con golpes redoblados y vigorosos. Un criado que se apostaba convenientemente en una ventana, avisó que el que los daba era un oficial militar, lo que era un nuevo

7

---

Aires. Continuaremos siguiendo al General Madrid en sus memorias.

Es este un periodo interesante de esa célebre guerra, tanto porque es menos conocido (al menos asi lo era para mí) cuanto porque en él intervinieron de mancomún dos de nuestras primeras notabilidades militares, aun sin poner en cuenta al desgraciado Briozuela.

El coronel Acha atravesó la provincia de Santiago sin haber conseguido cosa alguna y con la pérdida de 200 buenos soldados correntinos que se pasaron al enemigo con el mayor D. Bartolomé Ramirez. El General Madrid atribuye esto á la no concurrencia de las fuerzas que debieron marchar de Tucuman, pero diré sin miedo de equivocarme que lo mismo hubiese sucedido aunque hubiesen marchado con tiempo (digo con tiempo porque él hizo mover al coronel Murga poco despues de su llegada pero sin fruto alguno) La provincia de Santiago decidida en masa y fanatizada, por mucha que fuese la incapacidad de su caudillo para la guerra no podia ser subyugada por una invasion pasagera. La resisten-

motivo de alarma. Yo gané la ventana de mi escritorio para estar pronto según las circunstancias, cuando abierta la puerta nos encontramos que el visitante era mi amigo el teniente coronel D. José Arenales. Como es enteramente sordo ya sea que hable, ya que bata una puerta, ya que haga cualquier ruido, lo hace con un desentono que el solo no puede percibir. Desde que entró fué preguntando á gritos por mí, y cuando me vió dijo: ¿qué milagro que está Vd. en casa tan encerrado y que no pasea? Entonces llevándolo lo mas aparte que pude y llegándome cuanto me era posible á su oído, le conté el asesinato del Dr. Maza la noche antes, el fusilamiento del hijo en esa madrugada y los incidentes que habian acompañado estas ejecuciones. ¡Descaria poder describir el pasmo y la sorpresa del buen sordo cuando se persuadió de la realidad de lo que le decia! Nada sabia, ni aun sospechaba y lo que mas lo confundia era que habiendo pasado todo el dia

---

cia de inercia era mas que suficiente para hacerla inútil, como sucedió.

Lo que hay de extraordinariamente singular es, que llegado Acha á Tucuman, y sabedor de que el General Lavalle se habia quedado en la Sierra, mandó se le reunieran las tropas correntinas que le pertenecian, á excepcion de los escuadrones *Acuña de correntinos*, y *Sotelo de la campaña del norte de Buenos Aires*, que no quisieron ir á reunirse al General y prefirieron venirse á Tucuman, y con ellos el coronel *Abalos*.

¿Quiénes fueron los que no quisieron ir donde estaba su General y sus compañeros y sus cuerpos? ¿Fueron los soldados, los oficiales, ó los gefes que mandaban? Nada de esto nos dice el General Mudrid, y es sensible que cuando ocupa páginas enteras con hechos particulares y de poquísimas importancias, púese por sobre ascuas, en uno de tamaño trascendencia.

Sea como fuere, ese hecho prueba la indisciplina del ejército, y que ella habia penetrado en todas las clases sin exceptuar las categorías.

en la oficina del Departamento Topográfico de que era jefe, nadie lo hubiese instruido de noticias de tanto vulto. La esplicacion está en el terror que empezaba á difundirse el cual impedía que los amigos se comunicasen, sino era en el mayor secreto, como Arenales era sordo y para hablarle era preciso levantar la voz, nadie se atrevió á hacerlo, es probable que sino viene á casa, hubiera pasado semanas en su ignorancia, siendo el único en todo Buenos Aires que no participaba de la ansiedad general. Cuando húbele yo dicho lo que habia, se apresuró á dejarme, añadiendo—Tiene Vd. razon de estar encerrado, yo voy hacer lo mismo, siento mucho haber venido.—Adios amigo.

La fisonomía del pueblo de Buenos Aires habia cambiado enteramente. Sus calles estaban casi desiertas, los semblantes no indicaban sino duelo y mal estar, las damas mismas parecian haber depuesto sus gracias. El comercio habia caido en completa inactividad, la elegancia de

---

Hay otra cosa que notar aunque no lo dice el Sr. Madrid y es lo que nos cuenta la carta de 2 de octubre siguiente (Documento N.º 1.º) del General Lavalle, en la que asegura que si destacó sobre Santiago al coronel Acha, *fué por instancias del general Madrid* (1). Parece fuera de duda que ambos Generales concieron no solo lo inútil sino lo perjudicial que fué semejante espedicion. Tan solo un objeto pudo tener y es el que no se menciona, que era el de llamar la atencion de Ibarra á otro punto y que no incomodase el ejército en su tránsito á Catamarca. Esto mismo era de poca importancia porque Ibarra no era capaz de inquietar el franco de aquel cuando no tenia poder para resistir á una de sus divisiones, pero al fin era un motivo.

El General Lavalle que habia quedado en la provincia de Catamarca, restablecido de una grave enfermedad, tuvo que marchar

---

(1) Al llegar á esta parte de las Memorias he recordado que conservaba dos cartas del General Lavalle escritas tres ó cuatro dias antes de morir, y una del General Pedernera. Todas serán copiadas al fin para que sirvan de comparacion y de medio de llegar mas fácilmente al conocimiento de esos sucesos.

los trages habia desaparecido y todo se resentia del acerbo pesar que davoraba á la mayor y mejor parte de aquel pueblo que yo habia conocido tan risueño, tan activo, tan feliz en otra época: la transformacion era cumplida. ¿Y qué lejos estábamos de pensar que aquellos no eran mas que los ensayos de la tiranía y que llegaría tiempo en que los males llegarían á una altura que no preveíamos! Pronto vimos esa triste conviccion:

Volviendo á la malograda conspiracion, haré algunas observaciones debidas en su mayor parte á noticias que he obtenido despues. Es fuera de duda que habia elementos poderosos de oposicion á Rosas, que si hubieran podido combinarse bien, hubieran bastado y aun sobrado para derrivarlo del poder. Fuera de los que habia aglomerados en Buenos Aires habia tambien en la campaña disposiciones análogas que se malograron mas tarde por una fatalidad incomprendible. En las tropas de línea mismas te-

---

á la Rioja en auxilio de Brizuela que se veía acometido por Aldao. La impericia, la excentricidad, la absoluta incapacidad del gefe riojano hacia imposible toda medida rápida y enérgica cual demandaba la situacion: Segun las Memorias no hicieron otra cosa aquellos gefes que ceder el terreno á Aldao, retirándose á los pueblos de Famatina, y destacar á los coroneles Peñalosa y Baltar á que hiciesen la guerra de partidas en los Llanos de la Rioja.

El General Lavalle da mayor importancia á esta parte de la campaña, segun lo expresa en su carta y cree que deba ocupar un lugar distinguido en la historia. Seria de desear que nos hubiese dejado mas detalles de ella para poder juzgar. De la referida carta solo se infiere que despues de estar en Famatina fué de opinion de maniobrar dirigiéndose siempre por el Poniente hácia el Noroeste de Catamarca, por donde pensaba restablecer sus comunicaciones y aun ligarse con el General Madrid.

No es difícil comprender los motivos de la resistencia de Brizuela quien debia mirar con repugnancia todo lo que lo alejase del lugar de sus habitudes. Nadie ignora que en los paisanos de la campaña es mas fuerte esa afeccion local que viene



bian grandes simpatias los revolucionarios, que se desperdiciaron por la mala eleccion que hizo de sus confidentes el coronel Maza.

Hubo tambien otra causa que quizá fué la principal: consistió en las vacilaciones que son consigüientes cuando un plan no está bien concebido ni bien organizado. Todo se preparaba al acaso, y sin tener determinado el tiempo ni la oportunidad. Cuando las cosas habian llegado á un punto tal que toda demora era mortal por la dificultad de conservar un secreto que rolaba entre miles de depositarios, se acordó suspender todo para rogar al gobernador Lavalle que estaba en Montevideo que viniese á apoyar con su presencia el movimiento. Si esta no fué opinion de todos, fué al menos de algunos, porque yo entiendo que la conspiracion no tenia un centro fijo de direccion y marchaba con el dia, y segun las deliveraciones de la noche antes :

---

á constituir en ellos una verdadera *querencia animal*. Si á esto se añade su natural inercia, el temor de que algunos riojanos se volvieran á sus casas, ó cosas semejantes se encontrara la verdadera causa de su inesplicable conducta. Su muerte sin ocasion, sin combate, sin gloria fué una consecuencia de todo lo demas.

La expedicion del coronel Acha con dos cañones y 200 hombres en auxilio de la Rioja, que fué al fin sorprendida con muerte del recomendable comandante de artillería Monterola, no puede ser juzgada por falta de datos. Es probable que equivocadas noticias y partes falsos le hicieron caer en la celada que le armaron los enemigos.

Mientras todo esto el General Madrid se ocupó de echar abajo del gobierno de Salta al refractario Otero, y lo consiguió en pocos dias. Estando á lo que dicen las memorias; debe decirse que sus pasos tanto en el sentido político como en el militar fueron acertados, y que merece elogios el gefe que los dirigió.

Segun se colige de las memorias y de otros antecedentes el pensamiento de libertar las provincias de Cuyo expedicionando sobre ellas viene de bien atras. Fuera de la malograda expedicion del coronel Videla, la mision del Sr. Rizo Patron nos lo comprueba.

deliberaciones que variaban segun los círculos en que se hacian.

Me convenció mas de esto, la conducta que se tuvo conmigo, pues que es evidente que no hubo nna resolucion positivamente tomada. Al principio, sin que hubiese ningun género de desconfianza pues que no se recataban algunos de hablar delante de mi, no se pensó en que tomase parte, porque creian todo hecho, pero aproximándose el desenlace se veían de mas cerca las dificultades que habia que superar, y se ocuparon de buscar nuevos medios. El jóven Maza me han asegurado que fué el empeñado en que se me invitase exigiendo mi compromiso de tomar el mando de las fuerzas luego que se hubiese verificado el movimiento. Conocia el peligro de que un sacudimiento tan fuerte, relajase la diciplina militar y se ocupaba con tiempo de los medios de precaver desórdenes: tambien queria evitar desórdenes de otro género porque se que

---

Por medio de este Sr. el General Lavalle proponia al Sr. Madrid que le mandase 500 infantes para batir al Fraile y ocupar las provincias de Cuyo. Marchando en persona el General Madrid con todo su ejército llevaba cumplidamente ambos objetos.

El 23 de Mayo del 41 se movió el ejército de la Ciudadela. Su fuerza era de 2,100 hombres el cual se fué debilitando por la desercion en términos de reducirse á los dos meses (siguen las memorias) á menos de la mitad. No obstante el General Pedernera en su carta 2 de octubre (documento núm. 2) le dá tres mil hombres, mientras á Aldao no le supone mas que 1,600.

El 26 llegó el ejército al Pueblo Viejo 13 leguas de Tucuman y de alli empezó á desmontar parte de la caballeria para aumentar los cuerpos de infanteria en que al parecer habia mas desercion.

El 11 de Junio llegó al pié de la Cuesta del Totoral conocida generalmente por Cuesta de Pallin, del nombré de la poblacion que queda á la parte Oeste.

El 12 acampó en el Durasnillo que es una pequeña poblacion que está al principio de la subida yendo del lado de Tucuman ó del Este.

propuso como condicion indispensable que en la formacion del nuevo gobierno entrasen personas repetables, aunque hubiesen pertenecido á diversas fracciones políticas. Me parece claro que el jóven coronel Maza juzgaba desde entonces conveniente sacudirse de la tutela en que hubieran querido mantenerlo, haciéndolo unicamente un instrumento de las facciones, empeño siempre constante de esa clase de asociaciones que han sumido el pais en un abismo.

Otro de los fines que se proponia (segun me lo ha asegurado el Sr. Albarracin, quien se asociaba á su modo de pensar) era hacer menos violenta la reaccion, precaviendo en cuanto fuese posible represalias, ó mejor dirémos venganzas y exacciones. Este es un mal indispensable en toda clase de reacciones, pero que es un deber minorar cuanto se pueda si se quiere consolidar el cambio. Lo demas es marchar de revolucion en revolucion sin que ja-

---

Conozco prácticamente la Cuesta de Pallin ó Totoral la he pasado muchas veces, y puedo hablar con exactitud de ella. No transitan por alli carrunges, pero no se vaya á creer que son unos Andes ó unos Alpes. Su estension será de poco mas de una legua en subida y bajada, y su fragosidad no es mucha. Nada prueba mejor lo que digo que el haberla franqueado el ejército en tres dias sin mas empleo que el de sus limitadísimos medios.

Que sirva muy en hora buena de asunto á la poesia, que canto el Sr. Madrid el *Paso del Totoral* como se hizo con el de aquellas otras célebres montañas, pero muy de razon es que le asignemos su verdadero mérito como operacion militar, poniéndola en la misma proporcion que la que entre sí guardan aquellas célebres masas.

Las fuerzas enemigas que ocupaban Catamarca se retiraron como era consiguiente, al aproximarse una fuerza mayor. No me es posible juzgar si pudo hacerse algo mas en su daño.

El 15 bajó á Pallin una parte del ejército, y el 16 lo hizo todo lo restante.

El 18 entró á la ciudad de Catamarca la vanguardia y al dia siguiente lo verificó el General con el cuerpo principal. Se ve pues

más pueda tomar la sociedad el equilibrio necesario para su pacífica conservación.

Segun la relacion del mismo Sr. Albarracin no se habia descuidado de instruir de todo al General Lavalle lo que era tanto mas fácil quanto era casi diaria la comunicacion por medio de los buques franceses bloqueadores. Sin embargo, ó fuese que el General creia que el negocio no estaba aun en sazón, ó que calculase con otra clase de entorpecimiento, el hecho era que sus instrucciones no eran claras ni precisas, de lo que resultaba una falta de combinacion que fué fatal. Segun su último acuerdo de los conjurados, debia trasladarse uno en toda diligencia á Montevideo á ponerse de acuerdo con el General suspendiendo entretanto la revolucion. La catástrofe ni aun dió tiempo á esta medida, así es que ni aun marchó el enviado. Aunque hubiese ido lo mismo hubiera sucedido.

A pesar del desastre de los conjurados en Junio que-

---

que el ejército tardó desde Tucuman á Catamarca 26 dias en que andubo como 60 leguas.

Llegando á este punto nos advierte el General Madrid que ya habia sido instruido de la retirada de Oribe, y Pacheco à Córdoba, como tambien de la del General Lavalle á los pueblos del poniente y de la muerte de Brizuela. Para cerciorarse mandó *espías* en varias direcciones, las que le confirmaron luego lo sucedido.

Parece fuera de duda que cuando el General Madrid proyectó su expedicion á la Rioja y Cuyo, sabia ya la retirada de Oribe pues en todo el curso de sus memorias cuando se habla de esta campaña, nunca se pensó en que seria preciso batir á Oribe y á Pacheco, lo que hubiera sido indispensable si estos no se hubieran replegado sobre Córdoba. Unicamente se trata de batir al Fraile Aldao que es quien habia quedado en dicha provincia.

Aun cuando vino Bizo Patron comisionado por el General Lavalle ya debia ser cosa sabida, pues que este General solo le pedia 500 infantes en defecto de su cooperacion, para batir al Fraile sin hablar de los Generales que habia quedado de Buenos Aires el Dictador.

daban aun elementos de libertad, no solo en la ciudad, que ya empezaba á doblar su cerviz enteramente al yugo, sino tambien y con mucho mas en la campaña. La conjuracion habia sido por entonces sofocada pero no destruida, lo que fué debido á la valerosa lealtad de los presos que resistieron toda clase de seducciones y amenazas antes que delatar sus cómplices. El primero de estos generosos valientes fué el coronel Maza que murió sin verter una sola palabra que pudiese proporcionar á Rosas el hilo de la conjuracion: el segundo fué el Sr. Albarracin que cargado de fierros tuvo muchos dias la muerte ante sus ojos sin desmentir la firmeza de su carácter; lo mismo hicieron el Sr. Ladines y su Esposa doña Mercedes Rodriguez que sobrellevaron paciente y silenciosamente los horrores de una larga prision. Despues de tiempo salieron en libertad los tres mediante un número considerable de personeros para las tropas de línea que les obligaron á

---

El General Lavalle dice en su carta *que no pudo concebir la inaudita retirada de Oribe, y que la atribuyó á la ocupacion de Entre-Rios por los ejércitos combinados de Corrientes y de la Banda Oriental*; yo soy de muy distinta opinion, pues que nada me parece mas natural que explicar aquel movimiento.

La provincia de la Rioja reducida á un páramo inhospitable, estaba mas defendida por su propia miseria que por la fuerza de sus habitantes y de sus auxiliares. Estos segun nos lo dice el mismo General Lavalle estaban reducidos á un número diminuto, de modo que se consideraba el cuerpo de tropas del Fraile mas que suficiente para contenerlos, espulsarlos y dominar la provincia. No era pues un teatro adecuado para que operasen cuerpos tan numerosos, y creyó Oribe mas conveniente replegarse sobre Córdoba reaar su ejército, proveerlo de viveres y caballadas y ponerse en contacto con la provincia de Santiago de donde ademas sacaria un cuerpo auxiliar, para venir á Tucuman.

Esta reflexion es mas conveniente si se considera que para invadir las provincias del Norte que eran el foco de la revolucion, no lo podian hacer desde la Rioja tanto por la naturaleza de los cami-

costear, aprovechando luego la primera oportunidad que se les presentó de emigrar.

El General Lavalle hizo al fin su salida de Montevideo al frente de algunos argentinos, y se situó en Martín García donde reclutando hombres de las Islas reunió hasta 400, ó 500 hombres. Creo que es fuera de duda que esta vez faltó también combinación porque no se puede comprender como es que no marchó teniendo como tenía todos los medios marítimos á dirigir el gran movimiento que se preparaba en el sud de Buenos Aires y que estalló en los últimos días de octubre, encabezado por D. Pedro Castelli que era seguido de toda la población.

Si el General Lavalle no tenía noticias exactas de lo que allí pasaba, esto mismo es una prueba de lo que indico, y si las tenía no puede explicarse porque no apoyó aquel patriótico pronunciamiento con su fuerza y su presencia. Creo que el movimiento del sud de Buenos Aires

---

nos, cuanto por la absoluta falta de recursos y sobre todo de medios de movilidad.

Por todas estas razones el General Lavalle calculó y calculó muy bien que después de haberse retirado Oribe de la Rioja, debía caer con todas ó la mayor parte de sus fuerzas sobre Tucumán, y que para resistirlo convenía también que los nuestros reuniesen todos sus medios de defensa.

Esto es lo que propuso al General Madrid por medio de La Casa quien según *las Memorias*, llegó con la correspondencia el 2 de Julio á Catamarca donde él estaba. No es del caso averiguar la situación que en ese momento ocupaban las tropas enemigas, sino deducir los movimientos ulteriores para aplicarles el remedio conveniente.

Más tarde, es decir días pasados el General Lavalle no solo consintió en la expedición del General Madrid á las provincias de Cuyo, sino que dice positivamente que la aconsejó. Pero se deja entender por lo que él mismo dice, que creyó que dicha expedición atraería sobre Madrid el grueso de las tropas de Oribe que dejaría

es uno de los episodios mas brillantes de esta época: el fué tan espontáneo, como general, tan desinteresado como simultáneo: casi no tuvieron parte en él los cuerpos militares, y fué todo obra del paisanage incluso los ricos propietarios de aquella campaña. Es seguro que nign otro suceso ha sorprendido tanto á Rosas, y á fé que tenia razon para ello. El sud era la comarca predilecta, en la que se creia que conservaba mas influencia, habia sido en una palabra la cuna de su poder, y la tenia por su mas firme apoyo: fué para el un desengaño, una sorpresa, un desencanto: puede creerse sin miedo de equivocarse que han sido los dias mas aciagos de su carrera.

Las noticias que llegaban á Buenos Aires eran por momentos mas alarmantes para el gobierno—El primer movimiento habia sido en el pueblo de Dolores, pero corría el contagio con una rapidez electrica. Chascomús, cuya importancia como pueblo de campaña nadie ignora, no solo

---

de pensar en Tucuman, por la propia debilidad, en que quedaba esta provincia.

Por eso es que el General Lavalle vuelve luego á asombrarse de que Oribe lo buscase á Tucuman cuando dice que “el enemigo cometió un error inaudito, como el que cometió antes aglomerándose en la Rioja (1), tal vez por el torpe furor de perseguir mi persona. En lugar de reunir todas sus fuerzas contra el General Madrid que llevaba todo el poder militar de estos pueblos, ha dejado batir al Fraile separado, ha dejado á Pacheco con una fuerza infinitamente inferior á la del General Madrid y él se viene con la mayor parte y lo mas selecto de sus tropas á derrotar milicia nos de Tucuman.”

Esto no quita que el General Madrid hiciese á su vez idénticas reflexiones, asegurando que habia atraído sobre sí la mayor parte

---

(1) Si Oribe cometió antes un error aglomerándose en la Rioja, no lo fué el repararlo replegándose sobre Córdoba para estar en aptitud de invadir Tucuman, que es lo mismo que acabo de decir. Parece pues que el General Lavalle viniese á conformarse con mi modo de pensar, que he emitido.

habia secundado á Dolores, sino que se habia pronunciado con mayor energía. No paraban en esto los temores de Rosas, sino que creia miñado todo su ejército. Se hablaba de las inteligencias de los oficiales de Granada, y de Granada mismo con los revolucionarios, y se contaba con movimientos análogos que reventarian á las puertas de la misma capital. \*La desconfianza, que cuando las delaciones de Martinez Fonte y Medina Camargo, habia torturado á los unitarios, pasó á ocupar los ánimos de los federales, quienes se miraban sin poderse penetrar mutuamente, Rosas mismo creyó que su hermano D. Prudencio era uno de los principales factores de la revolucion del sud, y en consecuencia lo anatematizó del modo atroz que nadie ignora.

Sus enemigos en la capital llegaron á creerse por unos momentos en visperas de su completo triunfo, y hubo hombre que creia que era llegado el momento de obrar aunque nada hubiese preparado, ni disposicion conocida

---

del ejército de Oribe, y que éste habia quedado muy inferior á Lavalle, pero no es tiempos de ocuparnos aun de esto, por lo que volverémos á la expedicion del General Madrid que es de la que ahora se trata.

El General Madrid habia abanzado su vanguardia sobre la Rioja, pero esta provincia (segun la carta de Lavalle) "se incendió como la pólvora apenas los primeros descubridores pisaron su territorio, de modo que la insurreccion precedia 20 leguas al ejército. El General Madrid pues, en vez de encontrar obstáculos en la Rioja, recibió en su tránsito un considerable refuerzo, y los limitados recursos que la horrible devastacion de aquel pais podia ofrecer."

Ni concibo pues los grandes temores que tenia el General Madrid por las fuerzas que habia hecho abanzar, ni el motivo del gravísimo sinsabor que le causó la comunicacion que trajo La Casa. Lo único en que podia fundarse, era en el retardo que sufría su marcha que al fin era de unos cuantos dias.

Si su disgusto provenia del movimiento que hacia el General Lavalle retirándose de Aldao, y aproximándose á Tucuman, este



para éllo. Recuerdo que el Dr D. Dalmacio Velez me decía en tono de invitacion, que nada mas restaba que hacer, que marchasen unos cuantos hombres á apoderarse de la Fortaleza. Risa me causó la ocurrencia, al considerarme al frente de una ó dos docenas, si es que hubiesen podido reunirse, de graves personajes con sus paraguas ó bastones marchando magestuosamente, á decir á las tropas apostadas retírense Vds. y dejennos el puesto. Sin duda que para esta operacion hubiera sido mas adecuado un alcalde de barrio ó el mismo Dr. que daba el consejo, pero su espíritu era otro: no se proponia sino azuzarme, y dejar á mi cuenta los peligros, las dificultades y la responsabilidad de tan descabellada empresa. Así son ciertos hombres.

Este estado de terrible expectativa duraba aun á principios de Noviembre cuando se oyeron algunos cohetes disparados en la policia como á las 9 de la mañana: luego

---

no lo remediaba con que *La Casa hubiera sido muerto en el camino por un rayo, para que no hubiera llegado á su campo.* Por el contrario siempre debia agradecer que éste le trajese noticia cierta de la situacion del General Lavalle que en ningun caso le convenia ignorar.

Asombra ver que el General Lavalle no tuviese conocimiento del movimiento que hacia el General Madrid, ni éste de la situacion de aquél. No puede menos de sentirse una falta de inteligencia que debió dañar mucho á las operaciones militares. Aunque el enemigo estubiese interpuesto, son tantas las vias de comunicacion contando con la provincia de Salta y una parte de las de Catamarca y Rioja, que parece imposible que faltasen medios de entenderse.

El General Lavalle llegó al cuartel general del Sr. Madrid el 11 de Julio, y en esa noche y la mañana siguiente hubo una lucha de desprendimiento y generosidad, en que ambos gefes se dieron muestras de confianza y amistad. El General Madrid quiso entregar el ejército expedicionario al General Lavalle para él volver á Tucuman, y éste no consintió en que se separase de un cuerpo cuyo

se supo que se habian disparado en celebridad de la derrota de Casteli en Chascomús por don Prudencio Rosas. Exceptuándose los amigos y empleados de Rosas fué un dia de luto para Buenos Aires y luto tanto mas amargo cuanto era preciso comprimir el sentimiento que lo producía. La expresion de los semblantes se cambió enteramente pues al paso que los federales manifestaban en sus miradas la mas insolente altanería, los unitarios mostraban la desesperacion mezclada aun con un resto de incredulidad y acasos de esperanza.

Serian las dos de la tarde y estaba yo en la pieza que me servia de escritorio conversando con D. Joaquin Acha-val y haciendo tristes reflexiones, cuando entró D. Antonio Urtubey empleado en el Tesoro y antiguo conocido mio, dándome mil enhorabuenas. Mi sorpresa fué estrema por que creí que algo tenia de insultante felicitarme por un suceso que en su concepto no debia agradarme; mi recep-

---

formacion era debida á sus afanes &c. Dejo á cada uno juzgar de estas abnegaciones; yo solo me contraeré á la parte militar.

Ya dije antes que (á mi juicio) el General Lavalle calculó antes muy bien, que habiendo dejado Oribe la Rioja era para lanzarse sobre Tucuman; ahora creyó que la espedicion del general Madrid llamaria su atencion al sud de la República y que no molestaria las provincias que él iba á defender. Persuasion que despues fué fatal.

En cuanto al general Madrid su plan al parecer abrazaba dos objetos. El uno era batir á Aldao, el otro la ocupacion de las provincias de Cuyo. Por eso es, que exijia la cooperacion de Pedernera con 500 hombres que debia traer sobre los pueblos, y aun la incorporacion de los coroneles Salas y Sotelo.

Considerado todo esto en su verdadero punto de vista era preciso haberse fijado bien en los objetos que se querian alcanzar, y supuesto que la destruccion de Aldao, era sino de ellos debia convertirse á él la mayor suma posible de esfuerzos. Era pues muy conveniente la cooperacion de Pedernera, ó del mismo general Lavalle, con el bien entendido, de contramarchar despues de logra-

cion no fué placentera antes algo dije para significarle mi disgusto á peligro que me reprochase mi unitarismo: mas no fué así, pues muy atentamente me dijo que el motivo de su felicitacion, no era la derrota de Casteli sino el llamamiento que me habia hecho el gobierno á la plana mayor activa en que me habia mandado inscribir en mi clase de General. Le espresé en contestacion mi perfecta incredulidad por que no tenia el mas remoto antecedente pero el insistió asegurando que acababa de registrarse en la oficina á que pertenecia, la órden al efecto.

Este fué el primer antecedente que tuve de que habia cesado la clase de prisionero en que hasta entonces me habia conservado, y no fué sino hasta el otro dia que una nota del Gefé Intérino de la Inspeccion D. Casto Cáceres vino á hacerme saber oficialmente la nueva resolucion del gobierno.

Fué ella un golpe que me causó el mas grande disgus-

---

do el golpe, á atender á otro objeto no menos importante cual era la defensa de Tucuman, si es que tenian tiempo y medios de hacerlo.

Aun despues de destruido Aldao era preciso meditar si convenia debilitar las provincias del norte, cuna y foco de la revolucion para ir á buscar simpatias inciertas y lejanas en las de Cnyo. Para todo habria llegado su tiempo, cuando dado un golpe fuerte á las fuerzas enemigas se hubiesen reanimado las esperanzas de aquellos pueblos oprimidos, en proporcion que hubiesen decaido las de los enemigos.

Acaso hubiera sido mas acertado conseguida que fuese la destruccion del fraile fomentar la insurreccion de la Rioja, organizarla, dejarla fuerte y en pie, y contræerse esclusivamente por entonces á la defensa de las provincias del norte que inminentemente iban á ser atacadas. Hasta los movimientos de Ibarra lo indicaban por que este caudillo tan poco emprendedor, se hubiera abstenido de las incursiones como tuviese un apoyo poderoso é inmediato.

El general Madrid se hace cargo de un argumento que no toca sino ligeramete pero que merece considerarse. Dice que las pro-

to ¿Cómo podía desmentir la mayor parte de mi vida pública, inscribiéndome en el número de mis enemigos políticos y prestando servicios á una causa que habia combatido sin cesar, y que habia combatido como General en Jefe? ¿Cómo podía hacerlo sin condenar todos mis actos anteriores? ¿Cómo podía subsanar una inconsecuencia tan remarcable? Ese dia, eso mismo dia es el que tuve el primer pensamiento de mi evasion, en términos que si hubiera podido efectuarlo antes de contestar la nota de la Inspeccion lo hago sin trepidar. Tanteé los medios y desgraciadamente no se me ofrecieron ningunos. No habia que dudar, una resistencia mia era una sentencia de muerte, y me fué forzoso aceptar tan penosa distincion. Entonces escribí una carta á Rosas, en que agradeciendo muy templadamente su acuerdo le significaba esperar que no se me exigirían esas pruebas de adhesion, es decir esas baje-



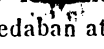
---

“vincias de el norte *habian hecho ya el último esfuerzo para poner un ejército en campaña á fin de que unido á los generales Lavalle y Brizuela se ocuparan las de Cuyo batiendo al fraile,* no le era posible volver á ellos poco menos que derrotado, y con la noticia de la disolucion del ejército de Brizuela y su muerte, sembrando en todas ellas y en el mismo ejército la desmoralizacion y el desaliento.”

Por cierto que es este un muy notable modo de discurrir. Nadie podia atribuirle la disolucion del ejército y muerte de Brizuela, pero aunque hubiese tenido parte en esa desgraciada jornada, no se trataba sino de evitar el mal mayor, y nadie podia desconocer que era peor perder dos ejércitos, despues de haber perdido el uno, y que mas se habian de desalentar los pueblos cuando hubiesen perdido todo.

Si con decir que las provincias del norte habian hecho ya el último esfuerzo, queria significar que quedaban ezaustas é impotentes, hacia muy mal en exigir que despues de mandar el general Lavalle á Pedernera con 500 hombres y á los coronelas Salas y Sotelo con sus cuerpos, atendiese con fuerzas bastantes á la frontera

zas chocantes con que tanto sus militares como sus otros adeptos procuraban sobrepasarse.

Debo esa consideracion á Rosas, pues no se me exigió ni la concurrencia á esas escandalosas fiestas ni el humillante honor de arrastrar el carro de su retrato en las no menos escandalosas procesiones que vió Buenos Aires repetirse hasta el fastidio. Sin embargo  no me faltasen motivos de mortificacion, habia otro  al Paz (D. Gregorio) cuyos brindis en los convites  que seguian á las misas y procesiones, no se quedaban atrás de los que pronunciaban los mas exaltados mazorqueros: con este motivo algunos de buena ó mala fé afectaban confundirme con mi tocayo, provocando esplicaciones que sabidas por el gobierno ó sus partidarios podrian gravemente comprometerme. Esto dió ocasion á la contestacion que dí á una señora respetable que en presencia de varias personas me dijo un dia—Ayer he tenido que defenderlo á

---

de Salta, invadiese las de Santiago y quedase aun en aptitud de resistir á Oribe en el caso de penetrar en Tucuman.

Sea de esto lo que sea yo creo entre ver otra razon de que nadie se hace cargo, y que á mi juicio, no es por eso menos poderosa.

Habia dos generales en gefe cuyo prestigio y autoridad se valanceaba, cuyas atribuciones y mando no estaba bien definido. Estos dos gefes por mas bien dispuestos que estuviesen; por mas que abundaran en patriotismo y moderacion, necesitaban teatros distintos (1) para cortar el roce de sus mutuas susceptibilidades. Es un escollo que debe evitarse sobre todo en paises inconstituidos y en el desarreglo de una revolucion, y sin embargo lo promueven

---

(1) No tengo inconveniente en decir que esta fué una de las razones que me hizo desear y aceptar la mision al interior el año 29, pero entonces habia la diferencia que ni estaba mal calculada como lo comprobó el hecho, ni se debilitaba Buenos Aires por la falta de mil hombres escasos que componian la expedicion. Nadie dirá que alli faltaron hombres buenos, ni recursos,

Vd. fervorosamente porque algunos creian y sostenian que era Vd. el General Paz, de quien se habla en la descripcion que trae la gaceta de la última funcion. Señora, tuve que decirle, soy grato á los esfuerzos de Vd. pero le ruego que no lo haga otra vez y que deje decir lo que quieran.

Me excusé asi porque no todos obraban de buena fé, en las cosas que me manifestaban, pero constándoles lo contrario querian de mostrar por lo menos incertidumbre. Quise realmente tuviesen temores de que yo fuese capaz de inclinarme á Rosas; fuese que querian exigir nuevas pruebas de mi modo de pensar, aunque á costa de mi seguridad personal, fuese en fin botaratada lo cierto es que ponian el semblante muy contristado, y con un aire de cómica condolencia afectaban dudar de aquello en que ninguna duda cavja. Muchos de los emigrados hacian un juego parecido, y hasta hubo quien alegase para poner en du-

---

muehos, ó por espíritu de partido, ó como un remedio contra la preponderancia militar de alguno (1).

El 13 de Julio marchó de Catamarca el general Madrid y llegó á la Rioja el 22, en donde permaneció hasta el 29. Segun esta cuenta se han invertido 40 dias ó 41, desde su entrada en Catamarca, 69 desde la salida de Tucuman. Ellos han producido la libertad de dos provincias, sin que, para asegurarla y consolidarla, se necesitase por entonces otra cosa que batir Aldao que

---

(1) No esta demas hacer mérito de la circunstancia singlar que hubo en este cambio. El General Lavalle que conucia Mendoza y era alli conocido, qe era alli casado, y que habia obtenido destinos públicos de importancia, queda á defender á Tucuman, y el General Madrid tucumano que habia sido otras veces gobernador y ahora lo era por delegacion con infinitas relaciones y conocimientos locales, se marcha á invadir Mendoza. A todo esto no se halló otra explicacion que la que acabo de dar: era preciso que buscasen distintos teatros, y como el General Lavalle quiso quedar en Tucuman á lo que contribuiria Avellaneda á quien molestaria acaso la administracion de Madrid, fué preciso que éste marchase á pueblos lejanos dejando el suyo.

de mis sentimientos que Rosas no me habia fusilado. Quizá no faltaba quien deseaba que lo hiciese, pero la Providencia lo dispuso de otro modo y ha conservado mis dias al traves de peligros de todo género.

Quizá estas indiscreciones hicieron que empezasen los Federales á fijarse en mi inasistencia á sus funciones, en términos que un dia supe que se habian espresado del modo mas alarmante. El General D. Felipe Heredia me dijo á decirme que en la del dia antes se me habia estrañado y que los mazhorqueros habian prorrumpido en amenazas. Ya esto era cosa mas seria y requeria de mi parte medidas mas decisivas. Hasta mi resolucion de fugar luego que me proporcionase medios para ello.

En el entretanto hice dos visitas mas á Manuelita Rosas, una con motivo de mi nombramiento de General y otra con nose que felicitacion, ó quizá pésame que ocurrió: la última vez fuí acompañado del General Heredia, y fué visi-

---

ocupaba una parte de la línea, y que es el único que los amenazaba de próximo.

En la Rioja hace el general Madrid una junta de guerra en que es pronunciada por la retirada la opinion de los gefes; mas él les hace ver que ella es imposible y que están en el caso de avanzar ó sucumbir con ignominia. ¿Hablaba sinceramente el Sr. Madrid? No lo sé, pero no me parece exacto su razonamiento.

La fuerza de Lagos que se habia aproximada á Catamarca, no era bastante para impedirle la retirada, y la de Aldao quedaba muy á su derecha para que pensase en venir á interponerse. En ninguna manera podia tenerse que el cobarde Fraile viniese á colocarse entre las fuerzas de Lavalle y Madrid perdiendo sus comunicaciones con Mendoz. Fuera de eso, para determinarse á semejante movimiento preciso era que supiese positivamente la retirada del General Madrid, y cuando ésta llegase á su conocimiento ya este habria vencido la mayor parte de las 50 leguas que separan la Rioja de Catamarca. Ademas de lo que he dicho antes, debió influir en la resolucion del General Madrid, su gusto por las

ble la frialdad de la hija del gobernador. Se aproximaba la crisis y era indispensable una resolucion decisiva.

La tomé pero teniendo que luchar con la resistencia de mi esposa que veía en ella los mayores peligros. Cuando le hacia mis reflexiones, cuando le mostraba hasta la evidencia que el riesgo estaba en aguardar, convenia casi forzada por la fuerza de mis razones pero luego que su imaginación se fijaba en los azares de la empresa, en la separacion que iba á seguirse, en la dificultad de reunirnos recaía con mas fuerza en su negativa. Sin embargo al fin logré persuadirla, y di los pasos necesarios para mi salida clandestina, quedando todo arreglado para la primera noche favorable que hubiese: algunas noches antes debiamos saberlo mediante un mensage convenido que traeria mi criado, cuyo significado ignoraba él mismo.

En este momento abandonó el valor á Margarita, y casi poseida de acceso de desesperacion me conjuraba llo-

---

operaciones aventuradas, á que él mismo nos asegura que es muy afecto.

El General vaciló entre los dos partidos que tenia que tomar, que eran marchar sobre Aldao, ó dirigirse sobre San Juan descendiendo aparentemente de aquel. Se decidió por el último en lo que andubo muy acertado, pues que era el mejor medio de hacerlo dejar su guarida y traerlo á un combate en lugar mas ventajoso.

Efectivamente era evidente que viendo Aldao marchar al General Madrid sobre Cuyo, saldria á estorvarlo, porque no querria perder la base de sus operaciones. Entonces si se conseguia batirlo se habia conseguido uno de los objetos que se tenian en vista, y quedaba aun la decision para proseguir ó no en demanda del segundo.

El ejército nuestro no llevaba segun el General Madrid mas que 900 hombres en lo que puede haber equivocacion porque luego asegura á la vanguardia 460, y á los demas cuerpos 570. Pero esto importa poca cosa, siendo si de advertir que iban escasos de bueyes, de caballos, de carne y de todo auxilio. Si hemos de dar



fando á que no me fuese: me decía con todo el calor de que era capaz que un presentimiento terrible le anunciaba una catástrofe, con otras mil reflexiones de esta naturaleza, que sino me hacian vacilar me ponian al menos en la mas cruel tortura. A mi vez me exalté tambien y le manifesté con energía la terrible posicion en que quedaria sino aprovechaba la ocasion que se me ofrecia sin exceptuar el ridículo en que me dejaria mi cobarde desistimiento. Se convenció al cabo y por única respuesta se levantó del sofá en que se habia tirado desesperada para hacer los preparativos necesarios.

Las únicas personas que sabian mi proyecto eran Margarita, su madre y hermana mia Rosario, el Dr. Pazos que debia ser mi compañero de fuga, su madre que habia sido el principal agente para entenderse con el Sr. Akinson, y este que habia diligenciado la embarcacion &c.

El Dr. Pazos hacia meses que estaba oculto en casa

entero crédito á estas asersiones, preciso es confesar que el General Lamadrid fué á colocarse en una situacion casi desesperada, de que solo pudo salir momentáneamente por un milagro. Era de desear que hubiera previsto tan tremendos inconvenientes para remediarlos, ó no esponerse á ellos, salvo el caso de que absolutamente hubiera podido hacer otra cosa.

La accion de Argaso fué un suceso extraordinario que estaba fuera de la prevision del General. El habia mandado al coronel Acha á tomar caballos y bueyes para el ejército con la orden que lse incorporará luego que los obtubiese. Esto era en el orden, pero el coronel no lo hizo asi, pues que habiendo entrado el 13 de San Juan y tomado exelentes caballos no los tuvo el ejército, pero ni la noticia de sus operaciones.

Acha tuvo noticia que Aldao venia en aquella direccion y tan lejos de incorporarse á su ejército, se abanza impavidamente á esperarle en la boca de la travesía. Hizo bien ó mal el coronel Acha? esta es una cuestion que no quieto resolver tanto porque me faltan antecedentes para juzgar cuanto porque el éxito justifica en cierto modo la conduota militar de ese valiente gefe.

de su madre en donde habia hecho construir una especie de subterráneo: para verme con él, usábamos de las mayores precauciones. Como el no salia no sabia la casa que debia recibirnos antes de embarcarnos, y por cuyos fondos habia de hacerse la operacion: yo habia sido impuesto de ella.

Para servile de guia, habia de pasar á las ocho de la noche en punto por su casa y muy disfrazado, seguirme sin reunírseme, ni dar indicios que estábamos de inteligencia. En esta forma habiamos de andar una parte de la poblacion hasta llegar á la casa consabida cuya puerta se nos abriria mediante una seña convenida.

Todo se hizo así, mas al llegar á la casa desde donde debíamos ir al embarque, á pesar que la calle era sumamente lóbrega y solitaria, vimos un hombre parado en la vereda frente á frente de la puerta donde íbamos á entrar. Yo no trepidé, me acerqué, hice la seña, la puerta se abrió

---

Si su situacion y circunstancias lo ponian en el caso de batirse, hizo muy bien en elegir una posicion en extremo ventajosa como lo era la boca de la travesía. A quien conozca lo que esa voz significa, no le será difícil comprender que un cuerpo de tropas que acaba de hacer tan penoso camino, sale exhausto, fatigado, sediento y por lo comun en tal cual desórden. Fué pues muy bien pensado aprovechar esos momentos para trabar la lucha, y tan solo extraño que el General Acha no tomase la iniciativa en el ataque, dando quizá tiempo á que se refrescasen y recuperasen en parte las causadas tropas del enemigo. Este era el modo aunque parecia algo atrevido, de sacar todas las ventajas posibles de las respectivas situaciones.

En la descripcion que hace del campo de batalla cuando lo reconoció tres ó cuatro dias despues, parece indicar que la posicion de Acha fué defensiva, habiéndose colocado detras de una acéquia en donde fué circundado por el enemigo.

El General Lavalle en su carta refiriéndose á la declaracion de dos desertores, dice que la infanteria de Aldao se pasó á Acha y que esta fué la causa de su derrota. Sin embargo no habiendo

y entré, pero el Dr. Pazos que venia un poco mas atrás con gran asombro mió siguió de largo, se cerró la puerta y quedé yo solo en un gran patio con el portero que era un extranjero que casi no poseia nuestro idioma: le significé que éramos atisbados por un hombre apostado en la calle y no me contestó, luego supe que aquel hombre era un centinela perteneciente á la casa misma.

Mi primera persuasion al ver lo que habia practicado el Dr. Barros fué que no queria evadirse y que se volveria á su casa; luego me vino la idea de que la presencia de aquel hombre que nos atisvaba fuese de mal agüero, en cuyo caso yo habia hecho muy mal, en penetrar en la casa; mas antes de un cuarto de hora que pasé en estas crueles dudas, la puerta vuelve á abrirse y entra el mismo Dr. Barros, pero su venida fué para ponerme en los mas duros conflictos.

Cuanto se llegó á mi luego que me reconoció en la

---

oído ni visto esta circunstancia estampada en parte alguna no le damos crédito, pero si diremos que las disposiciones morales de las tropas de Aldao no eran muy favorables á la causa que se les habia defender porque los prisioneros que se le tomaron y que Acha incorporó á sus tropas se batieron bien á los tres dias sosteniendo la nueva causa que habian adoptado.

Sea lo que sea; la accion de Angaso fué gloriosa, bien fuesen 2,000 hombres los que tenia Aldao, bien fuesen 1,600, como dice el General Lavalle y Pedernera. Ella hace el mas alto honor al valor, al patriotismo y á la anegacion de los que en ella se encontraron. El triunfo sobre ser en extremo honroso por su desproporcion de las fuerzas, fué completo, porque las de Aldao fueron batidas hasta ser pulverizadas. En una palabra es un hecho de armas tanto mas digno de admision, cuanto saliendo de las reglas comunes, debia ser menos esperado.

Es incomprendible el silencio del coronel Acha respecto del General del ejército, quien solo tuvo noticias de su entrada en San Juan, de su victoria, y de su desastre final por los prófugos, si es

seguridad del patio me dijo: estamos perdidos hemos sido descubiertos y no tardarán en venir á arrestarnos, ó matarnos. Sr. General, me repetía, no haga Vd. uso de sus armas porque cualquiera resistencia no hará sino agravar nuestra causa, además que toda resistencia es inútil. A esta sazón se habia presentado un hombre que al parecerera el principal de la casa, ó el que dirigia la empresa; á este se dirigió el Dr. Barros para decirle—Ocupese Vd. solamente de un hombre que es el Sr., señalándome á mí, trate Vd. de salvarlo, todos los demas importamos poquísima cosa. Despues de esta corta arenga dejaba al pobre hombre para emprenderme otra vez á mí, repitiéndome lo mismo que antes. Sr. General toda resistencia es inútil &c. A ambos nos repitió estas mismas cosas por muchas veces en términos que hubo de aturdirnos.

Al fin pude conseguir que se esplicase algo mas y hé aquí el fundamento de sus terrores. Cuando yo llegué y

---

exceptua el papetito que le mandó con un jóven saujuanino con estas solas palabras, “me sostengo. Acha.”

Por mas que uno haga esfuerzo para esplicar estas cosas de un modo inocente y natural, es imposible conseguirlo, ni precaverse de un sentimiento de disgusto, cuando tiene que ocurrir á otras mortificantes suposiciones (1).

---

(1) Una vanguardia no es un cuerpo independiente del ejército sino una parte ó mejor diremos un miembro de él. Sus deberes son grandes y no consisten solo en marchar delante, proveyendo á su propia seguridad y mejoramiento en medios de subsistencia y de movilidad. Tiene la rigurosa obligacion de aclarar el terreno para atender tambien á la seguridad del cuerpo principal que cubre y á quien precede. Tiene tambien su jefe la de dar cuenta al General en Jefe de las adquisiciones que haga sobre el enemigo, y obrar estrictamente segun sus órdenes. Puede parecer á quien no conozca nuestro país y el desórden militar de varios de nuestros ejércitos, estraña esta advertencia, pero sépase que ella es muy conveniente para la instruccion de algunos caudillejos (no quiero incluir en este número al coronel Acha) que se creen que mandando una vanguardia pueden obrar con independencia. El año 42, mandando el General Nuñez mi vanguardia en Entre Ríos, tuve con repeticion que hacerle estas advertencias.

entré en la casa el no quiso hacerlo, sea por probar como le iba al primero que se lanzaba en ella, sea porque el hombre que estaba en frente le dió serios cuidados. Siguió pues calle abajo como hemos visto y luego torció á su derecha, y rodeando la manzana volvió al punto en donde se habia separado de mí, y por esta vez se atrevió á penetrar en la casa misteriosa. En la vuelta que acababa de dar habia tenido que pasar por el cuartel de la Residencia en donde sintió gran movimiento y notó que la guardia tomaba las armas, y aun creo que vió salir alguna patrulla: de aquí pues inferia que este alboroto segun lo suponía, no podia provenir sino de una delacion consiguiente á la cual íbamos á ser rodeados de tropa, en cuyo poder no tardábamos en caer.

Cuando supe esto me tranquilicé y le hice observar en pocas palabras, que siendo la hora de retreta no era extraño que la tropa se formase para pasar lista, que la guar-

---

El coronel Acha luego que entró á San Juan debió antes que todo ocuparse del ejército de que dependia, y proporcionarle cuantos caballos y bueyes pudiese, tomando el por supuesto los que le fuesen necesarios. Debíó tambien replegarse ó alejarse del cuerpo principal segun las circunstancias, pero sin perder jamás sus comunicaciones con él.

Aun despues de batido Aldab no debió olvidarse del ejército, de sus compañeros, del General en Jefe, por la sola vanidad de ocupar un pueblo cuya posición era mas segura obrando con mas orden y cordura. Si lo ocupó nuevamente debíó ser en ventaja del ejército y entonces hubiera sido para mandarle caballos, víveres y recursos. Nada de esto hizo aunque debia constarle la penosa fatiga con que se arrastraban sus compañeros por falta de medios de movilidad, y lo que llenaria de asombro al menos inteligente es que no diese un aviso, ni pudiese al General un parte de sus operaciones y de sus sucesos,

No puede darse otro nombre á este desgracia que el de una verdadera anarquía militar. En vano es buscar en otra parte la causa de nuestros desastres, porque aquella es el origen de todos ellos,

dia tomase las armas y aun que saliesen patrullas: A pesar de mis reflexiones el insistia y nada bastaba á conven- cerlo: felizmente se hizo la seña para partir y tuvimos que movernos hácia el fondo de la casa en donde habia una puerta que daba á la playa.

Entonces fué que supe porque los ví salir de una sala que daba á un gran patio, que eramos buena porcion de compa- ñeros que ni ellos sabian de mi, ni yo de ellos, y que tam- po por entonces nos conocimos. Nos dirigimos rápidamente al punto del embarcadero y metiéndonos en la agua hasta los pechos llegamos á una balleñera que nos esperaba. Aquel era el parage mas peligroso; (1) pero si se exceptúa

---

(1) Justamente un mes despues el 3 de Mayo, fuéron sor- prendidos en él, es decir en el acto de embarcarse y bárbaramen- te asesinados el coronel Lynch, Oliden, Meson, y unos cuantos mas. Sus cadáveres mutilados fueron llevados á la policia y lue- go al cementerio.

---

Me admira que el General Madrid los atribuya á motivos casuales, ó pasajeros y del momento cuando debiera conocer que la indis- ciplina produjo los terribles resultados que hemos deplorado:

No es esta la única vez que durante estas tres campañas ve- mos sacrificada la causa pública á rivalidades personales (1). Po- cos dias despues se perdió una célebre batalla por idénticas razones.

El 16 habia sido la victoria de Angaso, y el coronel Acha re- gresó á ocupar San Juan sin tomar medida alguna respecto al ejér- cito, ni aun se dice que tomase alguna con respecto á la poblacion en que se habia situado. El 18 fué sorprendido cumplidamente ca- si por los mismos milicianos que acababa de batir. Podemos pre-

---

(1) Se me ha asegurado y me ha merecido asenso la especie de que se urdia en el ejército del General Madrid una conspiracion que tenia por objeto derribarlo luego que estubiesen mas asegura- dos de la provincia de Mendoza, y llamar al General Las Heras á que se pusiese á la cabeza de los negocios y del ejército. Al frente de esta conspiracion ó mejor diré como principal ajitador se encon- traba D. Joaquin Baltar que fué despues, no solo por lo que dicen las memorias sino por uniforme testimonio de los que estuvieron presentes, uno de los causantes de la derrota del Rodeo del Medio

la excésiva fatiga para hacerlo por entre el fango, y con la agua hasta el pecho no hubo otra novedad. Luego que estuvimos dentro se hizo la vela y se movió lentamente nuestra embarcacion para alejarnos de la costa.

Al principio todos nos ocupamos silenciosamente de mudarnos la ropa mojada, pues cada uno habia llevado su atadizo con la precisa al efecto: mas luego de hecha esta operacion y que nos habiamos alejado unas buenas cuerdas de la costa, nuestra gente se fué poniendo mas comunicativa. Nadie sino el Dr. Barros sabia que yo era uno de los prófugos, y aunque le habia encargado que no lo dijese pues no habia necesidad, el nó pudo resistir y lo contó á alguno que lo refirió al oido de otro hasta que se generalizó: mas reservado habia querido ser antes el Dr. Barros en este mismo sentido, pero ahora habian variado las circunstancias: luego me explicaré.

La primera mocion que hizo alguno de los compañe-

---

guntar ¿donde están los heroes de Angaso? ¿Dónde los valientes que habian vencido á tropas mejores que las que los que ahora los atacaban, uno contra tres ó cuatro? Que respondan los partidarios de ese entusiasmo momentaneo que hacen consentir por lo general en gritos y en estruendosos vivas, las disposiciones moralel del soldado.

A vista de esto está uno tentado á creer que la victoria de Angaso fué una gran casualidad, proveniente de circunstancias que no se repiten muchas veces.

---

que tuvo lugar el 24 de Setiembre inmediato. Muy distintos de los de este funestamente célebre personage, eran los sentimientos del coronel Acha, mas sin embargo es muy probable que estubiese iniciado y que hasta cierto punto participase de las mismas disposiciones. Siendo esto cierto, se esplica esa independecia que empezaba á ostentar, ese desvio del General y ese olvido de las consideraciones que debia á la primera autoridad del ejército, y al órden militar. En una publicacion que con el título *Rectificaciones* acaba de hacer el General Madrid, atribuye la conducta de Acha á un genio pueril, y aun le llama niño jaqueton, sin negarle su bravura. Yo pienso de otro modo sin desconocer que le faltaba algo de la circunspeccion necesaria á un gefe de categoria.

ros, fué que las divisas puzó que aun llevábamos y los lutos federales de los sombreros fuesen luego quitados y arrojados á la agua: fué unánimemente apoyada y resuelta la afirmativa sin discusión, y por aclamacion se hizo inmediatamente. Otro se avanzó á proponer entonces que hiciésemos una salva descargando las pistolas que llevábamos algunos, á lo que fué preciso oponerse porque navegando aun por las balizas interiores y bien cerca de la costa, llamaríamos la atencion de algun lanchon del gobierno que podria andar de ronda, y apoderarse del nuestro, razon por la cual fué desechada: mas como se insistiese en celebrar de algun modo nuestra libertad, propuso otro que se entonasen á grandes voces la cancion nacional, á lo que tambien me opuse, por la misma razon.

Sin embargo las cabezas estaban exaltadas y unos botellones de ginebra que no se como aparecieron, concurren á avivar la alegria, que habia sucedido al susto de

---

Sea cómo fuere, la victoria de Angaso habia sacado al General Madrid y su ejército de una situacion desesperada que si hubiera sabido aprovecharse, hubiera podido restablecer los negocios de la revolucion que iban tan de capa caída. Hemos apuntado los errores de Acha, examinemos los que cometió el General Madrid.

El 14 ya tuvo noticia que Aldao se dirijia sobre San Juan, y desde entonces no debió dudar que una batalla era irremediable: El principal objeto debia ser reunirse cuanto antes con su vanguardia, ya haciéndola replegar, ya acelerando él su marcha. Lejos de eso se fluctuó en indecisiones sobre abandonar parte de la artillería y carretas, concluyendo por no hacer cosa alguna y seguir arrastrando tan pesado tren.

Otra de sus principales medidas debia ser concentrar todas sus fuerzas, pues es sabido que en visperas de una batalla no se separan cuerpos que no puedan tomar parte en ella. Sin embargo de esto lo vemos que destaca al coronel Poñulosa con un cuerpo relativamente respetable á un lugar lejano con el motivo de que se montase bien cuando acababa de venir de su distrito y es regular que tuviese aun sus caballos en buen estado. Pero aunque no fuese así,



poco antes. Era difícil contener en los límites de una tal cual disciplina á aquellos jóvenes que formaban el número de 14 pasajeros, que aunque eran de buena educacion y sentimientos, querian dar una gran expansion al gozo de verse salvos, ó como decian respirar el aire de la libertad. Los pareceres que se emitian eran varios y á veces contradictorios, en términos que el Patron de la lancha en medio de esta algaravía, y quizá auxiliado por los botellones perdió enteramente la cabeza, y la embarcacion quedó sin direccion.

La lancha venia á disposicion de los pasajeros, de modo que podíamos dirigirnos á los buques bloqueadores, ó enderechura á la Banda Oriental del Rio. Esto fué lo que preferí y á que se prestaron todos, porque sentía repugnancia al tener que huir de mi pais, ir á asilarme bajo la bandera que lo hostilizaba. Esto convenia tambien al Patron del lanchon porque llevando alguna carga de galleta:

---

era menos mal que se combatiesen mal montados que el que estuviesen á veinte leguas del lugar del conflicto, en donde ni poco ni mucho servirian.

Es verdad que esto dice que sucedió el 13, no siendo sino el 14 que tuvo noticia de la venida de Aldao, pero advertido que era de esto debia hacerlo regresar inmediatamente, y no vemos que lo hiciese ni que lo pensase. Asi sucedió que el Fraile que debió lidiar con un cuerpo de tropas tres veces mayor, solo combatió con la division del coronel Acha, á cuyo esfuerzo sin embargo tuvo la deshonra de sucumbir.

Noticó el General Madrid que dia fué el que se presentaron Burgoa y Olembert dando noticia del conflicto en que dejaban á Acha en Angaso, pero supone que debió ser la noche del 16 dia del combate, y en la mañana del 17. Al otro dia ya tuvo noticia mas circunstanciada por dos prisioneros que se tomaron.

El 19 á las tres de la tarde re le presentó el comandante Igar-sabal avisando la sorpresa de Acha, quien le dió indicios que este gefe con la infanteria se sostenia en un Potrero. Esa noche y siguientes hizo disparar cañonazos para advertir á Acha de su apro-

cial de marina á quien conferimos el mando, que aceptó con buena voluntad y desde entonces se regularizó el servicio é hicimos nuestro viage sin inconveniente. Seria media noche cuando atracamos al costado de la corbeta Alemane, que juntamente con la Triunfante formaban el bloqueo. El capitan reposaba, y solo nos recibió el oficial de guardia quien nos destinó al entre-puente, y nos dió una vela, que estendimos para que nos sirviese de cama comun.

Aun entonces deseaba pasar inapercibido y hubiera querido que sin conocer mi clase me hubiesen dejado pasar á la costa Oriental: por esa noche fué así, mas al otro dia fué imposible. A la madrugada recuerdo que me recordó el Sr. Sebastiani que era uno de los compañeros de viage, trayéndome café en un jarro de lata del que se servia á los marineros: lo acepté con el mejor apetito porque despues de la mojadura y la fatiga de la noche antes, bien lo necesitaba.

---

nos que en los terrenos rasos, ó en el mar, lo que tambien es regular tuviese presente.

En Samacoa se perdió mas de una noche por falta de agua, cuya razon tuvo que mandar con el coronel Abalos y dos escuadrones las caballadas á tres leguas de distancia quedándose entretanto á pié, lo que al fin poco produjo por que las bestias bebieron mal, y los soldados se comieron 9 bueyes sin que los gefes pudiesen remediarlo. Muy grande debió ser la necesidad que le obligó á esta medida, que ademas de hacerle perder un tiempo precioso, lo obligaba en campo enemigo á separarse á tanta distancia de la caballeria y de todos sus medios de movilidad. Si el enemigo hubiera podido aprovecharse de este incidente, y hubiese atacado al Coronel Abalos, estaban todos perdidos sin escaparse uno solo.

Sin embargo de la falta de los nueve bueyes, y de haberse movido tarde, pudo llegar ya cerrada la noche á una legua de la Punta del Monte que dista 7 leguas de San Juan, donde formó cuadro y proclamó la tropa.

Esto debió ser el 21 porque dice que amanecido el 22 se puso

Cuando hubo amanecido me invitó el capitán á pasar á la cámara, donde me recibió con la mayor atención dándome las mas corteses excusas por el mal alojamiento de la noche antes. Se sirvió el almuerzo en la cámara del capitán á que asistió el capitán de la Triunfante y yo: mis otros compañeros almorzaron en el cuadro de oficiales.

La conversacion con el capitán fué de poco interés, y yo manifesté mi deseo de seguir inmediatamente á la Colonia: todos mis compañeros quisieron lo mismo; seria poco antes de medio dia, cuando estaban listos dos botes que debian conducirnos. Se dejó á mi eleccion señalar los que hubiesen de ir en el que yo habia de ocupar y preferí como menos bulljiciosos á mi amigo el Dr. Barros, á D. Antonio Somellera, y á dos jóvenes hermanos Romeros hijos de un antiguo capitalista de Buenos Aires. En el otro bote se embarcaron el Sr. Sebastiani, un Pirán, un joven Cantilo, dos Mamiercas padre é hijo con otros que no recuerdo hasta completar el número de nueve, que conmi-

---

en marcha para la Punta del Monte en donde hombres, buyes y caballos acosados de la sed, se precipitaron á la agua y estuvieron por mucho tiempo sin levantar la cabeza. De allí andubo algunas cuerdas para acamparse á las 8 de la mañana en una hermosa casa donde comieron muchos zapallos y gallinas. Allí fué que recibió el aviso traído por el joven sanjuanino.

A las dos y media de la tarde se movió recién, llegando á Angaco que dista legua y media de la Punta del Monte al cerrar la noche. De esta relacion que es exactamente extractada de las Memorias, se deduce que desde la madrugada hasta la noche, solo andubo un cuerpo de 500 ó 600 hombres *dos leguas y media*, debiendo hallarse entonces á cinco y media de la ciudad de San Juan.

En esa noche se marchó despues de racionar la tropa de carne y se campó (dicen las Memorias) en una hacienda que está un cuarto de legua antes de llegar al rio.

Aquí nos deja la relacion del General Madrid en la mayor ignorancia de lo que hizo el 23, pues que salta por sobre este dia para decir que "asi que amaneció el 24 se puso el ejército en movi-

go y los cuatro que me acompañaban éramos los catorce escapados.

Por mucho que se remó, como hubiese flaqueado el viento nos tomó la noche antes de llegar á la costa Oriental y tuvimos que fondear y pasarla con la mayor incomodidad: con la obscuridad perdimos de vista el otro bote, y ni aun en la mañana del 5 (1) pudimos percibirlo: mas feliz que nosotros nos precedió y llegó á la Colonia dos horas antes que el nuestro.

Entre diez y once del día, arribamos á dicho puerto, y me causó una impresion indescribible el ver muchas señoras que parecia se habian convenido en traer vestidos celestes. Como en Buenos Aires era un color proscrito, que podia llevar al insulto, al ultraje y hasta la muerte al que se hubiera atrevido á vestirlo, nuestra vista acostum-

---

(1) Escapamos en la noche del 3 de Abril del año de 1839. El 4 estuvimos en los buques bloqueadores, y el 5 en la Colonia.

---

“miento llevando el batallon tuoumano y la artilleria á vanguardia.” Es probable que haya padecido una equivocacion, y que no nos es posible señalar, pero sea lo que sea, el hecho es que este día pasó el río de San Juan, espantó al enemigo que se le presentó á su frente y entró á la plaza sin resistencia: allí permaneció hora y media formado y salió á acamparse á una legua de distancia, camino de Mendoza.

Es extraño que el General Madrid que nos cuenta con la mas candidad minuciosidad que se carneo una potranca ó mula, que se mataron algunas cabras, que se tomaron gallinas y se comieron muchos zapallos, y otras muchas cosas de esta clase, era tan económico de palabras para decirnos punto por punto como era de esperarse, y como convenia á su propia reputacion las marchas que hizo y los esfuerzos que practicó para socorrer al coronel Acha, en la cruel situacion á que se vió reducido.

No soy capaz de sospechar que quisiese dejarlo sacrificar por que ni cabe eso en los honrosos sentimientos que le supongo, ni tampoco cabia en los intereses de todos y particularmente de él

brada solo al punzó, no pudo precaverse de una sorpresa, principalmente en aquellos momentos en que ni aun podiamos darnos cuenta de la multitud de sensaciones que experimentabamos. Apenas nos habiamos separado diez leguas de Buenos Aires parecianos hallarnos trasportados á otra region remota. Que digan los que han salido en esos tiempos de Buenos Aires donde se hablaba en secreto, donde tenia uno que prevenirse de sus domésticos hasta para conversar cosas indiferentes: donde era un gran delito usar este ó el otro color, llevar el pelo y la barba en esta ó la otra manera, donde podía tomarse una terrible cuenta de una sonrisa, una mirada ó un gesto, que digan lo que sentian cuando pisaban las playas de la opuesto rívera del Plata. Por muchos dias no podian sacudirse de esa inquietud, de ese recelo en que antes vivian, y costaba irse acostumbrando á usar libremente de sus facultades fisicas y morales. Por lo comun un recién llegado á la Colonia ó Mon-

---

mismo, me temo á que hubiese falta de resolución para en esos momentos supremos, sobreponerse á todos los peligros y á toda consideracion subalterna para llegar á tiempo de salvar la mitad de su ejército con la mitad que le quedaba. (1)

El 25 y 26 permaneci6 á una legua de San Juan mientras se hacian algunos arreglos, en lo que seguramente nada hay que decir, pero no dejaré de notar que fué una circunstancia muy feliz el regreso del coronel Peñalosa que habia sido destinado el dia 13 á la Laguna, lugar intermedio entre San Juan y Mendoza.

---

(1) Me hallaba en el Arroyo de la China el año 42, cuando se me presentaron unos cuantos ciudadanos que habian hecho las campañas del ejército libertador en Buenos Aires y en el interior de la Rioja. Yo acababa de llegar de Nogoya donde tuve que abandonar las carretas para salvar los restos que me quedaban de la fuerza con que salí del Paraná, sin esto es seguro que todo lo hubiera perdido. Al saber esta circunstancia un Sr. emigrado de la campaña de Buenos Aires, dijo, que bien hizo Vd., pues nosotros dos veces hemos perdido todo por conservar unas cuantas carretas. La primera cuando la retirada de Santa Fé que precedió al Quebracho, la segunda en la campaña de Mendoza. Preciso es saber hacer algun sacrificio en tiempo para salvar lo mas. Lo contrario es una estupidez.

tevideo era el objeto de las amistosas zumbas de sus conocidos, hasta que llegaba verdaderamente á persuadirse que estaba fuera del alcance de la mazhorca.

Entre varias señoras que estaban en el muelle, se encontraba mi hermana política Doña Juana Ocampo de Paz, á quien luego tuve el gusto de saludar. Me dirigí con ella á su casa donde me alojé: mi hermano D. Julian su esposo estaba en Montevideo á donde lo habian llevado sus particulares negocios, y de donde debia regresar pronto como sucedió.

Mis compañeros de viage se marcharon cuanto antes pudieron á Montevideo, siendo uno de ellos mi buen amigo el Dr. Pazos, sobre que debo una esplicacion. Dije que antes y al tiempo de mi fuga habia tenido empeño en ocultarla, lo que no pudo despues: he aquí la razon. Hasta mi salida de Buenos Ayres, el gobierno no habia puesto gran empeño en impedir la emigracion de sus ene

---

Si la accion y toma de Angaso fué un suceso providencial que prolongó por unos dias la vida del ejército, el arribo de Peñalosa lo fue tambien para continuar hasta Mendoza y abrirse un boquete por donde aunque fuese á Cordillera cerrada pudiesen escapar despues derrotados, á Chile.

He dicho que la venida de Peñalosa fué feliz y providencial, porque nada era mas facil y aun natural que Benavidez en su retirada de San Juan hubiese caido sobre él, y lo hubiese concluido. Entonces era muy dificil que el general Madrid hubiese podido llegar á Mendoza. Todo era duda y él mismo personalmente era perdido.

A presencia de los hechos no temo equivocarme ni asegurar que tanto los movimientos de la vanguardia como los del coronel Peñalosa fueron inconexos y mal calculados. Si la sorpresa y rendicion de Acha hace honor á la capacidad militar de Benavides, no lo merece su retirada de Mendoza y el haber dejado incorporar á Peñalosa pasando por su flanco para reunirse con el general Madrid, se empalagó con él primer suceso y no supo sacar todo el partido que debia darle. Despues de él, no vimos que hiciese la menor hostilidad, ni pusiese el menor embarazo á unas tropas de-

mios y hasta se decía que secretamente la fomentaba. Algunos que habian sido sorprendidos y arrestados al verificarla no habian sufrido en su vida, y se habia contentado el Dictador con ponerles la obligacion de costear un número mas ó menos crecido de personeros para los cuerpos de línea, y una prisión indeterminada como son todas, pero la mia no podia considerarse del mismo modo, y era muy claro que yo no sobreviviria sino muy poco si era descubierta en proyecto. Era tambien casi seguro que el anatema hubiese alcanzado á cualquier otro que hubiese sospechado de estar de acuerdo con migo.

Estas consideraciones persuadieron al Dr. Pasos á que tomase sus precauciones, siendo una de ellas no querer aceptar una de mis pistolas que momentáneamente le ofrecí (él no llevaba ninguna) para que me descargase un poco del peso que me fatigaba: no me dijo, siendo hermanas las pistolas, sería una prueba evidente de mi com-

---

bilidades y ya medio vencidas. Me hago cargo de que el tren de artilleria y la reputacion personal del general Madrid le impuso lo bastante para que no se le acercase, pero en la division del coronel Peñalosa no concurrían esás circunstancias y sin embargo lo dejó pasar impunemente.

El 27 de Agosto continuó el general Madrid sus marchas para Mendoza dejando de gobernador de San Juan al coronel Burgo y cincuenta hombres que sin duda desmembró de su ejército. Es de creer que seria lo inutil, ó que menos falta le haria en lo que obraría perfectamente pues no debia desprenderse de la fuerza que iba à necesitar en el campo de batalla.

El dia siguiente 28 continuó la marcha, y lo mismo se hizo por la noche viniendo á amanecerle cerca del Chañar. Allí se presentó D. Policarpo Torres, fugado de Mendoza, que le dió importantes avisos. Uno de ellos fué que los prisioneros y carretas con cañones habian marchado bajo la escolta de 50 hombres en direccion al Retamo.

Ordenó al coronel Palao, y al de la misma graduacion Bal-

plicidad en su fuga, la que pienso negar á todo trance si fuésemos arrestados, jurando al efecto que ni conozco á V. : le ruego, continuó que V. haga lo mismo llegado que fuese el caso. Le ofrecí hacerlo y lo hubiera cumplido ; ya se deja entender que cuando pasó el peligro ya no habia objeto para tanta reserva.

En la Colonia fuí generalmente bien acogido por Orientales y Argentinos : los primeros me recibieron amistosamente, los segundos con una equivocada alegría: su gran empeño era desentrañar mis ideas, y conocer á fondo mis disposiciones personales con respecto á las fracciones en que empezaba á dividirse el partido que hacia la guerra á Rosas. La que aparentemente apoyaba al general Lavalle era allí toda poderosa, y se puede asegurar que tenia mas influencia en los negocios que la que servia en los intereses de Rivera y que las autoridades mismas del pais : en Montevideo pienso que sucedia otro tan-

---

tar que era su íntimo amigo (1) para que marchasen esa misma noche con su division que estaba bien montada á rescatar los prisioneros &c. Baltar alegó lo peligroso de la operacion, la cual en resumidas cuentas no se hizo.

No puedo juzgar de la operacion en cuestion con exactitud porque ni conozco los lugares (en nuestro pais no puede hacerse consultando las cartas geográficas porque no las hay, y mucho menos topográficas) ni las circunstancias en que se hallaba el enemigo, el ejército, y la Provincia. Sin embargo reflexionando sobre los pocos antecedentes que poseo, y lo que suministran las

---

(1) Raro modo de servir, y de mandar es, el tener un general que consultar las relaciones personales de un gefe para impartirle un orden de cuya importancia cree estar seguro. Sin embargo no es nuevo en nuestro pais, ni en el Sr. Baltar, cuya habilidad consiste en saberse ganar un caudillejo á cuya sombra se presta seguro, por la comportacion y la necesidad de considerar al personaje á quien ha sabido ligar y ligarse. Así lo vemos constituido en director del bueno del coronel Peñalosa para estraviarlo, y hacerlo marchar segun sus intereses ó sus caprichos. Esto es característico de nuestro pais y de los campesinos. Luego hablaré de esto.



to, según datos que tuve despues. Mi conducta fué la que siempre fué guia de mis acciones, es decir ofrecirme á la causa, sin afiliarme á las facciones.

Al otro día de haber llegado, fondeó en el puerto un transporte que venia de Montevideo conduciendo 50 ó 60 jóvenes voluntarios que marchaban al ejército del general Lavalle, entre los que iban tambien algunos gefes, y el Dr. D. Valentin Alsina cuya comision no se conocia, pero se juzgaba que venia á instruir á aquel general de incidentes que no se fian á la pluma, ó de hacerle indicaciones que reglasen su conducta; su mision era transitoria pues debia regresar pronto. Como esta hubo varias en que se emplearon sujetos de gran categoria sin escluir el mismo Dr. D. Julian Agüero como se verá despues.

Al salir de Montevideo los patriotas voluntarios, los soldados improvisados de que acabo de hablar, habian á pluralidad de votos elegido quien los mandase, y habia

---

memorias, me parece que la operacion era bastante peligrosa y aventurada. Por la misma razon que al dia siguiente de proyectada la operacion que era cuando debió tener su ejecucion, se hallaba Benavides en Mendoza, y sino estaba en situacion de impedirlo, lo estaba al menos de hacerla pagar bien caro. Sin embargo no justifico al coronel Baltar que por otra parte tantas pruebas ha dado de tener un carácter díscolo, cabiloso é insubordinado. Tampoco he querido decir que la operacion fuese imposible, solamente he pensando significar asi los pocos datos que tengo á la vista que era difícil y aventurada, lo que no quita que se hayan ejecutado otras muchas semejautes con éxito y utilidad.

Despues que comio el ejército (dicen las Memorias) marchó toda la noche sobre Mendoza, á cuya orilla fué á amanecer al dia siguiente.

Segun esta relacion deberiamos creer que esto fué el 29 de Agosto, pero con gran sorpresa vemos poner este acontecimiento el 2 de Setiembre, sin que se nos explique en que se invirtieron, ni donde estuvo el ejército en los tres dias que quedan ociosos é intermedios. Esta es una equivocacion bastante frecuente en las Memo-

recaído la elección en el coronel don **Francisco Allende**, en perjuicio de los coroneles **Puyrredon** y **Céspedes** que eran también de la comitiva. Nada absolutamente, tenía que hacer el buque en la Colonia, pero tocó en el puerto con cualquier pretexto, y fué imposible al honrado jefe impedir que desembarcaran sus subordinados á pasarse por el pueblo; su resistencia hubiera tenido consecuencias desagradables, y cuando menos una abierta desobediencia. Permitió pues el desembarque á las 8 de la mañana por el término de dos horas, con la espresa condición que cumplidas que fuesen estarían de vuelta para aprovechar el viento favorable.

El coronel Allende, y el Dr. Alsina bajaron también á tierra. El primero me buscó inmediatamente para darme cordiales abrazos, y nuestras enhorabuenas por mi llegada: el Dr. Alsina no dejó de manifestarme buenos sentimientos. Era preciso apresurarnos á convencion para

---

rias, la que las hace mas oscuras por las multiplicadas enmendaturas de los números de las fechas que prueban las dudas de su autor.

Suponiendo pues que las operaciones de esos dias se quedaron en el tintero daremos por hecho que la entrada á Mendoza fué el 2 de septiembre, y que el mismo dia salió el ejército á situarse en el Plumerillo á una legua de distancia.

Otra vez se dió orden á Baltar que marchase con la division Peñalosa aumentada con una compañía de infanteria y el escuadron Julio. Aunque no desobedeció espresamente la referida orden, Baltar entretuvo el tiempo de modo que su ejecucion no produjo el efecto desendo. Benavides se salvó con los restos que le seguian como se habian salvado sus carretas de cañones &c.

Pienso que esta vez está toda la razon de parte del General Madrid, pues es muy natural que la fuerza de Benavides se hubiese disminuido, no solo por las simpatías de los mendocinos con la buena causa, como por el natural deseo de no dejar sus hogares. En el orden militar no es admitida la deliveracion en el subalterno que debe obedecer lo que se le mande aunque eso importe correr un gran peligro, pero aunque le concedamos al Sr. Baltar el privilegio

aprovechar las dos horas concedidas para solaz de los viajeros, y yo contando con ello muy de buena fé, me dí mucha prisa con mis amigos. Mas habian pasado ya mas de cuatro y nadie pensaba ya en volver al buque cuyo patron ó capitán se fatigaba inutilmente haciendo señales. Mas de medio dia seria cuando el coronel Allende que estaba en la casa que yo ocupaba, creyó conveniente salir en persona á recorrer el pueblo, en guisa de patrulla, para intimar á sus voluntarios soldados que la hora del embarque habia pasado: yo lo acompañé, mas como aquellos andaban visitando las casas, forzoso nos fué entrar tambien en ellas y visitar nosotros á la vez. Era difícil resistir á la invitacion de las damas de la casa para tomar asiento, porque era desagradable hacer entender que se trataba de una especie de visita domiciliaria.

En una casa encontramos al Dr. Alsina que ocupaba un lugar entre varias señoras y señores que sin duda gus-

---

de discutir las ordenes del General como lo hizo en el Chañar y despues en la batalla del 24, por esta vez no tuvo el menor vislumbre de razon, y su morosidad fué efecto de su excesiva *prudencia* de la que no dejará de dar nuevas pruebas.

Me parece fuera de duda que empleando el Sr. Baltar un poco de mas actividad, y persiguiendo á Benavides con mas vigor pudo sacarse mejor partido, tomándole caballos y prisioneros, y desorganizando enteramente los restos que lo seguian. Mas nada de esto era decisivo. La cuestion debia ventilarse definitivamente en un campo general de batalla, y este acontecimiento tan próximo como inevitable debia ocupar con preferencia el espíritu y la imaginacion del General.

En semejantes momentos me parece que no debió ocuparse tanto el General de esos nueve cañones que estaban en el Sud, y no por d'iañ dañarle, ni servirle de pronto. Mejor hubiera sido que despues de alejar al comandante enemigo Rodriguez hubiesen volado esos gefes á reunirse al ejército, y prepararse cuanto antes para recibir el ataque principal que debia venir de otra direccion (1). La misma

(1) Aunque no pueda asegurarlo, algo he oido de que por causa de este movimiento no se encontró en la batalla algun cuerpo del ejército, ó de Mendoza.

taban de su agradable trato. A los pocos minutos que hubimos tomado asiento, interrumpió la conversacion y mirando su reloj, dijo al señor Allende. "Señor coronel, es ya pasada la hora del embarque, y no veo que el se verifique." El pobre coronel se escusó con la inexactitud de sus subordinados, y con los esfuerzos que habia hecho para hacerse obedecer, protestando que contaba que luego se conseguiria lo que deseaba. El coronel á quien sin duda repugnaba el menguado papel que hacia, tenia poca voluntad de seguir registrando las casas y se dejaba estar en la venta, lo que dió lugar á que el señor Alsina le repitiese por una y dos veces la misma observacion. Urgido nuevamente Allende se agitaba en su silla y aun ordenó á dos ó tres de sus soldados que estaban en la misma casa que fuesen á buscar á sus compañeros, sin que tampoco produjese efecto alguno esta diligencia. Al fin salió de la casa siempre acompañado de mí, pero fué

---

audacia de Benavides que de profugo que iba, tomó otra vez la ofensiva y reocupó el Retamo, indicaba claramente que estaba bien sostenido, y que habia cambiado de roll.

Es muy singular la equivocacion que padecieron en esa época nuestros Generales, pues que mientras el General Lavalle calculaba que Oribe se dirigiria con la mayor parte de su poder en busca de Madrid, éste sospechaba que las fuerzus federales estaban muy lejos de él, y en consecuencia á inmediasiones de Lavalle.

Por el contrario, despues de la batalla de Famaila, el General Lavalle creia que el General Madrid tenia mas que sobradas fuerzas para rechazar á Pacheco (véase su carta) y ocupar á principios de Noviembre el territorio de Córdoba, mientras el Sr Madrid suponía que, *atendida la debilidad de Oribe, hubiese marchado sobre él el General Lavalle, y ocupado tambien el territorio de Córdoba, á donde debia dirigirse despues de la batalla.*

El 20 se movió el General Madrid del Plumerillo á los potreros de Hidalgo, no porque supiese la proximidad del ejército enemigo, sino á consecuencia de la ocupacion del Retamo por Flores y Benavides. Reforzado ya este jefe, y apoyado en el ejército de Pacheco

para retirarnos á la nuestra, sin ocuparse mas en inútiles esfuerzos.

No pude menos de significarle mi estrañeza tanto por la poca disciplina de aquella tropa que era destinada nada ménos que á derrivar de su trono al terrible Dictador, cuanto por su paciencia en cargar con una responsabilidad que humanamente no podia satisfacer. No dejé tampoco de observarle la irregularidad de que un particular por respetable que fuese, como lo es sin duda el Sr. Dr. Alsina, reconviniere á un gefe militar en público recordándole con una repeticion y gravedad premeditada el cumplimiento de sus deberes. A todo me contestó el coronel con lo que se contestaba siempre, que eran *ciudadanos* y voluntarios y que era preciso sufrir todo.

Recuerdo que terminé este entretenimiento, diciéndole: “pues coronel en lugar de Vd. ó no me haria cargo de una comision semejante, ó la llenaria de otro modo.” Si

---

que lo seguia de cerca, pienso que eran inútiles y aun peligrosísimas las operaciones ofensivas que exigia el General Madrid á su vanguardia. Ya era preciso vuelvo á decir no fijarse en otra cosa que en el empeño general que iba á tener lugar.

El 23 se avistaron los enemigos á la cruz de piedra, á donde acababa de llegar nuestro ejército á dar de comer á las caballerías. En el acto se puso este en movimiento para recibirlos, y ellos se retiraron hasta el Puente. Allí se les dispararon dos granadas y un cañonazo con lo que se pusieron en *precipitada fuga*, en la que fueron perseguidos hasta cerrada la noche.

Por de contado que esas granadas, ese movimiento y esa persecucion ni causó pérdida al enemigo, ni nos dió ventaja alguna. Todo ello no sirvió sino para instruir á Pacheco, que tenia al frente todas nuestras fuerzas, y que debia prepararse para un combate general al dia siguiente. Ello le reveló tambien que ese era el campo de batalla elegido por su contrario, y de consiguiente tuvo ocasion y tiempo de tomar todas las medidas con anticipacion y descanso.

Me creó autorizado á asegurar que ni hubo pérdida del encimi-

esto no fuese posible, en el acto me dimitiria de un mando de farsa que ni trae honor, ni utilidad para la patria. El coronel no pensaba asi, y continuó con su burlesca auidad.

Llegó la tarde y la noche sin que la dispersa turba pudiese reunirse, y mucho menos embarcarse: cada uno se alojó como pudo, y se ocupó de pasar la noche lo mas divertido posible. Algunos se ocuparon de bailar, y otros formaron una partida de música de guitarra y canto que recorrió la poblacion ya entonando la cancion Nacional, ya la nueva de *A la lid á la lid &a*. Yo tube el gusto que honrasen mi casa, y que aun me diesen algun *viva*, probándome con esto que les merecia afeccion y respeto, sentimientos que yo les correspondia muy cumplidamente sintiendo sin embargo que no fuesen mejor aprovechadas sus bellas disposiciones.

Aun me dieron otra muestra de aprecio, pues ha-

---

go, ni ventaja nuestra porque no hubiera dejado de decirlo el autor de las memorias, y porque quiero decir otra observacion que no está de mas en este lugar.

Consiste en la importancia que dá el General Madrid á pequeños sucesos accesorios, que tienen poquísima ó ninguna influencia en el desenlace del drama, pues tal puede considerarse hasta cierto punto una batalla. Parece que no se comprendiera la importancia de la accion principal cuando los episodios llaman toda la atencion del General. Mas volvamos á la narracion.

Despues de esta escaramuza, y de cerrada la noche como á media legua del Puente donde pasó la noche.

#### *Batalla del Rodeo del Medio.*

El 24 tarde al parecer, pues que se habia distribuido algunos reclutas á los cuerpos, se tuvo parte de que se avistaba por la otra parte del puente todo el ejército enemigo. "*Es justo advertir (de-cian las memorias) que hasta este momento no se tuvo en nuestro ejército, un conocimiento positivo de que venia todo el ejército de Pacheco.*" ¡Notable ignorancia! que es difícil concebir y explicar en un pais que se suponía afecto á nuestra causa.

biéndome llegado al punto donde habia una porcion de estos jóvenes entusiastas en el muelle mismo, me rodearon para rogarme que me resolviese á acompañarlos al ejército. No era ocasion de discutir la materia con otras razones que las muy triviales que se me vinieron á la mano, y me escusé con decirles que no estaba preparado pues no tenia montura, pues acababa de llegar de Buenos Aires con lo encapillado: fueron unánimes sus ofrecimientos de proporcionarme todo lo que me faltase si yo accedia á su insinuacion: fué entonces preciso acudir á otros inconvenientes mas graves que no hice sino tocar. Me rogaron en seguida que escribiese al general Lavalle y se lo ofrecí y lo cumplí.

Al Dr. Pazos que tenia ya su viage dispuesto á Montevideo cuasi se lo hacen dejar, persuadiéndolo que los acompañase: me consultó este amigo, y su resolucion fué conforme con mi parecer. Marchó á Montevideo con ánimo

Nuestro ejército se puso en movimiento para ir á ocupar la posicion que el General habia eligido, *al frente del puente, y lo mas un cuarto de legua antes de llegar á el.*

La fuerza de nuestro ejército no pasaba de 1200 hombres (segun las memorias) pero es renglon seguido pasando su autor á referir la distribucion de nuestras fuerzas lo hace de este modo.

Derecha, caballeria, gefes Peñaloza y Baltar.....	560
Centro { infantes.....300 } Salvadores .....	380
{ artilleros..... 80 }	
Izquierda, caballeria..... Alvarez .....	270
Reserva, idem menos de 150, Acuña .....	140

Total.	1350
--------	------

Segun esta avaluacion ya tenemos 150 hombres mas, ó lo que es lo mismo una octava parte sobre la primera; lo que sino importa mucho por el peso que podia poner en la balanza, sirve para señalar el grado de credivilidad que merecen estas avaluaciones de tanteo, al menos las que se hacea en las memorias que nos ocupan.

de endosarse allí la camiseta celeste (1) y volar al ejército, pero sin duda mudó de parecer porque nunca quiso después dejar la pluma por la espada, ni pensó en cumplir lo que les prometió.

No trepidó en decir que esta juventud estaba animada de los mas bellos sentimientos y del mas puro patriotismo, pero que no comprendia la magnitud de la empresa á que se consagraba, ni la naturaleza de la obra que emprendia. ¡ Pero que mucho, si los viejos les daban el ejemplo de la frivolidad, de la lijereza y de la puerilidad! Ellos creian candorosamente que el duro servicio militar era un juguete, y que se ganaban las batallas cantando. ¡ Cuántos sin embargo se sacrificaron tan inútil como generalmente, y cuantas esperanzas perdió la patria

---

(1) Todos estos jóvenes que como he dicho serian 50 ó 60, llevaban camiseta celeste con vivos blancos: los gefes lo mismo. Fueron á reunirse á los que formaban el escuadron *Mayo*.

---

El coronel Baltar que era gefe de estado mayor, solicitó ser empleado en la derecha, es decir al lado de su íntimo amigo Peñalosa de quien es *alma, sombra, consejero y director*. Pero lo gracioso que hay en esto, es que no sabemos en cual de los dos residia el mando, y que esta duda subsiste hasta despnes de la batalla y hasta hoy, pues que ni el tiempo ni las memorias han bastado á aclararla, como veremos despues.

El General Madrid habia eligido una posicion, mas no nos dice si el terreno le ofrecia alguna ventaja: pienso que no, y que segun discute el vulgo, solo buscó un campo despejado en que el fuego es completamente igual. Retirándose del puente, renunció á la ventaja que podia darle, no la clausura de él, como dice el General sino la de atacar la columna antes que desplegase.

Para esto era preciso que en cierto período de la operacion tomase nuestro ejército la ofensiva y se lanzase sobre la cabeza del enemigo, con la que habria combatido á trances iguales y acaso con la ventaja del número (I).

(1) Napoleon en Arcole para equilibrar su fuerza con la numerosa á la que era muy inferior en número, buscó los desfiladeros en que solo combatian las cabezas de las columnas. De este modo venció á un ejército mayor combatiendo con fuerzas iguales.



con su muerte prematura ! Si me hubiese sido dado dirigir su entusiasmo, sin dejar de aplaudirlo, los hubiera presentado á la vista muy distintamente los peligros y penalidades que les esperaban; les hubiera pedido una disciplina racional, pero necesaria; hubiera en fin solo aceptado los servicios de aquellos que sobre estas bases hubiesen querido prestarlos. A mas dé que hubieran sido entonces utilísimos, se habria sacado la inmensa ventaja de formar un excelente plantel de oficiales en todas las armas. No se crea que esto era inverificable, pues lo he realizado en la menor escala que me fué posible, con buen éxito, y con conocida utilidad de la libertad y de la patria.

Ya que he hecho mencion de la respuesta que dió el coronel Allende cuando le aconsejé que estableciese alguna disciplina en su dorada tropa, diré la estraña aberracion en que se incurrió en el ejército libertador dando á la

---

Cuando no hubiera hecho esto, podia haber ocultado del mejor modo posible sus baterias, como lo hizo la tarde antes, para desenmascararlas en el momento preciso y activillar la columna al tiempo de pasar el puente, para lo que se deja entender que le convenia haberse aproximado mas, cuando no lo hiciese desde ántes, al tiempo adecuado para lograr su intento.

Aun era preferible que hubiera cerrado el paso del puente al enemigo, ó que lo hubiera cortado pues al fin le daba mas trabajo, y si el enemigo iba á buscar mas abajo o mas arriba otro paso, se tomaba tiempo de maniobrar, de aprovechar algun descuido, y de preparar mejor sus nuevos soldados. Ya que el General Madrid da tanta importancia á las retiradas del enemigo, esta no podia perjudicarle.

A despecho de todas estas reflexiones que debieron ocurrirsele, hizo todo lo contrario, situándose á distancia que pudiese pasar libremente el ejército contrario y dándole el tiempo que quiso para preparar sus tropas y desplegar su línea. No es esto todo, como lo vamos á ver en seguida.

Protesto que tenia mejor concepto de la capacidad militar del

voz de ciudadano, una significacion singular. Con ella no se queria designar un argentino que estuviese en posesion de los derechos de tal ciudadano, sino un individuo que estando enrolado en un ejército, que haciendo servicio en él, no estaba sujeto en manera alguna á los deberes militares, ni á las órdenes de los gefes. Si se reconvenia á uno de estos soldados de nueva forma porque no concurría á una formacion mandada, contestaba—*soy ciudadano*—Si en las marchas se separaba de la columna, y se le prevenia que volviese, decia—*soy ciudadano*—Si se señalaban límites al campo, y los traspasaba—*soy ciudadano*,—respondia cuando se hacia cargo. De este modo la palabra *ciudadano*, vino á ser un *talisman* que servia no solo para substraerse á las obligaciones que ellos mismos se habian impuesto ciñéndose la espada, sino para asegurarse la mas completa impunidad.

Cuando meses despues llegué á Punta Gorda, me su-

---

General Pacheco que la que manifestaba la descripcion de la batalla del Rodeo del Medio que hacen las memorias.

Segun ellas, el ejército Federal pasó el puente é inmediatamente la gran columna de infanteria varió á la izquierda haciendo un cuarto de conversion sobre este costado, y corriendose por el frente de nuestra línea bajo los fuegos de la artilleria. En tal estado presentaba enteramente su flanco derecho, siendo este un momento sumamente oportuno para que nuestra infanteria la hubiese cargado.

Despues de haber sobrepasado nuestra derecha sin hacer movimiento alguno ofensivo, y solo por socorrer su caballeria de la izquierda que habia sido batida por el coronel Alvarez, retrocedió por el mismo camino corriéndose otra vez en sentido contrario por el frente de nuestra línea y ofreciéndole el flanco izquierdo. Tampoco se aprovechó este otro momento para hacer obrar nuestra infanteria, y ya se sabe que en la guerra perdida la ocasion difíciles volverla á hallar.

Estas idas y venidas de la infanteria del general Pacheco son inexplicables, á no ser que pensemos que hacia tan poco caso de la

cedió preguntar á unos de estos soldados improvisados al dia siguiente de la accion del Sauce Grande porque se habian separado de la artillería á que pertenecian, pues que los encontré haciendo la marcha aisladamente—porque *somos ciudadanos*, me respondieron. Esto dió lugar á que les dijese—¿Y qué son sino ciudadanos argentinos esos generales, esos gefes, esos soldados y yo mismo? Por ser ciudadanos es que la patria nos impone el deber de defender su libertad y derechos, deberes que no tienen los franceses, ingleses ni brasileros, porque no son ciudadanos precisamente.” Es incompreñsible el abuso que puede hacerse de los nombres y de las cosas haciéndolas servir en el sentido inverso de los fines de su institucion: asi sucedia con la *ciudadania*, haciendo de ella un título de inovediencia y de desórden, cuando por el contrario debia ser de patriótica abnegacion. Sin ella sus servicios militares eran no solo inútiles, sino perjudiciales en extremo por el

---

nuestra que pensára derrotarla sin batirla, y que todo lo era permitido en su presencia.

Viendo el general que sus órdenos para que cargase la caballeria de la derecha eran desobedecidas dió órden al coronel Salvadores para que se abanzase con los infantes que tenia disponibles y las dos baterias al intermedio de las dos líneas, siendo este el primer movimiento y la primera señal de vida que sentimos dar á nuestro centro. Advertase que esto debia ser haciendo uso de sus fuegos, los que se sufrían tambien sin cesar de parte de la artilleria enemiga. El modo en que se espresan las memorias, da lugar á creer que hasta entonces habian estado callados nuestros cañones, si se exceptuan algunos cañonzos de que hace mencion al principio.

Viendo otra vez que Peñalosa y Baltar no cargaban, y que casi toda la columna enemiga habia pasado por su frente, dió órden al coronel Salvadores para que cargase á la bayoneta la cola de la columna enemiga. Salvadores replica, pero luego obedece, quedándose él en las piezas y encargando del movimiento al comandante Esquiñego. Este gefe lo hace con valor, y es seguido de sus solda-

mal ejemplo que daban, y por los inconvenientes sin número que trae à un ejército una porcion de hombres que no estan sujetos á la disciplina, ni á reglas de ninguna clase.

Sea por la manifestacion que siempre hice de estas ideas, sea por el anelo que siempre puse en establecer y conservar la disciplina, sea por la mala fé de mis detractores que tomaban aquello como pretexto, es cierto que se me ha censurado que yo queria *militarizarlo todo*: Pero venid aquí murmuradores y decid, ¿Qué es lo que yo he querido militarizar? ¿Hablan de los ejércitos que he mandado? Quereis indicar los cuepos veteranos?, ó urbanos que se han puesto á mi cargo para batir al enemigo y vencerlo? O hablais de la sociedad entera? Elegid.

En el primer caso preciso es que nos enseñeis sapientísimos señores otro modo de conducir ejércitos, formarlos, hacerlos combatir y llevarlos á la victoria. Sin que pongais una nueva escuela yo pobre viejo rutinero no podré

---

dos los cuales sin embargo se desordenan algo por *las espinas*. Iban ya á herir con sus bayoneta al enemigo que se seguia pasando en columna, y haciendo descargas (1).

En estas circunstancias es herido Esquiñego en un brazo, cae él y la bandera que llevaba, pero mandando á su tropa que haga *alto ó retirada* lo que al parecer no puede designar el autor de las memorias. Los infantes se desordenan y retroceden, lo que observado por el general los proclama, los contiene y los forma bajo los fuegos enemigos, pero para retirarse y tomar su primera posicion, la artilleria hizo lo mismo.

Entonces se hecha de ver que faltan municiones y se manda à las carretas donde solo se encuentra un cajon, con el que se reuueva el fuego, en que los enemigos no habian cesado.

Viendo el general que la caballeria de su izquierda y su reserva no regresaban despues de su victoria y que la derecha del man,

---

(1) Esto es incomprensible y cuesta creer que sea escrito por un general, de los antecedentes del general Madrid. ¡Ver á una columna atacada por el flanco á punto de ser alcanzada con las bayotas y seguir andando y haciendo descargas!!!

hacer otra cosa que militarizar aquello que debe y es preciso que sea militar, so pena de esponernos á estériles sacrificios, y á miserables derrotas. Cuando querais tratar en liados versos un asunto cualquiera se dice muy bien que quereis *poetizarlo* porque efectivamente tal fin os proponéis, y el asunto lo merece, sin que por eso solo, deba acusarsenos de que quereis *poetizarlo* todo. Otro tanto puede decirse en cada profesion, en cada ciencia, en cada carrera, pues lo contrario seria confundirlo todo.

Mas generalmente es con la mas clara mala fé que se me ha hecho ese reproche. Se ha querido dar á entender que inculcando tenazmente en establecer las reglas de la disciplina en los campos militares, queria hacerlas estensivas á toda la sociedad, y deprimir por este medio el estado civil. Desafio á que se me cite un solo hecho que pueda justificar semejante sospecha.

En todos los mandos que he ténido, el estado civil

---

do de Baltar y Peñalosa se habian puesto en fuga, ordenó á Salvadores que ocupase unos cercos, y el se lanza á retaguardia, á contener á los cobardes que huian y volverlos á la pelea.

Ya se deja entender cual seria el fin de ese pobre puñado de infantes y de las baterias abandonadas de la caballeria. Es consiguiente que se dispersasen y se pusiesen luego en completa derrota. Ni el general podia esperar otra cosa, asi es que la orden que dió á Salvadores fué de circunstancias, y quizá con el fin de entretener aun un momento á los vencedores, para que salvarsen los demas.

Dejaremos aqui al general para volver sobre las alas de caballeria y analizar las operaciones de ellas. Principiaremos por la izquierda, dejando para lo último la muy célebre caballeria de la derecha que tan poco hizo, y que tanto debió de hacer á las órdenes de Baltar y Peñalosa.

• El coronel D. Crisostomo Alvarez con sus 270 hombres de caballeria, mas dos compañías de cazadores de infanteria derrotó la caballeria de la derecha enemiga, sin que sepamos donde los arrojó. Si al Cienego ó arroyo que tenian á su espalda, si los obligó á repasar el Puente ó si huyeron corriendo iudefinidamente hácia su

fué respetado, las autoridades de este género conservaron en su mas estensa latitud, todo el ensanche de sus atribuciones mientras los militares se rindieron estrictamente en la esfera de la suya. En oposicion á otros militares que clamaron contra la estencion del fuero que sancionó la administracion del Sr. Rivadavia, siempre fuí partidario de ella, y sostuve en su favor acalorados debates: en prueba de ello jamás entró en mis deseos el de restablecer aquel odioso privilegio. Cuando he tenido influencia siempre la he empleado no solo en promover la formacion de los cuerpos deliberantes que establecen nuestras leyes, sino que tuviesen la mas perfecta libertad en sus discusiones, como un medio de conseguirlo es que he procurado que los militares no se mezclasen de aquellos, y no me negareis que el mejor es establecer esa disciplina que me hechais en cara.

Me habeis tambien atribuido la tendencia á un go-

---

derecha. Cualquiera de estas cosas que sea, nos resta saber, que hizo despues el coronel Alvarez con su caballeria vencedora.

Es natural que persiguiese mas ó menos á los vencidos y que esta operacion lo hubiese alejado algo del campo de batalla pues que no se le veia en él. En tal caso no concibo el peligro que podia correr por el retroceso de la infanteria que iba á tomarle la espalda. Un único caso habia en que esto podia efectuarse, y era el de que hubiese pasado el puente persiguiendo á los prófugos que lo hubiesen pasado tambien, y entouces no eran menos de 150 hombres de caballeria de la reserva los que podian impedirlo. La que podia hacerlo era nuestra infanteria arrojándose sobre el flanco de la enemiga.

¿Y qué se habian hecho las dos compañías de infanteria que llevó el coronel Alvarez? Si el creyó conveniente pasar el Puente que no lo creo, lo regular era haberlas dejado que lo guardasen para asegurarse él á su regreso. Singular cosa que estas dos compañías que por lo visto eran un tercio de nuestra infanteria no vuelvan á figurar en parte alguna.

He dicho que no creo que el coronel Alvarez pasase el puente

bierno militar (1) y os habeis equivocado, si es que puede decirse equivocacion, una imputacion maliciosa: semejante necesidad no merece seria contestacion y sin embargo os diré que mal se avenia esa tendencia con el empeño que he manifestado por que el país, nuestro país tuviese una constitucion. Rosas y sus federales en la necesidad de decirme algo, sólo me imputaron que queria constituir el país á balazos, pero no me dijeron que queria mantenerlo inconstituido.

---

(1) He visto frecuentemente incurrir en el error de clasificar de gobierno militar, al que preside un militar y solo por esta razon. No puedo hallar otra en el empeño que en estos últimos tiempos han tenido varios periódicos de llamar gobierno militar al del ilustre general Cabainac. A esa cuenta serian gobiernos militares los de los generales Washington, y Jakson en los Estados Unidos, y serian muy civiles los de Rovespierre en Francia, de Rosas en Buenos Aires, del Dr. Francia en el Paraguay—Bastará quizá para probar que puedo discernir la diferencia de un gobierno militar del que no lo es, decir que he leído siempre con

---

porque hubiera sido una falta (al menos si se hubiese alejado) de que no quiero creerlo capaz.

Vencida y arrojada al otro lado del Ciénago ó bañado ó rio ó arroyo, la caballería de la derecha enemiga ya estaba enteramente fuera de combate, y el deber del coronel era volver á atender á la batalla, fuese flanqueando la línea enemiga fuese esperando nuevas ordenes del general. Nada de esto hubo, y tan solo lo vemos aparecer (segun dicen las Memorias) cuando concluido todo se presentó á nuestra agonizante infanteria á la que habia dejado ya el general y acaso tambien el coronel Salvadores que se salvó por entonces.

De ello deduzco que la victoria del coronel Alvarez sobre la derecha enemiga, ni fué tan rápida, ni tan pronunciada, ni tan completa. Que habria cargas y recargas y todas esas peripecias que son consiguientes en un combate disputado. Que al fin obtuvo ventajas que obligaron al enemigo á un contra movimiento las que tuvo luego que abandonar, todo esto pudo ser. Entonces seria cuando regresó á la línea.

Y preguntaremos ahora, cuando el coronel Alvarez volvió á

He deseado y he procurado que la clase militar ocupe en la escala social el lugar que debe tener sin perjuicio de la libertad y en beneficio de esa libertad misma. Que

---

gusto y que conservo en mi poder las obras de Mad. de Stael que tanto acusa el de Napoleon. Recuerdo que el General Lavalle, justo admirador de aquel hombre extraordinario, cuando yo hacia justicia á algunas observaciones de aquella célebre mujer me decia—"Madama de Stael lo indispone á Vd. con Napoleon, "y yo me propongo reconciliarlo con el grande hombre."—El general Lavalle se equivocaba tanto mas cuanto el héroe no necesitaba de mi pobre sufragio: ademas soy el primero en reconocer sus extraordinarios talentos militares y políticos, sus eminentes facultades, su vasto genio, y esa voluntad enérgica que todo lo subyugaba. Soy en realidad un admirador de Napoleon no menos que lo era el general Lavalle, sin dejar de conocer que la libertad no podia adelantar bajo su potente mano. Con este motivo haré las siguientes observaciones. Es despues que he leído la historia de Napoleon por Walter Scot que lo he apreciado y admirado debidamente. He visto entonces al hombre grande y no al idolo, he visto un ser privilegiado pero sin traspasar los límites de la naturaleza humana.

---

la línea y se encontró con solo los infantes que iban á ganar los cercos, venia solo, ó arrastraba su valiente y vencedora division? ¿La llevaba cuando se abalanzó por entre los cercos para salir adelante y contener los prófugos? ¿Cuando lo encontró en un callejon el general Madrid enristrando su lanza contra los cobardes que huian, y le dirigió una patética loa, estaba solo ó acompañado de los que habia mandado y conducido á la victoria? Nada nos dicen las Memorias, y á la verdad que era muy conveniente tanto para el éxito de sus honrosos esfuerzos, como para la mejor reputacion del coronel?

Porque, hablemos claro, si habiendo el coronel triunfado completamente de la derecha enemiga, y hecho todos esos primores que nos cuenta su tio, se presentó solo en la línea, ó faltó á sus mas importantes deberes, ó lo que se dice es falso ó sumamente exagerado.

Si por el contrario el coronel Alvarez regresó á su línea con su vencedora division, preguntariamos aun, si se hizo acompañar de ella cuando se avalanzó por entre los cercos, á contener los prófugos, ó si la dejó en la línea, ó mejor dirijamos con los moribun-



el ejército sea honrado como lo es en los países bien gobernados, pero sin que sea opresor ni se sobreponga á las otras clases. Que sus individuos se consideren ciudadanos, pero no menos que ciudadanos (1). En fin he querido que los militares fuesen lo que deben ser.

Bien conocida y harto censurada ha sido la severidad de mis principios y la abnegacion que he exigido de mis subordinados. Se me ha hechado en cara mi *mezquindad* porque riguroso observador de una estricta economia respecto de los intereses públicos, que no he guardado seguramen-

---

(1) Pienso que la Inglaterra es un país cuyas instituciones y costumbres pueden citarse cuando se trata de libertad, garantías é igualdad legal. Quizá porque soy militar pero militar patriota he visto siempre con gusto que entre los ingleses en sus convites oficiales ó no oficiales, es siempre con brindis de orden—*Por el ejército y marina de la Gran Bretaña.* ¿Y será esto dar preponderancia al estado militar? Al contrario, honrándolo, se hace un acto de justicia y un acto de justicia no puede ser pernicioso. Sin eso el prócuraría indemnizarse.

---

dos restos de la infantería? Ambas cosas tienen inconvenientes tan graves que se resisten á toda credulidad. Sea lo que sea, el general Madrid debía habernos dicho que se hizo esa invicta división, y en que punto se separó de ella su sobrino.

Desde el principio de la batalla dice el general Madrid que conoció el objeto del enemigo que era revalsar su línea por la derecha y flanquearla por este costado, pero nos calla lo que él pensó hacer para desbaratar el plan de su adversario. Si la carga del coronel Alvarez fué ordenada en este designio, la orden es digna de elogio, y tan solo es sensible que la carga no fuese mejor segundada y sostenida. Un esfuerzo mas general y simultáneo hubiera quizá dado mas valiosos resultados; resultados, quiero decir, que saliendo de la esfera de parciales y aislados, podían llamar la victoria á nuestras banderas.

Luego que el General Madrid vió que la infantería numerosa contramarchaba de nuestra derecha hácia nuestra izquierda mandó la primera orden al coronel Peñalosa, ó Baltar para que la ala derecha cargase la caballería que tenia á su frente. Baltar reusó obedecer la orden alegando que tenian á su frente 400 infantes, la-

te respecto de los míos, he predicado con mi voz y con mi ejemplo la sobriedad y la parsimonia. . . Hasta mis compañeros se han quejado siempre (y esto lo sabe todo el mundo) de lo poco que los hacia adelantar en los ascensos, cuando en otros cuerpos militares ó en épocas distintas se daban grados con profusion. Otras veces he sido objeto de amargas críticas porque no prodigaba elogios en mis partes militares, cuando otros generales las mas insignificantes acciones las encomiaban hasta las nubes. A todo esto me seria muy fácil responder que si he predicado la economía ha sido como se deja entender en beneficio de las clases productoras, que si no he prodigado los grados militares ha sido para que no caigan en desprecio, y que si he economizado los elogios no distribuyéndolos sino con discernimiento y justicia, ha sido para que se apreciases debidamente.

A esto he dicho antes es muy fácil responder, pero no ha sido el objeto que me he propuesto sino hacer ver que quien

---

zon bastante á su juicio para disculpar su inovediencia y cubrir su responsabilidad.

Esta contestacion me parece tan natural en el coronel Baltar cuanto q' en sus principios militares y en los de su escuela, toda caballeria está inibida de cargar aunque espresamente se le ordene, siempre que haya diez bayonetas en las filas enemigas (1). Una carga de caballeria contra infanteria es un absurdo en su opinion, es un hecho repugnante cuya posibilidad no puede penetrar en su *mollera*.

Esta contestacion es propia del coronel Baltar vulvo á decir, cuando se le hubiese mandado cargar infanteria pero cuando la orden le prevenia que cargase la caballeria, no comprendo claramente el motivo de su resistencia. En el primer caso podia reputarse ignorancia; en el segundo, ó era miedo ó mala voluntad. Me inclino á creer que cerca de la caballeria enemiga estubiese algun

---

(1) El general Rivera ha dado varias veces por única contestacion, á los cargos que se le han hecho por no haber atacado oportunamente al enemigo. Que éste tenia infanteria y que él no era *sensu* para hacer fusilar sus soldados de caballeria.

ha obrado así no podía querer que la clase militar se sobrespusiese á la civil, pues el que tal pretende se asocia á las preocupaciones de sus compañeros y las fomenta, para apoyarse en ellos. Así obran los caudillos de todos tiempos y los tiranos de todos los países: así obran los que hacen una especulación de la carrera pública, y los que promueven sus intereses particulares con preferencia á los de la comunidad á que deberían consagrar todos sus servicios.

Me cuesta trabajo hablar de mí mismo, y más de argumentos repetidos, y razones tan manoseadas que se corre el peligro de que se tengan por una fastidiosa reproducción de lo que cualquiera otro diría en mi situación. Sin embargo, como es tan público cuanto avancé en este método, como son tan conocidos los antecedentes de mi larga carrera, como he sido el blanco á que durante toda ella se han dirigido esas críticas, que me clasificaban de hombre montado á la antigua, excéntri-

---

cuero de infantería, el cual temiese Baltar que tomase parte en la pelea. En tal estado no siendo muy entusiásticas sus disposiciones morales, siendo también inamistosas respecto de la persona del general jefe, deduzco que se convino en poca voluntad con la ignorancia y el miedo para producir esa inaudita resistencia no sola á cargar sino á hacer un movimiento cualquiera fuera del de dar la espalda al enemigo.

A la verdad la mayor parte de nuestra caballería nada hizo en el Rodeo del Medio, ni tomó la menor parte en el combate. Si el coronel Baltar cree poder sincerarse de su obstinada desobediencia alegando que tenía á su frente un cuerpo superior de todas armas [aunque fuese esto admisible, que no es en el orden militar] no podrá vindicarse de no haber hecho algo y de haber sido mero espectador, sino fué causante del sacrificio de sus compañeros, y de la humillación de nuestras armas.

No ignoro que para juzgar con exactitud sería necesario oír al coronel Baltar, pero si me he abanzado á emitir una opinión formada en este asunto sin aquel requisito, ha sido apoyándome en el conocimiento del mérito, carácter y capacidad del coronel Bal-

con la revolución y firmemente apegado á las virtudes patrióticas, tengo derecho á hablar así, y á que se haga una encuesta, si se quiere á mi favor. Llegue ó no llegue alguna día á ver la luz pública, cuando lo escribo lo hago fijando mi vista en mis contemporáneos á quienes no temo desafiar, que me desmientan, si pueden. Pero no, no lo harán, porque no podrían; tampoco lo harán mis compañeros de armas quienes si se quejan es de no haberme acomodado á la desgraciada época en que nos tocó vivir.

La ingerencia de los militares en cuestiones políticas por medio de representaciones en que colectivamente los oficiales de una division ó un ejército pedia tal ó cual cosa, en que se esprime este hermoso consejo: "*La disciplina militar debe ser exacta, en proporcion que las instituciones políticas del país son mas liberales.*" Bellas palabras que deberian tenerse siempre presentes, y cuyo olvido ha producido males incalculables.

---

carce que despues he adquirido, y en el testimonio uniforme de los que se hallaron en esa batalla con algunos de los cuales he conversado. Que el coronel Baltar con la caballeria de la derecha no cargo; ni hizo cosa alguna sin embargo de las órdenes que se le dieron es un hecho sabido ó inconcuso.

Si embargo si alguna vez espusiese razones que pudiesen disculparlo, no me detendré en corregir un error y estos apuntes, y dar una prueba, de cualesquiera que sean mis sentimientos personales respecto del coronel Baltar, solo quiero el esclarecimiento de la verdad, y que soy muy capaz de hacerle justicia.

Despues de la segunda negativa á cargar que hizo el coronel Baltar, tuvo el general Madrid la intencion de trasladarse á la derecha y dándole ó no un pistoletazo, ponerse á la cabeza de su division y cargar. Era sin duda lo que debria haber hecho. El motivo que tuvo para desistir de su primer intento, es pequeño por no decir ridículo. Los deseos que le manifestaron los gefes por medio del coronel don Francisco Rojas, nunca podían atenderse á trabar su accion en una circunstancia tan crítica, tan solemne y decisiva;

En efecto, ¿dónde es mas rigurosa la disciplina militar que en los pueblos donde las instituciones liberales están bien basadas, y han dejado de ser una mentira? ¿Qué cosa mas regular y mas exacta que la disciplina militar inglesa? ¿Cuál es el orden que se observa á bordo de un buque de guerra de los Estados Unidos de la América del Norte? Por el contrario ¿qué ejemplo nos han presentado hasta estos últimos tiempos los emisarios de Constantinopla? Era la tropa mas indisciplinada y por consiguiente la mas opresora: la herencia que le otorgaba el despotismo era retribuida con la obligacion de apoyar su poder absoluto, y si á la vez tenia que quejarse de las arbitrariedades de su señor, se indemnizaba cometiéndolo sobre otras clases indefensas de la sociedad.

Puede creerse por algunos espíritus delicados que esa disciplina militar llevada á un grado excesivo, consagre los principios de una obediencia enteramente pasiva y re-

---

Por otra parte un general que no tenia un puesto fijo en una línea de batalla podia trasladarse á donde era conveniente su presencia; y sin contrariar pues la solicitud de los jefes, pudo dirigirse á la derecha, y separando á Baltar, mandar á Peñalosa (de quien nos dice que estaba desesperado por cargar) que se pusiese en movimiento. Alguna otra cosa debió retraerlo de un paso tan importante [1] que si el general Madrid recorre sus memorias no dejará de encontrarla.

---

[1] Ya indiqué en otra parte, que tengo indicios de que en el ejército se urdia una conspiracion contra el general, cuyo autor principal era Baltar. Algo debió presentir el general y debian agitarlo fuertes desconfianzas. Acaso temia un desafuero si se presentaba ante una division en donde era preponderante la influencia de Baltar. Ganaria el general, y ganaria la verdad historica si nos hablase francamente. Para apoyar mi idea y que no parezca destituida de fundamento he recordado que el general Madrid no deja de ser aprensivo en este sentido. Tengo presente que en estas mismas memorias, refiriendo la campaña de Cordoba del año 31 confiesa que se apoderó de él la desconfianza respecto de mí, y que temió que yo quisiera apoderarme de su persona. Esta sospecha fué tan viva que habiéndolo hecho llamar á mi cuartel general fingió

duzca los hombres á meras máquinas, y de consiguiente á instrumentos ciegos de un jefe ambicioso. Si hay este peligro, ¿quién tiene la culpa de eso? serán los militares ó los legisladores, que no han demarcado los límites de esa obediencia? ¿Por qué nuestros congresos, nuestros cuerpos deliberantes no se han ocupado de eso? Siempre lo he deseado, y he empleado siempre que he podido mis débiles persuasiones para llamar la atención á tan importante materia; pero jamas encontraron eso mis solicitudes porque sea que se creia peligroso entrar en el asunto en circunstancias críticas como las que generalmente han rodado nuestros gobiernos desde la revolucion, sea porque se temia que la clase militar subalterna abusase de las exigencias que se hiciesen á su obediencia, las cosas quedaron siempre en el pie, y la responsabilidad de los militares entregada á esa vaguedad indefinida que los constituye en la penosa alternativa de deliberar por sí en

---

No espresan claramente las memorias, quien era el que tenia el mando de la derecha y de la division Peñalosa; ú esté ó Baltar. Parece á primera vista que el jefe era el primero pues que la primera orden del general fué dirigida á él, y solo por haber Baltar interceptado al ayudante conductor, es que este no llegó á donde estaba aquel. En esta cosa la insolencia de Baltar era doble insolencia, pues que no solo desobedecia al general sino que impedia la transmision de sus órdenes. Era ya una verdadera rebelion.

Sin embargo de esto, no puede concebirse como los ayudantes por pretexto para retardar su comparecencia, será que yo que por algún otro motivo recorria el campo, que llegué y entré francamente en el suyo. Con esto se tranquilizó y depuso las infundadas sospechas. Todo esto nos lo supone el mismo general y otro podría decir lo mismo si refrescase mejor las espresiones. A mi juicio esta vez tambien eran infundados sus temores aunque fuese efectiva la conspiracion. Segun entendí cuando se me refirió este negocio ella no debia estallar de pronto, y tan solo era una preparación para cuando estuviesen mas sazonadas las cosas, y asegurada la provincia de Mendoza, destituirian entonces al general Madrid y traerian en su lugar al general Las Heras.

las emergencias políticas, en cuyo caso se les clasifica de *soldadesca insolente*, ó en el de someterse ciegamente á las voluntades del gobierno, en cuyo caso, se les llama *instrumentos de la tiranía*.

Preserveme Dios de pensar mal de todos nuestros legisladores, pero si creo que entra en los cálculos de algunos demagogos el conservar indefinida é indeterminada la subordinacion y la responsabilidad militar para sacar partido en sus anárquicas empresas. Nada hay mas general que asociarse un leguleyo gefe militar para influir en todas sus deliberaciones (1). Otros y esto se ha visto con

---

(1) El ilustre, é ilustrado general Belgrano, mandó á Santa Cruz de la Sierra al coronel don Daniel Ferreira, tan conocido por su honradez como por su estatura. Un dia en Tucuman fué á visitarlo y me contó que habia recibido comunicaciones de Ferreira y aun tuvo la bondad de leer algunos trozos de sus notas. Como su estilo aunque claro no fuese muy elevado me dijo. No estrañe Vd. algunas incorrecciones porque un capítulo espreso de mis instrucciones es que sus cartas oficiales y no oficiales han de

---

tes no pudieron llegar á donde estaba Peñalosa, que estando ansioso de cargar, como lo dicen las Memorias, lo hubiera sin duda hecho cuando supiese la voluntad del general ¿Cómo es que este [el general] no tuvo arbitrio de hacer llegar una orden directa hasta donde estaba el mismo Peñalosa? Esos ayudantes que iban y volvian con órdenes, y repulsas sin haber llegado á la presencia á quien iban dirigidas; ese coronel Baltar siempre interpuesto entre el general y Peñalosa; esa docilidad de los edeeanes para subscribir las indicaciones de un gefe inferior, *cobarde*, *insubordinado* y que iba á ser causante de la derrota, son cosas que necesitaban una mejor esplicacion.

*Sesenta hombres del escuadrou Mayo fueron los únicos de la derecha que cargaron el enemigo, los cuales si hubiesen sido apoyados ó segundados por cien hombres se gana la batalla. Dicen las Memorias.*

Por de contado que ésto último no lo creemos, pero ademas de ser muy honroso para los ciudadanos de Mayo, el patriótico esfuerzo que hicieron contra la voluntad del coronel Baltar, sirve para

demasiada frecuencia, han buscado en las relaciones íntimas y privadas los medios de dirigir en circunstancias especiales la conducta de los gefes militares haciéndolos servir á sus miras, y muchos finalmente se han servido de la penuria de recursos y sistemada pobreza en que se les tiene para el mismo efecto. No es extraño ver á los que declaman contra el empleo de la *fuerza bruta*,

---

sér de su redacción. He querido evitar que se le asocie algún leguleyo que lo estravie, como sucede frecuentemente. Otra vez me decia el general Garson hablando de su país:—"Aquí todos los gefes necesitan escolta y secretario" y era así realmente, lo uno porque no sabian escribir ó lo hacian muy mal, y lo otro por un abuso intolerable. A cada rato se oía decir fulano es secretario del coronel Luna, ó del general Medina &ca., y al ver algunos soldados que andaban á su antojo se añadía son de la escolta del comandante tal ó cual. Estos soldados que en lo general estaban afectos al servicio y seguridad personal de su gefe, eran los mas indisciplinados. Era un gran abuso de que hago mérito porque se me ha ocurrido en este momento y porque se vea que no capitulo con ellos dondequiera que esten.

---

mostrar que habia probabilidad de suceso, y que con mas diligencia por parte del general se pudo hacer que cargase otra fracción de la derecha.

No respondemos de la exactitud de los detalles que dan las memorias. Demasiados antecedentes tenemos de los descuidos que padece el general Madrid, y que hemos hecho notar cuando hemos presenciado los hechos, ó por otro modo hemos estado instruidos de ellos. Ahora no hemos hecho sino discurrir sobre los datos que nos suministran aquellas, así es que lo que decimos fundados solamente en esos datos, es hipotético.

Pronunciada ya la derrota en los términos que nos la representa el general Madrid: cuando él saltando cercos pudo caer al callejón que servia de canal [permitasenos la espresion] la impetuosa corriente de los fugitivos, ya era muy difícil sino imposible torcer el curso de los acontecimientos y apoderarse de la batería que se habia escapado sin remedio. Sin embargo son muy laudables los esfuerzos de cualquier oficial, gefe, ó del general mismo para hacer menores las pérdidas, y menos funestos los efectos de la derrota.



procurar dirigirla segun sus intereses, en cuyo caso deja de ser *bruta*, y pasa á ser *fuerza inteligente*, de tal modo que estos modernos Colones que desdeñan á los hombres de espada, no les pesa de disponer de un par de batallones ó escuadrones mediante la influencia privada que se procuran de un jefe.

No es de admirar pues, que se haya abusado de la buena fé, del candor y de la ignorancia de muchos militares, y que se haya sacado partido para empresas criminales de sus necesidades, de sus vicios, de sus pasiones y hasta de sus virtudes. El secreto ha consistido en conservar el *caos* para empujarlos á donde se quiera, para que sean siempre las víctimas.

Seria un error en que no he pensado incurrir, el comprender en la denominacion de militares, todos esos paisanos del campo, que se han armado ya para defender la independencia nacional, ya para ventilar nuestras cuestiones

---

Son dignos de elogio los que con este designio practicó el general, y es una verdad que atestiguan muchos individuos que corrió inminentes peligros personales. El valor que nadie le ha disputado al general Madrid no se desmiente en esta ocasion, y como en otras muchas derrotas fué de los últimos que dejó el campo de batalla cuando ya hubo perdido del todo la esperanza de ganarla. Pero despues de esto me parece iuconducente el pomposo alarde que hace de su carga con siete hombres contra veinte ó treinta del enemigo. Esta abnegacion personal hubiera estado mejor colocada una hora antes cuando quiso ponerse á la cabeza de la caballeria de la derecha y se retrajo por la representacion de los gefes. Quando acababa de perderse mil hombres y desvanecerse las esperanzas de la patria, preciso era no congratularse tanto de haber hecho correr momentáneamente á 25 enemigos.

Me he detenido mas en esta batalla que en ninguna otra de las que describen las Memorias, porque conociéndola menos me he empeñado mas en comprenderla; he tenido que penetrar en la oscuridad de los hechos sin mas luz que la que suministran las

civiles: ellos han presidido vandas informes cuyo casual arreglo no puede entrar en la categoría de un sistema militar, ni de cuyas irregularidades se puede hacer cargo á la profesion de las armas. Quizá es porque ha faltado un tal cual sistema militar, es que han tenido lugar esas irregularidades, que de otro modo se hubieran ahorrado en gran parte.

Tampoco quiero defraudar de la gloria y mérito que han contraído en distintas épocas de la revolucion esos paisanos armados de que acabo de hacer mencion: si ellos á su vez han venido á pesar sobre las instituciones y sobre la libertad del pais, es debido al mismo origen. Habiéndose armado y combatido se han condecorado con las divisas militares; en seguida se han creído militares y han participado de la misma ignorancia de sus deberes que afecta á toda la clase. Por otra parte los partidos cuando les ha convenido los han excitado para hacerlos servir á sus inte-

---

Memorias y las reflexiones que me ha sugerido mi buen deseo. Ojalá que haya conseguido mi objeto.

La descripcion de esta derrota, es muy semejante á las que nos hace el general Madrid de otras muchas que ha sufrido en su larga carrera. Su ejército estaba entusiasmado, ~~6~~ inflamado será en grado excesivo por sus proclamas. Nunca faltaron los vivas atronadores, y las mas solemnes protestas de morir ó vencer.— Todo presagiaba una infalible victoria.

Llega la batalla, para la que se han formado las líneas siempre en el mismo orden. Vista una se han visto todas. Principia el cambate bajo los mejores auspicios: una ala logra ventajas y hace retroceder al enemigo que se le opone, y ya se dá el triunfo por seguro. Entonces la otra ala flaquea y al fin huye ó por que los gefes fueron cobardes, ó porque no quisieron combatir al al enemigo. Este que estaba ya pronto á ceder el terreno y tomar la fuga se alimenta y de casi vencido que estaba toma el aire de vencedor; marcha adelante y obtiene una victoria que no ha merecido.

El general sin embargo no desespera aun, y despues de haber

reses, y algunas veces los han opuesto á los militares de profesion presentándose como una obra de libertad el anulamiento de estos. Ya se recordará que en otras ocasiones se ha obrado en sentido inverso, apelando los partidos políticos á los militares para que comprimesen á los gaúchos.

Solo en dos épocas de nuestra larga revolucion pudiera decirse que se quiso basar el gobierno sobre el poder militar propiamente dicho. 1.º El año 1813 cuando el general subió al Directorio Nacional y entonces se ocurrió á las masas, á la plebe, á los gauchos en una palabra para derrocarlo—2.º Cuando la revolucion de Diciembre del año 1828, y en esa ocasion se sirvieron del ejército presentándole como obra muy patriótica y meritoria el derrocamiento de la autoridad que se apoyaba en las

---

hecho prodigios con el centro donde ha estado, lo deja recomendándole se sostenga mientras él vá ó á buscar la parte de su caballeria que supone vencedora ó á contener y volver al campo de batalla la profuga. No consigue ni uno ni otro y la batalla queda perdida sin remision y completamente.

En estas andanzas lo ha perseguido un grupo de enemigos cuya insolencia lo ha llenado de furor: vuelve derrepente con 4 ú 8 hombres que son por lo comun sus héroes asistentes ó acompañantes, carga y rechaza á los vencedores, que siempre son unos miserables cobardes, para despues continuar su honrosa retirada: y debe advertirse que esto ha sucedido siempre en los muchos encuentros parciales en que desde subalterno se encontró. Poco mas ó menos son todos iguales.

La reputacion de un militar es muy apreciable, hasta cierto punto sagrada, pero la de un general es muy distinta de la de un granadero. Parece que no comprendiese la magnitud de los intereses que le están confiados, quien mandando un ejército, se aferra tanto en ponderar hechos personales y comparativamente pequeños.

Los ejércitos ó cuerpos de tropa que mandó el general Madrid siempre eran benemeritos y valientes en grado superlativo. Sus soldados eran héroicos, y aunque llegado el combate, huyesen del

turbas de la población<sup>(1)</sup>. Sin embargo, no puede decirse que se intentase seriamente en entronizar el poder militar, por gusto los fautores de esta obra eran ya mas declarados enemigos, lo que prueba que eligieron á los militares como un instrumento que romperian cuando les conviniese. Esta alternada fluctuacion de los militares á

---

(1) Nadie ignora que no concurri á la revolucion de Diciembre porque me hallaba en la Banda Oriental, y que solo fué un mes despues que llegué á Buenos Aires llamado por el gobierno existente. Recuerdo que un conspicuo personaje (D. J. S. de A.) me decia muy enfaticamente. "Vamos á dejarnos enteramente de milicias y concentrar toda la fuerza pública en las tropas de línea." Este señor creia sin duda que esto me lisongearia mucho, y que me unciria sin remision al carro de su omnipotente influencia. Fué visible su desagrado cuando me oyó decir, que en nuestro pais, la organizacion de la milicia ó guardias nacionales era un objeto de grande é indispensable necesidad. Despues este ha dicho que la revolucion contra Rosas, no habia vencido porque de sus dos generales, el uno (Lavalle) no se ocupaba de la política, y el otro (yo) se ocupaba demasiado. Lo siento pero no puedo menos.

---

modo mas vergonzoso (como nos lo refiere con frecuencia) no dejaban por eso de ser heroes.

Para que se vea que no hay exageracion en lo que acabamos de decir, pedimos que se comparen las palabras del General Madrid dichás á sus soldados, antes, al tiempo y despues de una batalla.— Comparense las de "*huid canallas que no necesito de vosotros,*" que dijo á sus soldados, con las de *valientes amigos y compañeros* que les dirigió dos ó tres horas despues á los mismos.

Este abuso de palabras fuera de lo que tiene en sí de incircunspeto, les hace perder su valor, y hasta su significacion. Un general que prodiga sin discernimiento y sin medida los elogios mas desmesurados se priva de un medio de premiar el mérito verdadero y de un resorte poderoso para exitar la abnegacion y el desprecio de los peligros. Por un efecto natural las voces que significan los vicios contrarios le desvirtuan tambien, y su aplicacion no produce el horror que debiera.

Me ocuparé ahora de un pensamiento que ocurrió al general Madrid en los momentos de la derrota, el general dice, que no rea-

los gauehos y de los gauchos á los militares ha causado la mayor parte de las desgracias públicas. Quiera el cielo ilustrarnos á todos para que circunscriptos en la órbita de nuestros deberes no pensemos y obremos sino la felicidad de la patria.

Me he estendido demasiado en una materia tan abundante y sobre que volveré otras veces si continuan estas memorias. La creo tan importante que siento no tener la capacidad bastante para espresar cuanto siento. Seame permitido envidiar á esos escritores hábiles que honran nuestro pais, la facultad de emitir sus ideas con gusto y elocuencia, y seame tambien lícito desear que empleen sus talentos y sus plumas en un asunto vital para todos y digno de la mas séria meditacion. ¿Por qué le temen? ¿Por qué lo evitan con tan prolijo cuidado? ¿Por qué no penetran en él francamente? En estos dias (á fines de 1848.) se ha publicado en Montevideo una obra por el Sr. Lamas

---

lizó por las esperanzas que tenia en que el gobierno de Chile declararia la guerra al dictador argentino ó por lo menos auxiliaria los esfuerzos de la emigracion. La razon que dà para su desistencia es frívola seguramente pues que jamás pensó que fueran tales las disposiciones del gobierno chileno, y mas bien creo que si renunció al proyecto, fué por las dificultades del proyecto mismo en lo que tenia sobrada razon.

No obstante, notaremos que un proyecto que de puro aventura era un verdadero delirio, por un motivo que el general no podia proveer, pudo hacerlo muy realizable, muy útil y de no pequeños resultados.

Ya se advertirá que dirigirse el general Madrid con unos cuantos cientos de hombres derrotados que le quedaban, por un flanco del ejército vencedor, para penetrar por su espalda en la provincia de Córdoba era ya un movimiento difícil y peligroso; pero si se considera que esto era para buscar al general Lavalle que segun su cálculo debia haber vencido y arreado á Oribe, era un positivo desatino. Otro era el acontecimiento imprevisto que pudo haber decidido de su conveniencia.

en que se toca muy por encima la materia. Como seria demasiado larga esta digresion, me reservo para otra ocasion decir algo sobre su contenido; sin embargo, no dejaré de observar que se han dejado arrastrar de la moda de atribuir el atraso de dicho pais en la carrera de los adelantos sociales á la influencia de las ilustraciones militares que produjo la guerra de las revoluciones, en perjuicio de la influencia de las ilustraciones civiles (1). En esto se hace consistir la

---

(1) Si el autor pone en la categoria de ilustracion militar á Artigas, Rosas, Rivera, Quiroga, Lopez y otros caudillos, podria comprenderse algo de lo que dice, pero si los coloca en otra esfera como es justo y racional, sobre ser, injusta, es enteramente falsa su asercion. Los progresos lentos del Brasil, se deben mas bien que á su falta de instruccion militar, á que la exaltacion de las cabezas jóvenes no ha tenido ocasion ni oportunidad de desarrollarse, ni emitir doctrinas socialistas ni otras utopias exageradas. Las verdaderas ilustraciones militares que ha habido en el Rio de la Plata como Belgrano, San Martin, Arenales y otros muchos en nada han perjudicado los progresos del pais, á no ser que se entienda por perjuicio, que sus eminentes servicios han eclipsa-

---

El gobernador de Santa-Fé, D. Juan Pablo Lopez, habia cortado sus relaciones con Rosas, ó antes diremos Rosas las habia cortado con él. El hecho es que estaban de malísima inteligencia, y nadie ignora lo que esto significa en el sistema ferreo del dictador. Aunque no habia ocurrido hostilidad alguna esperaba con espanto los triunfos de Oribe, y cuando supo los de Famailla y Rodeo del Medio, se aterró. Conocia que con el regreso de Oribe su enemigo personal, y de su victorioso ejército, llegaba el tiempo y la ocasion de que se le pidiese cuenta del abrigo que habia dado á los desertores y de otros pecadillos de menos cuantía, cuando no fuese bastante crimen la especie de independencia que habia manifestado (1).

---

(1) La mala inteligencia de Lopez con Rosas, venia de muy atrás. El nombramiento de Oribe para el mando en jefe del ejército fué una de las principales causas, pero la primera y radical, fué que queriendo marchar sobre las huellas de su *finado hermano* D. Estanislao, queria para sí y su provincia la importancia que aquel disfrutó. Rosas no podia concedérsela, y hé aquí un motivo permanente de discordia. Mas esta discordia no se manifestaba por acto ninguno público, y por mas que el gobierno de Corrientes y yó que mandaba el ejército de reserva lo hubicemos excitado no pudimos

diferencia de los progresos sociales entre el Brasil y las Repùblicas del Plata, de modo que está uno tentado á creer que es una verdadera calamidad para una nacion el que tenga hijos dignos que se sacrifiquen por su inde-

do otros servicios de menos nota en diversas profesiones. Admitido este raciocinio mas convendria al pais no tener defensores para que campeen sin paragon ni competencia los servicios civiles y diplomáticos. Desgracia es que las armas y los militares sean necesarios, pues el mundo estaria mejor, si solo la razon hubiese de dirimir las cuestiones humanas: pero siendo esto imposible, preciso es conceder algo á los que espone su existencia y sacrifician sus comodidades por la patria. En cuanto á lo demas, si hubiésemos de graduar la preponderancia de las ilustraciones militares por los provechos materiales, nos bastaria estar al general Rodriguez euterrado de limosna en Montevideo, á los generales Madrid é Triarte viviendo del mismo modo en dicha ciudad, al general La Heras sosteniéndose con el sueldo que le da el gobierno de Chile, al general Desá pasandolo trabajosamente en Pelotas, y yo, si me es permitido nombrarme entre ellos, en el Rio Santo. Entretanto sus ilustraciones civiles como don Antonio Vidal, don Joaquín Sagra, el señor don Santiago Vasquez que ya falleció &c. han tenido una mejor suerte.

---

Se declaró pues contra Rosas é hizo alianza con Corrientes que tenia su ejército en campaña, y á la vista del que mandaba Echagùe que fué luego derrotado en Caaguazú.

obtener mas que esperanzas vagas, pero no una declaracion. De repente vino esta, cuando menos la esperabamos, porque sucedió antes de la batalla de Caaguazú, y creiamos que aguardase su decision para resolverse. Los triunfos de las armas federales en Famailla y Rodeo del Medio, hicieron este prodigio, que no habia podido realizarse cuando los ejércitos de Lavalle y Madrid estaban en pié; de modo que si Oribe y Pacheco hubieran sido vencidos, Lopez no hubiera dejado de pertenecer á Rosas. Lopez debia contar que entonces lo buscara Rosas, lo regalara, lo adularia y finalmente le daria el mando de su ejército. En tal caso continuaba siendo nuestro enemigo. Sucedió lo contrario y él perdió la esperanza de ser buscado por Rosas, quien tan lejos de considerarlo, iba á vengar el desacato de su insubordinacion. Entonces corrió á echarse en nuestros brazos y correr á todo trance por el único camino de salvacion que le quedaba. Esto explica cómo Lopez que reusó declararse contra Rosas cuando vacilaba su poder, se apresuró á hacerlo cuando se hizo mas fuerte. Lopez es un hombre del campo cortado en el molde de los caudillos, si abrazó la buena causa fué por motivos independientes de su ilusion.

pendencia, su honor y su gloria. Si se admiten semejantes doctrinas, á donde irá á dar la Inglaterra, los Estados Unidos, sin contar la Francia y las astiguas repúblicas cuyos ejércitos y escuadras mandadas siempre por generales denodados, están siempre dispuestos á sostener los gloriosos antecedentes de su bandera?

Bien conozco que todo esto se puede contestar con floridos discursos y hasta con punzantes alusiones, pero ellas no obscurecerán la verdad. Si algo he exagerado, ó si no he encarado la cuestion como merece serlo, no por esto dejarán de ser de alguna utilidad mis observaciones, pues llamarán la atencion á un objeto digno de ser considerado. Basta de él por ahora, para volver al coronel Allendé y su entusiasta tropa, á quien dejé en la Colonia, dispuesto á embarcarse despues de haber pssado una alegre noche.

A la mañana siguiente se embarcó aquella bullicjosa

---

Es pues fuera de duda, que el general Madrid, que no hubiera hallado resistencia formal en la provincia de Córdoba, dado que el hubiera dejado atrás las fuerzas de Pacheco, habria hallado apoyo y proteccion en Santa-Fé. Ya se comprenderá cuanto peso hubiera puesto en la balanza su presencia y la de su division en los destinos de la buena causa que con la victoria del 28 de noviembre (la de Caaguasú) tomaban un vuelo extraordinario.

Este refuerzo era muy apreciable no por su número sino por ser compuesto de hombres de otras provincias, que contrabalanceasen la tendencia de los correntinos, de regresar á su pais, eran hombres en fin que habiendo recorrido muchas provincias y servido á la causa general se habian sacudido de ese mezquino espíritu de localidad que no deja ver mas patria que los límites del pueblo donde nacieron.

No culparé al general Madrid por no haber seguido su primera inspiracion: ya he dicho que adoptarla hubiera sido una imprudencia, pero una imprudencia que por razones que no podia alcanzar pudo ser coronada de bellisimos resultados.

El paso de los Andes á Cordillera cerrada, es un triste episodio



juventud; aprovechando yo esa ocasion de escribir al general Lavalle avisándole mi llegada. El buque se dió á la vela quedando otra vez en su habitual silencio el pueblo de la Colonia. Luego que en Montevideo se supo mi evasión me escribieron algunos amigos felicitándome, y el *Nacional*, periódico que redactaba el señor Rivera Indarte hizo de mí una honrosa mencion. Por lo demas, todo me convenia que la faccion prepotente de la emigracion me miraba con desconfianza, y no sabia ella misma si celebrar ó no, la rotura de mis cadenas. La comision argentina que llevaba las riendas de la revolucion, ó que al menos pretendia llevarlas no me dirigió ni un cumplimiento.

Entre los sujetos que me visitaron en la Colonia, hubo un señor Levás ingles, comerciante, cuya casa servia de punto de reunion á la gente principal, y en especial á los Argentinos. Recuerdo que cuando la primera vez estuvo conmigo, me observaba con una atencion tan mar-

de este drama, que hiere la imaginacion y oprime el corazon. No puede uno figurarse ese monton de patriotas, que han corrido arrastrándose por toda la estension de la república en busca de la libertad y la constitucion de su pais; que han arrastrado la muerte, que han sufrido privaciones y peligros sin cuento; no puede uno figurarse digo esa porcion de hombres de todas las clases de la sociedad luchando con la naturaleza y con la muerte, en medio de los Andes ese gigante de la creacion, sin experimentar las sensaciones mas penosas, y sin tributarles un homenaje de respeto y de estimacion.

Si me fuera dado yo consignaria sus nombres en este pobre escrito, y los legaria á la posteridad, como los de unos soldados valientes, de unos ciudadanos virtuosos, de unos hombres dignos de la libertad, que no dudo hallarán al fin despues de tanto buscarla. No necesitan ser héroes, en individualidades maravillosas, no es preciso emplear las exageraciones, ni los recursos de la poesia para que ademas de nuestras simpatías, merezcan el respeto y el agradecimiento público.

Si sus trabajos no lograron ser coronados por la victoria, no

cada que me apercibí aunque por entónces, no pude esplicarmela. Cuando á los cuantos dias vino mi hermano le dije: “Conozco que hasta en sus compatriotas hay hombres mal intencionados: ellos me habian hecho creer que su hermano el general era un hombre que tenia enterpécidas sus facultades intelectuales, y lejos de he encontrado en el un buen juicio y sensatez.” Como á este habian informado á otros con respecto á mí, pero en ninguna parte al menos que yo sepa con mas osadía é impudencia que en la Colonia.

Otra señora que habia estado en el puerto el dia que yo desembarqué, refirió á mi cuñada doña Juanita Ocampo de Paz, que uno de los muchos circunstantes (un Mamierca sino me engaño), habia prorumpido al verme saltar en tierra, en esta exclamacion. “Es por este hombre que nos vemos emigrados y sufriendo las penas del destierro; pues en años atras no quiso venir de Córdoba

---

por eso deben valer menos en la estimacion de los argentinos. Ellos hicieron cuanto podian y esto basta.

Merecen una particular mencion muchos gefes y ciudadanos que se distinguieron ya por su valor, ya por su abnegacion y constancia. Sobre todos el coronel D. Crisóstomo Alvarez dió tan repetidas pruebas de valor, estuvo tan constantemente empleado en los puntos de mayor importancia y peligro, que solo las operaciones de esta campaña adornarian una buena *hoja de servicios*. Sin necesidad de los empalagosos elogios del general Madrid, sus compañeros y el público le han hecho justicia y le asignan un lugar distinguido entre los valientes soldados de la república y entre los beneméritos hijos de la Libertad. Yo me hago un grato placer en proclamarlo, aunque una fatalidad lo haya puesto despues bajo el poder que tanto combatió.

El infortunado coronel Acha, valiente campeón de la buena causa, se inmortalizó en la memorable jornada de Angaso. Este solo hecho de armas es un título de gloria imperecedero. Su atrevida resolucion de esperar al muy superior ejército de Aldao en la salida de la travesía, la sangre fria con que se condujo en tan crí-

con el ejército que mandaba, á derribar al tirano que oprime nuestro pais." Que lejos estaba entonces de pensar que años despues me harian esos mismos emigrados, sino un crimen, al menos un reproche por haber querido ir á Buenos Aires á derribar al propio tirano!

El general Lavalle como es sabido se habia dirigido meses antes desde Martín Garcia al Entre-Rios, donde ganó la accion del Yerúa. De allí siguió á Corrientes y protegió el movimiento de la provincia que en masa se insurgió contra el dictador de Buenos Aqres y su teniente el gobernador de Entre-Rios don Pascual Echague. Este despues de su contraste de Cagancha habia vuelto á su provincia, y reorganizado su ejército con los nuevos auxilios de Rosas. En Don Cristóbal sufrió otro revés, en que el ejército de Corrientes al mando del general Lavalle que habia abierto su nueva campaña, sino obtuvo una victo-

---

tica ocasion, su valor sereno, todo lo recomienda como un gefe de prendas distinguidas. Su desgraciada muerte á manos de sus crueles verdugos, reclama de sus compatriotas un sentimiento y una lágrima que nadie le negará.

El coronel D. Lorenzo Alvarez, á quien ví en Buenos Aires el año 39, en casa de Orinero y de quien tube entonces vivas desconfianzas, abrigaba una alma noble, y un corazon varonil. He oido frecuentemente hablar de su valor y no dudo que poseía esa virtud en alto grado. Murió gloriosamente en la sorpresa de San Juan.

El ciudadano D. Francisso Alvarez, de simple particular, es elegido para el gobierno de Córdoba, cuando esta provincia sacudió el yugo dictatorial de Rosas, y el de su teniente Manuel Lopez. Subyugada otra vez por las armas de Oribe vencedoras en el Quebracho emigra, pero no para sumirse en un ocio inútil. Se dedica con la mayor abnegacion á la carrera militar, soporta todos los peligros y fatigas de la campaña, á la cabeza de otros ciudadanos como él, y la inmortaliza, muriendo en San Juan con la muerte de los valientes.

El coronel Peñalosa, que habia servido con fidelidad al gene-

ria completa, consiguió al menos ventajas equivalentes, el 10 de Abril del dicho año.

El triunfo de Don Cristóbal se celebró con el mas grande entusiasmo por los emigrados Argentinos y los Orientales llamados Colorados que eran los partidarios de Rivera. Se hizo para solemnizarlo una especie de procesion llevando las banderas francesa, oriental y argentina, en la mañana del Sábado Santo, que terminó en casa del comandante y Juez político don José Rodriguez donde se sirvió un refresco, se dijeron muchos brindes y yo dediqué el imno al general Lavalle. Sin embargo, no se me ocultaba que mis compatriotas y correligionarios políticos no me trataban cordialmente. Por mas que me creyesen decidido como el que mas por la causa, la faccion dominante siempre miraba en mi un carácter independiente, y acaso temian un rival del general Lavalle. Yo no varié de principios, ni opiniones ni de conducta.

---

ral Quiroga abraza por convencimiento la causa que antes habia combatido y es seguido de los valerosos riojanos sus comprovincianos. Los lleva muchas veces al combate y si no han sido felices sus esfuerzos, no son por eso menos dignos de una particular mencion. Ultimamente urgido de la miseria en pais extranjero, movido por relaciones personales, capituló con sus enemigos y se subyugó ueuevamente. Es de creer que no les pertenezca de corazon.

No conozco al coronel Lardina (como tampoco conozco á Peñalosa, ni D. Crisóstomo Alvarez) pero he oido hacer de él, recuerdos honrosos. Me complazco en creer que son bien merecidos. El acto de voverse en la Cordillera, en medio de un temporal, á buscar la casilla que antes habian dejado, con los que lo seguian, para evitar un desastre, una catástrofe, un escándalo entre compañeros y hermanos, ha hecho en mi una particular impresion. Si el que salvava un ciudadano obtenia una corona cívica, el coronel Lardina merecia muchas porque salvó á muchos de la muerte y de exesos que eran inminentes en la cruel situacion á que estaban reducidos.

Apenas restablecido de un fuerte catarro que me retuvo algunos dias en cama, proveniente de las mojaduras y refrio que tomé cuando mi escape, llegó un oficial de la marina oriental, con una buena ballenera, y carta que me traia del general y presidente Rivera. Me felicitaba por mi evasion y me invitaba atentamente á pasar á su cuartel que estaba situado en San José del Uruguay, que las desaveneucias de este con el general Lavalle habian estallado, pero no llegado ó su colmo como sucedió despues. Sin embargo, la invitacion de Rivera alarmó á los Argentinos; quienes afectaban temer que yo me colocase con él, contra el general Lavalle.

Esta consideracion no me detuvo y firme en mi conciencia y en mis principios, acepté la invitacion, pero prefiriendo ir por tierra despaché la ballenera con mi contestacion.

En los primeros dias de Mayo me puse en camino

---

El coronel Avalos (hoy general de la provincia de Corrientes) es un sugeto de una lealtad probada, y de mucho juicio. Mereció siempre honoríficas distinciones del general Lavalle en cuyo ejército sirvió, aumentando este mérito con la campaña de Cuyo que hizo á las órdenes del general Madrid. Hoy sufre con constancia la emigracion y las demas penalidades que son consiguientes á la vida del proscripto.

El comandante Acuña tenia la opinion de un valiente, y ademas era un gefe muy querido de sus comprovincianos. Tanto él como Abalos y otros tenian el muy relevante mérito de haber mandado á los torrentinos en esa desgraciada pero gloriosa empresa.

El valiente mayor Ezquinigo (á quien tan poco conocí) se reccmienda mucho por su carga á la bayoneta en el Rodeo del Medic. La situacion era desesperada, pues que el enemigo estaba ya victorioso, y no podia oponerle sino un puñado de patriotas cuyo destino estaba ya fijado. Sin embargo toma la banderá y marcha al sacrificio como las víctimas que se engalanan en sus últimos momentos. Este acto basta para ennoblecer una vida entera. No creo que mandase volver á sus soldados, á no ser que viendo todo

con una pequeña escolta, precaución indispensable por que aun estaba el camino plagado de desertores, malhechores, y aun blanquillos ó partidarios de Rosas y Oribe. A los tres dias llegué á Mercedes que era uno de los tres focos en que la inmigracion tenia sus talleres. Era poderosa la influencia que esta tenia en los negocios y tuve que admirar su destreza, con que se habian mis compatriotas ingerido con los comandantes y demas autoridades, de modo que se puede decir que las dirigian. Yo me alojé en casa del comandante Cano, quien aunque partidario de Rivera no daba un paso, ni dictaba providencia alguna que no fuese dictada ó por lo menos sabida de los emigrados argentinos: contribuia sin duda á esto el buen concepto que á despecho de Rivera gozaba el general Lavalle entre los orientales, cuya causa tambien defendia, llevando la guerra contra el dictador de Buenos Aires.

---

perdida quisiese salvar algunas vidas por una pronta retirada. El coronel Salvadores, cargado de años y enfermedades hizo esa campaña verdaderamente penosa. Su espiritu era mas fuerte que su cuerpo. Su amor á la libertad suple á lo que le faltaba su vigor físico. Estoy seguro que este antiguo soldado hizo cuanto pudo.

No recuerdo haber visto alguna vez al coronel D. Fernando Rojas, pero me merece el mas honorable concepto. El y Salvadores sellaron con su sangre á manos de los verdugos sus creencias políticas y ennoblecieron la causa de su eleccion. Que nunca olviden nuestros compatriotas sus respetables nombres.

Los jóvenes del escuadron Mayo, que hicieron esa prolija campaña, animados siempre de un ardor renaciente: que sobrellevaron á la par de los hombres habituados, las rudas penalidades de las marchas, y los peligros de los combates, no pueden ser recordados sin que se les tribute el mas merecido elogio. Su comandante Acosta (de quien no hago memoria) se condujo muy dignamente el 24 de septiembre. Si él y sus compañeros hubieran tenido muchos imitadores, la libertad seria salva y la patria seria libre.

Si en la Colonia habia alarmado mi marcha al cuartel general de Rivera, en Mercedes aparentaron mis compatriotas una sorpresa mucho mayor. D. Nicahor Elias, hoy humilde siervo de Rosas, y entonces su enemigo declarado, me visitó con atencion, y aun me sirvió con caballos, pero me significó la desaprobacion de mi viage por todos los argentinos. No pude oirlo con calma, y le contesté con un poco de exaltacion—“¿Qué es lo que temen? ¿Es acaso que yo traicione los intereses de mi pais? ¿Y quienes son los que me censuran para disputarme mi argentinismo, y los títulos que tengo á la confianza pública? Solo unos necios pedantes pueden pensar de ese modo”—Supe despues que un tal Escribano, y un Saez Valiente que despues se ha prosternado á los pies del tirano se produjeron contra mí, con la mayor causticidad poniendo en problema mi lealtad.

Mas no era preciso que lo dijesen para que conociese

---

Esos salteños á quienes conocí tan valientes soldados como patriotas fieles. Esos jujeños tan modestos en la apariencia, y tan fuertes de corazon. Esos tucumanos que jamás dejaron de pertenecer á la buena causa. Esos cordobeses en fin que recorrieron la redondez de la república sin vacilar jamás en sus empeños, sin flaquear en sus creencias políticas, sin desmentirse su acendrado patriotismo, en quienes ese sentimiento era una conviccion individual, todos son acreedores en alto grado á la gratitud pública y á las bendiciones de los argentinos.

Sensible me es no saber los nombres de otros gefes de los que siguieron hasta el fin la expedicion (1). Ellos, los oficiales particulares y los individuos de tropa merecieron bien de su patria, y merecen un duradero recuerdo. Todos ellos hicieron cuanto se les exigió, y cuanto podian. ¿Qué mas podia desearse?

El general Madrid, ese veterano de la independenciam, no necesita que yo encomie su valor personal, y sus dilatados servicios para que sean conocidos y apreciados del público. Su *hoja de servi-*

---

(1) Los Sres. Puchis de Salta regresaron de cierta altura, y sin embargo son muy dignos de una particular mencion.

la antipatía de la facción dominante: no obstante hubo personas que contradijeron sus absurdos, que me hicieron justicia y aun me manifestaron amistad. Uno de ellos fué D. Nicolas Caballero quien sin tener pretensiones á los primeros puestos entre los enemigos de Rosas, no solo no fué como ellos á besar la mano que los habia materialmente azotado, y.....que se yo que otras cosas, sino que dió su vida á manos de los verdugos de su patria. Es una observacion constante que aquellos emigrados mas vocingleros, y que mas ostentacion hacian de su odio al tirano han sido los que han tenido menos dificultad en abjurar su fé política y sometersele. Fuera de los que he nombrado y de otros muchísimos que podria citar, me contentaré con recordar á los hijos del respetable anciano D. Miguel Marin, quienes no respiraban sino venganzas, represalias y confiscaciones cuando tenian esperanzas de ir á Buenos Aires como ven-

---

*cios*, es un documento importante, que muestra cuanto ha sufrido, y cuanto ha prodigado su existencia en los numerosos hechos de armas á los que como jefe ó como subalterno ha concurrido.

No es preciso ocuparse de descripciones maravillosas para conocer y apreciar sus servicios. Siempre dispuesto á encontrarse con los enemigos, fué empleado con frecuencia desde su juventud en comisiones arriesgadas que él desempeñó con su valor ordinario. Mas tarde empleado en escala mayor manifestó constantemente su ardor por los combates, y por las expediciones aventuradas. Como general en jefe tampoco se ha desmentido, y en lo general ha sido consecuente á sus inclinaciones y á sus principios.

Si frecuentemente ha sido desgraciado, si ha cometido faltas en que sin duda no ha tenido parte la voluntad, no por eso deja de merecer nuestro respeto por su patriotismo, por su abnegacion, y por su indisputable bravura.

Si me he visto precisado á manifestar las faltas que á mi juicio ha cometido, asi lo demanda la verdad histórica, y la instruccion que puede resultar á nuestros militares. Si he sido severo, si he empleado tintes fuertes, él me ha provocado tratándome con injus-



cedores y que luego que los perdonaron no trataron sino de acomodarse, hasta que fueron á echarse á las plantas del hombre que habian maldecido. (1)

Despues de un dia de posado en Mercedes, continué mi camino y llegué á Paisandú donde el comandante me declaró que no tenia absolutamente caballos que darme, y que era mejor que fuese á San José que solo dista doce leguas por agua. Lo hice asi en una balandra á la vela,

---

(1) He hablado en este capítulo de azotes, calas y geringas y no quiero dejar pasar la ocasion de recordar lo que todos saben. En las calles, en los cafés, en sus casas, eran en Buenos Aires agarrados los hombres y llevados á Santos Lugares donde los desnudaban y los azotaban, caleaban, geringaban y hacian otras abominaciones. El azote se aplicaba hasta dejar los hombres inutilizados por muchos dias: las calas, consistian en unas velas de sebo de muy buen tamaño que les introducian por el ano: las geringas, era la aplicacion de unas lavativas de agü, pimientas y otras materias irritantes: ignoro si se hizo uso del fuelle, mas no seria extraño. Estos caleados y geringados son en parte los mismos que han ido á someterse á su coleador y geringador.

---

ticia y aun acritud en sus memorias. Nada supone que haga preceder mi nombre del epíteto de *hábil general*, si eso ha de ser, para hacer el contraste mas fuerte con las ineptias que me atribuye.

Poco nos queda que decir, pero no concluiremos sin añadir algunas líneas para emitir nuestro juicio sobre la conducta del coronel Baltar y algunos otros incidentes de menos importancia que tuvieron lugar en la Cordillera.

No he conocido de nombre al Sr. Baltar hasta el año 40 que se le designaba como uno de los gefes que acompañaron al general Lavalle desde Martin Garcia, en Corrientes, Entre-Rios y demas puertos que recorrió con el ejército libertador. Personalmente solo lo conocí en Montevideo el año 43.

Segun es de notoriedad estaba el año 39 al servicio del Estado Oriental porque habiendo acompañado al general Rivera en su peregrinacion y emigracion al territorio del Brasil despues de la derrota de la Carpintería, volvió con él cuando las victorias de Yucutuja y Palmar lo hicieron dueño del territorio Oriental. Baltar como uno de tantos obtuvo grados militares, hasta el de teniente coronel y á mas la comandancia del departamento de la Colonia.

es que me encontré con un Sr. Lima emigrado del Sud de Buenos Aires: gusté mucho de su sociedad y le merecí benévolas atenciones. Al fin llegué á San José donde tenía su cuartel general y lo que se decía su ejército el general Rivera.

Todo parecía aquel campo, menos que ejército ó campamento militar. Apenas se veían á distancia de los ranchos que ocupaba S. E., algunos otros muy chicos; un medio galpon se decía comisaría, y unos cuantos cañones que por lo desierto del campo parecían abandonados completaban la perspectiva: lo que mas importaba era una muy regular banda de músicos contratados que costaban al Estado mas de 400 patacones mensuales y que no tenían mas trabajo que tocar cuando comía el general y á la hora de retreta un rato muy corto. Por lo demas no creo que llegase á 500 hombres el número de los que formaban lo que llamaban ejército.

---

En este destino se hallaba cuando el general Lavalle pasó desde Montevideo á Martin Garcia para organizar su expedicion á que el general Rivera ponía positivos embarazos. Baltar sin pedir, ni obtener su dimision ni pedida su separacion del Estado Oriental, (asi me lo han asegurado cuantos he consultado sobre esto) *desertó* de la Colonia y del Estado Oriental y llegó á Martin Garcia á presentarse al general Lavalle, creo que con algunas armas y soldados tambien desertores que pudo arrastrar. [1] Allí obtuvo

---

[1] No pretendo ni remotamente disculpar la conducta del general Rivera, respecto del general Lavalle, y del resto de la emigracion argentina. Ademas que este juicio no pertenecía á este lugar, el público ha hecho la justicia debida. Pero cualquiera que fuesen las aherraciones y faltas de fé del general Rivera, ellas no justifican el proceder de Baltar. Un militar que toma servicio bajo una bandera compromete su fé y su honor y lo que es mas sagrados deberes prescriben, no abandonarlo sino mediante un acto legal que deshaga el contrato y desaparezca su compromiso. Cuando las circunstancias fuesen tales que se hubiese negado con repeticion su solicitud, por lo menos debería pararse disculpar su proceder probar que la hizo y que no pudo lograr los deseos. Otros gefes como el coronel D. Federico Baez en

El general Rivera me recibió con su acostumbrada estabilidad, y me hizo alojarse en una tienda de campaña que estaba en el mismo cuartel general. Desde nuestras primeras conversaciones ya me manifestó contra el general Lavalle el mas profundo resentimiento. Yo me habia propuesto indicarle uno de dos planes: 1.º aumentar el ejército del general Lavalle con dos ó tres divisiones orientales y dejarlo obrar libremente; 2.º designar su ejército como vanguardia y que el general Rivera lo apoyase con el suyo pasando el Uruguay. Vana esperanza! Muy luego conocí que mi trabajo era enteramente inútil, y me limité á disminuir la amargura de su resentimiento, y presentarle los peligros que el corria si era batido Lavalle. Recuerdo que le dije: “General si el ejército Libertador es destruido, tendrá Vd. encima quince mil hombres que puede mandar Rosas contra su pais.” “No me importa, me contestò que mande veinte pues, estamos los

---

el mando de un escuadron, de los que formaron el ejército Libertador.

Allí gozó de media reputacion encontrándose en las batallas del Sauce Grande, D. Cristobal, y Quebrachito. Mas tarde cuando el general Lavalle se trasladó á la Rioja, ya lo vimos separarse del ejército, para ligarse al comandante Riojano Peñalosa para hacer con él, en los Llanos la guerra de partidas al ejército inva-

---

idénticas circunstancias, obraron de otro modo que Baltar, y si pasaron al servicio argentino fué sin llevar una nota que ennagreciera una carrera mas brillante que la de ese jefe. Bien conocemos que él tachará de miramientos melindrosos éstas reflexiones, pero debe saber que sin ellas la carrera militar vendria á ser una cadena vergonzosa de privaciones y perfidias, de modo que jamas un estado ni un gobierno, ni una sociedad, ni un general podria confiar en los que le han jurado depender de él y defenderlo. He dicho que el coronel Baltar no apreciará esta delicadeza de sentimientos como conviene, porque su educacion militar pienso que no ha sido muy esmerada. Ignoro en donde ni como hizo su aprendizaje, en que ejércitos y bajo que generales ha servido antes. Parece pues que es un militar improvisado y de resolución.

Orientales acostumbrados á batir los numerosos ejércitos de Buenos Aires. Ya nada habia que hacer despues de esto, y sin embargo se mostraba deseoso que yo permaneciese en su campo.

Se encontraba en él con el carácter de enviado del gobierno de Corrientes don José Isosa, antiguo conocido mio, que se ocupaba de otras atenciones muy diversas de las diplomáticas. Entre los dos se propusieron tantearme para que levantase el estandarte de la oposicion al general Lavalle, oposicion que habia iniciado el célebre Che- labert: me negué abiertamente diciéndoles que era hombre de conciliacion, y que no contribuiria á aumentar la discordia que dividia ya los aliados contra Rosas. Ysasa me preguntó entonces si iria á Corrientes á formar un nuevo pié de ejército, si el gobierno de la provincia me llamase al efecto: mi contestacion fué, que iria donde pudiese ser útil á la causa.

---

sor. Desde entonces no volvió á aparecer hasta que meses despues se incorporó al general Madrid cuando penetraba en las provincias de Cuyo.

No me he propuesto hacer la biografía del coronel Baltar, ni poseo los curiosos antecedentes que serian minuciosos para formarla. Ni aun puedo hablar de lo que pasó en esa campaña, por algunas noticias generales y por lo que dicen las Memorias y con arreglo á ellas es que haré unas cortas observaciones. El conocimiento posterior que he tenido de este gefe me facilitará no poco esa ingrata tarea.

El principal talento de Baltar consiste en saberse insinuar en la confianza de algun gefe, ó caudillejo sobre el que se propone ejercer mas ó menos influencia segun la facilidad que le ofrece el carácter y la capacidad de este. Ya se comprenderá que tratándose de un hombre cándido ó ignorante aunque bueno y fiel como era Peñalosa este influjo se hace omnipotente. Se comprenderá tambien que para conseguirlo sabe alagar la ambicion y demas pasiones y que no desdeña adular servilmente á las personas de la familia de aquel cuyas buenas gracias se ha propuesto obtener.

Yo habia dejado mi familia en Buenos Aires, y la tenia sin embargo sobre mi corazon. Mis ardientes deseos eran que viniese á reunírseme, y el medio mas á propósito que encontraba era de interesar al señor Mandeville, ministro inglés en aquella capital. Conseguí pues al tiempo de retirarme para volver á la Colonia, una recomendacion del Presidente Rivera que me la otorgó sin dificultad el mismo dia de mi partida.

Esta tuvo lugar el 24 de Mayo, pero como antes dije, Rivera quería que aun permaneciese, fuese porque le gustaba adornar su cuartel general con personajes, ó fuese porque esperaba traerme á sus intereses en la cuestion con Lavalle. Cuando le dije decididamente que quería regresar á la Colonia á esperar mi familia y que no aceptaba su ofrecimiento de llevarla al Durazno, ó á su casa de Montevideo fué hasta visible su mal humor. Al acompañarme en despedida se desfogó contra el general Lavalle de quien dijo

---

Asi tambien consiguió años despues gran influencia en Corrientes (1).

Esto esplicará esa íntima union que habia entre él y el coronel Peñalosa, el cual no veia sino por sus ojos, ni obraba sino por sus inspiraciones.

Esta singular anomalia, agregada á la consideracion personal que se debia dispensar á un gefe á quien seguian individualmente algunos cientos de hombres, hacía que este gefe teniendo el mando de una division, no fuese responsable de sus actos oficiales, y que estos emanasen menos de las órdenes del general en gefe que de las insinuaciones privadas de un director y amigo.

Si el general Madrid se veia por imperiosas circunstancias obligado á tolerar un semejante estado de cosas, es digno de com-

---

(1) Un amigo mio que conocia bien al coronel Baltar, hablando sobre los sucesos de Corrientes el año 45 y 46 me decia: "El mérito del coronel Baltar consiste en gran parte en saber manejar intrigas de costurero." No se váya á creer por esto que sea galante; si incensaba á las Madariagas, era por ganarse la amistad de los hermanos.

que era un ingrato y no sé que otras cosas más. Yo le contradije muy modestamente y nos separamos en un estado medio entre amistoso é inamistoso, y desde entonces no traté sino de ocuparme de mi familia.

Tres leguas antes de llegar á Mercedes me encontré con el coronel D. Bernardino Baez, quien me dió la noticia de un modo vago que mi familia había salido de Buenos Aires: no di crédito á este rumor porque esperaba que hubiese obtenido licencia y por el estado de embarazo en que estaba Margarita razon por la cual todos mis cálculos se fijaban en un tiempo posterior habiendo llegado á Mercedes esa misma tarde, hablé por la noche con un jóven de Montevideo quien me dijo que el patron de la goléta "Jóven Italiana," daba la misma noticia. En el acto lo busqué y no fué sino con mucho trabajo que pude hallarlo en el puerto muy avanzada la noche. El me confirmó la noticia y me dió tales señas que no pude ya du-

---

pasion; pero si él pudo evitarlo, y restituir tal cual vigor á la disciplina militar, seria bien digno de censura.

No sabemos que pensar á este respecto, porque al paso que en la descripeion de la batalla del Rodeo del Medio, salva de toda responsabilidad á Peñalosa, para cargarla integramente á Baltar, nos dice poco antes que pudo evitarlo, pues que se arrepiente de haber concedido á este que fuese á la ala derecha, dejando en cierto modo su puesto de gefe de estado mayor.

Poco antes tambien nos cuenta que quiso al llegar á Mendoza, mandar á Peñalosa á libertar los prisioneros del Retamo, á lo que se opuso Baltar, sin que nos diga si aquel tenia parte en esta negativa. Otro tanto sucede cuando mandó á los mismos gefes en persecucion de Benavides. Baltar retardó la salida de mas de una noche. Baltar hizo la persecucion con flojedad y se retiró antes de tiempo &c. Sin que se nos diga porque se le permitió ir dejando su puesto en el ejército, y dándonos motivo de sospechar que Peñalosa era un autómatá sin juicio ni voluntad propia.

Sea esto como fuere, la irritacion del general Madrid contra Baltar era muy justa, y la creiamos tan natural que esperamos que

darlo. Añadia que Margarita habia salido de su cuidado pocas horas despues de haber ilegado á la Colonia. Figurese cualquiera mi impaciencia por bolar allá, al mismo tiempo que la satisfaccion de qué me serviria tan plausible acontecimiento. Mas antes quiero hacer referencia de los incidentes originales que sirven para mostrar el espíritu de aquel tiempo.

Habian corrido ya mas de 40 dias del triunfo de D. Cristobal, y ejército de Echagüe no solo no habia desaparecido sino que cubria la capital y hacia frente al del general Lavalle. Los ánimos volvian á ese estado de penosa expectativa y las opiniones empezaban á divagar en proporcion á las brillantes esperanzas que antes se habian concebido. Los primeros con quienes me vi, me preguntaron mi modo de pensar, y les dije que en mi opinion era precisa una segunda batalla no habiendo sido decisiva la primera, ó cosa parecida: al muy poco rato se me pre-

---

cualquier encuentro que tuviesen despues de la accion del 24, podia traer esplicaciones violentas y hasta consecuencias desagradables (1).

Nuestro temor fué vano, pues contra todo lo que podia conjeturarse la entrevista que tuvo lugar al dia siguiente á la noche en Vipallata donde recién logró alcanzar al gefe de E. M., fué tan pacífica como si nada hubiese precidido. El coronel Baltar que segun parece se habia propuesto disputar el premio de la agilidad volvió á tomar la delantera, y solo volvió á ser alcanzado el 27.

Aun entonces siempre firme en su propósito de obtener el premio de la carrera, se ofreció á llevar al gobierno de Chile el aviso de la derrota. Generalmente es una prueba de distincion la eleccion de un oficial para que lleve el parte de victoria: estaba reservado al coronel Baltar gefe de estado mayor del ejército ambicionar

- 
- (1) Se puede aplicar aquello, de  
Calose el chapo  
Requirio la espada  
Mírole al soslayo  
Fuése . . . y no hubo nada,

sentó la señora del coronel D. José María Vilela que pertenece á la clase media, y con los ademanes y tono de reconvenccion, me preguntó si era aquello lo que habia dicho. Sobre mi respuesta afirmativa sacó una carta de su marido para convencerme de lo contrario, en la cual despues de algunos chistes insípidos, y detalles vulgares concluia que la situacion de Echagüe era la misma que el general Lavalle habia tenido once años antes en los Tapiales.— Oí con calma y hasta con risa este brote de entusiasmo, y despues de algunas esplicaciones quedamos al parecer reconciliados. Sin embargo el sirvió á probarse que el espíritu de faccion aun cuando invoca la libertad, tiraniza sin pensarlo hasta las opiniones. Despues tendremos ocasion de confirmar esto mismo, advirtiendole ahora que el paso que daba esta pobre muger, no era aislado sino acordado y resuelto por sus mas conspicuos amigos, y que el fin era tomar algunos puntos que pudiesen interpretarse

---

la honra de ser el mensajero de un desastre á que habia contribuido tan eficazmente. Hay algunas personas que en ciertas ocasiones nada ven, nada calculan sino las impresiones del momento, no es difícil adivinar las que entonces gravitarian sobre el ánimo del coronel.

Nada nos dicen las memorias sobre las consecuencias que pudo tener en Chile, su desavenencia con el coronel Baltar ó sea la reprobada conducta de este jefe. Por lo mismo no se que crédito merezca lo que me dijo en Montevideo cuando mandando yo el ejército de dicha plaza, se me presento, tratando de cerciorarse sobre los cargos que se le hacian relativamente á la accion del 24 de septiembre.

En nada menos pensaba yo que en tomar informaciones á este respecto pues que mis actuales ocupaciones me alejaban de esos asuntos. Sin embargo, Baltar se empeñó en sincerarse y recuerdo muy distintamente que dijo.

Que luego que llegaron á Chile ocurrió á la Comision Argentina para que tomando informe sobre lo sucedido en la batalla juzgase y fallase en justicia. Que efectivamente, esta se consti-



desfavorablemente al ejército del general Lavalle para levantar un caramillo.

En los primeros días de Junio llegué á la Colonia y encontré mi familia con el aumento de un hijo que habia dado á luz Margarita dos horas despues de su desembarque. Pudo clasificarse este acontecimiento de prodigioso: He aqui como sucedió.

El deseo de reunirme hizo que apresurase sus diligencias en Buenos Aires para obtener pasaporte, y lo consiguió por la interposicion del Sr. Mandeville quien á demas de los esfuerzos de su propia voluntad halló el expediente de proteger á Margarita como hija que era de ingles. No contento con facilitarle su salida le proporcionó pasaje en el bergantin ingles de guerra "Camaleón" que la trajo con mis hijos, mi hermana y suegra Rosario y domésticos á Mantevideo. Margarita no quiso allí detenerse y despues de ocho dias se embarcó para la Colonia en un

---

tuyó en una especie de tribunal ante el cual hicieron el general Madrid y él sus alegatos despues de seguidos algunos otros trámites que despues de una madura deliberacion, la Comision Argentina le absolvió declarándolo inculpable.

Como nada dice de esto el general Madrid en sus Memorias; como el general Desá á quien me acuerdo que pregunté alguna vez sobre esto me dijo que nada parecido habia ocurrido, estoy inclinado á creer que fué una invencion de Baltar para captarse mi estimacion, lo que en esa época le convenia mucho. El tiempo aclarará el negocio y el público y la posteridad juzgaran.

*Documento Núm. 1.*

Señor General D. José María Paz.

Cuartel General en Salta, Octubre 3 de 1841,

Mi querido emigo—

Llegó á manos del gobierno de Salta la correspondencia del Exmo. Sr. Ferré y de V. para el general Madrid desde el 29 de Julio hasta el 12 de Agosto conducida por Colompton, la cual el gobierno de Salta me ha presentado abierta á mi llegada á esta capital hace tres días. La he remitido ya al General Madrid que

buque meroante. Les tomó un recio temporal, bajo cuya impulsión llegaron á la Colonia en la tarde del N. de Mayo. Era imposible desembarcar porque las violencias de las olas no permitian sostenerse las embarcaciones menores, y el buque estaba tan atrabaneado de pasajeros y carga que era penosísimo estar en él: añádase á esto que la fuerza del temporal no permitia cocinar, y que la lluvia habia obligado á todos á acogerse á la cámara ó bodega.

En esta situacion tremenda anocheció, mas providencialmente calmó el viento á la media noche y se tranquilizaron lo bastante las aguas para que pudiesen navegar buques menores y de consiguiente desembarcar. Casi al mismo tiempo sentia dolores Margarita de modo que pudo prepararse lo preciso para que saltará á tierra con sus hijos su madre y dos criadas, pero sin equipage ni mas ropa que lo encapillado. Por fortuna residia allí mi hermano y pudo dirigirse á su casa como lo habria hecho á la suya

---

ocupa actualmente con su ejército las provincias de Cuyo, y si mis ocupaciones me permiten concluiré hoy esta carta con la estension que deseo, marchará mañana por la misma via.

Todo lo que concierne al buen éxito, y regularidad, de la correspondencia por el Chaco es del resorte del gobierno de Salta y por tanto me eximo de hablar á V. de eso asegurándole que prestaré tambien á ese objeto mi mas decidida cooperacion.

En la correspondencia del general Madrid á que contesta, no debió darle una idea exacta del estado de la guerra en la provincia de la Rioja en aquella época, porque él mismo no la tenia pues á la sazón se hallaba la provincia de Catamarca por una division del ejército enemigo, y nos era imposible la comunicacion con Tucuman, por el poniente de Catamarca, porque esta es precisamente la parte del territorio de dicha provincia que nos es contraria—Cuando la guerra de la Rioja á que me refiero, una cosa ya pasada y no debiendo ocuparnos en cosas personales, me limitaré á decir á Vd. que allí se estrellaron y debilitaron todas las fuerzas que el tirano tenia en las provincias del interior, combatidas unicamente por el poder de la opinion de aquel pueblo valeroso

propia antes ne las cuatro de la mañana y con la mayor felicidad me habia dado un hijo mas, que se llamó Andres y que luego murió allí mismo de edad de cinco meses.

Lo singular es que luego que hubo desembarcado recomenzó el viento con mayor violencia y que duró dos dias consecutivos durante los cuales nadie pudo venir á tierra. La señora doña Benita de Linch que era tambien del número de los pasajeros cuando desembarcó no pudo hacerlo por sus pies sin embargo que su salud era perfecta y mas ó menos sufrieron otro tanto los otros viajeros. Es pues muy probable que sin la providencial interrupcion del uracan, Margarita hubiera tenido que parir á bordo y que el parto hubiese traído fatales resultados. Añadase á esto su pudorosa delicadeza, su genial vergüenza, su castidad, y se convendrá en que su situacion era peligrosísima, y cuando fué preciso casi un milagro para salir felizmente de ella.

---

ayudado por los débiles restos que el nulo y desgraciado coronel Vilela pudo salvar en San Cala donde fué sorprendido por Pacheco, en camisa y calzoncillos. Esa preciosa columna la habia yo destinado á ocupar las provincias de Cuyo, donde á la sazón el Fraile Aldao, no podia oponerle sino 800 ó 1000 hombres.

Alentado el Fraile con esta victoria, y con la extension de la revolucion de Mendoza que Vilela iba á proteger, reunió en Cuyo una fuerza aproximada á 2,000 hombres, y reforzada por una fuerza de Buenos Aires hasta el número de 3,500 de las tres armas, invadió la Rioja. Estaba yo en Catamarca, dudando si salvaria de la enfermedad que mis trabajos y mis penas me habian atraído, y esperando al mismo tiempo el resultado de una invasion que consentí á instancias del general Madrid que ejecutaba el coronel Acha desde el territorio de Córdoba sobre Santiago con un escuadron tucumano, y la preciosa legion Avalos que estaba intacta. Esta bella columna á que se agregó poco despues el coronel Salas, con un escuadrón porteño que yo le habia dado y 200 cordobeses, la mayor parte de la frontera del Tío, tuvo que pasar rápidamente por el territorio de Santiago, y que dejar á Tucuman por la defeccion

¡Y quien pensaría que ocho años después de su parto feliz, que tuvo lugar en medio de los recursos y comodidades, al lado de mí! La providencia que quiso hasta entonces tan visiblemente preservarla lo dispuso ahora de otro modo, privándome de una compañera fiel y querida. Respetemos sus inescrutables juicios pidiéndole nos dé valor y resignación para sobrellevar las contrariedades de nuestra misma existencia.

Apenas se levantó Margarita de la cama dejé la casa de mi hermano y ocupé una parte de la que se decía comandancia. Esta es una gran casa del estado que tiene varias divisiones de modo que pueden habitarse separadamente por familias distintas. En la que se me cedió nos acomodamos con la mayor incomodidad, y aun fué preciso hacer algunos gastos para rehabilitarlos. Sin embargo no pude conseguir otra mejor y fué preciso contentarse.

Llegado que hubo Margarita á Montevideo uno de

---

del traidor Bartolomé Ramirez que arrastró los 200 correntinos que estan ahora con Echagüe segun Vd. dice en su carta del 29 de Julio.

Llamado entonces por el general Brizuela para defender la Rioja me arrastré allá, y reuní los débiles restos de San Cala, que apenas llegaban á 500 hombres.

No dudo que la historia de esta guerra espantosa hará una mencion particular de esa campaña de la Rioja, donde era necesario contener los esfuerzos del enemigo sin armas, sin dinero sin recurso alguno para dar tiempo al general Mudrid á que reuniese y organizase todo el poder militar de las provincias del norte que estaban hasta entonces dormidas, aterradas con la derrota del Quebracho, y estrañadas por el traidor Otero. Si el enemigo hubiese destacado entonces por Santiago una columna de 1,500 hombres todo hubiera sido concluido.

El fraile Aldao al llegar á la ciudad de la Rioja, destacó sobre Catamarca una columna de 1,000 hombres ayudada por el caudillo Balboa de aquella provincia, arrojó nuestras autoridades á Tucuman y colocó á Balboa en la primera magistratura. Pero alenta-

sus primeros cuidados fué instruir de su salida de Buenos Aires y al efecto remitió sus cartas á la Colonia, mi hermano me las dirigió con otras al cuartel general de Rivera donde á la sazón me encontraba, mas cuando llegando ya no estaba yo allí habiéndome desencontrado en el camino. El paquete fué á manos del general Rivera quien no hizo escrupulo en imponerse de su contenido. Me lo devolvió á la Colonia mal cerrado, pero con substraccion de una carta de Margarita en que me decia que me traia un encargue del ministro Arana. Nadie ni el mismo Rivera podia sospechar de mis sentimientos, pero creyó que aquella carta podia servirle para sus intrigas y la guardó, negando por supuesto la substraccion. Yo ni hice caso de la carta ni la quise reclamar, burlándome de semejantes miserias. Ya antes habia sido violada esa misma correspondencia en Mercedes en casa del comandante Cano, quien me dijo que la habia abierto por equivocacion: no tengo

---

dos los riojanos con nuestras maniobras, y con la ejecucion de algunos de los innumerables traidores que nos rodeaban, empezaron á defenderse, y conseguí con algunas dificultades mi primer objeto, que fué el quitar al fraile los Llanos que creia ya conquistados, y sublevarle los departamentos del poniente, cortando así su comunicacion con Cuyo y haciendo dificultósísima la de Córdoba. Pocos dias despues conociendo el fraile su impotencia para dominar la Rioja, se retiró al Valle Fertil y solicitó refuerzos de Oribe, que habia quedado en Córdoba creyendo que el fraile seria suficiente para ahogar la revolucion. Oribe y Pacheco vinieron en efecto en apoyo del fraile con un refuerzo considerable, y divididos entonces en tres columnas, cada una de ellas mas fuerte que todas nuestras fuerzas reunidas, poseyeron la Rioja, pero no el corazon de los riojanos.

Resignados estos á soportar el yugo mientras él fuese sostenido por un ejército tan formidable, el general Brizuela y yo que estamos en Tamatina y Chilecito con 800 hombres de caballeria y 200 infantes, debiendo ser inmediatamente atacados por una fuerza enemiga que no podiamos resistir, debiamos maniobrar sobre los departamentos de Arauco y Belen para buscar el contacto del general

duda que los argentinos emigrados fueron cómplices sino los principales actores de esta prevaricación, y aun es probable que de allí fué remitida directamente á Rivera. Como esta carta perdida ha de hacer despues su papel, bueno es tenerla presente.

El encargue del ministro Arana era efectivo, pues al tiempo de despedirse Margarita de su familia con quien la mia conservó siempre relaciones amistosas, le dijo:—“Prevennga Vd. al Sr. general Paz, que se conserve tranquilo sin mezclarse en la guerra que se hace y que va á encenderse mas, y que el gobierno lo investirá de una mision diplomática cerca de un gobierno estrangero, idéntica á la que tiene el general Alvear: que no le exige mas, sino que no tome las armas.” Este era pues el encargue que motivó la carta que metió bien poco ruido á pesar del empeño que se tuvo en hacerlo. Pienso que hasta mis enemigos han hecho justicia á la lealtad de mi carácter.

---

Madrid que á la sazón debia estar en marcha sobre Catamarca, con 2,000 hombres de las tres armas que habia podido regularizar, despues de haber arrojado de esta provincia al Traidor Otero. Convoqué al general Brizuela y á todos los gefes principales á una junta de guerra, y tanto este gefe como todos los demas adoptaron con entusiasmo las operaciones que les propuse; pero dos dias antes de marchar el general Brizuela desistió, pero desistió con síntomas alarmantes, dando órdenes secretas á los gefes riojanos, poniendo un gran cuidado en ocultarme sus miras, y rompiendo así la hermandad y armonía en que habiamos estado hasta entonces. Yo no hubiera dudado un momento en juzgar al general Brizuela sino hubiera estado perfectamente seguro de su honradez, y decidida lealtad, por la causa de la libertad. Habia tal vez entre nosotros algun Chelavert que estravió con pérfidias sujestiones el juicio sencillo de aquel gefe benemérito y desgraciado. Apurado el general Brizuela por mis representaciones y urgencias no teniendo ya nada racional que contestarme en apoyo de sus nuevas ideas cometió todavia otro error, consecuencia fatal del primero, y fué el de engañarme persuadiéndome cuando yo me ponía en marcha hácia los san-

A los pocos días de mi regreso á la Colonia se dejó sentir un gran movimiento entre los argentinos emigrados, dirigido á persuadirme que fuese al ejército Libertador á prestar mis servicios. El Dr. Alsina habia regresado y me habia traído carta del general Lavallé en que me decia que *fuese á ocupar un puesto digno de mí* (1). El mismo Alsina no habiéndome encontrado en la Colonia me dejó carta escrita, y de Montevideo repitió urgiéndome en el mismo sentido. Otros muchos hacían otro tanto, y los argentinos de la Colonia no me dejaban respirar para persuadirme lo mismo. Parecía una conjuración contra mi quietud, proveniente de un convencimiento universal, de la conveniencia

---

(1). Esta carta y otras muchas que hacen juego con estas memorias deben estar entre mis papeles, que tengo poquísima gana de ojear. Si mi hijo despues quisiese tomarse el trabajo de buscarlas y darles el lugar conveniente puede hacerlo. Yo que no tengo ni la práctica, ni la costumbre de andar entre legajos, mal podia desempeñarme.

---

es cabeza del departamento de Arauco, que él me seguiria con una distancia de doce horas que necesitaba cuando menos para arreglar sus asuntos personales. Pero en el lugar de Pítuil 16 leguas del punto de partida, en vez de ver llegar la columna del general Brizuela, se me incorporó el coronel Yanson ex-gobernador de San Juan, que me reveló la tenacidad con que el general Brizuela habia abrazado las ideas opuestas al plan acordado en la junta de guerra, y que su resolucion era retirarse á Vinchina lugar horroroso por el clima y la absoluta escasez de todo lo que puede hacer soportable la vida. Pero todavia cometió el error de demorarse seis dias en Sañogasta pequeño lugar del tránsito para Vinchina donde el fraile se le presentó de improviso con una columna que el general Brizuela no podria resistir. Los Riojanos sin dejar de ser fieles á la causa de la Libertad, estaban ya muy descontentos de sus gefes, y aun sospechaban de su lealtad y patriotismo, por motivos que no es del caso referir, creyéndose tal vez traicionados por el general Brizuela, se desbandaron á presencia del enemigo y un mayor Asiz y dos ó tres soldados asesinaron á aquel benemérito y desgraciado gefe, sin cuya cooperacion las provincias del norte no hubie-

de mi presencia en aquel teatro: luego veremos la causa de esta agitacion.

El 23 de Junio fondeó en el puerto un convoy de mas de veinte velas, custodiado por el bergantin **Pereira** armado y tripulado por marinos franceses: en el venia el **Dr. D. Julian Segundo de Agüero**, quien de abordo me escribió para decirme, que ninguna otra ocasion podia presentarse mas á propósito para que me trasladase al ejército Libertador, y que sino la aprovechaba seria costoso y tardio encontrarla despues. Me remitia tambien una letra de 500 pesos de Montevideo para que dejase á mi familia. Era indudable que no podia presentarse ocasion mas oportuna, y la acepté sin poder discernir el motivo de la prisa que me daban de todas partes, si se exceptuaba **Margarita** que se oponia con todas las fuerzas de su alma y toda la elocuencia de su cariño. Ella misma no podia esplicarse el motivo de su oposicion, pero el instinto de muger le hacia sentir que no

---

ran alzado el estandarte de la revolucion contra el tirano de la república. No es pues el bravo y patrióta coronel **Peñalosa** (alias el Chacho) el asesino del general **Brizuela**—Aquel gefe tan valiente como popular de la Rioja se halla hoy en el ejército del general **Madrid** al frente de su numerosa columna de llanistas.

Me reuní con el general **Madrid** en **Catamarca**. La columna de **Lagos** y **Maza** que ocupaba la capital de esta provincia se habia retirado á **Santiago**. Allí supimos que **Oribe** y **Pacheco** con todas las fuerzas que habian reforzado al **Fraile** marchaban en retirada para **Córdoba**, quedando solo **Aldao** en la **Rioja** con las tropas de **Cuyo** que ascendian á 1,600 hombres. Confieso á Vd. que la inaudita retirada de **Oribe** y **Pacheco** de la **Rioja** no la pude concebir, sino como efecto de la ocupacion de **Entre Rios** por el ejército conuinado de **Corrientes** y el **Estado Oriental**. Por otra parte las provincias del norte no podian ya sostener al ejército del general **Madrid**, y le aconsejé en consecuencia que uno de nosotros marchase inmediatamente sobre la **Rioja**, restableciese la revolucion en esa provincia que germinaba desde la retirada de **Oribe** y **Pacheco**, y continuase impávida y rapidamente sobre las



entraba por mucho el aprecio y la amistad en las calurosas persuasiones que se me hacian. Al menos los iniciados en los altos misterios llevaban objetos bien diferentes.

Mucho tuve que luchar para vencer la resistencia de mi esposa, si puede llamarse vencimiento una forzada conformidad. Es este el único punto en que durante su vida me manifestó una tenaz oposicion, y tanto mas fundada cuanto que al aceptar mi proposicion de matrimonio algunos años antes me habia exigido la promesa de renunciar una carrera que habia envuelto en desgracias toda la familia. Todo lo desoi para correr nuevos peligros y hacer algunos mas ingratos.

El 29 de Junio me embarqué dejando mi familia anegada en llanto. El bergantin Pereira me recibió á su bordo, en el que viajaba tambien el Dr. Agüero. Antes de decir algunas palabras sobre este misterioso y grave persona-

---

provincias de Cuyo sin hacer caso del Fraile que ocupaba entonces los departamentos del poniente y nos separaban de el desiertos intransitables; y el otro de los dos quedase en Tucuman para defender nuestra base con las milicias del Payo de las tentativas de Ibarra ayudado por la columna de Lagos y Maza. El bravo y virtuoso general Madrid adoptó el consejo con entusiasmo, y dejó á mi eleccion el ir á Cuyo con el ejército ó quedarme en estas provincias. Creí que hubiera sido una vileza defraudar al general Madrid de la gloria que le esperaba, y no corresponder su virtud con otra, y le aconsejé que marchase sobre Cuyo que yo quedaria en Tucuman. Asi se efectuó al instante.

Apenas los primeros descubridores del general Madrid pisaron el territorio de la Rioja toda ella, se incendió con la rapidez de la pólvora, y la insurreccion contra el enemigo precedia 20 leguas á nuestro ejército. El general Madrid pues, en vez de encontrar obstáculos en la Rioja recibió en su tránsito un considerable refuerzo y los limitados recursos que la horrible devastacion de aquel pais podia ofrecer.

El enemigo no comprendió el objeto de su ejército alucinán-

ge, me ocuparé de la causa que tuvieron los argentinos emigrados para clamar que fuese al ejército.

D. Pedro Ferre gobernador de Corrientes, además de algunos motivos de discordancia con Lavalle, había presentado el proyecto de hacer pasar al ejército á la banda derecha del Paraná sin que hubiese terminado la guerra en Entre-Ríos. Con este objeto se había trasladado en persona hasta frente de la Bajada por el río, y había prevenido al almirante francés que no auxiliase con sus buques el pasaje sin su espreso consentimiento. Tranquilo con las seguridades del almirante, regresó á Corrientes pero siempre dispuesto á disminuir la influencia de Lavalle que se apoyaba en un partido numeroso de la misma provincia. Esta además había quedado desarmada é indefensa despues que se había movido el ejército, y no era extraño que quisiese organizar alguna fuerza que sirviese de cuerpo de reserva.

---

dose con la idea de que estando el Fraile en el poniente de la Rioja, el general Madrid no podia avanzar sobre Cuyo sin libertar completamente aquella provincia. Pero nuestro ejército continuó sobre Cuyo como se había acordado, y cuando sus marchas descubrieron al enemigo su plan, ya el general Madrid estaba 40 leguas delante del Fraile por el camino de los llanos que llaman de arriba. El Fraile tomó la resolucion mas torpe. Reunió todas sus fuerzas y se dirigió á San Juan, cuando la vanguardia del general Madrid, compuesta de 600 hombres á las órdenes del coronel Acha estaba dueña de aquella ciudad hacía algunos dias. Acha tuvo la audacia de marchar á esperar al Fraile, á la salida de la travesía, y el ejército de aquel caudillo fué hecho pedazos como lo manifiesta el parte del general Madrid cuya copia le incluyo. Dos dias despues de recibir el parte de este suceso llegaron á mi cuartel general dos desertores tucumanos del ejército del general Madrid, los que me dieron pormenores de que el general Madrid no podia descender en aquellos momentos. Por la relacion de estos desertores supe que la causa de la derrota del Fraile Aldao por una fuerza tan desigual en número, fué que toda la infanteria de aquel

Sea con alguno de estos fines, sea con todos á la vez, resolvió invitarme á pasar á Corrientes y destacó al comandante D. Manuel Diaz con comunicaciones y encargo de persuadirme y de proporcionarme el viage: yo nada de esto sabia, pero no ha faltado quien me asegure que llegó primero á noticia de la comision argentina por un extraordinario que hizo desde Corrientes el Dr. Thomson su activo agente en aquella provincia: concertadas las fechas, me inclino á creer que la comision tuvo antecedentes de mi conferencia con el enviado Isasa en el cuartel general de San José y si es asi, no tengo duda que quien pasó estos conocimientos [que por otra parte nada tenian de reservados] fué D. Pascual Costa, viejo intrigante, agente de todos los partidos sin escluir el de Rosas, ligado con Rivera por especulaciones fraudulentas, y con los emigrados argentinos enemigos de Rivera por intereses de otra naturaleza. Si ello fué asi, es indudable que las confianzas de Costa no podian

---

caudillo que ascendia á 500 hombres pasó á las filas de Acha, y que este solo hecho empezó la derrota del resto del ejército del Fraile que completó Acha con una carga. El gobernador de la Rioja coronel Bustamante al transmitir el parte del general Madrid, confirma que el Fraile Aldao con 5 hombres se habia reunido al coronel Flores, gefe porteño que se hallaba con un escuadron en la frontera de Córdoba en observacion de los Llanos.

Volveré ahora á los sucesos que simultáneamente ocurrían en las provincias del norte.

A mi llegada á Tucuman donde hice venir como 500 hombres que habia traído de la Rioja, el Sr. gobernador Avellaneda habia marchado con 1,000 tucumanos de la milicia de campaña á atacar la montonera de la frontera de Salta, que al mando de Saravia, Lugones y otros caudillos despreciables, y compuesta en su mayor parte de santiagueños, acababa de derrotar á los coroneles Matuti y Gama que con pequeñas fuerzas se hallaban guardando dos puntos distintos de la frontera. El pusilámne gobernador de Salta habia escrito al de Tucuman con todas las muestras del terror que hace cometer tan graves faltas, que sino venia en su auxilio gu-

dañar ni á mi reputacion ni á mi lealtad, pero eran mas que suficientes para alarmar á ciertas gentes que temian que mi nueva posicion contrabalancease la del general Lavalle. Se propusieron pues, estorbar por entonces mi viaje á Corrientes, y como el medio mas espeditivo me propusieron el del ejército.

Cuando el comandante Diaz llegó por el Uruguay á la boca del Guasú, supo en el buque frances allí estacionado que yo habia pasado en el convoy para Puntagorda, cerca de la cual estaba el ejército libertador, y perdiendo la esperanza de darme alcance, regresó á Corrientes sin dejar de hacer diligencia para que las comunicaciones de que era portador llegasen á mi poder. Hé aquí lo que practicó.

Al pasar de regreso por el Arroyo de la China se las remitió al general Nuñez que ocupaba ese departamento para que me las hiciese pasar al ejército, lo que nunca se verificó, no siendo sino despues de mas de un año que las

---

nando momentos, las provincias de Salta y Jujuy se perdian. Los sucesos han manifestado despues que ese terror solo era nacido del miedo vergonzoso del gobierno de Salta presidido entonces por el virtuoso patrióta D. Gaspar Lopez que delegó posteriormente en el coronel D. Dionisio Puch, de cuya renuncia ha procedido el nombramiento del actual gobernador D. Mariano Benitez. Yo dejé mi columna en Tucuman y seguí para la frontera de Salta con una pequeña escolta en pos de la columna del Sr. Avellaneda á cuya presencia la montonera de Saravia desapareció ocultándose en las soledades impunes de Santiago. La provincia de Salta que habia estado en paz muchos años, se habia pronunciado contra Rosas sin prepararse para la guerra. No habia un solo hombre que conociera un punto de reunion, ni su gefe, ni su capitán, ni habia gefe alguno que supiera sus soldados. El gobierno no tenia vigor ni para castigar con una simple reconvencion delitos políticos, por los cuales Rosas extermina familias enteras. En tal estado una provincia tan fuerte como la de Salta no podia sostenerse, sino existiendo dentro de su territorio una fuerza estraña que la provincia de Tucuman necesitaba en su propia frontera. Vine pues á esta

recibí del modo mas extraordinario que puede imaginarse. Derrotado Echagüe en Caaguasú me apoderé de sus papeles, y es entre ellos que las encontré: interrogado Nuñez me habia dicho que el me las habia mandado y que en el camino fueron interceptadas, pero lo mas cierto es que se las guardò sin saber por qué ni para qué, y que las perdió en la célebre derrota del Arroyo del Animal donde fué batido.

El 29 por la tarde fondeamos en Martin Garcia donde paramos dos dias para trasbordar víveres y otros artículos de que era conductor el Pereira para otros buques estacionados: el mismo debia quedar alli, y seguir el convoy el bergantin goleta San Martin, al cual pasamos el Dr. Agüero y yó: luego estrechamos relaciones con el oficial que lo mandaba [Mr. Simon] y dos jóvenes mas sus subalternos. Sobre todo, el Dr. Agüero fraternizaba con éstos, descendiendo de la altura de su edad y posición para ponerse al

---

capital acompañado del Sr. Avellaneda para aconsejar al gobierno, y ayudarle á despertar el espíritu nacional de los salteños, y organizar las milicias de la campaña para que la provincia de Salta pudiera bastarse à sí misma, pero à los dos dias de estar en esta ciudad supe que un ejército enemigo de las tres armas ocupaba el Rio Hondo frontera de Tucuman à veinte y tantas leguas de aquella ciudad. Oribe en su retirada de la Rioja al saber que nuestro ejército se dirigia sobre aquella provincia, dió vuelta sobre Santiago, agregó la columna de Garzon que se hallaba en marcha, se reunia en Loreto con Lagos y Maza, y vino al Rio Hondo donde se le incorporó una fuerza de 1,000 santiagueños aproximadamente. Este ejército constaba de 800 infantes, 6 piezas de campaña, 1,200 hombres de caballeria porteña y los santiagueños referidos. A pocas horas de recibir los partes que comunicaban estas noticias, hice volar al Sr. Avellaneda para que regresase à Tucuman con la columna que habia traído à la frontera de Salta, y yo seguí detras de él con cuatro horas de distancia.

El Sr. Avellaneda al ausentarse de Tucuman habia delegado el mando à un tal Ferreira antiguo gefe de Heredia. Este traidor

alcance de sus juveniles entretenimientos y los trataba con una confianza que no lo habia hecho ni con mucho con el capitán del Pereira que era un hombre de mas respeto por su edad y graduacion. Luego advertí que este era muy afecto al almirante Dupotet, y esta era la razon de la antipatía que por el sentia el Dr. Agüero.

Seguimos nuestro viage subiendo lentamente el Paraná y avistando las costas de San Pedro, San Nicolas, Rosario, San Lorenzo &a. En el ante último de dichos puntos estaban colocadas dos baterías servidas por santafesinos, que se evitaron entrando por el arroyo de los Marineros. Durante el viage encontramos dos buquecillos separadamente que nos dieron noticias del ejército: en uno venia el Dr. Thomson que habia dejado poco antes á Corrientes, en el otro viajaba D. Pepe Lavalle que se dirijia á Montevideo mandado por su hermano el general. Este tuvo una larga y reservada conferencia con el Dr. Agüero, y despues se dig-

---

que seguramente habia rebelado al enemigo, la oportunidad de invadir en lugar de disponer el país á la defensa, lo disponia á la sumision. Cuando llegué á la ciudad de Tucuman, creyendo encontrar al menos la columna del Sr. Avellaneda reunida, la encontré completamente disuelta por el terror y la seduccion que el enemigo habia derramado, ayudado por Ferreira y algunos otros traidores. El hecho es que el ejército se hallaba á cuatro leguas de la ciudad de Tucuman, cuando yo al llegar allí no teniamos mas que 100 hombres de que se componia mi escolta 80 infantes, entre los cuales habia 40 fusiles útiles, y 9 piezas de á cuatro de las que el general Madrid habia dejado por inútiles y que yo habia conseguido dotar regularmente. Mis escuadrones que el traidor Ferreira habia tenido gran cuidado de tener desmontados, habian salido á pié en diferentes direcciones á buscar caballos. ¡Qué horrible situacion!

A las 2 de la madrugada del 4 de setiembre salí de la ciudad con mi pequeña fuerza, pasé por el flanco izquierdo del ejército enemigo, y reuniendo en esta marcha mis escuadrones, medio montados y medio á pié, pasé el rio de Famalla y quedé á retaguardia del ejército enemigo, el cual suponíendome bastante fuerte para

no dirigirme algunas palabras de atencion. Supe que en la Colonia dijo á mis amigos tomando un tono de cómica importancia: "Hay vá el general Paz, pensando ser gefe de E. M. del ejército, pero alli no se necesita de ese empleo," y lo decia perfectamente porque al ejército libertador no era aplicable ningun género de organizacion ni regularidad, ni economia, ni contabilidad, ni órden, ni disciplina ni cosa semejante: era un monton de hombres armados, distribuidos en otros montones mas pequeños que se llamaban divisiones, animados de entusiasmo y bravura y muy afectos al general que los mandaba.

En uno de dichos buquecillos me vino una carta del Sr. D. Salvador Carril intendente del ejército é íntimo amigo entonces del General, en que no me rogaba, sino me conjuraba á que fuese cuanto antes al ejército. El general Lavalle, me decia, acabá de sufrir un ataque en su salud [creo que fué un mal de garganta] que si repite puede dejar-

---

batir á Garzon que con 700 hombres de las tres armas habia quedado á su retaguardia con su parque y bagages retrocedió rapidamente doce leguas. Entonces volví por el mismo camino sobre la capital y pude respirar en cuatro dias que el enemigo permaneci6 inactivo. Reuniendo Garzon todo el ejército enemigo volvió sobre la capital por el camino por donde yo habia maniobrado. Mis escuadrones estaban ya montados á caballo por hombre, y habia reunido ademas 300 milicianos del regimiento de la capital. A la aproximacion del enemigo por el camino de arriba, como he dicho, tomé yo uno de los dos de abajo, y caí á Monteros 12 leguas al Sur de la capital. El enemigo entonces, dejó en ella una guarnicion de 300 infantes 400 hombres de caballeria, y tres piezas á los órdenes de Garzon, y con el resto de sus fuerzas volvió á marchar así al Sur, y campó en la orilla izquierda Rio de Famallá. Yo mantuve mi campo á seis leguas del enemigo, y reuní entretanto 500 milicianos mas de los de los de Monteros, y otros departamentos. Mi fuerza ascendía entonces á 1500 hombres de caballeria y los infantes y cañones referidos.

Dos dias medité profundamente sobre mi situacion y me re-

nos sin general y esto entonces se pierde sino está Vd. pues no hay quien pueda reemplazarlo. Olvide Vd. concluía, la ingratitud de sus compatriotas y vuelva Vd. á prestar nuevos servicios á la patria.” ¿Me decia todo esto de buena fé el Sr. Carril? Pienso que si, porque me escribió sin duda bajo las impresiones que le produjo la enfermedad del General y porque á pesar de sus relaciones con la gente grande, me conservaba aprecio: Creo tambien que el no le merecia á dicha gente plena confianza, y que solo se la dispensaban á medias.

Todas las noticias que recojiamos anunciaban una batalla próxima y tanto por esta razon como porque asi lo habiamos combinado desde el principio del viage, deseaba adelantarme. Aun el Dr. Águero habia antes manifestado el mismo deseo, pero se fué enfriando en proporcion que nos acercabamos: por esta razon no se trató del asunto sino con respecto á mí. No habia sino dos modos de hacerlo, ó

---

solví á atacar al ejército enemigo, siéndome imposible caer sobre la parte mas débil en número, que era la guarnicion de la ciudad. Las razones porque me decidí á dar batalla tan desigual, las espondré si algun dia se me hace cargo del resultado. Por ahora su conocimiento le es á Vd. inútil.

Durante la noche del 16 al 19 pasé el Rio de Famallá 20 cuadras del campo enemigo aguas arriba, dando vuelta sobre mi derecha amanecí formado en batalla á la espalda del enemigo, y á una distancia de 20 cuadras aproximadamente. El enemigo dió vuelta y me atacó al instante. El éxito de la batalla dependía del combate entre mi izquierda, y la derecha enemiga donde estaba lo selecto de la caballeria de ambos. Mi derecha y la izquierda enemiga compuestas de los santiagueños esperaban el resultado del combate del ala opuesta para huir ó avanzar. La poderosa infanteria enemiga estaba contenida y obligada á tenderse en el suelo por el fuego de nuestros tres cañones que habian tenido la fortuna de desmontar una pieza de á 8 la mas fuerte del enemigo. La derecha enemiga atacó á mi izquierda, mis primeros escuadrones fueron vencedores, y luncearon por la espalda mas de cien enemi-



empleando un bote del buque de guerra frances, ó aprovechando una ballenera con bandera argentina que iba al mando de un pardo que se decia oficial y se llamaba Calixto. Este recibia ordenes del Dr. Agüero, tanto para su buquecillo como para un gran lanchon que iba cargado de galleta, que se decia haber sido apresado saliendo de Buenos Aires, y que no sabiendo que hacer de aquel comestible que vendido hubiera dado muy poco, se destinaba al ejército: nada tenian que ver los franceses con esta supuesta presa, por cuanto decia el Dr. Agüero que habia sido capturada por la ballenera de Calixto.

El capitán frances declaró que no podia distraer ni bote ni fuerza suya por que la que traia era la absolutamente precisa para el servicio del buque, y en cuanto á la ballenera encontré otra clase de dificultad en las reticencias, y reservas del Dr. Agüero que aun se oponia indirectamente á que hablase con Calixto, juzgando pretextos

---

gos, pero el escuadron Libertad al que no tocaba sino un esfuerzo muy inferior al que habian hecho los otros escuadrones huyó á 30 varas del escuadron enemigo que le tocó cargar, y la derrota de la izquierda empezó á pronunciarse. Lanzé entonces mi escolta que tomaba perfectamente por el flanco izquierdo de la derecha enemiga. En su primer impetu arrolló una parte de la fuerza enemiga que perseguia, pero no fué ayudado por los otros escuadrones que debian haber vuelto caras inmediatamente, y huyó tambien. Mi derecha que mandé en el acto cargar á la izquierda enemiga se disolvió al moverse, y entonces los Santiagueños avanzaron porque ya no tenian enemigos. Debe Vd. inferir lo que harian mis pobres 80 infantes cuya mayor parte tenian fusiles descompuestos. Huyeron á salvarse en un bosque inmediato. Mis tres piezas fueron tomadas por el enemigo que no persiguió á nadie sino á mi sola persona pues nuestra izquierda habia salido del bosque con menos pérdida que el enemigo, el que siempre la respetó aun viéndola dispersa y en fuga.

Se perdió pues la batalla de Famallá y á los 11 dias llegué

para que no se uniera al bergantín y cuando lo hacia hablando cierta y misteriosamente. Hube puea, de renunciar al proyecto de adelantarme y resignarme á seguir la marcha hasta del convoy, cuya llegada á Punta-Gorda se verificó á eso de medio día del 15 de Julio á los diez y seis días completos de mi salida de la Colonia.

El Dr. D. Julian Segundo de Agüero, tendria entonces 60 años pero gozaba de robustez y buena salud. Es sacerdote pero ni su traje, ni sus modales lo indican pues afecta los del gran mundo ó por lo menos los de un secular de buen tono: jamás lo vi tomar el breviario, ni ocuparse de lectura alguna durante la navegacion, ó conversaba con los oficiales sobre asuntos juveniles, ó se paseaba sobre cubierta en actitud reflexiva y meditabunda. Conversaba tambien frecuentemente conmigo, pero jamás se abandonó á la menor confianza, lo que prueba que es hombre que sabe dominarse y poseerse. Si esto es una ventaja tie-

---

á esta ciudad con la mayor parte de mi ala izquierda—Mi ala derecha era toda de tucumanos que se fueron á sus casas.

Suplico á Vd. no dé á esta victoria del enemigo la importancia que yo mismo no le doi, aun estando en el teatro de las mas vivas sensaciones. Quiera Vd. reflexionar que el enemigo ha cometido un error inaudito como el que cometió antes aglomerándose en la Rioja tal vez por el torpe furor de perseguir mi persona. En lugar de reunir todas sus fuerzas contra el general Madrid que llevaba todo el poder militar de estos pueblos ha dejado batir al Fraile separado, ha dejado á Pacheco con fuerza infinitamente inferior á la del general Madrid, y él se viene con la mayor parte y mas selecto de sus tropas á derrotar milicianos en Tucuman.

Estoy inflamando el patristismo de los salteños y tengo esperanza de recibir al enemigo si avanza á esta provincia con una guerra popular llamada comunmente de recursos. Juzgará Vd. facilmente que todo mi conato se contrae á atraer al ejército enemigo á Salta, á entretenerlo en esta provincia pues en la ausencia del general Madrid puede hacer rápidos é impunes progresos. Pacheco con la fuerza que le ha quedado es muy débil contra él, y será

ne el inconveniente de que tampoco inspira confianza á los demas, y al menos á mi jamas me la mereció.

Cuando se trataban cosas pùblicas era cuando economizaba sus palabras, asi es que me fijaba bien en las que llegaba á vertir: quiero referirlas aquí segun las recuerdo para dar una idea de este histórico personage.

La gaceta de Buenos Aires habia publicado una carta cierta ó supuesta del Dr. D. Daniel Torres residente en la Colonia, en que manifestaba el plan de un gobierno que debia suceder á Rosas, en que no tenia parte el Dr. Agüero: este plan si es que existia, aunque el Dr. Torres habia negado la carta, le habia llegado á lo mas vivo, y se propuso hasta con socaliñas averiguar lo que yo supiese á este respecto: no mentí al decirle que ningun conocimiento podia darle, mas tornando la conversacion sobre asuntos financieros le referí lo que habia oido á los emigrados de la Colonia sobre mejorar el medio circulante de Buenos Aires que

---

facilmente destruido ú obligado á la retirada. Me parece cierto que el general Madrid á principios de noviembre puede estar ya en el territorio de Córdoba y si yo consigo atraer al ejército enemigo á Salta no podrá volver á aquel teatro hasta el otoño para perder estas provincias (si las hubiese conquistado) en el momento que empieze su retirada. Soy pues de opinion que la batalla de Famaello si podemos comprar con ella la permanencia del ejército enemigo en estas provincias es una fortuna para la causa de la libertad. Hasta ahora no tengo noticia de que el ejército enemigo haya avanzado al Tala que es la línea divisoria de Salta y Tucuman; solo la montonera de Saravía que se hallaba hacen dos dias en la costa del Pasage muy abajo. Esta montonera suponiendo que mis restos se pondrian en fuga al primer tiro, me atacó de sorpresa en la madrugada del 25, estando yo campado entre el rio de las Piedras y el Pasage pero sólo 50 tiradores con que lo hice cargar luego que aclaró el dia le pusieron en una completa derrota, matándole bastantes hombres, de los cuales se contaron mas de 20 en el bosque.

Por el discurso del Presidente de Chile á las Càmaras y los

habia caído en el último abatimiento. Consistía el proyecto en apreciar el papel moneda por el valor real que tuviese cuando la instalacion del mismo gobierno, y conservarlo inalterable, pagando y recibiendo el estado por dicho valor real sin permitir variacion. No pretendo discutir el mérito ó desmérito de semejante pensamiento, pero puedo decir que el Dr. Agüero lo desaprobó con todas las fuerzas de su alma. Fué tal la energia de reprobacion que estuve tentado á creer que el desacato de haberse atrevido á idear un proyecto sin consultarlo, tenia mucha parte en su negativa. Sea lo sea, yo esperé que él iba á proponer otro pensamiento é interpelado por mi se contentó con decir, "el medio circulante mejorará mediante operaciones financieras que se sabrán á su tiempo." Medrados estamos, dije para mi capote, y me quedé tan á obscuras como al principio.

Otra vez le hablaba de la inclinacion á la poesia de la *jóven generacion*, y le dije—los jóvenes del dia son muy há-

---

tres números del "Mercurio de Valparaiso," que le incluyo se impondrá V. para su satisfuccion y la de su ejército, que si la República de Chile no declara la guerra al tirano Rosas, como lo exige la opinion bien pronunciada de quel pais, á lo menos será facil obtener recursos de armas, y dinero, á mas de lo que fortalece nuestro moral el sentimiento de las simpatias que inspiramos en Chile. De estas simpatias tenia yo ya conocimiento desde la Rioja despues que se instaló allí una Comision Argentina presidida por el general Las Heras, con los mismos objetos que tenia la de Montevideo.

La República de Bolivia restableció el gobierno del general Santa-Cruz, pero este gefe no se ha presentado en su pais que es presidido hoy por el Sr. Calvo, vice-presidente de la República en la época del general Santa-Cruz. El Sr. Calvo no deja de luchar con graves inconvenientes en su marcha, porque ademas de algunas resistencias interiores, aun que al parecer insignificantes, eze cambio ha alarmado al Perú que ha aproximado el ejército a Puno. Ignoro si la República de Chile tomará parte en la contienda que se prepara entre el Perú y Bolivia. Yo creo que no,

bites, hacen muchos versos—pero muy malos versos, me contestó, y volvió á meterse en su concha.

En cierta ocasion dije que aquellos hermosos rios y sus costas abundantes de combustibles convidaban para la navegacion de vapor, y por entonces estuvo algo mas comunicativo para probarme que durante un siglo no podria tener lugar mi pensamiento por falta de poblacion, y consiguiente inconcurrencia de pasajeros. Es una de las muy raras veces que hizo mencion de la Europa, para referir que habia navegado en sus rios, donde la multitud de transeuntes costea los gastos que hacen los empresarios. No se si decia lo que sentia, pero á pesar de todo yo creí entrever un mal disfrazado espíritu de localidad y mezquindad de ideas.

Daba un gran valor á la resolucion que tomó el general Lavalle, de dejar Montevideo contra la voluntad de Rivera para venir á enarbolar en Martin Garcia el estandarte de la

---

si el general Santa-Cruz no viene á su pais, en cuyo caso tambien es probable que haya un avenimiento entre Bolivia y el Perú.

Conoce V. el ingrato motivo que me imposibilita para escribir al gobierno de Corrientes. Por otra parte yo creo que aquel acto inaudito importa mas que una destitucion del cargo público, sino en cuanto sea absolutamente necesario para defender el territorio que se me ha confiado, por la muy espontánea voluntad de estos pueblos. Acabo de hablar con el Sr. Gobernador Benitez, y ha salido de aqui para contraerse á escribir al Exmo. Sr. Ferré.

Su siempre amigo y servidor—

Firmado—Juan Lavalle.

P. D.—El Teniente Coronel D. Carmen Garcia, joven á quien aprecio tanto como V. lo manifiesta por el interés con que quiere saber de él, es mi ayudante. El capitán D. Ignacio Alvarez me aseguran que rodó al llegar al Monte Grande, cerca del campo de batalla de Famalla. Ignoro pues cual será su suerte. Sabe V. que otro hijo del general Alvarez que estaba en este ejército murió en la batalla del Sauce Grande; procure V. ocultar á aquel buen amigo lo que ha ocurrido á Ignacio.

revolucion, pero añadia muy modestamente *yo se la aconsejé, yo se la hice adoptar.*

Segun me lo recuerda mi memoria es cuanto pude sacar de este oráculo viviente: por lo demas nada del pasado, nada del porvenir, nada de los hombres, nada de las cosas. En vano fué incitarlo á que levantase si queria una punta del velo con que cubria sus grandes proyectos políticos: fué inútil provocarlo á que diese una opinion sobre la futura organizacion de la república: en vano fué buscar la menor declaracion sobre el objeto y resultados de aquella guerra á que nos empujaban con tanta fuerza. Nada pude conseguir porque siempre concentrado reusaba toda explicacion: por esta vez, ni aun me insinuó el pensamiento de los años anteriores, de dar de mano á la organizacion de toda milicia ó guardia nacional, y concentrar toda fuerza pública en el ejército de línea: la razon era clara, porque ahora no te-

---

Le ruego tome el mas vivo interes en que la carta adjunta para mi esposa le llegue con prontitud y seguridad.

No puedo dejar de recomendar á V. al comandante Brest como á un bravo gefe de escuadra. Me es muy satisfactorio saber que el general Nuñez está incorporado al ejército de su mando. Le será de gran utilidad en todas partes principalmente en Entre-Rios. Igual satisfaccion tuviera en saber que hubiera lavado Olavarria la mancha de su retirada de este ejército incorporándose al de V. Olavarria es uno de los mejores gefes de caballeria que hay en estos paises, pero está tan cansado que le llena de temor la idea de una campaña de un año.

La caballeria que el General Madrid llevó á Cuyo se compone en gran parte de escuadrones del primer ejército Libertador. Allí está el Coronel Abalos mandando una legion, el comandante Ocampo está conmigo á la cabeza de un escuadron todo de correntinos. Estos dos gefes son dignos de la aceptacion de que gozan.

Su amigo—

Firmado—Lavalle.

un gran interes en ligarme á su carro, como lo pensó en otra ocasion.

Si se hace un gran mérito de su reserva, pienso que no lo merece, porque si no la hubiera tenido, y me hubiese ofrecido la perspectiva de un mejor futuro para la república, mi entusiasmo se hubiese exaltado, y en algo podia el reverendo padre avaluar mi decisioñ. Muy al contrario cada dia me entiviaba mas, no porque no me causasen horror las crueldades del tirano y su sanguinario sistema, sino porque no divisaba mucho de mejor en lo futuro para la república. ; Y éste era el hombre que pensaba dirigir los destinos de nuestro pais.!

Son indisputables el talento y los conocimientos del Dr. Agüero: recuerdo que lo he oido hablar en la tribuna del congreso nacional, y que no habia orador que le sobrepasase en elocuencia: su tono, su metal de voz, su método, su lógica todo arrastraba á la persuasion de lo que se pro-

---

Señor General D. José María Paz.

Salta, Octubre 4 de 1841.

Querido amigo—

Acabo de firmar la larga carta que dieté ayer para V.—Todo lo que contiene es una verdad severa, y que tiene en su apoyo el testimonio de centenares de testigos.

Ahora tengo el dolor de comunicarle que el malvado Sandoval conocido de muchas personas que están con V. habiendo reunido en la dispersion de Famalla algunos fugitivos, é induciéndolos al crimen, tomó presos al Sr. Avellaneda y coronel Vilela, y regresó con ellos al Tucuman entregándolos al enemigo. Avellaneda y Vilela habian cometido la imprudencia de huir de mi comitiva que marchaba despacio y en orden, seguramente porque supusieron como otros varios que mi persona será tenazmente perseguida, y se lanzaron casi solos por una senda escusada. El primero de estos dos desgraciados me aseguran que llevaba 700 pesos que tal vez ocasionaron su desgracia.

Desde anoche recibo partes de la llegada de una columna enemiga á nueve leguas de esta capital. He mandado ha ver si

ponia insultar: pero á fuerza de reservarse sin duda para las grandes ocasiones, se hacia insulso y hasta insoportable. Ademas se habia persuadido que podia manejar á los hombres, y á los jóvenes militares principalmente, hablándoles friolidades sin escluir asuntos de amorios y libertinage. ¡Creja este hombre llevar á los demas á la abnegacion y á la muerte sin tocar el resorte poderoso de las grandes pasiones! Lo he visto chacotear permitaseme la expresion, con algunos oficiales alegres, aplaudiéndose interiormente de su habilidad y destreza, sin advertir que cuanto bajaba de su esfera, perdia de respetabilidad y verdadero influjo. Recuerdo que los oficiales franceses cuando despues de dejarlo en Punta Gorda siguieron con migo hasta Hermandarias, protestaban malignamente que habian ignorado que era eclesiástico, y que por eso se habian permitido conversaciones obseenas en su presencia: dije malignamente porque no ignoraban que fuese eclesiástico: y si luego

---

es solo la montonera de esta frontera, y si la siguen tropas reguladas. En este caso no podré sostener la capital, que no tiene mas que cien civicos armados de fusil, y haré la guerra llamada vulgarmente de recursos, si los habitantes se prestan á ello. De lo contrario siempre entretendré al enemigo, todo el tiempo que pueda y le mandaré en seguida, los restos que conservo, y que le serán á V. precisos en aquel teatro. En este caso irá el coronel Salas del Tio, que es excelente sugeto, el comandante Oroño y otros oficiales de Santa Fé, el comandante Ocampo con un escuadron correntino y los de la misma clase Hornos y Olmos iran como 200 hombres de tropa, correntinos, santufecinos, cordobeses y porteños. El general Madrid ya he dicho á V. que tiene algunos escuadrones de los del primer ejército, y en los bosques de Tucuman, Rioja, Córdoba &c. hay centenares de hombres que han podido sobrellevar los trabajos y la horrible miseria que ha pasado este ejército.

Yncluyo dos pliegos avultados de este Gobierno para el Exmo. Ferré y &c.

Siempre seré su amigo y affmo. servidor—

Firmado—Juan Lavalle.



fo apatentaban era para hacer una amarga crítica puede decirse; pues el visconde de Descuidà se manifestó altamente escandalizado.

¿Y cuál fué el motivo que obligó á este anciano sacerdote, á este ex-ministro de la república argentina, á este Sienes sud-americano, á dejar su morada de Montevideo, para venir al ejército del general Lavalle? A nadie se le ha ocurrido que fuese para administrar los sacramentos, ni para los ejercicios de su ministerio, porque nada tenía mas olvidado. Era el de inculcar la idea de que pasase el Paraná; dejando aunque fuese intacto el ejército de Echagüe.

En prueba de ello diré que el misterioso lanchon cargado de galleta que se suponía presa hecha por nuestra ballenera, no lo era, sino que habia sido cargado y aprestado en Montevideo, y era mandado por la comision argentina con algunos miles de raciones para el ejército libertador. De aqui venia la importancia que daba el Dr. Agüero á su

---

*Documento Núm. 2.*

Señor General D. José Maria Paz.

Salta, Octubre 2 de 1841.

Mi estimado General y amigo—

Desde mi arribo á Chile no he omitido dirigir á Vd. mis comunicaciones en las pocas oportunidades que se me han presentado, y no obstante de haberle escrito desde alli y de esta República no he conseguido contestacion alguna suya. Esto lo he atribuido á que se habian sin duda extraviado; pues estoy seguro que de otra manera habia tenido ya la complacencia de obtener comunicacion suya.

Hacen pocos dias que hemos sufrido un contraste en el Tucuman que nos ha obligado á retirarnos á esta provincia en donde doblamos nuestros esfuerzos para evitar que el poder de Rosas se haga dueño de todas estas provincias, ó al menos se vea en la necesidad de conducirse hasta los extremos de la República, desde donde su regreso será necesariamente penoso y lleno de grandes obstáculos, por la falta de movilidad que cada dia se hace mas difícil en estas provincias, casi del todo exhaustas de caballadas.

cargamento, de aqui los secretos con Calixto, de aqui la resistencia á que me inpusiese de lo que decia respecto á él. No tengo la menor dificultad en asegurar que así como se atribuia la gloria de la salida del general Lavalle de Montevideo, queria ser el héroe de la pasada del Paraná por el ejército.

Supé despues que estas razones fueron pedidas por el general Lavalle, quien jamás perdió de vista el proyecto de trasladar el teatro de la guerra á la provincia de Buenos Aires para cuyo efecto le convenia tener algunos víveres secos. Este proyecto podia verificarse despues de una batalla feliz, ó desentendiéndose del ejército que conservaba Echagüe. El general Lavalle no escrupulizaba la operacion en ninguno de los dos casos, y solo espiaba la ocasion oportuna, mas todo tenia graves dificultades.

En el primero era preciso vencer á Echagüe, en el segundo ademas del peligro de pasar un rio de la importancia

---

Oribe con el poder de Rosas vino á buscarnos al Tucuman, y no hay duda, que si hubiésemos sido fieles á nuestro primer plan de operaciones (que era emborrachar al enemigo con puros movimientos, sin comprometer accion alguna) el ejército enemigo no habria podido hacer su conquista y se habria visto en la necesidad de retirarse; pero desgraciadamente se varió derrepente aquel plan, y hemos tenido que luchar contra aquel poder con seiscientos hombres desmoralizados, de los restos del ejército de Lavalle. Este acontecimiento no importaria nada, respecto á nuestro poder material si no fuera la influencia moral, pero aun sobre esta materia avanzaran muy poco porque las simpatias y el corazon de los tucumanos, será siempre nuestro.

Entre tanto el general La-Madrid que se habia lanzado sobre las provincias de Cuyo, con tres mil hombres de las tres armas, bien disciplinados ha deshecho á Aldao que se hallaba con mil y seiscientos hombres, parte de los que él habia organizado y parte de las mejores tropas de Rosas con que habia sido reforzado. De suerte que hoy se halla dueño de Cuyo reforzando cada dia considerablemente su ejército; lo que nos hace juzgar que si Oribe quie-

del Paraná teniendo al enemigo á su inmediacion, habia que allanar la resistencia que harian los franceses á prestar su indispensable cooperacion. El capitán de la corbeta Penaud que mandaba la estación francesa del Paraná tenia órdenes del almirante Dupotet de no auxiliar el paso del ejército sino en caso de un revés, en que fuese preciso salvar los restos del ejército batido, y aunque se habia hecho cuanto es imaginable para ganar á muchos oficiales, y para persuadir á Penaud, es mas que probable que este se hubiera atendido á sus terminantes instrucciones.

Desde mucho antes, y aun desde Corrientes mismo el general Lavalle habia manifestado deseos de engañar á Ferrer y á los correntinos y desentendiéndose de Echagüe, dirigirse á la base del poder de Rosas que estaba en la provincia que inmediatamente preside. Asi lo habia manifestado en diferentes ocasiones, pero me persuado que nunca pensó seriamente en realizarlo, tanto por las dificultades

---

re despues marcharse sobre Cuyo, Madrid se encontrará en estado de poder rechazar ó resistir ventajosamente todo su poder.

Todos sus amigos como yo juzgábamos los mas felices resultados de las operaciones de ese ejército, que tenemos noticia ha formado con su constancia y sacrificios, y nos prometemos las mas grandes esperanzas, de su capacidad y de lo que pueda hacer la moral y la disciplina de ese ejército criado bajo sus auspicios, pues ya hemos tocado repetidos desengaños de que nada se puede hacer con tropas inmorales é indisciplinadas. Desde mi llegada me ha sido sumamente sensible, el no haber andado unido á Vd. en esta penosa campaña; pero me consuela la esperanza de algun día pueda satisfacer mis esperanzas.

Quiera Vd. participar mis mejores recuerdos á los antiguos compañeros de armas, y Vd. disponer de la invariable voluntad, de su mas afecto y sinceramente amigo.

Firmado—Juan Pedernera.

Señor D. José María Paz.

Santiago de Chile, octubre 22 de 1841.

Mi apreciado amigo y compañero—

La fortuna aun quiere probar nuestra constancia. Despues de

de la ejecucion, como por la lealtad de su carácter, á la que debia repugnar un acto de indiferencia respecto del gobierno de Corrientes, y de ingratitude á la provincia que tan decididamente se habia pronunciado en su favor. En tal suposicion la peticion de víveres secos debió ser hecha en un momento de irreflexion ó de suma prevision para un caso desgraciado. Sea esto como fuese, el hecho es que en Montevideo no se le dió este sentido, y que se creyó que la prevencion se dirijia á facilitar á todo trance la deseada operacion de que pasase el ejército á la márgen derecha del Paraná, aunque la provincia de Corrientes hubiese de ser sacrificada.

Segun lo que oí, y los conocimientos que pude adquirir, la situacion del ejército libertador era tanto mas ventajosa cuanto la del de Echagüe era desesperada. La batalla de D. Cristóbal en que la caballeria de éste habia sido batida, habia desmorálizandolo completamente, y solo

---

haber formado de la nada un ejército en Tucuman de dos mil y mas hombres, y haber emprendido mi marcha á la Rioja para obrar de acuerdo con nuestro comun amigo el Sr. general Lavalle, segun se lo anuncié desde Salta y Tucuman, y despues en fin de haber hecho prodigios de valor con un puñado de valientes con que me lancé desde la Rioja sobre la provincia de Cuyo, hemos sido desgraciados en Mendoza el 22 del pasado, estando ya la victoria en nuestras manos, y hemos tenido que refugiarnos á esta república con unos de cuatrocientos hombres entre gefes, oficiales y tropa, cuyos nombres he mandado imprimir para conocimiento de sus familias.

Voy á hacer á Vd. una ligera relacion de mi marcha y de los acontecimientos que han tenido lugar, para que forme Vd. una idea cabal de las cosas, y pueda reglar sus operaciones, puesto que Vd. es hoy con su ejército la esperanza de todos, y de la patria.

A mi llegada á Catamarca, con diez piezas de artillería y siete carretas, allanando con este tráfago la cumbre escabrosa del Totoral sin mas elementos, que la decision y entusiasmo que habia sabido infundir á mis soldados y que reinaba tambien en los gefes y oficiales, habia experimentado una crecida desercion en las fuer-

sostenia la campaña, á favor de la superioridad de la infantería y artillería, y de las buenas posiciones que elegia para acamparse. Sus movimientos eran tímidos y lentos, sus operaciones inciertas y vacilantes. Pocos días antes el general Lavalle habia dejado la infantería y vagages en un reduto, obra pasagera de fortificacion, para ir con su caballería á recibir la division del general correntino D. Vicente Ramirez, que venia á aumentar su ejército y Echagüe no tuvo la resolucion de atacar el reduto contentándose con disparar algunos cañonazos. Cuando volvió el general Lavalle, y se incorporó á su infantería, Echagüe volvió á su rigurosa defensiva.

En esos dias habia empezado la desercion de los soldados federales, de los que muchos se presentaban al ejército libertador, en términos que es general la opinion que con un mes de paciencia se hubiera consumado la disolucion del ejército de Echagüe. En él faltaba todo, mientras en

---

zas de Salta y Jujuy, cuyo ejemplo habia tambien producido la de un corto número de mis paisanos. Maza y Lagos que ocupaban el Valle de Paclin, lo abandonaron así que de sorpresa ocupé las cumbres, y se dirigieron por las cuestas de mas abajo á la provincia de Santiago, tomando su direccion á Loreto. Yo mandé en su persecucion á los valientes teniente coronel Aquino y coronel Salas, con cuatrocientos hombres largos, llevando entre ellos 80 bravos cazadores de Córdoba, y pasé yo á ocupar la capital, destacando sobre la Rioja al valiente teniente coronel Alvarez mi sobrino. A los tres dias de estar en Catamarca recibí aviso de la derrota y muerte del general Brizuela, por los pueblos Famatina, y retirada del general Lavalle hácia Salta por Santa Maria.—Este acontecimiento que no fué posible ocultar á la tropa, por haberlo comunicado el conductor antes de llegar á mí, produjo el efecto que era consiguiente.—La desercion de muchos mas soldados de Salta y Jujuy, y la de mas de 30 tucumanos.

En seguida recibí carta del general Lavalle desde las inmediaciones de Santa Maria suplicándome y conjurándome por la patria á suspender mi marcha sobre la Rioja y esperarle, y manifestándo-

el del general Lavalle reinaba una abundancia que una mejor administracion hubiera sostenido con comodidad un ejército cuatro veces mayor. A la par de efectos de ultramar que se distribuian con un desorden imposible de describir, abundaban las armas y las municiones suministradas por la escuadra francesa, sin escluir el dinero, pues recuerdo que los oficiales del bergantin San Martin me dijeron que una vez habian traído en el mismo buque cien mil patacones que habian entregado al ejército.

El general Lavalle que sabia mejor que nadie la situacion respectiva de los veligerantes debia conocer sus ventajas pero no tuvo paciencia para esperar unos dias mas, despues de haber esperado lo mas, ó lo que es mas probable, tuvo que ceder á sugestiones estrañas, porque es indudable que muchos, tanto en Montevideo como en la escuadra pedian la batalla. Me confirmo en esta opinion por lo

---

me su opinion de retroceder á Tucuman, donde podriamos dar con ventaja una batalla, suponiendo que Oribe, Pacheco y Aldao, marchaban sobre nosotros. En efecto suspendí mis marchas, y lo esperé por ocho ó diez dias hasta que llego con solo una pequeña escolta, dejando á Pedernera con 800 hombres de su ejército, con que se habia retirado desde Famatina, en Auconquija camino de Guaran ó el fuerte que Vd. conoce.

Preciso es advertir á Vd. que para emprender yo mi marcha sobre la Rioja á buscar la reunion de los generales Lavalle y Briozuela habia dispuesto que el Dr. Avellaneda que quedaba encargado del gobierno de Tucuman, expedicionara con mil y quinientos hombres sobre Santiago, al mismo tiempo que otra expedicion salteña de mil hombres debia penetrar al Salado desde la frontera del Rosario, con cuyo movimiento combinado me proponia yo distraer la atencion de Oribe, para que no pudiera évitár mi reunion con Lavalle en la Rioja, y anular al mismo tiempo á Ibarra apoderándonos de su provincia—Dispuesta ya esta operacion y puesto Avellaneda en campaña, sobre el Rio Hondo, aparece el general Lavalle en Monteros y hace que Avellaneda suspenda su marcha y

que dijo el general despues de la del Sauce Grande—“*Hé aquí la batalla que tanto me han pedido.*”

Luego que arribamos á Punta Gorda, mi primer cuidado fué escribir al general avisándole mi llegada y pidiéndole caballos para trasladarme al ejército. Lo mismo hizo el Dr. Agüero y el Sr. D. Salvador Carril, intendente del ejército á quien habiamos encontrado allí. ■

El ejército solo distaba 6 leguas de Punta Gorda, y de consiguiente la contestacion no debia tardar: ésta llegó á las 8 de la noche y era dirigida á los tres que habiamos escrito colectivamente. Dicha carta que conservo original decia asi:—“Mis amigos Paz, Agüero y Carril—he recibido la correspondencia á las cuatro y veinticinco minutos. “El dador les dirá la distancia á que están los dos ejércitos. “No tengo caballos que mandar, ni uno solo. No puede “tampoco venir Paz, porque no hay tiempo y por que esta “noche voy á hacer una maniobra para atacar á la madru-

---

licencie su tropa, imbuido como iba, (y llegó despues á Catamarca á verse conmigo) en que Oribe, Pacheco y Aldao marchaban sobre Tucuman, y que era preciso que yo con mi ejército retrocediese á dicha provincia donde podriamos dar con ventaja una batalla— En efecto Avellaneda que no tenia los conocimientos que yo de la posicion de Oribe como no los tenia tampoco Lavalle, sorprendido de la idea de dicho general, licencia su tropa, y me escribe con el mismo aconsejándome el retroceso.

Preciso es asi mismo advertir que yo habia interceptado comunicaciones del gobernador de Catamarca Balboa, á Lagos y Oribe en que les decia, que le era muy sensible la desgracia de tan buen amigo, pero era preciso trabajar con mas empeño que nunca para repararla. Cuando estas comunicaciones fueron interceptadas, es preciso advertir que tenia yo la noticia por diferentes conductos de la derrota de Echagüe por Vd. en Entre Rios, y de la muerte ó destruccion de Lopez el gobernador de Córdoba en el Rio 4.º ó Carlota por Baygorria, y de la retirada de Oribe desde los Llanos de la Rioja hácia Macha. Por consiguiente debia yo figurarme que una de las dos era efectiva, pues habia producido el efecto de hacer re-

“gada,—la artillería enemiga ha sido desalojada hoy. Hemos tirado 130 tiros de á 6 y 8—Aun no he leído la correspondencia, ni las cartas de familia,—muy amigo de Vds.—Juan Lavalle—Julio 15.”

Mi sorpresa fué grande al recibo de esta carta, y sin embargo no pensé en el momento sino en los medios de facilitarme los caballos que decia el general que le faltaban los mismos deseos manifestaron todos y mas que nadie los oficiales de la marina francesa, á cuyo bordo estábamos. Acababamos de comer en la corbeta Espeditiva, y nos paseábamos sobre el puente cuando se recibió la carta, cuyo sentido nadie penetró á primera vista, hasta que les hice notar que el general Lavalle reusaba muy claramente mi asistencia en la próxima batalla. Entonces convinieron en que debía suspender mi viage, y hasta recuerdo que un oficial francés hizo la juiciosa observacion de que cuando un general ha tomado una resolucion es preciso nó com-

---

troceder precipitadamente y á pié á Oribe con su ejército desde los Llanos de la Rioja, dejando abandonado al general Aldao con su ejército en San Juan y Mendoza, y en Chilecito á Lavalle y Brizuela á sus inmediaciones, y á mí en Catamarca. Estos eran los antecedentes positivos que tenia á mi llegada á Catamarca, y el convencimiento de haber hecho un pueblo para poner mi ejército en campaña, el último sacrificio, me hacia conocer que era forzoso destruir á Aldao, pues un retroceso en tales circunstancias desalentaria nuestra fuerza, daria doble ánimo á nuestros enemigos, y acabaria de arruinar para siempre los tres pueblos que nos quedaban. En estas circunstancias y cuando ya el general Lavalle se dirigia desde Monteros á Catamarca á verse conmigo, recibe aviso Avellaneda de haber una montonera de santiagueños de 300 á 400 hombres y encabezada por un Saravia Salteño, apoderándose de la frontera del Rosario, destruyendo por sorpresa á Matutí y Gama que poco antes lo habian batido dos veces, Avellaneda convoca nuevamente á sus tropas que habia licenciado, y me comunica este acontecimiento que recibió primero el general Lavalle en Paclin, y lo condujo el mismo.



batalla ni procurar disuadirlo, lo que podría asaso temer si yo fuese consultado. Esto me allanó el camino, y me escusó de recurrir á otras razones que saltaban á la vista, pero que espuestas por mí podrían interpretarse como hijas de poco celo, ó de un tibio patriotismo. Quedó pues resuelto que yo esperase allí los resultados de la batalla que iba á darse.

Por otra parte mi marcha sino imposible era muy difícil y peligrosa porque mientras desembarcaba, buscaba caballos, práctico del camino y alguna otra compañía hubiérase avanzado la noche, y mudando de posicion el ejército, posicion que ignorábamos era muy espuesta á dar con el enemigo ó las partidas; mi resolucion pues fué comandada no solo por la voluntad bien manifestada del general Lavalle sino por la necesidad. Me confirmó en ella, el silencio del impenetrable Dr. Agüero que se abstenia de emitir su opinion, dejándome entonces vehemen-

---

Llega el general á Catamarca, y es reconocido por mi orden general en jefe del ejército, reservándome únicamente el derecho que me habian dado los pueblos de la direccion de la guerra. En una larga conferencia que tuvimos con el general, en la cual le hice ver la necesidad en que nos colocaba el suceso de la frontera, de regresar uno de los dos á Tucuman para destruir aquella montonera, y llevar adelante la campaña contra Ibarra, y dirigirse el otro con el ejército á los pueblos de Cuyo en union con los riojanos que se presentaban bien gustosos al teniente coronel D. Crisóstomo Álvarez, que habia ya tomado la Rioja y una parte del armamento y municiones que empezaban á descubrir de los entierros del finado Brizuela, dejando á su eleccion el seguir á Cuyo, ó volver á Tucuman; eligió esto último asegurándome que mi posicion respecto á los señores Ferré y Rivero, era mas ventajosa que la suya por los antecedentes que con dichos Señores habia. En efecto, á los dos dias despues de su llegada á Catamarca emprendí mis marchas con el Batallon cívicos de Tucuman, ocho piezas de artilleria, 9 carretas y el escuadron Mayo que eran los únicos que habian quedado por haber hecho adelantarse al general Acha con el

tes sospechas de que hubiese recibido otras comunicaciones fuera de la colectiva de que he hecho referencia.

De la carta del general Lavalle se inferia 1º que se habia resuelto al fin á dar una batalla antes de tentar el paso del Paraná: 2º que esta batalla debia principiarse la madrugada siguiente: 3º que su artillería habia obtenido ventajas en esa tarde: 4º que no deseaba mi concurrencia. Este fué el primer desengaño que tuve de que los esfuerzos de los argentinos para que viniese al ejército y el llamamiento del general Lavalle habian tenido otro objeto del que habian manifestado. Ya hice mencion del que á mi juicio tuvieron realmente los primeros, pero en cuanto al general Lavalle pienso que hubo otros de que me ocuparé un momento.

Este desgraciado gefe, este amigo antiguo, conservaba segun he sabido despues un vivo resentimiento porque le insinué que no hallaba por conveniente su viage al

---

resto de los cuerpos, y dos piezas de artillería hasta Amilgancho en proteccion de Alvarez por si el padre General intentaba atacarlo, habiendo convenido con dicho Sr. General Lavalle que él llamaría la atencion por aquella parte del Norte de Córdoba á Oribe y desprendería tambien uno ó dos escuadrones por Belen sobre los pueblos del poniente de Catamarca, para dejar esta provincia enteramente libre y obrar de acuerdo sobre el ejército de Aldao que permanecia en los Sauces en la costa de \* \* \* Hecho este acuerdo rompí mi marcha de Catamarca el 12 de Julio, y el general Lavalle debia marchar al siguiente dia para Tucuman con ánimo de dar un galope hasta Salta, para animar aquella gente y exigir de su gobierno asi como del de Jujuy los hombres y recursos necesarios y posibles para la campaña.

De la Sierra de Catamarca se habian mandado disponer mil y quinientas cabezas de ganado para la espedicion sobre Cuyo; de las que el pico estaba ya adelante y lo habia llevado el general Acha, y las mil restantes tenia ya aviso de haber bajado de la Sierra en pequeñas divisiones, y las mandé dirigir con los mismos hijos del pais mas á la punta y atrás de la misma Rioja á cuyo punto

interior, diez años antes, cuando despues de la capitulacion con Rosas, quiso hacerlo. Es seguro que antes de alejarse 20 leguas de Buenos Aires hubiera sido víctima de su confianza y sin embargo que debia él despues haber conocido la exactitud de mis observaciones, conservaba un amargo recuerdo, como lo espresó varias veces á sus amigos. Era pues una ocasion de deshaogar esa pretendida ofensa que sin duda no quiso desperdiciar. Ademas ¿será permitido dudar, si entraba por algo, una puntita de emulacion, y el deseo de ceñirse él solo con el laurel de la victoria? No lo sé, y me cuesta trabajo pensarlo porque sufro al suponer en el ilustre general un sentimiento menos noble, un rasgo tan pequeño.

Amaneció el 16 de Julio, y la admósfera estaba tan cargada de una densa niebla que no se veian los objetos á doce varas de distancia. Habiamos pensado ser despertados con el estruendo de los cañones, y no se oia ni un

---

Llegué con el ejército el 18 pero sin que me hubiese alcanzado ganado alguno, y encontré que el general Acha no tenia mas que doscientas y pico de las que habia traído, y la mayor parte chicas, y habiendo sufrido en el camino alguna desercion de los infantes y artilleros que no bajó de 40 hombres. Inmediatamente repetí mis órdenes al gobierno de Catamarca para que me mandase alcanzar con el ganado, y me fué preciso parar cuatro ó cinco dias mientras se alistaban las carretas que habian sufrido en la marcha, se componia algun armamento y se hacia diligencia de algunas mulas y aparejos, para llevar las municiones de las carretas en caso necesario, y esperar la llegada del ganado. En este inter habia que despachar al teniente coronel D. Joaquin Baltar que habia venido de los Llanos por el valiente coronel Peñalosa á pedir algunas armas, auxilio de ropa para su fuerza y un escuadron para atacar al coronel Florez, que se hallaba en la Costa Baja con 500 hombres de Oribe, y el coronel Llanos con unos pocos Llanistas. Habiendo despachado ya á dicho gefe á quien di el grado de coronel por la valentia con que se habia sostenido en los Llanos en compañía del comandante general Peñalosa resistiendo á todas las seducciones

tiro: llegamos á dudar de que se pensase en combatir, pero hacia el señor Carril una observacion que nos quitaba toda duda. No parecia en el puerto un solo hombre del ejército, y esto, segun él, era un indicante cierto de que se preparaba de próximo un combate, porque los demas dias jamas faltaban cien ó mas hombres que venian arbitrariamente de paseo, y que pasaban el dia divirtiéndose. Serian las once cuando la niebla se despejó y nosotros acompañados de nuestros oficiales franceses bajamos á tierra. Reinaba el mismo silencio, la misma incomunicacion y una ansiedad en todos mas difícil de explicar, que de comprender. Lo que por mí pasaba era extraordinario figurándome á mis compañeros en un combate en que no podia tomar parte y ayudarles. Esta penosa situacion se avivó grandemente, cuando pasado el medio dia, empezáronse á oír disparos de cañon. Era indudable que los combatientes llegaban á las manos y yo

---

y ataques de Oribe y poniendo á sus órdenes el escuadron Julio del mando del teniente coronel Sotelo, y no pareciendo el ganado que esperaba de Catamarca resolví dirigirme primero, sobre el ejército de Aldao, que habia quedado ya á mi espalda por el flanco derecho en los Sauces para que de este modo pudieran sin recelo alguno seguirme todos los riojanos dejando enteramente libre su provincia. Al efecto reuní á todos los gefes del ejército, que me habian ya manifestado privadamente, la imposibilidad de continuar nuestras marchas sobre Cuyo, sin carne, sin caballos, pues no habia mas que los montados y estos en un mal estado que no sufririan ni aun para llegar ensillados á San Juan, la mayor parte—Asi que estuvieron todos los gefes reunidos, les pedi su opinion sobre el partido que deberíamos tomar en el estado en que se hallaba el ejército, ya por falta de víveres como por la de caballos y bueyes, y fueron de opinion que debian contramarchar á Catamarca hasta reponer nuestros caballos, ó dirigirnos sobre Aldao á los Sauces, sin embargo de que esta operacion acabaria de dejarnos á pié por la aspereza de los caminos que teníamos que andar. Yo les repuse que volver atrás era perder el ejército y el pais, porque en tal caso cargarían

ocioso é inactivo los consideraba desde seis leguas de distancia. Este tormento duró toda la tarde en que continuó oyéndose el cañoneo, hasta que entró la noche sin que se ouyese una nota ni llegase una alma que nos sacase de cuidado.

En todas las épocas y muy principalmente en las que determinan las faces de una revolucion, se entronizan ciertas ideas dominantes que tiranizan por lo comun la opinion, y no dejan lugar al raciocinio. En la que me ocupa dominaba de un modo mas despótico un espíritu de intolerable jactancia y fanfarroneria; cuando se abria la campaña, todos gritaban que esta se terminaria sin disparar un tiro, que el ejército enemigo estaba casi disuelto, ó que no existia, y que no habia mas que *ir, ver y vencer*: cuando los ejércitos se aproximaban se propagaba que el enemigo era diez veces menos que el nuestro y que no podia resistir una carga. Se daba la batalla y entonces se

---

sobre nosotros Oribe y Aldao, y perderíamos para siempre la provincia de la Rioja, y desmayaríamos á la de Tucuman que habia hecho tan costosos sacrificios para despacharnos, por cuyo motivo quedó resuelta la marcha sobre Aldao al siguiente dia, y en efecto se ordenó al general Acha que retrocediese con la vanguardia desde Ampisa.

Estaban ya tomadas todas las disposiciones para la marcha á los Sauces en busca de Aldao, cuando al amanecer recibo aviso del gobernador de Catamarca de que Lagos y Maza que se habian retirado precipitadamente para Loreto á mi llegada á Paclin, estaban sobre la Sierra del Alto con mil hombres y que él se retiraba para Tucuman sino le llegaba el auxilio que habia pedido. Con esta noticia varié de plan sin comunicarlo á nadie, y mandando contraórden al general Acha para que sin pérdida de tiempo continuase su marcha sobre San Juan, me moví al dia siguiente en esta direccion con sorpresa de todos, y asegurándoles la pronta toma de Cuyo sin que el Fraile pudiera evitarlo—Al efecto ordené al general Acha que apurando sus marchas cuanto le fuera posible, se apoderase de San Juan, sacando toda la caballada y mulada posible, y me mandase

gritaba en sentido contrario, pero con igual exageracion, que el ejército enemigo era mucho mas numeroso que el nuestro, que habia combatido bien, y que todos nuestros soldados eran unos héroes cualquiera que hubiese sido el resultado del combate. No es de extrañar que esto suceda más ó menos en todas partes y en todas las guerras, pero lo que hay de notable es el grado excesivo de exageracion, y que las personas que se suponen arriba del vulgo participaban muy cumplidamente de estas preocupaciones.

Con tales antecedentes era reputado como sospechoso el que se hubiese atrevido á poner en duda el éxito de la batalla, y estoy seguro que el bravo Dr. Agüero, y el señor Carril hubieran mirado como una muestra de equívoco patriotismo, la menor incertidumbre á este respecto. Yo á quien creo puede considerarse alguna experiencia en estas materias, veia con asombro que no se tomaba ninguna precaucion de las que convienen en tales casos, y

---

encontrar con ella y con algunos bueyes y ganados despachando por delante con el mismo objeto 50 hombres al valle Fertil para sacar toda la caballada que encontrase, y tomar tambien un cargamento de vestuario y municiones que venia de San Juan para Aldao, y salir con él á las Salinas. Todo se ejecutó y salió como deseaba. El Gobernador de Córdoba D. Francisco Alvarez gefe del escuadron General Puz, fué el encargado de esta operacion que ejecutó con tanta habilidad, como lo habrá Vd. visto por el parte de la gloriosa batalla de Angaso. Con este auxilio tan oportuno medio se cubrió la desnudez del soldado, y se montó regularmente la vanguardia.

El brillante resultado de esta operacion atrevida sobre San Juan, ya Vd. lo sabe, como tambien el resultado ó fin desgraciado de tan valiente gefe, y su division por un descuido ó confianza que no debió nunca tener la cual me ha arrebatado la gloria de las manos, y á la república entera su Libertad.

Yo llegué á San Juan con solo 600 hombres de las tres armas y 60 soldados de la légion Acha de Alvarez, que se me reunieron diez ó doce leguas mas allá de San Juan con el valiente teniente

para proponerla tuve que protestar la seguridad que me asistía de la victoria pero que sin embargo creía convenientemente tal ó cual medida.

Habia en Punta Gorda mas de 50 buques de cruz, pues estaban dos convois uno que bajaba y otro que subia á Corrientes y los buques de guerra franceses en número de seis. Todos estaban fondeados al frente, pero lo mas inmediato posible á la grande isla que está á la parte opuesta del canal. Por la noche que los oficiales y tropa que venian de paseo en los dias comunes, se iban á su campo, por qué hubiera sido muy espuesto quedarse, se embarcaban tambien los que pertenecían al ejército y tenian que residir alli por cualquiera motivo: de este modo quedaba solo el embarcadero, en términos que cuando llegaba por la noche algun correo del ejército, disparaba uno ó dos tiros para que viniesen á buscarlo en un bote.

---

coronel Sardina que habia escapado de la sorpresa y al siguiente dia se me incorporó el bravo coronel y comandante general de los Llanos, D. Angel Vicente Peñalosa, que habia mandado adelanta á las Lagunas desde \* \* \* \* con 300 de sus bravos aunque desertados la mitad de ellos.

Como Benavides habia fugado á mi vista y al tiro de tres cañonazos que diriji sobre el Rio de San Juan con direccion á Mendoza, no debia detenerme yo en aquel punto, y pasé sin haberme detenido mas que una hora en la plaza y me situé á media legua del pueblo mientras me proporcionaba los caballos necesarios para montar los cuerpos que habian llegado á pié. Mi detencion con este objeto solo duró tres dias y continué mi marcha sobre Mendoza, bien montado ya, pero dejando al nuevo gobierno de San Juan 25 hombres de los bravos vencedores de Angaso, y mas de 70 soldados entre enfermos y desertores; la mayor parte infantes y artilleros: de modo que llegué á Mendoza con 800 hombres no completos el 4 de Septiembre por la mañana.

Benavides habia emprendido su retirada llevándose mas de 6,000 caballos, y habiendo despaclmado á los prisioneros dos dias

La noche se aproximaba, no habia noticia alguna del resultado de la batalla y todos se disponian á hacer lo mismo que las demas noches, trasladándose á bordo sin dejar ni un hombre que sirviese á los que podian llegar: me esforcé mucho para persuadir á los Sres. Carril y Agüero la conveniencia de dejar una guardia, ofreciéndome yo á ser el comandante de ella. Se me objetó entonces que los marinos franceses no querian darla, y que no habia tropa nuestra para formarla. Insistí aun en mi idea proponiendo traer algunos oficiales ó soldados convalecientes del hospital que estaba situado en la gran isla del frente y exigirles este servicio indispensable. Al fin se convino y vinieron del hospital ocho ó diez individuos que estaban mas sanos que yo y de consiguiente muy capaces de aquel pequeño servicio.

Héme aquí desempeñando las funciones de alferes ó

---

antes. Mi detencion en la plaza con las tropas formadas duraria dos y media horas, mientras tomé algunas disposiciones y tiré dos decretos; en seguida salté á situarme al Plummerillo una legua fuera de la ciudad, y dispuse la salida del comandante general de los Llanos Peñalosa con Baltar, al mando de 450 hombres en persecucion del enemigo, cuya fuerza no pudiendo salir esa noche por algunos inconvenientes que se presentaron, marchó al dia siguiente por la mañana. En seguida pasé al pueblo, se dieron las órdenes convenientes para la eleccion de gobierno, y despaché por la noche un escuadron al Fuerte de San Carlos con 25 infantes; y al siguiente dia al coronel Salvadores con la compañía de granaderos á tomar el mando de la division.

La eleccion de gobierno recayó en mi por unanimidad de sufragios, invistiéndome con la suma del poder, y me fué preciso aceptar mientras arrojase al enemigo fuera de la provincia y llegasen de esta república las personas influyentes que estaban emigradas.

En seguida me ocupé en organizar una maestranza completa para reponer el armamento y los cañones que habian llegado otro



teniente á la cabeza de ocho hombres, entre los que habia 4 ó 5 oficiales, y procurando reunir unos cuantos caballos para estender un poco mas á fuera nuestras operaciones. Se acababa de poner el sol cuando yo terminaba estos preparativos, y es en esos momentos que apareció el primer hombre que se vió venir del ejército descendiendo por uno de aquellos senderos estrechos que conducen desde las lomas al embarcadero de Punta Gorda: venia muy despacio porque su caballo estaba cansado, y manifestaba su semblante una espresion muy marcada de disgusto y pesar pero no de cobardia ni miedo. Una muger que lo conoció, y acaso lo vió primero, le gritó—Julian, ¿ cómo les ha ido en la pelea? á lo que contestó, con voz grave y rosegada pero bien alta para que'pudiese ser oida a la distancia á que estaba la interlocutora—*Mas mal, que bien*—Admirable contestacion, por su laconismo, por su exactitud y mas que todo por el marcado contraste que hace con

---

peados en extremo, y construir todas las lanzas posibles. La maestranza quedó establecida á los cuatro dias y se trabajó con una actividad asombrosa.

El decreto de la presentacion de las armas ofreciendo un premio de 3 pesos por cada fusil, 2 por cada tercerola ó sable, y uno por cada lanza, produjo el efecto que me propuse, los soldados enemigos empezaron á presentarse con sus armas, y en pocos dias reuní mas de 150 de las tres clases de armas, y se me presentaron mas de 200 soldados, de los que la mayor parte tomó partido en los cuerpos del ejército, y recibieron la gratificacion de cuatro pesos el soldado, cinco el cabo y seis el sargento.

El pueblo de Mendoza habia manifestado un patriotismo y decision sin límites, pero habian quedado muy pocos hombres de provecho entre la clase decente, y estos temian comprometerse ó dar la cara de frente, y habian muy pocos que se acercasen á darme los conocimientos que deseaba; y eran precisos porque á los pocos dias se supo ya en el pueblo que habian encontrado á Benavides en Coroconto, quinientos hombres al mando del general Flores, y que el general Pacheco con Aldao venian atrás con cerca de

sus relaciones contradictorias que se dieron y se dan hasta ahora de esa particular batalla.

Como es de conjeturar nos apoderamos del soldado para examinarlo mas prolijamente y lo que costára creer es que despues de sus esplicaciones pudimos comprender menos el estado de las cosas. La razon era porque luego el declarante tuvo que contestar á interpelaciones formales, y oficiales se apoderó de él, el espíritu de fantasia que dominaba segun he dicho, y no le dejaba contestar francamente. Se hablaba de los ataques de la caballeria, en todos habia triunfado la nuestra, porque creia que era una mengua que hubiese cedido en algunos, nuestra infanteria habia avanzado bizarramente, los enemigos eran unos cobardes, los nuestros unos valientes y sia embargo se habian dispersado y cedido el terreno. Todo esto era incomprendible, y solo puede esplicarlo el espíritu de la época que se habia personificado hasta en la tropa.

---

3,000 hombres. En fin yo tenia que hacerlo todo personalmente porque carecia de un hombre que me desempeñára. Peñalosa despues de haber batido y dispersado dos divisiones enemigas que alcanzó en la marcha, tuvo que regresar de cerca de Coroconto por el refuerzo que recibió Benavides, y la falta de hombres inteligentes y de capacidad hizo que los enemigos llegaran hasta el Retamo que dista doce leguas de Mendoza, sin haber sido sentido; el 19 pues mi vanguardia despues de haber permanecido unos dias en el Retamo, tuvo que retirarse á la Cruz de Piedra por los partes, dejando ayañzadas del pais.

En estas circunstancias yo tenia al sud en San Carlos á 30 leguas de Mendoza 200 hombres en persecución de la fuerza que tomó esa direccion con Rodriguez, y habia mandado á San Juan á desbaratar una montonera que se habia apoderado de aquel pueblo, y de los enfermos y heridos que habian quedado allí por la ineptitud del gobernador Burgoa que se dejó sorprender, al coronel Avalos con 250 hombres. Esta noticia la recibí el 19 del pasado, y en el acto salí con todas las fuerzas que se componian de 300 infantes por haber llegado el coronel Salvadores con 9 cañones que se tomaron,

El Dr. Agüero y los oficiales franceses se habian retirado á bordo, el Sr. Carril quedó en el mismo embarcadero para recibir y transmitirles las noticias que yo les mandase, y yo me avancé con mi formidable comitiva de ocho hombres para adquirir noticias y encontrar á los que fuesen llegando.

Algunas cuadras habia andado cuando llegaron muchos individuos de tropa, oficiales y aun gefes. Entre ellos el coronel Elias, los Camelinos, el comandante Hornos y otros. Se creerá que con las relaciones de personas tan caracterizadas, adelantaria mucho, pues nada de eso, porque unas diferian esencialmente de las otras y se contradecian al fin. Cada uno referia lo que habia pasado en el cuerpo á que pertenecia, y segun su referencia, este habia cargado, batido al enemigo, acuchillado, y luego se habia dispersado por las zanjas pantanosas en que se habian enredado: En suma ellos habian vecido

---

y me dirigí al Retamo, y mandé oficiales en alcance de Avalos por el camino de San Juan, y en busca del comandante Acuña á San Carlos para que se me replegaran. El 22 estuvieron todos reunidos en los potreros de Hidalgo á 5 leguas de Mendoza hácia al Retamo, y marché el 23 sobre la vuelta de la Ciénega, donde estaba la ranguardia enemiga y al ponerse el sol fué puesta en fuga y desalojada del puente por una compañía de cazadores y el escuadron Julio, que yo en persona me lancé sobre ellos, y mandé cargarlos con dicha fuerza despues de haberles disparado una granada y un tiro de bala rasa. Los enemigos que eran 700 huyeron cobardemente, y yo regresé con el ejército á unos alfalfares que distaban media legua á retaguardia, dejando mis avanzadas sobre la Ciénega, y despues de haberlos perseguido hasta cerrada la noche.

Al siguiente dia por la mañana tuve parte de las avanzadas que estaba al frente todo el ejército enemigo, y salí á ocupar la posicion que deseaba al frente del puente. El ejército enemigo acabó de pasarlo cerca de las 12 con 3,000 y mas hombres, de los que mil y ochocientos largos eran de infantería y el resto caballería y 13 piezas de artillería. A pesar de la excesiva superioridad numé-

y sin embargo venian huyendo del campo de batalla.— Ninguno quería cargar con la responsabilidad de una mala noticia y por lo mismo huia de pronunciar la voz *reves*, *contraste*, ó *derrota*.

Hubo oficial de estos mismos que venia huyendo que cuando á la luz de las estrellas percibió la guardia formada que se habia aumentado con varios grupos que le habian precedido empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones *Viva la Patria, victoria por nuestro ejército*, en términos de hacerme dudar á mí mismo. Sin embargo no quise cargar con la responsabilidad de un parte positivo, y previene á uno de los oficiales que me acompañaban, que fuese á decir al señor Carril lo que él y todos habiamos presenciado, añadiendo de mi parte que esperaba tomar conocimientos mas espresos. La noticia de victoria se transmitió con una rapidéz electrica, y como era natural produjo en el puerto y en la escuadra esplosiones

---

rica, yo no podia ni debia retroceder yá, así porque contaba con la decision de nuestras fuerzas, como porque todo puso retrogado en tales circunstancias y con San Juan ocupado por los enemigos, produciría indispensablemente la desmoralizacion del ejército y nuestra ruina inevitable. Mi fuerza no pasaba de mil ciento y cincuenta hombres, y tenia en ella como 400 hombres del pais la mitad pasados del ejército enemigo de Benavides y voluntarios del pueblo, y la otra de milicia tambien voluntarios de la campaña, cuya fuerza si me retiraba era consiguiente que se me quedase; por consiguiente me resolví á dar la batalla con todas las seguridades del triunfo por el ardor del puñado de valientes que combatian por la libertad, contra los forzados esclavos de la tiranía que solo el terror al puñal los contiene.

Los enemigos despues de haber cambiado algunas balas de cañon con nosotros pero sin suceso por su parte, marcharon en columna por el frente de mi pequeña línea hácia mi derecha ostentando numerosa infantería, y despues de haber dejado establecido á su derecha al coronel Granada con 800 caballos de la escolta del tirano, y una bateria sostenida por una columna de infantería. El

de alegría que se manifestaron en toda su fuerza. Vinimos luego al inconveniente que esto trajo.

Hubo un incidente que por algunos momentos me hizo esperar en la victoria, y fué el siguiente. El cañoneo hacia tiempo que habia cesado pero ya entrada la noche se oyeron tiros mas lejanos: esto me hizo sospechar que batida la caballeria de Echagüe hubiese este emprendido su retirada y que perseguido por la superior del general Lavalle quisiese alejarla á cañonazos. Era la salva que se hacia en la Bajada, en celebridad de lo que decian su triunfo.

Uno por no decir el principal de mis cuidados fué reunir los hombres dispersos que venian llegando, y al efecto los hacia formar y desmontar con órden que quitasen solo el freno á sus caballos: alguno me representó que aquellos hombres no habian comido y que deseaban atender á esta necesidad: otra razon mas, dije, para que

---

objeto del enemigo lo conocí desde que principió su movimiento; á mi derecha, hacer ver á mis soldados su superioridad numérica, y flanquearme por dicho costado, desprendiendo á mi retaguardia una columna; mas yo esperaba confiadamente la oportunidad para desbaratar su derecha que dejaban á retaguardia, por medio del intrépido y nunca bien ponderado jóven coronel Alvarez, que mandaba mi izquierda, compuesta de 270 caballos y 100 infantes que destiné para su proteccion. Cantando entre tanto mis bravos al frente de nuestra pequeña línea la cancion de á la Lid. Asi que la continuada columna del enemigo empezaba á exceder mi derecha para realizar su pensamiento, ordené al Murad tucumano Alvarez que cargara á su antiguo gefe que tenia al frente. Recibir la órden cargar con admirable denuedo y arrollar completamente la derecha enemiga á su retaguardia hasta hacerla repasar el puente fué obra de un momento. Esta operacion atrevida produjo el efecto que me habia propuesto. La gran columna enemiga de infantería que iba marchando por el frente á mi derecha, retrocedió precipitadamente y en alguna confusion que procuré aumentar, avanzando sobre ella mis dos baterias compuestas de ocho piezas y los doscientos

se reúnan pues será el modo que se les pueda distribuir la carne que he mandado preparar. Nadie se atrevió á contradecir abiertamente mis órdenes, pero me aporcibi de la estrañeza que les causaban: este trivial principio de orden y regularidad era desconocido en aquel ejército, y he tenido que agradecer despues como una prueba de deferencia personal, que no se revelasen contra mis disposiciones. Sin embargo ellas no fueron enteramente cumplidas porque aunque hacia desmontar y formar los hombres al menor descuido se escabullían los que podian, para irse á acomodar donde querian.

En medio de estos esfuerzos y cuando serian las 8 de la noche llegó el mayor D. Pedro Rodríguez, santafesino, ayudante de confianza del general Lavalle, el cual me dijo que traia órdenes de su jefe. Cuando le pregunté cuales eran, me contestó que las contenia una comunicacion que traia dirigida al Sr. Carril. ¡Cómo! le dije, y á mi na-

---

cazadores que me quedaban en línea, y ordené á mi derecha que cargara sobre el flanco izquierdo del enemigo que era ya su retaguardia, avisándole que la derecha enemiga estaba en completa derrota por el bravo coronel Alvarez. El valiente coronel Baltar uno de los jefes mas estimados del general Lavalle y de todo el ejército por su bravura y capacidad, que siendo el jefe de E. M. habia querido ir á dirigir la derecha que estaba á las órdenes de su bravo amigo el coronel Peñalosa con mas de 500 hombres de la mejor caballería de mi ejército, se acobardó sin duda esta vez á vista de la numerosa infantería enemiga, y me manda decir que no puede cargar por tener al frente una columna de infantería, y se queda parado presenciando el retroceso precipitado del enemigo, y el abandono que hicieron de su batería de la izquierda. Repito la orden con todos mis ayudantes, y son todas desobedecidas.

Agregue Vd. á todo esto que el ponderado coronel Salvadores, en otro tiempo, que mandaba el pequeño batallon de mis valientes cívicos recibe orden mia para cargar á la balloneta á los restos de la numerosa columna enemiga que estaba pasando en alguna confusion hácia al puente con su general Macheco á la cabeza, y de-

da me previene, nada quiere que haga en esta circunstancia? No se me contestó, puede que la carta diga algo á este respecto. En seguida me habló pribada y confidencialmente y me insinuó la mira que tenia el general Lavalle, de pasar inmediatamente el Paraná, y llevar la guerra al otro lado, dejando á Echagüe con su ejército en pié. Me dijo que la batalla de ese dia sin ser una derrota, dejaba al enemigo la ventaja, y que el ejército nuestro venia á esa hora en retirada; que debia á toda prisa pasarse ganado á la isla, y prepararse todo para que lo hiciera tambien el ejército todo.

Cuando supo mis esfuerzos por reunir los dispersos me rogó con encarecimiento que no pensase tal cosa, por que no era necesario, no siendo de esperar que se moviese el enemigo y mas que todo porque la tropa no estaba acostumbrada á esa orden, que era mejor dejarlos pasar la noche á su alvedrío, y que era seguro que al otro dia se reu-

---

jando abandonada su bateria de la izquierda en virtud de la bizarra carga de Alvarez, me manda contestar que no podia hacerlo porque venia todavía por frente de su derecha, mucho resto de la infanteria enemiga. Le replicó con el ayudante, que cargue en el acto aun que tenga diez mil infantes á su frente ó voy yo á ponerme á la cabeza y cargar.

¿Y qué le parece que hizo entonces? Mandó al teniente coronel Ezquiñigo que cargara y se quedó él detras de los cañones que habia mandado tambien avanzar con el coronel Rojas. El valiente Ezquiño asi que recibió dicha orden toma la bandera del batallón en su mano y carga á la columna, al frente de su pequeña línea haciendo precipitar á aquella su fuga, cuando al llegar ya á la bayoneta estronzado su brazo en que llevaba la bandera y cayendo con ella á virtud de las descargas que iba haciendo en su fuga la columna enemiga, manda hacer alto á los suyos. Entonces los cazadores viéndose sin su gefe suspenden la carga, se desordenan y retroceden. Advierta Vd. que mientras tanto no habian servido las ordenes á Baltar para que cargara.

Asi que ví retroceder á mi pequeña línea y que los enemigos

dirían espontáneamente, que fuera de esto todo empeño sería inútil.

Lo poco que en aquella solemne circunstancia me había sido posible hacer, era una oficiosidad mía, contaba con que el general Lavalle haciendo justicia á mis deseos, á mi posición militar, á mi amistad me hubiese asociado á sus trabajos; que en aquella coyuntura me hubiese hecho algun encargo juzgando que mi servicio podía ser de alguna utilidad: no hubo nada de esto y su desdenoso silencio no solo probaba la indiferencia, sino que yo venia á ser un estorbo en el ejército. Debo creerlo así, porque no puedo persuadirme que quisiera reducirme al rol que desempeñaba el general Iriarte, porque además de no conocerme era renunciar al buen sentido y hasta al pudor.

Formé en el acto la resolución de prescindir de todo negocio y reducirme al simple papel de espectador. Dije á los oficiales que me acompañaban que hiciesen lo que

---

habían parado su fuga; y dirigían sus fuegos sobre aquella, me precipité á su encuentro con espada en mano y seguido por tres de mis ayudantes, y los paré y formé bajo los fuegos enemigos, y á pocas cuadras de media de ellos. Así que los formé regresé á donde habían quedado mis cañones y continué con todos ellos mi retirada hasta los albardones en que había estado formada mi línea; y como tanto los artilleros como mis infantes, habían concluido ya sus municiones, mandé á las carretas que estaban á retaguardia por las municiones que hubiesen; y no habiéndose encontrado mas que dos cajones de fusil se repartieron volando y empezó mi infantería á contestar á los fuegos enemigos, sin que un solo soldado de caballería asomara á nuestra vista, ni la infantería de Pacheco hiciera otra cosa que abasarnos con sus fuegos de fusil y cañon; mas las balas de éstos daban en tierra delante de nuestra línea y revotaban por encima sin dañarnos, y Alvarez entre tanto iba vencedor por detrás de la derecha enemiga.

En estas circunstancias avisóme uno de mis ayudantes que toda la caballería de mi derecha huía hacia mi retaguardia, vuelvo la vista y veo que efectivamente corría toda por la costa de unos po-



quisiesen y lo mismo á todos los demas que habia reunido y me encaminé al puerto, donde ya no encontré al Sr. Carril que se habia embarcado para llevar las alegres noticias al Sr. Penaud jefe de la marina francesa.

Cuando con Rodriguez llegamos á la corbeta expeditiva, hallamos á este Sr. en una gran conferencia con los Srs. Agüero y Carril. Este leyó la comunicacion del general Lavalle en que nada le decia de victoria, y sí de hacer pasar ganado á la isla en el mayor número posible y sin perder tiempo—Esto es *vital* decia la carta con repeticion, añadiendo que él se movia y que pronto estaria con el.

Esta contradiccion con la noticia de victoria que acababa de darle al Sr. Carril, ya empezó á indisponer al Sr. Penaud que sospechaba que no se le hablaba con sinceridad, y que ó antes se le habia engañado anunciandole el triunfo de nuestras armas, ó ahora se le desfiguraban las cosas para que coadyubase al *Pasodel Paraná*. Para colmo

---

treros de alfufares cercados de álamos que se estendian hasta re-  
valsar mi ala derecha, hácia el callejon que quedaba como á doce  
cuadras á mi espalda, para tomar el camino á Mendoza. Yo en-  
tonces ordenando á mi infanteria que se replegára á los otros po-  
treros de alfufares que formaban un ángulo hácia mi izquierda, me  
precipité de carrera á retaguardia, por ver si llegaba primero al ca-  
llejon para contener mi caballeria que fugaba perseguida como por  
200 hombres de la caballeria del coronel Flores, y seguido solo  
por tres de mis ayudantes, el baqueano y aquel valiente ordenanza  
que tenia yo en mis voluntarios en la campaña de Córdoba José  
Magallan, que siendo ya en Mendoza un negociante acomodado  
habia salido conmigo para acompañarme en la batalla.

Pero fué tal la carrera de Baltar y de los pocos que lo perse-  
guian, que hasta los primeros hombres de estos ganaron el boquete  
del callejon antes que yo: así fué que á la vista de éstos y á muy  
pocos pasos de distancia, tuve que salvar una gran zanja para ga-  
nar á los potreros de mi derecha, por el mismo portillo que la noche  
antes habiamos abierto, cortando algunos álamos con los sables pa-  
ra entrar á pastar nuestras caballadas, pero perdiendo al salvar di-

de conflicto se anunció en ese instante al general Triarte que acababa de llegar con una misión especial del general Lavalle para dicho jefe.

Introducido que fué en la cámara de la corbeta donde estábamos todos reunidos, espuso que venia comisionado por el general cerca de la persona del Sr. Penaud que le era forzoso pasar con el ejército á la otra banda del Paraná y que para proteger esta operacion, exigia que situase en tierra una bateria de las piezas de artilleria servida por artilleros franceses. Pedia tambien que todas las embarcaciones menores de la escuadra ocurriesen a la playa para facilitar el pasage.

Ya hemos dicho cuales eran las órdenes que tenia el jefe francés, del almirante Dupotet, y á vista de ellas no se estrañará que preguntase si el ejército nuestro habia sido vencedor, ó derrotado: mas esto lo hacia con tal vehemencia, manifestaba tanta desconfianza del Sr. Carril á

---

chazanja á mis dos ayudantes, D. Enrique Pizarro y Santobaya, que fué lanceado el uno por los enemigos y boleado el caballo del otro; así fué que yo salvé solo con mi otro ayudante Molina ó \* \* \* \* y los dos individuos nombrados, y tuve que seguir con solo un cerco de por medio y saltando varios cercos que dividian los diferentes potreros, en la misma direccion en que Flores y su caballeria perseguia á toda la mia.

Entre los cercos por donde yo corria, encontré ó alcancé á un teniente coronel de los riojanos de Peñalosa con el alférez Ibañes y dos soldados Llonislos, y apenas salvamos el último cerco y salimos al campichuelo que hay antes de llegar á los potreros de Hidalgo empecé á dar voces á mi caballeria para que hiciera alto, para volver sobre los pocos hombres de Flores que salian del callejon por detrás de mí, mas viendo que los míos no paraban y que ya me alcanzaban como unos 30 de los colorados enemigos, dí un feroz grito á mi caballeria diciéndoles:—¡Huid canallas sinvergüenza, que yo vuelvo á cargar solo á estos miserables que nos persiguen! Di vuelta en seguida con los siete hombres que me seguian y acometí á los enemigos que sujetaron sus caballos, solo me hicieron una des-

quien dijo algunas expresiones duras, exigia una respuesta tan terminantemente categórica, que ponía á todos en el mayor conflicto para hacerle entender que habia un medio entre una derrota completa y una victoria decidida. Si se le decia que habian sufrido un desaire de la fortuna nuestras armas, concluía, luego ha sido derrotado el general Lavalle, en lo que no consentia el amor propio de sus amigos, si por el contrario se le insinuaba que el enemigo habia sufrido pérdidas considerables, infería que nuestro ejército era vencedor, en lo que tampoco se queria consentir porque entonces no prestaria los auxilios que se le exigian.

Despues de una discusion tan larga como fastidiosa, lo único á que se pudo arriivar, fué á que auxiliaria con sus embarcaciones menores y los fuegos de sus buques el pasage del ejército, y que cederia para batería que habia de ponerse en tierra dos viejas carronadas montadas en cureñas de mar que se habian tomado á un buque de Bue-

---

carga con sus tercerolas y echaron á huir ganando el callejon.

Como al regresar yo sobre los enemigos, habia visto sujetar sus caballos á los últimos de los soldados que huian con Baltar y gritar á sus compañeros—“vamos á acompañar á nuestro general que carga solo” habia juzgado que me seguian algunos, pero al volver la vista cuando los enemigos ganaron el callejon, y habiendo observado que habian vuelto á su fuga los que pararon sus caballos por no haber regresado los demas, tuve que lanzarme á escape ya sin riesgo, porque los enemigos no volvieron mas, salvando algunos cercos de los potreros de Hidalgo hasta que logré adelantarme al callejon por donde corrian mis prófugos hácia Mendoza, y logré precisamente salir á él, en circunstancias en que mi sobrino Alvarez que habia regresado al ver el retroceso de mi infanteria, se habia adelantado por la derecha con el mismo objeto de contener á nuestra caballeria, y se pasaba al mismo tiempo por delante de los prófugos amenazando levantar en la punta de su lanza al primero que osara pasar adelante.

Conseguimos alli parar á todos, pero no hubo uno que diese muestras de seguirme á la invitacion que les hice para retroceder

nos Aires, mas negándose absolutamente á dar cañones de su escuadra y artilleros que los sirviesen.

Serian mas de las 10 de la noche cuando tuvimos que contentarnos con esta concesion, y retirarnos á bordo de la goleta Union, buque mercante, al servicio del ejército donde estabamos alojados con los Srs. Agüero y Carril. Allí encontramos varios gefes de los dispersos del ejército que habian venido en solicitud de cena, en donde la encontraron profusamente porque el patron, el italiano Balan, se ostentaba muy generoso, aunque ignoro si era suyo ó del Estado lo que suministraba.

Dejando á los recién venidos satisfacer la necesidades gastronómicas, nos retiramos á la cámara del buque á una segunda deliveracion, los Srs. Agüero y Carril, el general Ariarte y yo. Allí declaré terminantemente que movido por un motivo de delicadeza, quanto por obtemperarme á la voluntad del general Lavalle, muy claramente manifes-

---

sobre el campo de batalla, y me fué preciso continuar la retirada.

El valiente Peñalosa habia querido cargar desde que recibí mi primera orden pero Baltar se lo habia embarazado, hasta que al último viendo el valiente escuadron de ciudadanos de Mayo, en número de 60 hombres y con su bravo comandante Acosta á la cabeza, cargó solo sobre la caballeria de Flores y fué el único que en mi derecha cruzó sus lanzas con dicha caballeria; y si Baltar lo manda proteger siquiera con el escuadron Julio que mandaba el comandante Sotelo, habrian triunfado indudablemente.

Por último, compañero, despues de cuanto le he relatado y de haber Pacheco quedado dueño del campo de batalla despues de derrotado, y cuando menos lo pensaba, por solo la infame desobediencia de Baltar, y sin embargo de la inmensa superioridad de sus fuerzas, no se atrevieron esos miserables á seguirnos, y me han dejado pasar á este pais á cordillera cerrada y con mas de 400 hombres muy largos. Le aseguro á Vd. que en mi vida he visto que un puñado de valientes como los que me acompañaron en tan difícil como peligrosa campaña, hubiesen hecho mas heroicos esfuerzos de valor y constancia, ni sostenidos con tanto denuevo

ella prescindía de toda intervencion en los negocios militares y me reduciría al estricto papel de espectador: que en consecuencia habia desistido de pasar la noche en tierra segun habia sido mi primera intencion, y que nada me quedaba que hacer sino retirarme á dormir si era posible hacerlo en una circunstancia como la presente.

Mis tres interlocutores se levantaron á la vez para conjurarme á que no hiciese semejante cosa y á que continuase mis esfuerzos para remediar lo que era remediabile. Cuando hice presente que no tenia autoridad ninguna, que me esponia á ser desobedecido, y que el general que era el único que podia dármela, no habia querido hacerlo; dijo el señor Carril que él investia todos los poderes del general en Punta Gorda y que me los transmitia íntegros, seguro que mi voz seria escuchada &c. El Dr. Agüero empleó toda su elocuencia en el mismo sentido, y el general Marte añadió que estando comisionado por el

---

por cerca de dos horas y media, imponiendo á tan poderoso enemigo hasta el último momento.

Este ha sido mi amigo el resultado de tan brillante campaña; por solo el imperdonable proceder del valiente, despues del mas brillante triunfo que obtuvo en Angaso contra las quintuplicadas fuerzas del fraile general, y ese benemérito gefe pagó con su vida su atrevida y necia confianza, y mas que todo el haber olvidado completamente el principal y mas importante objeto con que lo hice adelantar.— ¡El de proveerse de buenos caballos, mulas y bueyes, y fraudarme encontrar, ó haberse venido el mismo á mi encuentro despues de su espléndido triunfo ya que no quiso hacerlo antes, ó esperádomme cuando menos en el mismo lugar de su completo triunfo!

Yo habia pensado contramarchar esa misma noche despues de mi aparente marcha á la Cordillera, y pasando por el flanco derecho de Pacheco caer sobre Córdoba por San Luis, pues lo suponía á nuestro amigo el general Lavalle dueño de dicha provincia ó marchando al menos sobre sus débiles fuerzas que le habian quedado á Oribe, desde que no me mandó alcanzar con el gene-

general en jefe para elegir el sitio en que se habia de situar la bateria de tierra, queria absolutamente que yo me lo asociase en esta importante diligencia. Me fué indispensable ceder y para principiar el ejercicio de mi anómala autoridad mandé que todos los jefes y oficiales que estaban á bordo y que pertenecian al ejército, bajasen á tierra en el acto.

Recuerdo que el coronel Elias (llamado vulgarmente el tigre, por lo muy picado de viruelas) se habia ya acomodado en un buen camarote y dormia tranquilamente en un grueso colchon cuando le intimaron mi órden, y repetia mi órden y me disponia hacerla cumplir cuando se me llegó el comandante Hornos y me dijo al oido—Sr. general, si el objeto de V. como creo, es reunir la tropa y regularizar el servicio, le ruego que no exija la concurrencia del coronel Elias, porque tan lejos de ser útil para el ejército, es en extremo perjudicial por el descrédito y

---

ral Pedernera segun me lo habia prometido en la Ríoja; pero la reflexion de que todos los emigrados y el armamento que me mandaba con ellos la Comision Argentina desde Chile caerian irremisiblemente en manos de los enemigos, pues los esperaba yo por instantes, me hizo desistir, y hoy lo siento en el alma! Con cerca de 700 hombres de caballería bien montada con que yo salí de Mendoza, hubiera sublevado toda la sierra de Córdoba y concluido este sanguinario teniente de Rosas de acuerdo con el general Lavalle, pues que Pacheco cuando hubiese tenido conocimiento de mi marcha, no habria podido seguirme sin demorar hasta proporcionarse las caballadas necesarias.

Aquellas consideraciones fueron las que me obligaron á dirigirme á esta ya despues de cerrada la noche y tambien la noticia que recibí de esta capital la víspera de la batalla, pues se me aseguraba que este Gobierno iba á declarar la guerra á Rosas si es que no estaba declarada cuando recibiera dichas comunicaciones. Asi fué que habiendo yo variado de plan por dichas razones, y no pareciéndome justo sacrificar en la Cordillera cerrada á todos los valientes que me habian acompañado, formé en columna cer-

general desprecio que todo el ejército hace de él. Hube de ceder á estas razones y dejar á este *valioso jefe* que pasase entre sábanas una buena noche. Todos los demas fueron exactos y bajaron con migo á tierra.

Inmediatamente nos pusimos á recorrer los puntos inmediatos al embareadero, para elegir el mas apropiado para la proyectada bateria, á lo que ayudaba la claridad de la luna que estaba en su plenitud. Despues de verlo todo nos fijamos en la antigua bateria que ademas de ofrecer la ventaja de la situacion, tenia la de conservar algo del viejo foso y parapeto, de modo que con largar obras podria rehabilitarse. Resuelto esto convinimos en que era preciso ponerlo sin pérdida de instantes en conocimiento del general Lavalle, y pasamos á los ranchos donde con sumo trabajo nos proporcionamos un mal recado de escribir. Puesta la nota me resistí á firmarla, queriendo que solo lo hiciese el general Iriarte, pero este se obsti-

---

rada á todas mis fuerzas y les aconsejé despues de darles las gracias por la decision con que me habian acompañado, que se regresaran todos, y que se presentaran si querian á los Gobiernos de sus pueblos, ò sino que me esperaran en los montes pues que mi vuelta deberia ser muy pronta; pues que no considerasen justo, díjeles, esponerse en las Cordilleras. ¡Y creerá Vd. mi amigo que me contestaron todos á una que estaban dispuestos á perecer todos conmigo antes que abandonarme!

Le aseguro á Vd. que esta unánime respuesta me conmovió en estremo, y que no habiendo á pesar de mis nuevas y reiteradas instancias conseguido que ningun se volviera, tuve que continuar la marcha con todos ellos y solo desde Uspayata donde fuí á alcanzar recien al célebre Baltar que se habia largado solo adelante y con buenos baqueanos, pude conseguir á fuerza de instancias que se regresaran como 200 hombres.

Yo me habia adelantado con solo mis ayudantes ya caida la tarde del 27 para esperar á mi tropa, que llegó puesto ya el sol con la carne necesaria, y supe por Baltar que á las 12 de ese mismo dia habia regresádose de allí don Domingo F. Sarmiento y

nó en que tambien lo hiciese y hube de ceder para no crear dificultades que era mi ánimo evitar. La diligencia nos parecía tanto mas urgente cuanto el general Iriarte contaba con que nuestro ejército estaría á la mañana siguiente y era de temer que el enemigo siguiese sus pasos. A la verdad no puede ni concebirse ni explicarse la lentitud de Echagüe ; ella salvó nuestro ejército.

Otra dificultad era remitir la comunicacion que acabábamos de escribir, por que entre mas de 500 hombres que yacian (permitáseme la espresion) dispersos á su voluntad y entregados al sueño, era punto menos que imposible hallar uno que quisiese incomodarse, y carecíamos de autoridad para mandarlo. Así lo creia el mismo general Iriarte, que pertenecia al ejército y que como tal era reconocido en él. Yo mismo que acababa de exigir de los gefes que bajasen á tierra, creí conveniente no exigir este servicio imprudentemente y nos dirigimos á

---

otros unitarios emigrados que iban llevándome algunos auxilios así que supieron nuestro contraste. ¡Y creerá Vd. todavía, que ese gefe funesto se me fugó de poco mas adelante el 26 y llevándose el único baqueano cuando marchaba él á la cabeza de mi fuerza, mientras yo me habia quedado á persuadir á varios heridos que me acompañaban todavía, para que se quedaran y no fueran á perecer irremediabilmente á la Cordillera como lo conseguí al fin regalándolos? Y no es esto todavía lo mas célebre, sino que habiéndome adelantado el día siguiente desde la Punta de las Vacas con mis ayudantes y algunos ciudadanos del Mayo para mandar encontrar con auxilios á mis divisiones, pues las dejé ordenadas para que marcharan sucesivamente con intervalo de horas para que no se embarazaran en las casuchas, lo fué á alcanzar segunda vez en esa misma noche en la casucha del pié de la Cordillera, desde donde habiéndoseme ofrecido para adelantarse con la comunicacion que yo llevaba para mandar al Gobierno de Chile dándole cuenta de mi marcha y solicitando su permiso para internarme, tuve que entregarle dicha comunicacion como que seria el mas ligero conductor.



escuadron Mayo que habia mandado adelante el general Lavalle y que era la única tropa que habia llegado en órden.

Serian mas de las dos de la madrugada cuando estuvimos en su campo y recordamos al comandante Chenaut que lo mondaba. Tuve mucho gusto en ver á este antiguo oficial que habia servido muchos años antes á mis órdenes y que sino me engaño participó de los mismos sentimientos al encontrar á su antiguo general. Ví tambien allí al comandante Canedo que estaba en idénticas circunstancias y algun otro conocido que no recuerdo.

En general los jóvenes del escuadron Mayo me recibieron muy bien y á pesar de lo irregular de la hora se levantaron muchos para saludarme. Al fin se hallò un hombre que fuese con la carta, á quien se le dijo una proclama laudatoria por su patriotismo, y se lo tuvo en cuenta como un gran servicio.

Despues de un rato de conversacion me volví al puerto donde pasé la noche sin otra novedad, pero entregado á amargas reflexiones. A mas de lo que tenia de ingrata mi situacion particular, la del ejército me daba serios cuidados, y por mas que las exigencias del amor propio me aconsejában prescindir de todo, y ser mero espectador; el interés público demandaba que hiciese aquello poco que estaba en la esfera de mi poder. La mañana del 17 me hallé combatido de estos diversos sentimientos, á lo que agregándose nuevas instancias de las personas conocidas,

---

En fin, mi amigo, ya estamos libres despues de haber perdido algunos hombres en la Cordillera y llegado otros inútiles. Que sea Vd. feliz en su nueva empresa y lo sea tambien nuestro amigo el general Lavalle.

Son los deseos de este su verdadero amigo y compañero que desea volar á ayudarlo.

Gregorio Araoz  
DE LA MADRID.

monté á caballo para ocuparme de dar algunas providencias que el caso hacia urgente.

Dispuse que el comandante Hornos, hombre activo, vigoroso y de gran inteligencia en cosas de campos, dijese desde luego principio á la operacion el pasar ganado, y ya habia hecho algo cuando muy tarde se presentó D. Pedro Rodríguez (el mismo de la noche antes) á decirme que él era el especialmente encargado por el general Lavalle de esta diligencia. Inmediatamente ordené al comandante Hornos que cesase en ella.

Era no menos urgente mandar 80 ó 100 trabajadores con herramientas á medio reparar los parapetos destruidos y los fosos cegados de la bateria, y cuando se pensó en llamar soldados, declararon paladinamente los gefes que no se conseguiria que la tropa prestase este servicio y que era esponerse á un escándalo. El general Iriarte especialmente encargado de la bateria tuvo que ocurrir al señor Carril, quien mandó que se obligase á los patrones y marineros de los buques mercantes á ejecutar estos trabajos, lo que se hizo forzándolos á ello sin compensacion alguna. Felizmente no era mucho lo que habia que hacer, y se concluyó en dos dias.

El general Lavalle habia mandado adelantar la artilleria que llegó esa mañana. Cuando supe que se aproximaba quise salirle al encuentro y marché en esa direccion: á poco de haber andado me encontré con dos jóvenes á quienes pregunté quienes eran y de donde venian: me contestaron que pertenecian al cuerpo de artilleria que iba á llegar, y que venian del ejército. Los reconvine por haberse separado de su campo, y me dieron la respuesta favorita—*Somos ciudadanos*—pues aunque sean ciudadanos les dije, les mando que esperen su cuerpo para entrar con él al campo. Estando en esto ví otros dos á quienes me dirigí para hacerles las mismas preguntas; y sobre su idéntica contestacion, y escepcion de ciudadanía les impartí igual orden, pero cuando acordé por los pri-

neros que habia dejado á alguna distancia ya se habian escurrido y desaparecido. Cosa era de reir si una semejante indisciplina no afectase profundamente el órden de la milicia. Sirva esta muestra del arreglo que tenia el ejército libertador.

La tropa que habia llegado el dia antes y la que llegó el mismo 17 permaneció allí, pero el cuerpo principal del ejército con el general en jefe solo se aproximó á distancia de legua y media donde permaneció, sin que el enemigo se hiciese sentir, ni aun con partidas. Su lentitud daba tiempo á hacer con algun mas desahogo los preparativos que sin eso hubiera sido imposible ni medio completar. El trabajo de la bateria se avivò, y se pasó cuanto ganado se pudo á la isla. Habiendo ya llegado varios gefes y entrado en sus funciones al modo que los desempeñaban yo me retiré definitivamente de todo negocio, y volví á mi papel de observador. Recuerdo que el teniente coronel Arrascaeta que se decia encargado del estado mayor, me mandó un oficial que sirviera de ayudante, al que despedí, pareciéndome una especie de burla semejante distincion.

El 18 se conservó el ejército en la misma posicion que el dia antes, sin que tampoco el enemigo hiciese movimiento. El mismo dia fuí á saludar al general Lavalle, á quien volví á ver despues de mas de once años que nos habíamos separado en el Desmochado, y despues de haber corrido bien trágicos sucesos.

La recepcion que me hizo fué amistosa en apariencia pero no sincera; al través de expresiones de estudiada benevolencia se entreveia una frialdad real, por no decir una refinada desconfianza. No me dejé engañar, pues allí mismo le indiqué mi intencion de dejar el ejército y pasar á Corrientes á levantar un cuerpo de tropas que sirviese de reserva, al paso que cubriese aquella provincia que iba á quedar á merced del ejército de Echagüe. Desaprobó la idea, diciéndome que Corrientes era una tristisima provin-

cia sin recursos ni medios capaces para realizar mi pensamiento. He aquí lo que habíame dado lugar á él.

En el convoy que bajaba de Corrientes y que como he indicado estaba detenido en Punta Gorda, conocia un comerciante muy conocido llamado D. Estévan Rans, este me habia dicho que le constaba que el gobierno de Corrientes me habia llamado por medio de un gefe que se habia destinado en comision con este solo objeto: que tenia tanta mas seguridad cuanto que él mismo habia girado una letra de 500 duros que el gobierno habia querido remitirme para los costos de mi viaje. Esta era la mision de D. Manuel Diaz de que ya he hecho mencion.

Sin conocer Corrientes, ni sus recursos, ni las verdaderas intenciones de su gobierno, tomé mi resolucion, porque siéndome imposible permanecer en el ejército, no me quedaba otro arbitrio que este, ó regresar á la Banda Oriental lo que hubiese producido en el público un pésimo efecto. La vuelta de gefes menos condecorados como Olavarría y Montoro habia causado sensacion desfavorable, y la mia debja producirla peor. Ademas queria salir cuanto antes del ejército y solo yendo á Corrientes en el convoy que subia podia conseguirlo: para volver á Montevideo ó la Colonia tenia que acompañar el ejército en la acuática peregrinacion que iba á emprender.

Entre las cosas que el general Lavalle me dijo en tono de disuadirme de mi viage á Corrientes, fué que en la situacion del momento era imposible pensar en estado mayor, y otros arreglos, pero que luego que pasasemos el Paraná, se eligiria un punto aparente para situar el ejército y entender en ellos: que yo era el destinado para presidirlos. Costóme contenerme para no reirme al ver semejante sandez, tanto porque la naturaleza de la campaña no podia dejarnos tiempo de estacionarnos, cuanto porque los vicios orgánicos de aquel cuerpo no permitian reformas. Mi contestacion fué decirle que lo que él habia hecho merecia hasta mi admiracion, que el ejército tenia soldados

muy valientes, pero que querer enmendar su organizacion actual era perderlo todo: que á mi juicio era preciso que así siguiese llenase ó no su mision.

Y era sincero en cuanto decia, como va á verse por el bosquejo que voy á hacer de ese ejército mónstruo no por sus diminuciones, sino por los defectos internos de su conformacion.

El ejército despues de las pérdidas sufridas en el Saucce Grande tendria 3,000 hombres entre los que se conta ba un piquete de artillería, un batallon de infanteria y el resto caballería. Esta última estaba distribuida en cuatro divisiones que mandaban los coroneles Vega, Torres, Vilela, y la últimamente venida de Corrientes á cargo del general Ramirez: cada division constaba de tres ó cuatro escuadrones y ademas habia el escuadron Mayo y una que otra partida suelta. Lo que se decia estado mayor era desempeñado por un comandante Arrascaeta cuya invencibilidad era proverbial, y cuyas funciones eran absolutamente ningunas.

El general Lavalle era generalmente querido de la tropa, y tenia una gran influencia en el soldado: nadie ignora que poseia ciertos dotes especiales que lo hacian amar á la par del efecto que causaba su varonil presencia: poseia buenos talentos, tenia rasgos de genio y concepciones felices que emanaban de aquellas primeras calidades: hubiera sido de desear mas perseverancia para seguir un plan que habia adoptado y un poco de mas paciencia para desarrollar los pormenores de su ejecucion. Estaba sujeto á impresiones fuertes pero transitorias, de lo que resultó que no se le vió marchar por un sistema constante, sino seguir rumbos contrarios y con frecuencia tocando los extremos.

Educado en la escuela militar del general San Martin, se habia nutrido con los principios de órden y de regularidad que marcaron todas las operaciones de aquel general. Nadie ignora, y lo ha dicho muy bien un escritor argenti-

No (el Sr. Sarmiento) que San Martín es un general á la europea y mal podia su discípulo haber tomado las lecciones de Artigas. El general Lavalle el año 1829 que lo conocí, profesaba una aversion marcada no solo á los principios del caudillaje sino á los usos, costumbres y hasta el vestido de los hombres de campo ó gauchos que eran los partidarios de ese sistema: era un soldado en toda forma.

Imbuido en estas máximas presidió la revolucion de Diciembre del año 28, y tanto que quizá fué vencido por haberlas llevado hasta la exageracion. Despreciaba en grado superlativo las milicias (1) de nuestro pais y miraba con el mas soberano desdén las puebladas. En su opinion la fuerza estaba solo en las lanzas y los sables de nuestros soldados de línea, sin que todo lo demas valiese un ardite.

Cuando las montoneras de Lopez y Rosas lo hubieron aniquilado en Buenos Aires abjuró sus antiguos principios y se plegó á los contrarios adoptándolos con la misma vehemencia con que los habia combatido. Se hizo enemigo de la táctica y fiaba todo al suceso de los combates, al entusiasmo y valor personal del soldado. Recuerdo que en Punta-Gorda, hablando del entonces Comandante Chenaut, le conté que habia organizado en años anteriores y disciplinado hasta la perfeccion un regimiento en la provincia de San Juan, pero que desgraciadamente este regimiento por causas que no es del caso analizar se condujo muy mal

---

(1) Conversabamos un dia en la Banda Oriental sobre este asunto y me decia, que valia tan poco el paisanage de la provincia de Mendoza que se atrevia á ir solo con su asistente y hacer una revolucion cuando quisiese." Del sud de Buenos Aires me decia. "No conoce Vd. esa campaña y por eso le da alguna importancia. Con solo una mitad de caballeria de línea (26 hombres) soy capaz de meter todo el sud de Buenos Aires en un cuerno y tapanlo con otro." Despues de la revolucion de Diciembre, me decia frecuentemente. "Quisiera que los Caciques Rosas, Lopez, Quiroga, Bustos, Aldao, Ibarra y demas de la república se reunieran en un cuerpo con sus numerosas hordas, para dar cuenta de ellos con 500 coraceros.

en la acción del Rodeo de Chacon. "Por eso mismo, me contestó, que se habían empeñado en darle mucha disciplina es que se condujo cobardemente." Hasta en su modo de vestir había una variación completa. Años antes lo había conocido haciendo alarde de su traje rigurosamente militar y atravesándose el sombrero á lo Napoleon: en Punta-Gorda y en toda la campaña vestía un chaqueton si era invierno y andaba en mangas de camisa si era verano, pero sin dejar un hermoso par de pistolas con sus cordones pendientes del hombro. Llegó á decir que no volvería á ponerse corbata.

Esta vez quería el general Lavalle vencer á sus contrarios por los mismos medios con que había sido por ellos vencido, sin advertir que ni su educación ni su genio, ni sus hábitos podían dejarlo descender á ponerse al nivel de ellos. Al través del vestido y de los modales afectados del caudillo, se dejaban traslucir los hábitos militares del soldado del ejército de la independencia. Cuanto mejor hubiera sido que sin tocar los extremos hubiese tratado de conciliar ámbos sistemas, tomando de la táctica lo que es adaptable á nuestro estado y costumbres, y conservando al mismo tiempo el entusiasmo y decisión individual tan convenientes para la victoria. Es natural que una disciplina llevada á los extremos acabe por hacer del soldado una máquina, un autómatá y que concluya con las disposiciones morales que tanto se necesitan: pero también es fuera de duda, que si todo se deja al entusiasmo desatendiendo la disciplina, jamás podría tenerse ejército propiamente dicho.

A propósito de *entusiasmo*. Se ha proclamado como muy eminenté el que manifestaban los enemigos políticos de Rosas en la época de que vamos hablando, y me ocurre una duda que quisiera resolver. No puede negarse que dicho entusiasmo era muy bullcioso y muy cacareado, pero para juzgar mas favorablemente de sus quilates hubiera querido que fuese mas sostenido. El subia ó bajaba con una rapidez asombrosa según las buenas ó malas noticias

de nuestros ejércitos, según las mas ó menos probabilidades de vencer. Cuando he reconvenido á mis compañeros sobre los avisos exagerados de fuerza y poder que daban en sus cartas me han contestado que esos avisos eran convenientes y se puede decir comandados *para no enfriar el entusiasmo de nuestros amigos* en Montevideo y otros pueblos. Ya veo que se me dirá que exigir un grado mayor de abnegacion, ni puede ser en este siglo de positivismo y en nuestros tiempos modernos. Mas ¿era acaso del otro siglo el gran Napoleon, cuando en su Boletín 29 mas bien exageró que disminuyó los desastres del grande ejército, para exitar el patriotismo de los franceses? Seguramente que tenia otra opinion que nosotros del entusiasmo y de los sentimientos de sus compatriotas. Pero volvamos al ejército Libertador.

La subordinacion era poco menos que desconocida, ó al menos estaba basada de un modo particular y sobre muy débiles fundamentos. Todo se hacia consistir en las afeciones y en la influencia personal de los gefes y muy principalmente en la del General. Este me dijo un dia en Punta-Gorda, "aquí están tres mil hombres que solo me obedecen á mi y que se entienden directamente conmigo." Esto lo explica todo—toda autoridad, toda obediencia, todo derivaba de la persona del General y es seguro que si este hubiese faltado se hubiera desquiciado en un dia el ejército libertador. Mas tarde, cuando los reveses del Quebracho y Famailla, hubieron puesto á prueba esa decantada decision, no bastó la influencia personal del General Lavalle y todo se disolvió.

En el ejército Libertador en tiempo de la campaña de Entre-Rios y juzgo que lo mismo fué despues, no se pasaba lista, no se hacia ejercicio periódicamente, no se daban revistas. Los soldados no necesitaban licencia para ausentarse por 8 ó por 15 dias y lo peor es que estas ausencias no eran inocentes, sino que las hacian para ir á mero-dear y devastar el pais. Eran unas verdaderas expedicio-



nes militares en pequeño, para las cuales los soldados nombraban oficiales que los mandasen de entre ellos mismos, cuya duracion era la de la expedicion. De aqui resultaba que una cuarta parte del ejército estaba fuera de las filas, porque andaba á 6, 12, 20 ó mas leguas (1) de modo que cuando se queria que estuviese reunido era preciso ocurrir á arbitrios ingeniosos.

Una vez se consiguió anunciando con anticipacion que se trataba de dar una buena cuenta en metálico, y otras que se preparaba una batalla, lo que siempre surtío buen efecto porque es evidente que aquellos soldados eran valientes y decididos. Todo esto me lo referian uránimemente los gefes y oficiales del ejército, añadiendo en tono de alabanza que esas partidas merodeadoras con sus oficiales improvisados por ellas mismas, habian batido otras enemigas que les habian salido al encuentro. Esto se queria explicar atribuyéndolo á una muestra de exaltada bravura y patriotismo, pero en realidad era un efecto de la mas terrible desmoralizacion que habia de despopularizar al fin la causa y el ejército. Pienso que mucho habia ya de esto en Entre Rios, y me lo persuade mas, que los numerosos pasados que empezó á recibir el general Lavalle en los dias precedentes á la batalla de Sauce Grande, eran en su mayoria de la tropa de línea y forasteros, pero no entrerianos. Lo mismo sucedió despues en otras provincias.

El propio General Lavalle sintió los efectos de esa imprudente licencia, pues recuerdo haber visto una Orden general dada en la Campaña de Buenos Aires que pinta al vivo los disgustos de su alma por los desórdenes que no podia remediar. Se proponia prohibir á la tropa que se separase á bolear caballos ó hacer otras cosas peores, y no encontrando expresiones bastante fuertes en el dicciona-

---

(2) Ya hice mencion de lo que me dijo el Sr. Carril en Punta Gorda, que nunca faltaban cien ó mas hombres diarios que venian del ejército á pasear. El paseo con ida y vuelta era de 12 leguas buenas. Por lo menos costaba cien caballos cada dia.

rio militar, ni recursos en la disciplina que no existia, los apostrofaba diciéndoles: «*Son malditos de la patria los que no cumplen mis órdenes &c.*» El mal no fué menor por eso y el desorden siguió hasta el fin.

El mismo desgrano se observaba en la administracion de los caudales públicos, pues aunque habia Intendente y Comisario, pienso que estos funcionarios ni llenaron, ni pensaron jamás seriamente llenar sus funciones. Testigos presenciales me han asegurado que cuando se dió la buena cuenta en metálico de que hablé poco antes, hubo jefe de division á quien se le entregaron los haberes de su cuerpo diciéndole «*lleve V. estas talegas de dinero; pague V. la tropa en los términos preveridos y vuelva V. lo que sobre.*» Por lo demas el general Lavalle distribuia por sus manos dinero á los que juzgaba justo preferir (1) mientras otros nada recibian.

Los agraciados poco aprovechaban por que el dinero que recibian iba por lo general á la carpeta: el juego era la diversion universal, y me han asegurado que se hizo distribucion de naipes á los cuerpos. No se crea que el general Lavalle obraba sin objeto, pues lo tenia y llegó á conseguir lo que se proponia, que era atraer á los correntinos, embriagándolos con una abundancia, con una licencia que no habian conocido para hacerlos pasar el Paraná sin que se acordasen de su tierra. Al mismo tiempo queria presentarse en las otras provincias como un caudillo popular y condescendiente, como un hombre en fin que era todo lo contrario del Lavalle de los años, 1828 y 29.

La distribucion de armamento, vestuario y raciones

---

(1) Conversábamos con el general Lavalle, el dia ante de mi viage á Corrientes y llegó un soldado á pedirle cuatro duros: el general llamó á su secretario Frias y le dijo: *dé Vd. á ese hombre una onza de oro.* Otro vino á pedirle un peso y me preguntó si tenia dinero en la faltriquera: cuando se lo ofrecí tomó dos que dió al soldado. No creo que esto fuese de todos los dias, y sí que quiso hacer ostentacion de generosidad y abundancia para que llevase esa impresion á Corrientes.

no era menos irregular, y hablando del primero diré que tuvo el ejército una abundancia nunca vista en los nuestros, tanto por el número de armas como por su superior calidad. Fuera de los subministros que hacia la Comisión Argentina de Montevideo, los franceses proveyeron con profusión. A nadie se hacia cargo por las armas que perdía, rompía ó tiraba; tal era la facilidad de conseguir las. Esto no necesita pruebas, pues se deja entender por sí mismo.

La distribucion de vestuarios se hacia de dos modos: alguna vez se le daban al jefe de division que los repartia bien ó mal segun se le antojaba, y otras muchas venian los cuerpos formados al cuartel general, donde el general en persona iba dando á cada soldado poncho, chaqueta, camisa &c. He oido mil veces celebrar como un acto de extraordinaria habilidad el fraude que hacian algunos soldados, retirándose de la fila despues que habian recibido un vestuario, para formarse en otro lugar á donde no habia llegado la distribucion para que se le diese otro: hubo alguno que obtuvo tres, cuatro ó mas vestuarios, logrando ademas los aplausos de sus gefes por este raro rasgo de ingenio.

Muchas veces se repartieron á la tropa efectos de ultramar finos, y particularmente á las mugeres á quienes se daba el gracioso nombre de *Patricias* y tuvieron su parte en ellos. Me han asegurado que se les distribuyeron pañuelos y medias de seda y otras cosas de esa clase (1) con la misma irregularidad que se hacia todo lo demas. Las mugeres son el cancer de nuestros ejércitos, pero un cán-

---

(1) No se crea que reproche todo lo que voy notando, pues mal podria reprobar algo de lo que yo mismo he creido conveniente hacer. Por ejemplo, recuerdo que he mandado distribuir en Corrientes una ó dos docenas de guitarras á los cuerpos para que bailasen de noche, pero sin que esto les impidiese el hacer sus ejercicios militares. Otra vez he mandado en Entre Rios como luego lo diré, distribuir á las mugeres un repuesto de sarasas y género blanco que habia en comisaría, guardando todo el orden que era posible. Protesto que tuve que hacerme la mayor violencia para es-

cer que es difícil cortar, principalmente en los compuestos de paisanage, despues de las tradiciones que nos han dejado los Artigas, los Ramirez y los Otorquez y que han continuado sus discipulos.

No eran asi seguramente los ejércitos que mandaba el general Belgrano y últimamente nos ha dado un ejemplo Urquiza que hizo su invasion en 1846 á Corrientes sin llevar en su ejército una sola muger. Esto le daba una gran economía en caballos, víveres y vestuarios al paso que facilitaba la movilidad y el órden en todas sus operaciones. El haberlo conseguido es una prueba de lo solidamente que estaba establecida su autoridad fundada en la costumbre de obedecerle por muchos años y apoyada en el terror que ha inspirado con sus castigos crueles y atroces. Además su campaña estaba calculada como de corta duracion y no le fué difícil persuadir que dejasen las mugeres en su campo del Arroyo Grande á donde no habian de tardar mucho en volver.

El general Lavalle habia hecho las campañas últimas de la Banda Oriental con Rivera, y alli habia visto el manejo de este caudillo que él á su vez queria aplicar al ejército que mandaba. De aqui venia esa tolerancia y aun consideracion con la clase mas prostituta de la sociedad, lo que es mas estraño para quien habia conocido los principios severos del general Lavalle: de aquí ese desgreño en las distribuciones; de aqui ese despilfarro en la administracion.

La distribucion de raciones participaba del mismo desórden que todo lo demas: la yerba y el tabaco se sacaba por tercios y sin cuenta ni razon. ¿Y la carneada? Se hacia á discrecion: no hay idea de tal desperdicio, ni será

---

ta singular distribucion, lo que no será difícil comprender á quien conozca mis principios, pero esto se hallaba establecido, tenia la sancion de la costumbre y no queria contrariarla. Lo que será digno de censura es el abuso, el exceso, el despilfarro. Por lo demas un general tiene que someterse á las circunstancias y sobre todo en cosas excepcionales.

Se imaginarse cuanto se perdía inútilmente. Baste decir que donde campaba el ejército, desaparecían como por encanto numerosos rebaños y se consumían sin aprovecharse rodeos enteros.

Fuera de los subministros de todo género que hizo la comisión argentina del producto de gratuitas erogaciones y de valiosos empréstitos que contrajo; fuera de lo que daban los franceses, el general Lavalle celebró contratos y contrajo empeños que montaban á sumas considerables. No se detenía en ofrecer y estoy persuadido que siguiendo el sistema de Rivera, se proponía ligar los hombres y hacerlos depender de él por la esperanza de que los tuviese presentes para los pagos. De esos contratos resultaron esos cárgamentos de efectos poco adecuados para un ejército que se distribuían á las chinás y que acaso tenían otros empleos aun menos justos sin que el general se apercibiese. Asombra oír á las personas instruidas de estos pormenores, que mucho que digan, es de creer que no diran todo.

En resúmen, los costos que hizo el ejército Libertador fueron ingentes, y es indudable que con una mejor administración hubieran podido sostenerse en la abundancia cuatro ejércitos como él. Sin embargo, debe tenerse presente que las circunstancias que rodeaban al general Lavalle eran extraordinarias, que todo era excepcional y salía de las reglas comunes. Sirva esto de descargo, añadiendo que su autoridad, al menos hasta que llegó á Corrientes era revolucionaria: entonces la legalizó, pero no entraba en los cálculos de él ni en el partido que sostenía el conservar esa dependencia que podía ser una traba.

Los que lo habían elevado hasta ponerlo al frente de la revolución, tenían un positivo interés en que su autoridad fuese anómala é irregular, para que después que hubiese servido á sus miras pudiesen cuando les conviniese derrocarla, y él naturalmente se creía mas espedito no teniendo traba alguna que lo embarazase. Ha sido muy frecuen-

te en nuestro país emplear á los militares como mero instrumento, teniendo buen cuidado de haber recaer sobre ellos todo lo odioso de las revoluciones y de las medidas violentas (1) que ellas traen, y reservándose en cuanto pueden los medios de romper cuando les plazca el instrumento de que se han servido.

Mucho se ha dicho de los provechos y sordidas especulaciones que hicieron algunos *exaltados patriotas* en Montevideo, tanto con los caudales que suministraron los franceses, como con el producto de las cuantiosas erogaciones y empréstitos que se contrajeron y cuyas obligaciones pesan aun sobre nuestro país, ó al menos sobre nuestro honor. Se ha asegurado que el Almirante Dupotet lo creía y lo decía así, y comb el otros, bien que en la universal corrupción de Montevideo esto no debiese causar gran escándalo. Lo admirable es que en este siglo de positivismo, cuando se han hecho sudar las prensas con asuntos insignificantes nadie haya tocado este; antes por el contrario se ha procurado hecharle tierra. Aun hay mas; jamas se ha tratado de exigir ni dar una cuenta, una razon, una satisfaccion cualquiera de la inversion de tan ingeniosos caudales. Entre nosotros han estado despues los Intendentes, los Comisarios, los que intervinieron en todos esos gastos y ni una palabra; ni una sola palabra que indicase la intencion de satisfacer al público y á sus propias obligaciones. Ya es tiempo de que volvamos á las operaciones del ejército.

El 18 como indiqué antes, estuve á visitar al general Lavalle que se conservaba á legua y media de Punta Gor-

---

(1) El Sr. Dr. D. José Gregorio Baigorri, canónigo y hombre conocido por sus talentos políticos en Córdoba, muy enlazado además con el partido unitario de Buenos Aires, me decia un dia hablando de la ejecucion del Sr. Dorrego que segun la expresion del general Lavalle, que la ordenó se habia hecho *por su orden*. "Ese ha sido un acto sublime, sublime; el mas sublime que he visto," y alzaba la voz progresivamente como para dar mayor fuerza á sus palabras. Quería el Sr. Dr. inducirme á que hiciese otro tanto.

da sin que Echagüe hiciese el menor movimiento, que á ser así, hubiera precipitado el nuestro. Varios gefes me saludaron en el ejército, pero en todos advertí una política forzada, una muy estudiada reserva: al que mas extraño fué al coronel Vilela á quien yo habia apreciado mas que por su mérito militar, por ser un buen sugeto. Se llegó á decir algo al general Lavalle y como no se fijase en mí, le dijo este, Coronel: salude V. al General Paz: entonces me estendió una mano de yelo, haciendo con muy poca gracia muchas inclinaciones de cabeza. La timidez y el mas marcado embarazo denotaba en sus acciones, lo que me probaba que temia disgustar á su gefe haciendo una demostracion mas de la que este podia desear: estoy seguro de que su corazon no participaba de esta frialdad, por que era un buen sugeto y solo tenia motivos de afeccion hácia mí.

No pasaré por alto lo que me dijo el general luego que se retiró. “Este es (me dijo) un excelente hombre, honrado, subordinado y sin pretensiones: cuando se suscita alguna disputa entre los gefes, (añadió en tono de risa) siempre fallo contra él aunque tenga la razon en su favor, por que sé que no ha de resentirse ni enojarse.

El coronel Vega que disfrutaba gran crédito dentro y fuera del ejército habia recibido una herida leve en el brazo en la batalla que acababa de darse y era objeto de particulares consideraciones. Al través de su genial moderacion y cultura se dejaba traslucir la conviccion que tenia de su importancia: me habló con urbanidad. Me encontré despues con un hermano del coronel á quien habia conocido antes de comerciante y que tampoco ahora era militar y me chocó el orgullo de que se hallaba poseido por el mérito de aquel, como si fuese suyo propio.

El coronel D. Pedro José Diaz estuvo mas amistoso ó por lo menos mas comunicativo. Me dijo que habian deseado y celebraban mi venida, pero que puesto el general Lavalle al frente del ejército y de la revolucion, eran obli-

gados á sostenerlo: que estaban ligados y que no podían menos de llenar su compromiso." Yo he venido, le contesté, resuelto á obrar en el mismo sentido, pero desde que ha podido abrigarse una duda de que yo pudiese pensar de otro modo, no debo quedar en el ejército, y por tanto pienso partir para Corrientes. Quiso combatir esta idea, pero en vano, por que la habia tomado irrevocablemente.

No quiero pasar en silencio un pequeño incidente que contribuye á hacer formar juicio de las cosas y de los hombres que figuraban. El general Lavalle que temia con justísima razon que le escaseasen los viveres en la navegacion habia prevenido del modo mas urgente al Sr. Carril que no se distrajese ni una sola galleta del repuesto que habia traído el Dr. Agüero y que se habia depositado en la goleta "Union" que nos servia de alojamiento. Un gefe segun la costumbre recibida, mandó un simple recado al Sr. Carril para que le remitiese un saco de galleta y este lo negó conforme con las órdenes que tenia. Aquel ciego de cólera prorrumpió en espresiones las mas insultantes y hasta en amenazas de separarse del ejército: el Dr. Agüero que lo supo, hizo que Balan, patron de la goleta le suministrase el saco de galleta pedido. Llegó esta noticia de Carril que reconvino á Balan, quien sin negar el hecho, dijo que esa galleta era de su propiedad y que habia querido hacer un regalo. El mal se remediò por el momento, dándose la enhorabuena interiormente el Dr. Agüero, pero ¿y la disciplina? Ah! mucho mas podria decir: mas para qué? ya es bastante.

El 19 estuvo el general Lavalle en Punta Gorda con todo el ejército, dejando solamente algunos puntos avanzados. Con este motivo y los indicios que se tomaron de que el enemigo se preparaba á aprovecharse de sus ventajas se apresuraron los preparativos, principalmente la pasada de ganado. Habia mucho sobre la costa, pero era casi imposible hacerlo pasar á nado: se tomó el espediente de maniatar las reses y hecharlas en los botes. Felizmen-



te había muchos, pues fuera de los que pertenecían á los buques de guerra, servían los de los mercantes. Hubo en ese dia largas conferencias con el comandante Penaud de la estacion francesa y debo creer que se allanaron las dificultades para el paso del ejército. Yo no fui llamado, ni quise por supuesto hacerme el conocido: la fria reserva del general Lavalle no se desmintió en un punto.

Restaba otra dificultad que era la repugnancia que podrian mostrar los correntinos y como medio de evitarla se quiso separar al general Ramirez que era el mas caracterizado entre sus comprovincianos. Se ideó el medio de darle una comision para Corrientes, haciéndole creer que el ejército se embarcaba no para pasar á la márgen derecha del Paraná, sino para descender este rio hasta para la Victoria, en donde tomaria tierra para continuar la guerra en Entre Rios. Que para esto se pedian nuevas fuerzas al gobierno de Corrientes, y que él era el encargado de conducir las. En este sentido se redactó una comunicacion y se le dió un lanchon guarnecido de 4 ó 6 hombres para que marchase cuanto antes, previniéndole que lo hiciese esa misma noche.

El viaje no era tan fácil, por cuanto tenia que pasar por frente á la Bajada y costear muchas leguas la rivera enemiga contra su corriente y sufriendo la contingencia de los vientos. Mas esto importaba, como el que Ramirez cayese ó no en poder de los federales, por cuanto lo único que se queria era deshacerse de él para que no influyese en sus paisanos y los disuadiese de pasar el Paraná. Ramirez partió por la noche, pero con asombro de todos y gran disgusto del general se presentó al otro dia diciendo que no habia marchado por falta de viento y que habia pasado la noche en una isla inmediata.

Se puso todo nuevamente en juego para persuadirlo y se arregló el viage para la noche próxima: mas veremos porque Ramirez era un tan incomodado personago. Ya se recordará que era el gefe de la division correntina que se

reunió al ejército en Alcaraz despues de la batalla de D. Cristoval, cuando el general Lavalle dejó atrincherada su infanteria para ir á recibirla. Traia órdenes reservadas de Ferré para oponerse á que el ejército de Corrientes pasase el Paraná sin éspreso consentimiento de su gobierno, y por mas que fuese el cuidado que él habia tenido de ocultarlas, se habian traslucido y se temia el efecto que podian hacer en los demas correntinos. ¡Vano temor! El general Rodriguez no lograba el menor crédito entre sus provincianos y si, un descrédito sumo que se habia procurado aumentar hasta el grado de un completo desprecio. Por otra parte, los correntinos estaban como embriagados con una abundancia que no habian conocido, con una licencia que los alhagaba, y con una perspectiva de gran importancia futura. Estaban tambien bajo las impresiones que les habia dejado la batalla que acababan de dar, y temiendo que el enemigo los arrinconase sobre el rio respectable que tenian á su espalda y los concluyese. El embarcarse, fuese para donde fuese era su único medio de salvacion y no podian menos de adoptarlo.

Se ha dicho sin fundamento que el general Lavalle preparó premeditadamente estos sucesos y hasta que se hizo batir para obligar á los correntinos á que pasasen, pero no lo creo, porque es un absurdo esponerse á perderlo todo con la esperanza de lograr una parte de su plan, y porque el acto mismo tiene mucho de inmóral, para que se lo atribuyamos á un hombre de los mejores principios. Que el general Lavalle hubiese alguna vez consentido en pasar el Paraná burlando los deseos del gobernador Ferré, se comprende muy bien, pero que espusiese todo su ejército, hiciese correr sangre, sacrificase su reputacion militar, es lo que no se puede concebir ni esplicar. Mejor le era destruir a Echagüe y aprovechando los momentos de embriaguez que siguen á la victoria, pasar el Paraná con su ejército triunfante. Es pues una vulgaridad que no dejó de tener aceptacion entre muchos y en el ánimo de Ferré mismo,

el decir que el general Lavalte cedió premeditadamente el laurel de la victoria: lo que hubo fué que supo aprovecharse y lo hizo con habilidad, para lograr su objeto favorito de las circunstancias que le ofreció su mismo revers. Como muestra de que esta fué la opinion recibida, recuerdo que oi decir á personas instruidas que el desaire que habian sufrido nuestras armas era feliz, pues que proporcionaba la ocasion de llevar la guerra al teatro en donde verdaderamenté debia decidirse la cuestjon.

Mas tarde yo no pude pasar á los correntinos á la ribera derecha del Parana, sin embargo de que habia ganado una esplendida victoria, pero entonces todo habia variado, como esplicaré despues.

El general Ramirez vino á hablarme en privado, para manifestarme bajo mil sacramentos las órdenes que tenia de su gobierno, y mis consejos no podian ser en el sentido de que causasen un escándalo. El Sr. Penaud quiso tambien saber lo que yo pensaba sobre la pasada del ejército, y tampoco dije cosa que pudiese entorpecerla. En el estado á que habian llegado las cosas, era lo mejor que podia hacerse, pero deseaba que se hubiese procedido con mas franqueza, y diré tambien con mas lealtad con el gobierno de Corrientes que nada podia estorbar. Fué una especie de perfidia inútil: que digo inútil! perjudicialísima. A veces creo que se quiso satisfacer una pueril venganza poniendo en ridículo al crédulo magistrado. Puede muy bien, que aunque hubiese vencido el general Lavalte hubiese puesto como lo hizo el año siguiente 1842, obstáculos á que el ejército prosiguiese su victoriosa campaña, mas esto no disculpa actos irregulares y de una perfecta inutilidad.

Cuando Ramirez se presentó en la mañana del 20 se le reprochó su inobediencia y su cobardía, sin dejar el empeño de persuadirlo á que lo verificase en la noche inmediata: mas al dia siguiente volvió á aparecerse bajo el pretesto ó la razon de que el buque frances que estaba en frente á la Bajada habiéndose retirado, su viaje era en es-

tremo aventurado. Lo mismo sucedió las demás noches siguientes, en que salía para volver á la mañana con una relacion bien ó mal forjada. El hecho es que permaneció hasta el 23, que marchó el convoy en que yo fui, de modo que principiámos nuestro viaje juntos.

Yo llevaba otra comunicacion del general Lavalle en que se avisaba á Ferré de haber dejado el ejército la provincia de Entre Rios y que yo iba á proveer á la defensa de la de Corrientes. Esto era falso, porque nadie me habia destinado, pero al fin era hablar francamente sobre el nuevo destino del ejército, y prevenia al gobierno que tomase medidas de defensa á virtud de quedar completamente descubierta su provincia. Mas, dado este paso que era el que desde el principio debió haberse dado ¿á qué dejar en poder de Ramirez el oficio embustero en que se decia que solo se pensaba en bajar el Paraná para desembarcar en el pueblo de la Victoria (1) y continuar la guerra en Entre Rios? ¿á qué fin pedirle nuevas tropas en la misma nota, sino para que pareciese mas patente el engaño? Lo natural era haber recojido la nota que se habia entregado al general Ramirez y atenerse á lo que decia en la segunda. Se hubiera evitado la terrible contradiccion que revelaban ambos y de que se dió por gravemente ofendido el gobierno de Corrientes. Despues he juzgado que en esto no hubo deliberada intencion sino olvido, descuido, abandono, de que no culpo al general Lavalle, á quien rodeaban inmensas atenciones de otro género, sino á los que lo acompañaban. El olvido de que me ocupó fué tan grosero que en la segunda nota ni se hacia mérito de la primera.

Relativamente á la mision del general Ramirez tuve una discusion con el Sr. Carril y como le merecia confianza le hable con mucha claridad. Se hacia ostentacion aun en los asuntos mas serios de un aire de pillería el mas chocan-

---

(1) Pueblo del Entre Rios algunas leguas abajo de Punta-Gorda.

te y el mas mal colocado: el mismo general Lavalle, cuyo carácter leal y franco debia alejarlo de un proceder tan impropio, se habia dejado arrastrar de esa manía; si hablaba con una persona, por respetable que fuese, luego que daba la espalda se hacia de ojo con alguno ó algunos de su confianza como si temiese que ellos se alarmasen de los cumplidos que acababa de hacer: á su ejemplo los otros llevaban la burla por su cuenta hasta donde podian ó querian. En el asunto Ramirez, fué tanto el ridículo de que se colmó á este, que le dije á Carril. ¿Por qué no alejan á éste hombre sin añadir el insulto á la mentira? ¿Por qué obran Vds. de un modo tan indigno? A la palabra indigno, se formalizó Carril, quiso dar algunas esplicaciones y termino la conversacion muy friamente.

El 20 por la tarde ya se dejò sentir el enemigo, pero con una prudencia y lentitud admirables. Cuando le convenia precipitar su marcha y atacar bruscamente aun cuando mas no fuese, daba un paso y se paraba, de modo que tardó cinco dias cumplidos en andar seis leguas. Se pensó ya seriamente en transportar el personal del ejército á la isla, pero era preciso aun contar para esto con la circunspecta voluntad de Echagüe: él la tuvo y dió el tiempo necesario. El general Lavalle me dijo en un arrebato de satisfaccion "*Es preciso que levantemos un monumento de oro al general enemigo que tan generosamente contribuye á que nos salvemos.*" No sé si alguna vez hizo Rosas cargos á Echagüe, que bien los merecia. Sin su negativa, cooperacion no hubiera sufrido Rosas la importuna visita que hizo el general Lavalle á la provincia de Buenos Aires.

Al anochecer empezaron á pasar los primeros cuerpos, empleándose para ello todas las lanchas de los buques mercantes y de guerra. La operacion era trabajosa porque la rápida corriente del rio llevaba muy abajo las embarcaciones de modo que cuando habian llegado á la ribera opuesta, tenian que tomar mucha altura para volverlo á atravesar. En la noche trabajaron los marinos con incan-

sable tezon: vino la mañana del 22 y la operación no estaba concluida. Echagüe que estaba campado á poco mas de una legua no se presentó en las alturas sino pasado medio día. Ya para él no era tiempo: todo lo nuestro estaba en salvo á excepcion de los que ocupaban la batería y algunos pocos mas. Esta rompió sus fuegos y volvió á detener el movimiento ofensivo de Echagüe, dando tiempo á que pasasen los restos que quedaban. Cuando fué tiempo, se clavarón tres ó cuatro carronadas que la guarnecian y se abandonó la batería. Todavía tardaron en ocuparla, pues no fué sino con la mayor timidez y precaucion que vimos llegar los primeros hombres del enemigo al caer la tarde.

Lo único que hizo Echagüe, no para impedir sino para incomodar el embarque fué situar dos cañones en una altura que dominaba el puerto y quedaba sobre la costa rio abajo de la batería. Estos cañones rompieron sus fuegos, pero al momento se abocaron como 20 ó 30 de la artilleria francesa que tenían sus buques y desmontaron un cañon, retirándose los demas, mas que de prisa. Sin embargo nos mataron un hombre, único que perdimos en la jornada y fué el podre Calixto, aquel oficial de que hablé antes en el buque que condujo al Dr. D. Julian Segundo de Agüero.

La tropa de Echagüe no se atrevió á presentarse á cara descubierta porque apenas aparecia en las quiebras del terreno una partida ó un hombre solo que fuese, partian sobre él 40 ó 50 proyectiles que lanzaban los buques de guerra. Era pintoresco el golpe de vista que presentaba el hermoso Paraná que dividido en aquel punto por una gran isla, solo tiene de ancho el canal como 1200 ó 1500 varas. En primera línea se presentaban seis buques de guerra que vomitaban fuego y trás de ellos cerca de 50 buques mayores mercantes que eran como los espectadores de aquel drama: entretanto multitud de embarcaciones menores surcaban rápidamente las aguas, moviendo sus remos con extraordina-

en celeridad, ya para poner en salvo los hombres que quedaban, ya para volver á buscar otros. A las cinco de la tarde todo estaba concluido y silencioso: no se veía un enemigo en la costa que acababamos de dejar, pero tampoco uno nuestro se atrevía á poner el pié en ella.

Luego que anocheció se notaron luces en la batería y fácilmente se comprendió que el enemigo la rehabilitaba para servirse de ella contra nosotros. Los buques de guerra se retiraron hasta salir de su alcance y lo mismo hicieron los mercantes, subiendo unos, bajando otros el Paraná, pero quedando á la vista y con fácil comunicacion por la isla que tenemos muy inmediata.

El general Lavalle estuvo abordo de la goleta Union en la mañana del 21 y allí tuvimos ocasion de conversar un rato. El, que cuando le hablé de mi pensamiento de ir á Corrientes lo desechó decididamente, lo propuso ese dia manifestando su aprobacion. "He pensado, me dijo, en su ida á Corrientes y no me parece mal, ademas de que algunos gefes correntinos me la han pedido, para que V. trabaje en poner aquello en estado de defensa por si Echagüe quiere invadir." "Celebro mucho, le contesté, que estemos de acuerdo y espero que seré mas útil que lo seria en el ejército." Ignoro si me hablaba el general con sinceridad y tengo motivo de dudarlo, por que despues se contradijo. Ademas, pudo creer que mi propuesta de ir á Corrientes tampoco era sincera y quiso prestarse aparentemente á ella para probarme. Todo puede ser, por que á lo que sospecho aquellos hombres creian sin duda que yo habia ido á mendigar una posicion cualquiera, y no podian persuadirse que renunciase á la brillante perspectiva que se ofrecia á sus ojos y al altísimo honor de pertenecer al ejército libertador, aun que fuese en una mala cala indigna de mis antecedentes.

El 22 era la isla un caos, un laberinto, una confusion completa. Conforme el dia antes llegaban las lanchas, desembarcaban la gente y esta se acomodaba donde le

placia: de consiguiente no habia divisiones, ni escuadrones, ni compañías. Cuando se trató de medio arreglar los cuerpos, se tocaron las dificultades que trae el desorden: no fué sino con mucho trabajo que pudo conseguirse un semi-arreglo.

Ese dia (el 22) volví à hablar al general de mi riage á Corrientes que él habia aprobado espontáneamente el dia antes, y con gran sorpresa mia lo hallé no solo de diferente opinion, sino hasta resentido por que queria dejar el ejército. “En Corrientes nada hay que hacer, me dijo, pues que Echagüe queda imposibilitado de mover su ejército por falta de caballos durante tres meses, y en este tiempo, ó he sucumbido ó he salido, vencedor. Si lo primero, nada hará V. con el poder que pueda formar por que será insuficiente y todo estará perdido: si lo segundo, es decir, si triunfo, una simple carta de intimacion bastará para arredrar á Echagüe. Lo mas que puede hacer este, continuó, durante estos tres meses es mandar á Cabral (1) con 300 hombres que incomoden la frontera y ya V. vé que esta es bien poca cosa. Amigo, concluyo, aqui está la patria, y V. se desentiende de lo principal para ocuparse de lo accesorio.” Tuve que volver á decirle que mis servicios no podian ser de utilidad en el ejército, que cualquier arreglo que se emprendiese seria inoportuno y perjudicial en las circunstancias; que era preciso que las cosas siguiesen como habian empezado: que el ejército era valiente y decidido; que estaba entusiasmado y que podia esperarse mucho de estas disposiciones, pero que pensar en modificarlas de pronto era esponerlo todo. Le repetí que lo que él habia hecho era mucho y que merecia hasta mi admiracion, pero que yo no podia servir con provecho en ese orden de cosas.

Y todo esto lo decia con sinceridad, por que el ejérci-

---

(1) Cabral era un gefe correntino al servicio de Echagüe, que tenia su nombradía como partidario y á quien empleaba en la vanguardia en sus invasiones á Corrientes.



te era realmente valiente, decidido y entusiasta: por que el general Lavalle habia hecho lo que yo no soy capaz de hacer; que es mandar tropas irregulares (1) y por que meterme á reformador era tentar una empresa casi imposible en las circunstancias.

Al dia siguiente daba la vela el convoy y el tiempo urgente tuvo que volver á ver esa noche al general para decirle que algunos gefes cuya falta no era sensible en el ejército deseaban acompañarme á Corrientes. “Que se vayan los que quieran, dijo, pero sin mi licencia, porque no la daré.” “General, repuse yo, ni ellos se irán sin aquella, ni yo los aceptaré sin este requisito, mas {no hay un motivo racional para que V. lo rehuse. Los gefes de que hablo no mandan fuerza, si se exceptua el comandante Chenaut que manda el escuadron “Mayo”: andan sueltos, sin destino y sin prestar servicio alguno.” Luego que supo que los gefes en cuestion eran ademas del comandante Chenaut, los coroneles Ramayo y Olleros y el comandante Canedo y que reflexionó sobre lo que acaba de decirle, se tranquilizó y consintió en su marcha, pero siempre inculcando en que se desatendia el objeto principal y como reservándose hacerles á su tiempo los debidos cargos.

A poco rato de haberme retirado se presentó el comandante Chenaut á hacerle saber su resolucion de ir á Corrientes supuesto su beneplácito, segun yo le acababa de asegurar. El general que se hallaba conversando con el señor Carril lo recibió con un aire glacial y lo despidió diciéndole que no se oponia á su viage; mas apenas volvió la espalda se cambiaron con el señor Carril gestos y

---

[1] Supe de muy buen origen que cuando en el interior de la República supo el general Lavalle que yo habia organizado un ejército regular en Corrientes, un año despues que nos hubimos separado, dijo: “Yo sé que el general Paz formará un ejército muy disciplinado, pero nunca será un caudillo como yo.” Si fué un desahogo lo dispenso en obsequio de la verdad de estas expresiones. Jamás seré ni podré ser un caudillo. Como militar de orden puedo servir de algo: como caudillo nada.

señas tan despreciativas é ironicas que no se consultaron á los soldados de la guardia que eran del escuadrón Mayo! y que rodeaban la tienda del general. Al momento fueron á referir á su comandante lo que habian visto y este despues de diez años conserva un amargo recuerdo de lance tan desagradable. No dejaré de decir que hablando conmigo esa misma noche y preguntando al general del motivo del coronel Olleros tan tristemente célebre por su segunda defeccion en Montevideo, me dijo: «No conozco á fondo al coronel Olleros, pero puede juzgarse de su valor por lo que sucedió hace seis dias en la batalla del Sauce Grande: Se me presentó en el acto de ella á pedirme colocacion en el escuadrón Mayo, que como V. no ignora es un cuerpo de ostentacion, cuando yo creia que queria batirse en las filas de la infanteria que es su arma?» Entonces fué que hizo aquella grave reflexion sobre el cuerpo que mandaba Chénaut en la batalla del Rodco de Chacón, de que hice antes referencia.

Como el general Lavalle me hubiese dicho que algunos gefes correntinos se interesaban en que yo fuese á su provincia y me hubiese nombrado al comandante Abalós (hoy general) le pregunté á éste los motivos que tenia para desear mi viage á su pais, y me contestó: «que era porque estaba enteramente indefenso y que yo podría utilizar el patriotismo y los pocos elementos que quedaban para resistir á Echagüe, si como era probable se dirigia sobre ella.» Como yo le referí lo que el general Lavalle me había dicho de que durante tres meses, cuando mas el comandante Cabral podia presentarse en las fronteras; me contestó: «Pues señor general, basta el comandante Cabral con 200 ó 300 hombres para trastornar el orden existente en Corrientes, porque queda la provincia enteramente indefensa y abandonada.»

Me habló con sinceridad el general Lavalle, cuando me daba seguridades de que Echagüe no podia invadir en tres meses durante los cuales él habria decidido la

question en Buenos Aires, cuya decision siendo feliz, bastaba una simple nota de intimacion para concluir con el escudillo de Entre-Rios. Pienso que si, porque la exaltacion de las ideas espica estas aberraciones. En cuanto á la invasion de Echagüe se falsificó completamente su cálculo, pues en los últimos dias de Agosto ya estuvo su vanguardia en el territorio de Corrientes y muy luego Echagüe mismo con el cuerpo principal de su ejército, y en cuanto á que triunfando en Buenos Aires estaba todo concluido como olvidaba el general Lavalle la historia de nuestras guerras civiles, en que el Gobierno Nacional contando con todos los recursos de la República, no pudo sojuzgar Entre-Rios, ni aun la provincia de Santa-Fé?

Nada debo decir en cuanto á la caárcada inutilidad de mi viaje á Corrientes: los hechos han hablado bien elocuentemente para que necesité añadir una palabra. Un presentimiento triste y profundo me advertía que la causa necesitaria de ambos esfuerzos y que la provincia de Corrientes, debia aun hacer más sacrificios. Ojalá que el general Lavalle se hubiese penetrado de esto y ayudando francamente mis designios me hubiese dejado llevar algunos gefes y oficiales más, y me hubiera auxiliado con algunas armas, municiones y otros recursos que se malbarataban sin utilidad de la causa y sin provecho de los consumidores. Ojalá me hubiera suministrado algo de los desperdicios de sus soldados. Pero nada hizo, antes manifestó las disposiciones contrarias y me dejó partir sin mas repuesto que unos 200 fusiles enteramente inútiles, amontonados materialmente en la bodega de un buque y quince barrilitos de pólvora mojada que no sirvió ni para ejercicios. Esto mismo estuvo fuera de la intencion del general, pues el señor Carril me dijo que era obra suya.

Para comprender bien el tamaño de este in calificable proceder, debe advertirse que el ejército libertador tenia cuantiosos repuestos de armas de toda clase, de municiones, de vestuarios, de efectos de valor, de yer-

ba, de tabaco, monturas y que de todo abundaba hasta la superfluidad. Allí mismo en la isla presencié distribuciones las mas irregulares, de que resultaba que simples soldados tenian dos, tres ó cuatro ponchos de paño. En el convoy que iba á Corrientes mandaban á sus familias gruesas encomiendas de lo que les sobraba, y solamente para los que me acompañaron se manifestó una mezquindad que rayaba en ridícula.

Respeto mucho al General Lavalle y por nada de este mundo me permitiría ofender su memoria; pero me es forzoso decir que esta vez se dejó sorprender de un sentimiento de emulacion que no era natural á la elevacion de su espíritu y al vigor de su carácter. Quizá sugestiones extrañas lo crearon y lo alimentaron, quedándome ahora la satisfaccion de que despues conoció su error, é hizo cumplida justicia á la pureza de mis intenciones (1).

El general Lavalle no podia ser enemigo mio, y al contrario no tenia sino motivos de amistad política y particular. Una queja infundada y ligera que habia alegado sin duda para disculpar su cambio, no podia influir en lo sustancial de nuestras relaciones. Mis victorias en el interior al mismo tiempo que él era desgraciado en Buenos Aires, podian haber exitado su emulacion. Este sentimiento duraba aun, y sin descarme positivamente mal, no queria que yo figurase en una escala superior. Creo no equivocarme al decir que ni el General Lavalle mismo se comprendia en lo que sentia con respecto á mi. La amistad antigua que

---

(1) Me dió una prueba de esto, cuando catorce meses despues que hubo sufrido los revces del Quebracho y Famailla y cuatro dias antes de su muerte, me escribió dos cartas, notable una de ellas por su estension, por sus detalles y por sus confianzas. Es una parte circunstanciado de las operaciones de la campaña. En esos momentos de desengaño, en que han desaparecido las ilusiones, se acordó del amigo, del hombre honrado, del patriota sincero que habia conocido, y quiso satisfacerlo dándole una prueba que no dió á otro ninguno porque de nadie mas se acordó. Solo una carta vino ademas para su señora y adviértase que yo no habia escrito ninguna.

habíamos cultivado estaba en lucha con sensaciones de otro género, de que por desgracia no está libre la triste humanidad. Ni él sabía distintamente lo que había de pensar y desear sobre mi separación del ejército y viage á Corrientes. Estoy tentado en creer que quería que lo acompañase, pero desempeñando un rol imaginario. Conocía que podía ser de utilidad mi presencia en las provincias y alguna vez en el ejército, pero luego venían otras consideraciones á debilitar esos deseos. Recuerdo que una vez me dijo para disuadirme de mi viage á Corrientes. "Cuando estemos en la campaña de Buenos Aires, yo tomaré una parte del ejército, Vd. tomará otra y maniobramos convenientemente. Vanas palabras: impresiones fugaces á que dí muy poco sentido.

En la mañana del 23, se me empezaron á presentar varios oficiales correntinos con pasaporte para Corrientes, lo que me sorprendió en extremo porque no tenía antecedente de esta medida. Luego se ha hecho mérito de ella, para probar que se pensó efectivamente en la defensa de dicha provincia, pero nada es mas falso. Bien sabido es, que los oficiales correntinos con poquísimas excepciones eran bisoños y que si se les necesitaba era para que con su influjo contuviesen la desercion de sus comprovincianos. Como la tropa habia disminuido mucho, habia oficiales demas y ahora que estaba el Paraná de por medio eran menos precisos. Algunos gefes representaron al general que aquellos oficiales tan lejos de serles útiles, les eran perjudicialísimos por su ineptitud y por cierto descontento que se les notaba: se agarró pues por los cabellos para descartarse de ellos y se les dió pasaporte en número de cuarenta mas ó menos. Entre ellos iban los comandantes Pucheta, Montenegro y Sanchez, cuyos escuadrones se dieron á otros gefes, mas afortunados ó mas idóneos.

Por última vez ví al General Lavalle en la mañana de este dia (23) y su descontento por mi viage rayaba en una especie de despecho. Le pedí unas pocas reses para esos

mismos oficiales que él mandaba, porque los buques á penas llevaban los víveres precisos para las tripulaciones, y me contestó "que no había carne sino para los que quedaban á seguir la campaña." Volvió otra vez á decir, que la patria estaba en el ejército y que yo la abandonaba. ¿Para que responder á esto? Me despedí y me retiré mal contento.

Se habían logrado pasar á la isla como 800 cabezas de ganado vacuno y como 300 caballos, casi todos de gefes y oficiales. El ganado no era mucho para surtir de víveres la expedición durante el tiempo que podía demorar en la navegación, principalmente si se atiende al desorden de las distribuciones, pero el de los caballos era insuficiente para expedicionar por tierra. Sin embargo, el día antes se había montado la división del comandante Saavedra y se le destinó á una operación sobre Coronda, cuyo resultado fué ninguno. Se pensó en otro golpe sobre el Rincon de Santa Fé en donde según se aseguraba había inteligencias y tampoco tuvo efecto. No quedó mas que hacer embarcar dos días después todo el ejército y descender el Paraná.

Antes de ocuparme de mi navegación á Corrientes; quiero decir alguna cosa de la batalla del Sauce Grande, que dió tanto que hablar entonces y que hasta ahora no se concibe bien.

El Sauce Grande es un arroyo poco caudaloso que corre por un terreno incidentado de lomas y bajios alternativamente. Como es consiguiente, á los costados del arroyo y de trecho en trecho hay bajios y zanjas por donde vienen las aluviones causadas por las lluvias á traer el tributo de sus aguas. Las lomas que quedan entre estos bajios son llamadas *cuchillas*, y en una de ellas estaba situado Echagüe con su ejército, cuando tuvo lugar la acción que voy á describir. Adviértase que en verano que es tiempo de seca las zanjas están secas y se puede transitar libremente; pero en invierno que vienen las lluvias,

no han asegurado que se ponca fangosas y hasta cierto punto intransitables.

Por la esplicacion que acabo de hacer se advertirá que Echagüe tenia tres frentes de su campo defendidos por el arroyo y los bagios, pero que uno estaba descubier- to completamente. Este no bajaria de 600 á 800 varas de estension, con la particularidad que tomándolo como pun- to de ataque á la posición de Echagüe, no solo no hay obstáculo, sino que lo favorece un declive descendiente muy suave.

La primera posicion del general Lavalle, era oblicua respecto de la de Echagüe, habiendo colocado su ejército en las nacientes del bagio que cubria la izquierda de la de Echagüe : de allí fué que avanzando un poco sus piezas de artillería cañoneó la tarde antes al enemigo ; mas fue- se porque la distancia era mucha, sea por poca destreza de los artilleros, sea en fin porque el enemigo se cubria en algunas quiebras del terreno, el efecto fué muy poco y no tengo noticias de otra pérdida que la de las narices del comandante de la artillería federal que se las llevó una estilla de madera arrancada por una bala unitaria.

En esa tarde (la del 15) hizo el general una junta de guerra, á que asistieron sus principales comandantes, quienes unánimemente opinaron por la batalla. Creo que algo se habló del plan que mereció entera aprobacion. En esas circunstancias fué que se tuvo noticia de mi lle- gada á Punta-Gorda, que se consideró por tan inútil como innecesaria.

Sin duda el general pensaba haber atacado al enemi- go á la madrugada, pero la densa niebla que cubria la atmósfera, le persuadió diferirlo hasta que aclarase. Esto sucedió cerca de medio dia, hora en que principiaron los movimientos preparativos del combate. Estos consistieron en dos ataques desligados enteramente uno de otro y di- rigidos oblicuamente sobre los flancos, ó mejor diremos sobre los extremos de la posicion enemiga.

El de la izquierda que debía atacar la derecha de Echagüe era compuesto de tres divisiones de caballería que hacían los  $\frac{2}{3}$  de esta arma y que podían montar á 2000 hombres. Eran las divisiones Ramirez, Vega y Torres ; mas lo singular es que esta gruesa columna no llevaba gefe alguno, y que las de las divisiones mandaban las suyas sin mas dependencia que la del general en gefe; que no estaba allí, ni podia ver el ataque, ni providenciar cosa alguna. Asi sucedió que los gefes divisionarios obraron á su arbitrio, y luego se descargaban los unos con los otros, sin que pudiese hacerse responsable á ninguno.

¿Por qué el general Lavalle no consintió que yo fuese? Quizá colocado al frente de esa importante columna, le hubiera dado mejor direccion y hubiéramos triunfado. No necesito mucha jactancia para pensar así, pues que cualquier cosa, hasta la presencia de un poste que se llamase gefe de la columna y á quien obedeciesen los gefes de las divisiones, era menos malo que mandarlas independientes entre sí, y que no queria dar el mando á uno de los gefes de ellas. Todos se resentían del plan sistemático que se habia adoptado de quitar las gerarquías militares y dejar la influencia inmediata del general en todas las clases.

Antes de medio dia se separó esta columna y haciendo un gran rodeo para no ser notada del enemigo como lo consiguió, fué á situarse sobre su derecha. Calculado que se hubo el tiempo de su arribo se movió el otro ataque que se componia del batallon de infantería correntina, aumentado con 100 hombres reclutados en Montevideo; por todo 450 ó 500 hombres. Este se dirigió sobre la infantería enemiga por una diagonal, pues estauo á la izquierda de aquella, debió por consecuencia llevar esa direccion. Parece que el fin del general Lavalle fué llamar vigorosamente la atencion del enemigo por el frente, mientras la caballería lo envolvía por su derecha.

Nuestra infantería que seria la mitad de la enemiga, á pesar de ser compuesta de reclutas, marchó valerosa-



mente hasta aproximarse á medio tiro de fusil de la contraria, de donde acribillada por la metralla tuvo que retroceder á su primera posicion, habiendo perdido entre muertos y heridos un tercio de su fuerza. Es admirable que el enemigo no la persiguiese, ni diese un paso adelante para aprovechar su ventaja: es fuera de duda que si lo hace era concluido el ejército del general La valle.

La caballeria cargó á su vez, y casi al mismo tiempo á la derecha enemiga que consistia en la division del general D. Servando Gomez. Despues de esfuerzos parciales y aislados se retiró nuestra caballeria en dispersion, sufriendo apenas una persecucion insignificante. Lo célebre es que la mayor parte de la caballeria de Echagüe se huyó del campo de batalla sin ser batida, al solo amago de nuestro ejército, lo que prueba la desmoralizacion de aquel: el mismo general huyó del campo y fué á parar en la Bajada, no siendo sino á la madrugada siguiente que volvió á su campo.

Se me figura que eran dos enfermos que se debaten, cuyos esfuerzos son contrariados por las distintas dolencias que los aquejan. El uno un ético cuya debilidad le permite apenas mover las manos y ponerse en pié: el otro un febricitante cuya exaltacion misma traba y entorpece sus movimientos. El ejército de Echagüe se consumia de miseria y desaliento: el del general Lavalle no era mas fuerte nadando en la abundancia y rebosando de bullicioso entusiasmo, por que el desórden lo enervaba, é inutilizaba aquellas ventajas. No hallo otro modo de explicar lo que me han dicho personas que estaban en el ejército de Echagüe, de que estuvo en el mayor peligro, y que si los ataques del nuestro, por lo menos el de la caballeria es mejor dirigido y mas sostenido, estaba aquel concluido; y lo que todos saben del nuestro, que si Echagüe se mueve; si simplemente se mueve despues de rechazada nuestra infanteria, estaba sin remision concluido el nuestro.

Nada de esto hubo y el general Lavalle, luego que la

infantería rechazada y en desorden volvió á su primera posicion lo reorganizó, haciendo entretanto para distraer al enemigo un amago por la retaguardia de su extrema izquierda con la division del coronel Vilela que habia conservado cerca de sí. Este movimiento fué útil, por que sin duda contribuyó á mantener en respeto al enemigo, de modo que le dió tiempo de completar sus preparativos de retirada que emprendió al anochecer.

No hay duda en que la posicion de Echagüe era buena y apropiada para la defensiva, pero habiéndola oido exagerar hasta compararla á una fortaleza, tuve los mayores deseos de examinarla personalmente. Lo conseguí el año 1842, cuando ocupé la Bajada á consecuencia de la batalla de Caaguazú: de allí he sacado los conocimientos que transmito en esta memoria sobre la posicion. Entonces ví que el frente de ella no presentaba obstáculo alguno en la extension de mas de 600 varas. Por allí podia cargar con facilidad nuestra caballería, pero hubiera estado espuesta al fuego de la infantería y artillería, lo que se queria evitar. Recuerdo que cuando visitaba el campo, me acompañaba el coronel D. Juan Camelino que se halló en la batalla y cuando yo observaba que por alguna parte podia haber penetrado sin obstáculo nuestra caballería, me contestaba "*es que habia infanteria.*" Lo decia esto con tanta seguridad que probaba la conviccion en que estaba de que la caballería jamás puede ni debe lidiar con la otra arma. El asunto no merecia tratarse seriamente y me contenté con preguntarle si la caballería del ejército libertador tenia á su favor alguna *Bula del Papa* que la dispensase de cargar infanteria aun que el caso lo requiriese. El, y todos los circunstantes echaron á reir y se acabó la discusion. Ella sin embargo prueba las ideas que se tienen generalmente y el atraso y deficiencia de esa caballería de poca disciplina como la de milicia. Volviendo á la batalla del Sauce Grande, diré que me parece que el ataque de la infanteria fué poco sostenido, y

que un cuerpo de caballería pudo cooperar muy bien con ella, aprovechando el buen terreno que se dejó para ir á buscar otro poco adecuado.

Las pérdidas de ambas partes fueron pocas y esas más bien en escaramuzas parciales que en cargas propiamente dichas, excepto el ataque de la infantería. Toda nuestra caballería se quejaba de la mala calidad del terreno, de sus desigualdades, sus fangales etc. Pero debieron advertir que esas desventajas eran recíprocas, pues que también se oponían á los progresos de la enemiga. Si esta era una razón para no haber triunfado completamente, nunca puede ser una disculpa para haberse dispersado y dejado en gran parte el campo de batalla.

Concluiré esta descripción advirtiéndole que la desventaja de los caballos que tantas veces ha servido para disculpar reveses y aun para paliar derrotas, estuvo esta vez en contra de los enemigos cuyos caballos eran flacos y ruines. Como que el general Lavalle era superior en caballería y batía la campaña, tenía los mejores á pesar del terrible consumo que se hacía de ellos. Confirmaré esto por lo que me dijo el general Lavalle, que Echagüe no podía moverse antes de tres ó mas meses por falta de ellos.

Antes de dejar Punta Gorda, diré una palabra mas de mi compañero de viaje el Dr. Agüero. No lo abandonó su esquisita reserva, y aun en el asunto de mi separación del ejército, é iba á Corrientes, no abrió los labios ni manifestó su opinion. No así el Sr. Carril que la combatió con todo el poder de su elocuencia y pienso que con toda la sinceridad de su alma. Haré mención de una de sus reflexiones y de las razones que con este motivo se cruzaron.

Cuando me alegaba la utilidad de mi presencia en el interior de la República y le rebatía esta idea, le decía: ¿Qué voy á decir á esos pueblos? ¿Qué les vamos á llevar? Me dice V. mismo que nada se piensa sobre constitucion,

orden, arreglos equitativos y mejoras de abusos. ¿Qué pues es lo que vamos á ofrecer? Libertad, libertad y mas libertad, me contestaba. Y cuando le observaba que esa palabra libertad, sin ir apoyada en esperanzas positivas de un orden constitucional era una palabra vana y que nada significaba, porque los pueblos no eran tan necios que esperasen que podia haber libertad y orden sin instituciones, me decia: "Tiene V. razon, pues no hay mas que hacer que gritar libertad hasta destruir el tirano, y luego volveremos á las *Amdadas* (1). Yo, añadió, combato á Rosas porque no me deja vivir en parte alguna. Salí de mi pais huyendo de él, me establecí en la Banda Oriental, y allí me persigue; pues le contesto á la guerra que me hace, haciéndosela yo."

Cuando le pedí esplicaciones sobre la contradiccion que notaba entre el empeño que tuvieron en llamarme al ejército y la indiferencia despues que llegué á él, me contestó: "Todos lo hemos deseado á V. sinceramente, y hasta el Dr. Agüero me ha dicho que aun cuando su viage no hubiera producido otra ventaja que la de traer á V. al ejército, lo da por bien empleado." Repuse que eso no esplicaba el enigma, y concluyó con asegurarme que no sabia mas que decirme. Sabia sin duda mucho mas que decirme, pero no era tiempo de llevar á tanto la confianza.

No dejaré tampoco de decir una atencion que merecía al Dr. Agüero. El tedio me habia dominado enteramente en Punta Gorda y solo aspiraba á salir cuanto antes de allí: por esa razon habia retirádome de todo negocio que no fuese mi viage, y aun habia cerrado toda relacion. Sa-

---

(1) Tan no me engañaba en mi modo de pensar, que casi á ese mismo tiempo, los pueblos del interior y Corrientes, cambiaron el lema de *¡Viva la Federacion!* de las notas oficiales en el de *Patria, Libertad, Constitucion!* la una y *Dios y Constitucion!* las otras. Mas los unitarios de Montevideo se mostraban en la palabra *Constitucion* tan enemigos como el mismo Rosas. Ahora á las cansadas, cuando quizá no es tiempo, empiezan á clamar por *Organizacion Nacional*. Ojalá les crean.

bia que un buque de guerra francés, debía custodiar el comboy hasta Hernan Darias y podia hacer en él mi viage hasta dicho punto, si lo solicitaba del gefe de la estacion. No quise verlo y me resolví á ir en un buque mercante, pero el Dr. Agüero que lo supo, obtuvo oficiosamente este permiso del Sr. Penau y me trajo el aviso: se lo agradecí.

El 23 entre dos y tres de la tarde, dió la vela el comboy con buen viento y nos separamos del ejército, alejándonos de nuestras familias y de nuestras relaciones. Habríamos andado un par de leguas, cuando vimos un escuadron que desfilaba por entre el bosque de la isla que llevábamos á nuestra izquierda. Era el del comandante Saavedra que se retiraba muy silenciosamente de su espedicion á Coronda, á donde ni se habia acercado por no sé que accidente.

A media noche pasamos por frente á la capital de la provincia de Entre-Rios, la ciudad del Paraná cuyas luces no pude ver porque me dominaba un profundo sueño. Despues de la agitacion moral que habia sufrido, esta fué una crisis favorable que me restituyó la salud, que empezaba á faltarme y la tranquilidad del espíritu. Dí gracias á Dios de verme libre del torbellino de Punta-Gorda. Pude afeitarme, porque en el ejército hubiera sido dar una muestra de poco patriotismo y quizá de una fé política sospechosa el hacerlo. Todos andaban de barba entera y se esponia á un desaire el que no hubiera seguido la moda. Tan inconsecuentes somos los hombres, que los mismos que hacian la guerra á Rosas porque hacia cortar las barbas estaban dispuestos á perseguir al que se las rapaba.

El 24 por la tarde nos faltó el viento y fondeamos, pero ya habíamos avanzado buenas leguas. Allí permanecemos cinco dias por falta de viento, hasta que sopló el sud y levantamos el ancla para continuar el 29. Llegamos á Hernan Darias y de allí debía regresar el bergantin goleta San

Martin que era el buque de custodia me trasladó al Luis y Maria para continuar el viage.

Se me pasaba una ocurrencia que tuvo no pequeña influencia en los acontecimientos que se subsiguieron.

A los dos dias de haber salido de Punta-Gorda, cuando estábamos fondeados, teniamos una punta de tierra en nuestro frente que era preciso doblar para continuar el viage, pero que no permitia el viento hacerlo por el dictamen de los prácticos. El general Ramirez que iba en el bergantin Cincinato, llegó en un bote al buque de guerra á solicitar permiso del comandante frances para adelantarse. El comandante me consultó á mi y yo traté de disuadir al General: mas él insistió y el oficial frances me dijo que nada se perdía con otorgarle el permiso, por cuanto no podria el Cincinato doblar la punta y tendria que esperar viento para hacerlo cuando los demas hiciesen lo mismo. En esta seguridad dejé de oponerme y el Sr. Ramirez tuvo el permiso que deseaba. El bergantin levantó la ancla y se puso á bordejar trabajosamente: despues de muchas horas consiguió doblar la punta, pero el oficial frances insistió aun en que no adelantaria camino, porque tendria que volver á fondear luego.

Nosotros seguimos el viaje sin novedad y sin desperdiciar viento, pero el Cincinato nos aventajó de dos dias, pues que no llegamos á la Esquina sino el 5 de Agosto, y aquel buque habia arribado el 3. La Esquina que es un pequeño lugarejo con el nombre de pueblo, está situado en la confluencia del rio Corrientes con el Paraná y desde allí hay 75 leguas á la capital de la provincia. Allí supe la llegada del general Ramirez dos dias antes, y que habia pasado inmediatamente por tierra á verse con el Gobierno.

Después que puse el pie en la provincia que pensábamos defender, conocí que nada habia preparado y que estaba en estado de la mas completa indefension. El punto de la Esquina es fronterizo y solo dista cinco leguas del arroyo Guayquiraró que divide la de Entre-Rios: solo lo separa-

ban 40 leguas ó poco mas del ejército de Echagüe, y no habia cosa que se pareciese á fuerza armada, ni otros preparativos militares: por momentos se esperaba ver aparecer al comandante Cabral, precursor de la invasion enemiga, y nadie pensaba en otra cosa que en huir, sin tomar la menor medida para hostilizarlo, ni aun para descubrirlo. Cualquier asomo de gente sospechosa; cualquier rumor, iba á ser la señal de una disparada general, que iria progresivamente aumentando la alarma y podia trastornar de un golpe el órden existente, como sucedió despues cuando la pérdida del Arroyo Grande.

Traté de informarme de los otros puntos de la frontera, y todos estaban en igual abandono. •Comprendí entonces que lo que el comandante Abalos me habia dicho en Punta Gorda de que bastaba Cabral con 200 hombres para apoderarse de Corrientes era de la mas perfecta exactitud. Como pronta providencia ordené que todos los gefes y oficiales correntinos que habian llegado en el convoy con sus asistentes, tomasen caballos y formasen una partida de observacion, mientras yo volaba á conferenciar con el gobierno y acordar la fuerza que los relevase. Fué un clamor general el de los oficiales reclamando contra la ejecucion de esta órden. Todos querian ir á sus casas, sin esperar cuatro ó cinco dias que podia tardar el relevo à la providencia que dictase el Gobierno. Me sostuve en lo mandado esponiéndome á una abierta desobediencia. Ella no tuvo lugar por el momento, pero en cuanto yo me marché ese mismo dia, los demas hicieron lo mismo bajo diversos pretextos: la frontera en aquel punto quedó otra vez enteramente sola.

Esto me dió una muestra de lo que tendria que hacer para establecer la disciplina: una órden que me parecia tan sencilla, tan natural, y tan necesaria, hallaba una resistencia tenaz ¿qué no debia temer de otras que requeriria el órden militar que iba á establecer? El comandante de la Esquina era el Sr. D. Manuel Fernandez, sugeto

muy apreciable, pero que jamás habia sido militar, ni tenia remota idea de la guerra. Sus buenos deseos era lo que ofrecia, y no eran bastantes en una situacion tan inminente.

Despues de esta y algunas otras providencias, marché la misma tarde del 5 y llegué al paso del Platero, donde pasé el rio de Corrientes. Al siguiente dia estuve en Goya donde fui muy bien recibido de la poblacion. Como mi objeto era verme cuanto antes con el gobernador Ferré, no me demoré y el 7 me puse en marcha hasta Santa Lucia donde pernocté.

Seria un poco mas de la media noche, cuando fui recordado por el comandante de Goya D. Manuel Diaz (el mismo que me habia ido à buscar á la Colonia) que venia con comunicaciones para mí del gobernador, á quien como es de suponer habia yo escrito desde la Esquina, avisándole mi arribo. El Sr. Diaz debia hospedarme en Goya, darme las esplicaciones que desease y proporcionar los modos de trasladarme al pueblo de San Roque (punto central de la campaña) á reunirme con el gobernador que debia dirigirse allí.

La pretension del Sr. Diaz para que regresase á Goya que ya dejaba cinco leguas atras, á recibir sus obsequios; la calma del gobernador que mas se ocupaba de su resentimiento con el general Lavalle que de los medios de salvarse; la apatia general de los habitantes, me revelaba que sin dejar de estar asustados, no concebian la inmediacion del peligro que los amenazaba. El Sr. Diaz me entregó tambien la proclama del gobierno de Corrientes que declaraba al general Lávalle por *traidor y desertor* y que fulminaba contra él, el mas furibundo anatema. El Sr. Diaz venia provisto de una multitud de ejemplares impresos de dicha proclama y le exigí que no los distribuyese al público, á lo que accedió sin dificultad, mientras yo me puse á escribir al gobernador, probándole la oportunidad de semejante documento y la necesidad de su-



primirlo ó recogerlo. Agoté mi pobre elocuencia en este sentido y á la misma hora despaché un *expreso* que encontrase á S. E.

Al siguiente dia 8 estuve en San Roque, lugar de la cita que me daba el gobierno y no encontré al Sr. Ferré á quien tuve que esperar dos dias. A quien hallé fué al Sr. D, Baltasar Acosta que marchaba en comision cerca del general Rivera, con autorización bastante para renovar la alianza y celebrar otros pactos á voluntad de aquel. En suma el gobierno de Corrientes se hechaba en brazos del Presidente Oriental y se entregaba á él sin reserva, tanto en odio al general Lavalle, cuanto para que lo ayudase en el conflicto en que lo dejaba la ausencia del ejército libertador.

Acosta, lo mismo que Diaz iba tambien provisto de un buen repuesto de ejemplares de la proclama que iba distribuyendo y que debia llevar á la Banda Oriental. Mi solicitud fué la misma para que suspendiese su distribucion mientras resolvia el Gobierno, y ademas obtuve de él que se detuviese hasta la llegada del Gobernador para acordar mejor los términos de su mision. Tambien en esto fuí complacido.

Hacian solo 24 horas que estaba en San Roque esperando al Gobernador y ya se recibió la noticia de que habia aparecido en la frontera una fuerza cuyo número y calidad se ignoraba, siendo sin embargo enemiga. Efectivamente era Cabral con 150 ó 200 hombres que penetró en los límites de la frontera, pero que sabiendo nuestra llegada nõ se atrevió á internarse y se contentó con revoltrear hasta la llegada de otra fuerza mayor.

Al solo anuncio de esta partida enemiga que habia aparecido en la frontera, la que tenia de parte de Corrientes un mayor Gomez, antiguo oficial de Artigas que era una de las notabilidades militares de la provincia, se dispersó y ganó sus casas ó los bosques y quedó todo en la mas completa indefension. D. Baltasar Acosta ocurrió

á mi por providencias y yo me escusé de darlas, diciendo que si hasta allí lo habia hecho era porque las circunstancias me autorizaban para hacerlo en la frontera, pero que en el centro de la provincia, casi á presencia de las primeras autoridades, no me consideraba facultado para expedirlas. No obstante, le dicté lo que me parecia conveniente providenciar y él tomó sobre sí expedir las órdenes que le habia indicado. No eran otras que llamar al vecindario de la frontera á las armas; prevenir el retiro completo de las caballadas, ordenar la formacion de partidas de guerrilla, nombrando los oficiales que parecian mas idoneos, y mandar que se hostilizase al enemigo.

Otro motivo tenia yo para reusar una parte activa en las deliberaciones militares, que era la resolucion de retirarme si no se deponia ese espíritu de difamacion y persecucion al general Lavalle, que aunque hubiese dado justos motivos de queja al Gobierno de Corrientes, estaba al frente del ejército que combatia por la causa, cuya pérdida necesariamente acarrearía la de todos. Sobre esto hablé mucho al Sr. Acosta, de modo que cuando llegó el Gobernador, debió luego ser informado de mis disposiciones.

Desde nuestra primera conferencia hablé al Sr. Ferré en el mismo sentido, protestándole que no me haría cargo de la defensa del pais, ni tomaria el mando del ejército que iba á formarse sino se volvía á los sentimientos de moderacion y templanza de que no hubiera debido separarse. El Gobernador lo prometió y en prueba de ello dió la proclama del 10 de Agosto, que si no desmentía la del 4, mostraba que se abstendria de recriminaciones, y en una palabra que varjaba de política.

En cuanto a la mision del Sr. Acosta logré que se redactaran sus instrucciones, llevando por base los intereses argentinos y la dignidad del Gobierno comitente, ofreciendo sin embargo al general Rivera la direccion de la guerra y haciéndole todo el honor compatible con el nuestro

propio. En cuanto á la proclama del 4 ofreció el Sr. Ferré desentenderse de ella en todos sus actos posteriores, suprimir los ejemplares que aun no se habian distribuido, y hacer lo posible para que no circularan los que se habian ya repartido. Como estos eran pocos, su circulacion fué muy limitada, y pronto cayó en olvido esa produccion de la mas imprudente ligereza.

La proclama del 10, la modificacion que se hizo en la mision del Sr. Acosta, y el retroceso que se hizo en la política del Gobierno de Corrientes, no dejó de atribuírmele el Sr. Rivera, y como él mismo lo ha dicho, es uno de los mas grandes cargos que pretende fulminar contra mí. Sin embargo, al principio disimuló y solo trató de arrojarme un pronunciamiento contra el general Lavalle, que hubiera publicado al momento. Cuando se desengañó de que no podia obtenerlo, es que se quitó la máscara y me declaró una guerra abierta. Mas tarde hablaremos de esto, cuyos comprobantes existen en la correspondencia que conservo.

El resentimiento del Sr. Ferré entre el general Lavalle era tan fuerte como profundo: pretender atenuarlo era difícil, y extinguirlo imposible. Cuando yo le decia que en las circunstancias en que se vió el general despues de la batalla del Sauce Grande, no tenia otra cosa que hacer para salvar su ejército y llevar la causa adelante; él aglomeraba indicios y hasta pruebas para probar que esas habian sido las intenciones del general desde que se movió de Corrientes, sin omitir la sospecha de que se habia dejado voluntariamente rechazar por el ejército enemigo para colocarse en esa posición, mediante la cual se queria disculparlo. Cuando me referia á la nota de que yo habia sido conductor para probar de que el general no se habia olvidado de Corrientes; presentaba la que trajo Ramirez como comprobante de la perfidia con que se le habia tratado. Tenia habitualmente sobre su mesa un gran cuaderno en que estaban todas las comunicaciones

del general cosidas y encuadernadas y á cada momento ojeaba el legajo para hallar una contradiccion, una inconsecuencia, ò una mentida promesa. Estaba la herida muy fresca para que pudiese cerrar: era preciso que cediese antes la inflamacion.

Aun cuando acepté el mando no fué sino interinamente, dejandome una puerta para salir si se me engañaba ó si se desviaba del camino que me habia prometido seguir. Los Sres. Isasa y Leiva acompañaban al Sr. Ferré, siendo uno ministro en los departamentos de Gobierno y Guerra y el segundo en la Hacienda y Relaciones Exteriores. El Sr. Leiva se condujo con moderacion y patriotismo: el Sr. Isasa estaba completamente ganado por Rivera, cuyos intereses promovia á todo trance. El Sr. Ferré sin dejarse arrastrar de sus opiniones, lo conservaba por consideraciones especiales.

Veinte reclutas que habian llegado de Caacati para mandar al ejército libertador, por pedidos que dias antes de la batalla del Sauce-Grande habia hecho el General Lavalle, y una partida que servia de escolta al gobernador, fué el plantel del ejército de reserva. Otras partidas que iban llegando y que eran destinadas al mismo fin (1) fueron engrosando aquel plantel. Luego salí de San Roque á camparme en Laguna Avalos, donde el Gobernador fué tambien. Despues de cuatro ó seis dias se despidió de mí para regresar á la capital.

(1) El general Lavalle cuando formó el ejército no queria infanteria: conoció luego la necesidad de esta arma y la pidió á Montevideo y Corrientes. Ya dije que de aquella ciudad le vinieron 100 hombres costosamente enganchados y de Corrientes debian irle 300. Para completar este número se habia cotizado á los departamentos y las partidas que mandaban estos, formaron los primeros dos escuadrones del cuerpo de ejército que triunfo en Caaguazú: la primera partida que llegó fué la de Caacati que era de 20 hombres. Esta aversion del general Lavalle por la infanteria, era sin duda emanada de la que siempre tuvo el general Rivera, el que atribuye sus desastres á la falta de esta arma, sin que por eso quiera tenerla en los cuerpos que manda. En Caguacha triunfo por la infanteria y no se ha enmendado, ni eso bastó para que mudase de inclinacion.

Me dediqué con todas las fuerzas de mi alma á la organizacion de aquel cuerpo que crecia todos los dias con los hombres que llegaban de los departamentos, pedidos ya exprofesamente para este destino: pronto tuvo 500, 800, 1,200 hombres. Ya entonces su instruccion y disciplina exigia esfuerzos superiores á mis medios. El comandante Chenaut á quien encargué del Estado Mayor me fué muy útil, y Olleros me fué de provecho para medio dar forma de batallon á uno que improvisé, sin cabos, sargentos, ni oficiales. La artilleria que consistia en dos cañones de á 8 y cuatro de á 1, se puso á cargo de un Martinez que se decia comandante, hombre sumamente vicioso é incapaz en otras circunstancias de mandar cuatro hombres. Al fin sabia que el cartucho y la bala se introducen por la boca del cañon, y esto lo hacia superior á todos los demas de que podia disponer.

En el plan que se formó de defensa se acordó defender solo dos puntos que eran el pueblo de Goya y la capital, haciendo para ello algunas obras de fortificacion. Al primero mandé al comandante Canedo para que lo pusiese en estado de defensa y disciplinase los cívicos, la milicia de caballeria, é hiciese las obras necesarias. Este gefe con las mejores intenciones del mundo, se equivocó hasta el punto de creer que Goya era inexpugnable y que la fuerza que lo guarnecia era capaz de una vigorosa resistencia: felizmente no llegó el caso de hacer una prueba, cuyo resultado nos hubiera sido funesto; porpue antes mandé desalojarlo y reuní la guarnicion á lo que se decia ya ejército.

Varias fueron las dificultades con que tuve que luchar: 1.ª La falta de gefes y oficiales inteligentes: 2.ª Los malos hábitos y desmoralizacion cuyas semillas habia dejado el ejército libertador: (1) 3.ª La escases de recursos de

---

(1) Se me ha atribuido injusta y maliciosamente ese espíritu de enemistad y malevolencia al ejército libertador porque alguna vez he deplorado sus desordenes. De aqui han querido tambien de-

toda clase: 4.ª Las preocupaciones del Sr. Ferré, que le impedían determinarse por muchas providencias que era indispensable tomar.

Quien haya conocido la provincia de Corrientes, ó se haga cargo del rol pasivo que jugó en la revolución, conocerá la exactitud de la primera dificultad que he apuntado. La segunda tampoco necesita demostración, como igualmente la tercera: diré solo cuatro palabras sobre la última.

Pienso que el Sr. Ferré es un hombre honrado, y de sincero patriotismo, de buena razón y medianamente instruido para nuestro país. Con solo su buen juicio, sus principios económicos y su espíritu de orden, había hecho bienes en sus anteriores administraciones y Corrientes le debía una gran parte de su importancia política. Siguiendo la moda de nuestros gobernantes que todos querían ser condecorados con grados militares se había hecho dar los bordados de Brigadier, pero no tenía ni una tintura de lo que es milicia y mucho menos de lo que debía ser, conformándonos á los progresos que ha hecho entre nosotros el arte de la guerra.

El pensamiento de formar una pequeña maestría en el ejército, para la compostura de los montajes de la artillería y de fusiles y tercerolas, por lo menos en reparaciones leves, le parecía una profusión, un dispendio inútil, y me proponía muy seriamente que mandase todo á la capital donde eternizaban las obras mas insignificantes. La distribución de sables á la tropa lo llenaba de terror por que temía que los rompiesen ó desmejorasen y quería que se

---

ducir mis sentimientos hostiles al general Lavalle. Bastante he expresado en esta memoria que ese desorden que nadie niega ni puede negar era sistemático, porque el general Lavalle creía triunfar por los mismos medios porque había sido vencido. Desde que es así, no se disputan ni sus aptitudes ni sus talentos, y cuando mas se dirá que fué un cálculo equivocado. Lo célebre es que cuando se reúnen tres ó cuatro jefes del ejército libertador y recuerdan sus campañas, censuran mas que nadie sus desordenes, pero se ofenden si otro los cita ó los critica. Si no se hubiera de hablar la verdad, mas valdría tirar la pluma.

los remitiese á los almacenes que él cuidaba con esquisito celo, prefiriendo que estuviesen encajonados para repartirlos la víspera de una batalla, si teníamos tiempo para ello. Cuando le dije que era preciso dar raciones de tabaco, yerba y jabon, distribuir de cuando en cuando una buena cuenta en dinero, y dulcificar la dura vida del soldado con algunos goces de poco costo, me contestó que le creia una innovacion peligrosa por cuanto jamás se habian acostumbrado en Corrientes esas liberalidades: pero sobre todo lo que mas lo escandalizó, fué que en un terrible agnacero en que el soldado no tenia una hilacha seca, sin dejar de hacer por eso la fatiga de su profesion, mandé dar una racion muy moderada de aguardiente. Ya creyó que todo el ejército se entregaba á los excesos de la embriaguez y que todos sus amados Correntinos tomaban inclinaciones invencibles á los licores fuertes. En vano fué decirle que en todas partes se hacian y recuerdo que le presenté el diario de Rosas en que describe su célebre campaña del Sud, en que todas las mañanas despues de la *Diana* daba racion de aguardiente: en vano era decirle que era una medida higiénica para precaver enfermedades resultantes de las mojaduras, frios y vigiliass; parecia de pronto convencerse y hasta ceder, mas al otro dia se promovia la misma cuestion con sus alegatos, réplicas &c. (1). Tal era el carácter del Sr. Ferré.

---

(1) El Dr. D. Santiago Derqui, asesor de gobierno y amigo particular del Sr. Ferré me referia lo siguiente. Este Sr. opinaba que el tratado de amistad y comercio, celebrado con la Gran Bretaña, no obligaba á la provincia de Corrientes por algunas razones que alegaba. Con este motivo se entablaba todos los dias una acalorada discusion en que el Sr. Derqui agotaba su lógica para probar que la de Corrientes como provincia argentina estaba obligada á lo que habia pactado el gobierno que representaba la Nacion. Despues de un largo debate parecia el Sr. Ferré como vencido bajo el peso de la verdad y el raciocinio, en términos de tener el asunto por concluido y juzgado; mas al otro dia se retractaba y volvia á la carga reproduciendo las mismas razones, ú otras que habia meditado en la noche. La discusion terminaba como el dia antes, para recomenzar al siguiente. Despues de años no estaban mas adelantados.

Todas estas controversias que no pasaban de amí-  
tosas y moderadas me quitaban el tiempo y gastaban mi  
paciencia. Cuando el Sr. Ferré se fué, yo respiré mas li-  
bremente, pero muy luego fué preciso ocurrir á la pluma  
para combatir sus preocupaciones. Es increíble lo que  
yo he escrito en ese período de mi vida pública, por que  
generalmente para una friolera, para un asunto trivial, te-  
nia que aglomerar argumentos y demostraciones palpa-  
bles. Por lo regular sus notas venian de la redaccion de  
Isasa y me quejé del estilo torpe y sin raciocinio de este  
hombre y se le retiró mi correspondencia, pasándosela al  
Sr. Leiva con quien nos entendimos mucho mejor.

Luego que se retiró el Sr. Ferré levanté el campo y  
me dirigí sobre el rio Corrientes, llevando ya una colum-  
na de mas de 800 hombres. El dia era caloroso y llevá-  
bamos mas de dos horas de marcha, sin que hubiésemos  
encontrado agua: repentinamente se rompe la formacion,  
menos la del escuadron que iba á la cabeza, por que estaba  
á mi inmediacion, y se precipitan todos á un bañado ó  
laguna que estaba á dos cuadras de nuestro flanco á satis-  
facer la sed que tenian. Mi disgusto fué sumo, mis re-  
convenciones fuertes, pero reprimí esa costumbre y no  
volvió á repetirse. Cosas semejantes de otro género su-  
cedian todos los dias, pero combatiéndolas con perseve-  
rancia y energia, ganaba terreno en el sentido del orden  
y de la disciplina.

Pasé al sud del rio Corrientes en demanda de pas-  
tos, por que nuestras caballadas sobre ser escasas estaban  
estenuadas, sea por la estraccion de ellas que habia hecho  
el ejército libertador, sea por todo á un tiempo. Cuando  
habia elegido un campo y me preparaba á ocuparlo en los  
últimos dias de Agosto, se recibió el parte de que un cuer-  
po enemigo de mas de mil hombres al mando del general  
Gomez se habia incorporado á Cabral que como ya indi-  
qué no habia penetrado y que se aproximaba al rio Cor-  
rientes por la costa del Paraná. Yo me hallaba enfrente



del "Paso nuevo" que dista treinta ó mas leguas arriba, repasé inmediatamente el rio para tomar una posicion central y cubrir la capital y dar la mano á Goya que era el otro punto defendible. La escases de pastos era extrema en el norte del rio Corrientes y el hallarlos y conservar los caballos era asunto de vital importancia. El general Gomez pasó el mismo rio por el Platero, de modo que no tenia ya barrera alguna que le impidiese marchar.

Ignoro que es lo que imprimió tal carácter de circunspeccion en sus operaciones que las limitó á correrías insignificantes hasta que se situó en el lugar que le pareció oportuno para esperar el cuerpo principal al mando de Echagüe de quien no era sino la vang tardia. Pienso que su circunspeccion provino de las noticias que debió adquirir de que ya contaba yo con un cuerpo regular de tropas, y que tenia un batallon de infantería y algunos cañones que á él le faltaban. Sin embargo, este hombre que tenia soldados aguerridos, gefes y oficiales formados, debia saber que los míos nada entendian de armas ni de guerra, que ignoraban hasta el modo de dispararlas. Con la pólvora mojada que traje del ejército libertador, se hicieron los primeros cartuchos de fogueo, que frecuentemente se salian despues de inflamada la pólvora por el oido, á la manera de la guia de un cohete, sin despedir el tiro que estaba dentro del fusil. Si soy atacado de pronto, es muy dudoso que hubiera podido resistir, mas cada dia se adelantaba un poco y era mas fuerte. Se aumentaba tambien el personal, porque no cesaban de llegar hombres de los departamentos que se agregaban á los escuadrones ó formaban nuevos.

En estos movimientos se pasaron los primeros dias de Septiembre que aproveché en formar algunas partidas de guerrilla, cuya guerra no pensaba desatender. Como en esto lo principal es la eleccion de oficiales adecuados, los buscaba con la mas esquisita diligencia: no me lisongo de haber conseguido mucho, pero sí lo bastante para que esas

partidas prestasen algun servicio. Establecí además una vanguardia á cargo del comandante D. Manuel Diaz que se situó convenientemente para observar los movimientos del general enemigo.

La confianza de Diaz en los goyeros y escuadron de indios cristianos de Santa Lucía que mandaba era tan excesiva que tuve mas de una vez que contener su ardor. En la mañana del 8 de Septiembre, hacia un movimiento para observar mejor al enemigo, cuando en medio de su marcha fué sorprendido por una guerrilla que precedia á un cuerpo enemigo de mas fuerza. No fué preciso que este llegase, porque á los primeros tiros huyó á escape toda mi vanguardia sin hacer la menor resistencia. Lo mas particular es que ni uno solo de los derrotados vino á darme noticia de lo sucedido, sino que se pasaron por mi flanco derecho y á buena distancia de él que era el camino mas corto para para ir á sus departamentos, es decir á sus casas (1). El comandante Diaz tomó la misma direccion con el objeto,

---

(1) Tienen los correntinos una fuerte inclinacion á dispersarse y aun no dejan de haber algunos que desean una derrota para entregarse á excesos que en un orden regular no podian quedar impunes. Asi fué que en el mismo dia de la pérdida del Pago Largo, dos años antes, los mismos derrotados, los mismos correntinosaquearon desapiadadamente el naciente pueblo de Crusucustá bajo el espacioso pretexto de quitar ese botin al enemigo: lo peor es, que de esas ideas participaban muchos oficiales y aun gefes, de modo que hallaban su provecho particular en la victoria del enemigo. Combatiendo yo esa propension habia dicho que borraba de nuestro diccionario militar las palabras *derrota* y *derrotados*, que no queria oirlas, y que les aseguraba que si se sujetaban á mi direccion nunca se verificaría su fatal significado. Al dia siguiente de este pequeño desastre se me presentó un comandante Zamudio, hombre de edad, honrado, bueno y grave á darme el parte de que se le habia presentado un soldado *desatinado*. Creí que era algun demente y le dije, "Pues haga Vd. que lo vea el médico." No señor general, si es un hombre... pues... desatinado" "Por lo mismo digo que vaya al hospital." "Sino está enfermo señor" "¿Pues y qué tiene entonces?" Despues de varias esplicaciones, llegué á comprender que era uno de los dispersos del dia antes, y que por cumplir con mi orden queria usar de la palabra *derrotado* á la que habia sustituido la de *desatinado*. Dió mucho que reír este *Quid pro quod*, y se conservó la memoria por largo tiempo.

según me dijo de reunir su gente; pero lo cierto es que no me mandó parte inmediatamente, y que solo supe el desastre por un vecino que se comió á comunicármelo.

La impresion que causó fué profunda y tuve mucho que hacer para disiparla. Felizmente ese mismo dia, dos partidas nuestras habian obtenido pequeñas ventajas sobre otros enemigos en distintas direcciones y se balanceó nuestra pérdida.

Es inexplicable porqué el general Gomez no aprovechó mejor su buen suceso, porque es seguro que si marcha rápidamente, nos pone en el último conflicto. Volvió á su anterior posicion y esperó pacientemente á quisiese venir Echagüe y á que yo me preparase mejor.

La situacion del pueblo de Goya llamaba seriamente mi atencion, pues podia de un momento á otro ser atacado. Yo me conservaba á la misma altura pronto á darle socorro y sacar la ventaja posible del empeño que pusiese el enemigo en tomarlo, pero no me inspiraban confianza las seguridades que me daba el comandante Canedo. Resolví pues hacer una inspeccion personal y rápida de los trabajos que se habian hecho y de la guarnicion que debia defenderlos: al efecto me trasladé una noche y permanecí hasta el dia siguiente para juzgar por mis ojos. Encontré que los trabajos del comandante Canedo poco valian y que un esfuerzo cualquiera del enemigo pondría la poblacion y sus recursos en su poder. Resolví pues evacuarla, mas no en aquel instante, contentándome por entonces con prevenir que las familias y los intereses trasportables se embarcasen y quedasen solo las personas de armas llevar.

El jefe de vanguardia que era entonces el general Ramirez tuvo orden de comunicarse con el comandante Canedo, y este la de abandonar Goya cuando aquel se lo previniese, reuniendose me con la guarnicion. El jefe de vanguardia solo debia dar la señal cuando el enemigo se moviese ofensivamente. Sea que el general Ramirez se equivocó, sea que el enemigo hizo algun movimiento par-

cial, que él creyó que era marcha pronunciada, el hecho es que lo previno al comandante de Goya y este abandonó el pueblo reuniéndose con su guarnicion á dos leguas de distancia que era el punto que yo ocupaba.

Con este motivo se perdieron unos cuantos tercios de yerba y unos pocos petacones de tabaco que no pudieron retirar, lo que causó al Sr. Ferré una tal congoja que me la manifestó del modo mas patético. Si la ignorancia de lo mas trivial que tiene la guerra, no esplicase estas miserias, seria preciso suponer que una ilimitada mezquindad y pequeñez de espíritu lo hacia detenerse en la consideracion de tan menguadas pérdidas que por otra parte eran indispensables á presencia de la magnitud de los intereses materiales y políticos que acababan de salvarse á fuerza de coraje, de abnegacion y de personales sacrificios. He dicho que acababan de salvarse, porque no fué sino despues que se retiró el enemigo y que se le pasó el susto que él levantó la voz para lamentar la pérdida de unos cuantos cientos de pesos. Este asunto motivó una nota oficial mia, concebida en términos muy categòricos, con lo que se dió por terminado.

El desalojo de Goya me fué de inmensa utilidad, porque quitaba una atencion mas, aumentaba mi fuerza con su guarnicion y tres cañones, uno de á 12 y dos de á 1 y porque dejaba mas libres mis movimientos. Lo que se supo despues confirmó el acierto de esta medida. El enemigo tenia inteligencias en la plaza y el comandante Canedo era vendido por unos cuantos vecinos que lo habian rodeado y ganado su confianza. En medio de su seguridad iba á ser víctima de la traicion. Con esta ocasion se siguió una causa, hubo algunos presos, se sacaron de Goya algunos vecinos y se fortificó el convencimiento de que la medida que habia deplorado el Sr. Ferre, habia desconcertado los planes del enemigo y quizá salvado la provincia.

Definitivamente me entré en el Paso del Rubio, cinco leguas mas arriba de Goya, en el camino de la capital que

queda aun á cuarenta y cinco leguas: habia reunido todos mis medios para disponer á operaciones mas serias, cuando en los primeros dias de Octubre recibí parte de que el enemigo retrocedia rápidamente. Hacia unos dias que Echagüe se habia reunido, á Gomez con un cuerpo de mas de mil hombres y que habia pasado el Paraná formando un todo de mas de 2,000 combatientes disciplinados y aguerridos y de consiguiente bastantes para medirse con un poder doble que el mio, llevando buenas probabilidades de suceso. Tiempo sobrado tuvo si lo hubiera querido, pero alguna causa desconocida paralizaba sus movimientos sucediéndole lo mismo que á su comandante de avanzadas cincuenta dias antes y á su general de vanguardia durante la mayor parte de Setiembre.

Para no interrumpir la relacion de mis movimientos he dejado de mencionar un hecho curioso de armas que tuvo lugar en la costa del Uruguay. El coronel indio al servicio de Echagüe, que mandaba los misioneros refugiados en Entre Rios, llamado Tacuaré, habia penetrado en las Misiones y adelantado hasta el pueblo de la Cruz: el comandante D. Francisco Solano Gigena con el escuadron *Lopez chico*, que habia ido en su persecucion tuvo con él un encuentro que no fué desgraciado, y sin embargo el escuadron se dispersó y vinieron *derrotados*. Este escuadron fué privado por una órden general del uso de sus banderolas, de modo que sus lanzas aparecian en las formaciones y demas actos del servicio sin aquel adorno. Esta pena les fué muy sensible provechosa, pues este escuadron á quien meses despues fueron restituidas sus banderas, se condujo siempre bien.

El comandante Esteche con alguna fuerza que reunió y un escuadron reglado á las órdenes del mayor D. Benjamin Virasoro [1] dió un segundo golpe á Tacuaré y lo

---

(1) Gobernador actual de Corrientes, perteneciente ahora al partido federal.

desalojó del territorio de Corrientes. Desde entonces ya se hicieron sentir, aunque en menos escala las ~~impedidas~~ impedidas de las familias Virasoro y Madariaga: ámbas pertenecían entonces á una creencia política, mas ya era de temer que los odios personales se sobrepusiesen á sus mas íntimas convicciones. La primera de estas familias, cuyos miembros son sin duda mas capaces, pertenece al partido que antes combatió, habiendo para esto abjurado sus principios.

La retirada precipitada de Echagüe era un misterio cuya esplicacion no podíamos darnos. Muy claro era que él habia encontrado una resistencia que no esperaba y parece que un presentimiento secreto le predecía las severas lecciones que mas tarde debia darle el ejército de reserva. Sin embargo no podia concebirse que despues de una invasion emprendida con arrogancia se retirase sin empeñar un choque que motivase su retirada. Al emprenderla hizo entender á cuantos veia que la efectuaba no por temor de medirse con nosotros, sino por otro motivo poderoso que lo impelia. Este motivo era la aparicion del general Lavalle en Santa Fé, despues de su campaña de Buenos Aires. Bien creo que Echagüe se alarmase de la proximidad del general Lavalle, pero nunca podia él pensar que este general rechazado de Buenos Aires, (1) pudie-

---

“(1) A su llegada á la Colonia al general Paz despues de su fuga de Buenos Aires supo los sucesos que habian tenido lugar hasta entonces; el general Lavalle habia batido una fuerza de Rosas en Corrientes y establecido allí su campamento de donde partió bien pronto, para emprender la desgraciada campaña que terminó con su vida, y las resistencias armadas que siete provincias habian de nuevo opuesto á la barbarie y al despotismo de Rosas.

“Era el general Lavalle el jefe militar de los emigrados argentinos en Montevideo. Su valor romanesco, sus antiguos servicios, sus antecedentes como unitario, lo constituian fatalmente el centro de todo lo que contra Rosas se meditaba. Todos los recursos habian sido puestos á su disposicion, nada podia hacerse sin él y fuera de su predominio: el general Paz marchó del Uruguay á Corrientes á incorporársele, ó prestar sus servicios, donde quiera que fueran útiles. Llegó en circunstancias que Lavalle pasaba el Paraná para efectuar su desembarco, por lo que continuó hasta Corrientes,

se estar tan desocupado para emprender operaciones sobre **Entre Rios**: lo que realmente hubo, fué que aprovechò esa ocasion de cohonestar su retirada, evitando así un choque que tuvo mas que sobrado tiempo de haber buscado.

Desde los primeros amagos del enemigo yo me habia dirigido al general Rivera pidiéndole su cooperacion por

donde encontró al gobierno de Ferré, ofendido de la conducta del general Lavalle que habia pasado el rio sin su consentimiento, y dispuesto para cubrir su frontera á levantar un nuevo ejército. El general Paz fué encargado de esta tarea, y con los escasos recursos que Corrientes podia suministrar despues de haber equipado cuatro mil hombres empezó á reunir los reclutas de que debia formarse el ejército de reserva. El general Paz despues de diez años de cautiverio volvia á los campamentos militares, á continuar la obra que un accidente sin ejemplo en los anales de la guerra, habia interrumpido en el momento mismo que se preparaba á terminarla. Sus cualidades como militar debian brillar esta vez, que todo dependia de él, puesto que apenas tenia uno que otro oficial antiguo que le ayudase.

“Paz se consagró desde entonces con asiduidad á disciplinar é instruir sus reclutas, apartándose en esto de las prácticas recibidas en la república argentina que del gaucho, hacen un soldado, conservándole su traje, sus hábitos desornados y *montoneros*, y contentándose con enseñarle á manejar las armas de fuego y mantenerle en línea y evolucionar con los movimientos rudimentales de la táctica. La guerra ardía en la otra banda del Rio Paraná, Lavalle derrotado en el Quebracho Herrado, se internaba en el interior de de la república, hasta que su nombre llegó á los oidos de sus amigos políticos con la noticia de su triste muerte. Los ejércitos de Rosas, habian sometido una provincia en pos de otras, y echado á Chile y Bolivia los restos de los ejércitos vencidos en Mendoza y Tucuman, la cuchilla de la mazhorea habia pasado despues sobre la garganta de los pueblos, como el arado sobre los escombros de los edificios destruidos. El general Paz se hallaba pues en 1841 en la misma posicion que en 1831, esto es haciendo frente él solo á los enemigos, despues que Lavalle habia perdido los elementos principales de resistencia. Tan subalterna era la posicion de Paz, tan oscura su obra, que apenas se sabia su existencia, y todos creian pacificada la República el dia que los ejércitos de Rosas habian tocado los confines occidentales del territorio argentino.

“El general Paz habia aprovechado este tiempo para disciplinar sus soldados, con una minuciosidad rigurosa, aprovechando las noches de luna para hacer el ejercicio, presidiendo diariamente las academias sucesivas de oficiales, y sargentos para enseñarles el arte militar, las reglas del servicio y las obligaciones del soldado.

médio de una división que pasase el Uruguay y que obra-se en la rivera derecha, territorio de Corrientes. La ofreció, y esta como otras veces faltó á su promesa, no siendo sino muy tarde que el coronel D. Bernardino Baez se aproximó al paso de Higos, sin permitir que pasase un hombre al teatro de las operaciones. Allí permaneció de mero espectador, sin que dejase este rol, cuando al año siguiente invadió Echagüe segunda vez. Tan solo se logró que á virtud de las solicitudes de D. Baltasar Acosta, mandase algunas armas y municiones, cuyo auxilio me fué de la mayor importancia.

Acosta habia celebrado un nuevo tratado en que se le reconocia como "Director de la Guerra, y se le investia del mando militar de las fuerzas correntinas. D. Gregorio Valdez fué comisionado para cangear la ratificacion de este tratado y autorizado suficientemente partió para Montevideo. Con intermedio de pocos dias marchó para el mismo destino el bien conocido naturalista D. Amado Bompland, amigo particular del Sr. Ferré y hasta su íntimo confidente: iba tambien revestido de un carácter diplomático, si bien es que el gobierno de Montevideo no lo reconoció en él y solo lo admitió como enviado confidencial, alegando que era ciudadano francés, como lo es efectivamente.

Estas repetidas y misteriosas misiones que empleaba

---

Su espíritu conciliador y negociador no se atenia á sus soldados para prepararse á la lucha que presagiaba habia de reposar sobre sus hombros solos un dia. Entró en comunicaciones con el Paraguay, cuya independencia no reconocia Rosas, y ya que no pudo arrastrarlo á la guerra, obtuvo algunos recursos para el completo equipo de sus tropas. Entró en comunicacion con Lopez de Santa Fé, hermano del antiguo caudillo y Gobernador actual de aquella provincia y lo decidió á pronunciarse contra Rosas. Esta alianza era vital para el general Paz puesto que le aseguraba la posesion de un punto en la ribera del Paraná para efectuar su pasage, caso de necesidad.

"Negociaciones iguales fueron establecidas con el general Urquiza, é igual resultado hubieran tenido, si la conducta hostil del general Rivera, no hubiese inducido á Urquiza á creerse engañado por el general Paz."—D. F. Sarmiento.



**D. Pedro Ferré**, podían despertar sospechas de tenebrosas inteligencias con el caudillo oriental, pero como en las circunstancias era tan importante la amistad de Rivera y además se me decía que todo se reducía á recabar auxilios, me conformé plenamente con ellas. En efecto Bonpland llevó ese encargo y me pidió un presupuesto de lo que necesitaba el ejército: lo di y á su vista prorrumpió, Rivera en desahogos innobles, protestando que mis pedidos eran exorbitantes. La verdadera causa de su mal disimulado furor, era que no habia podido arrancarme documentos injuriosos al general Lavalle, como lo revela la correspondencia que conservo. Cualquiera que fuesen mis sentimientos privados y los motivos de queja que yo tuviese, me hubiera degradado á mis mismos ojos, sirviendo de instrumento á las miras interesadas del solapado caudillo.

Alegó tambien otro motivo de disgusto, y fué que mis comunicaciones eran muy estensas y exigentes: la correspondencia que conservo, prueba la injusticia de este reproche. El merece ser tratado mas largamente y lo dejo para otra ocasion. Trataré tambien del carácter de este hombre singular, que importa conocer y que tanto ha ocupado al público.

---

## **DESDE ANTES DE LA BATALLA DE CAAGUAZU HASTA LA OCUPACION DE LA PROVINCIA DE ENTRE RIOS POR EL EJERCITO DE RESERVA.**

Los primeros pasos del general Lavalle en la provincia de Buenos Aires fueron felices, y es una injusticia lo que algunos han pensado que obró sin plan y al acaso. Nunca pensó en operaciones serias sobre Santa-Fé (hablo cuando dejó Punta gorda) de modo que sus movimientos

parciales sobre Coronda y el Rincon, mas bien eran diversiones ú operaciones cuyo fin era proporcionarse caballos para penetrar en Buenos Aires. Acaso era tambien una concesion hecha á las exigencias de algunos oficiales santafesinos que lo acompañaban y una esperiencia de la opinion pública en aquella provincia que se suponía favorable.

Recuerdo que el general me habló en Punta gorda de su desembarque en la costa de la provincia de Buenos Aires, de las precauciones que debería emplear, de los medios que pondría en juego para hacerse de caballos y conseguir una sorpresa. Contaba para ello con los conocimientos y cooperacion de los muchos hacendados del norte de la campaña que lo acompañaban y que le ofrecían ilimitadamente sus servicios. En fin me acuerdo que oí hablar al general de una operacion mas ó menos parecida á la que practicó en San Pedro, lo que prueba que ella fué calculada y prevista.

Nada puede decirse en cuanto á su ejecucion, pues el feliz resultado que la coronó es la mejor prueba del acierto. El golpe dado al general Pacheco fué de una inmensa trascendencia. Si se pudo sacar mayores ventajas de él, es lo que no me atrevo á decir: ni estuve presente para poder juzgar, ni he hablado detenidamente con personas imparciales, porque en lo general era una época de pasiones en que es difícil llegar al conocimiento de la verdad. Unos lo criticaban todo; otros por el contrario daban una omnimoda aprobacion. Otro tanto ha sucedido sobre las disposiciones que encontró el ejército libertador en la provincia de Buenos Aires: unos la hacen subir á un grado de eminente simpatía, mientras otros la confunden con una marcada indiferencia ó una positiva hostilidad.

De cualquier modo que esto sea, no puede desconocerse que hubiera sido de desear que el general Lavalle hubiese marchado sobre Rosas con mas rapidez que lo hizo despues de la derrota de Pacheco. Es probable que sorprendido Rosas, no hubiera podido reunir todos los medios de

defensa que acumuló en los Santos Lugares, ni dar ese ensaño á sus medidas en la campaña del sud, que se hubiera resentido de la conmocion general.

Habiendo llegado el ejército libertador hasta Moron, se presenta otra cuestion que tampoco me atrevo à resolver por falta de datos imparciales ¿Debió el general Lavalle atacar à Rosas en su *madriguera*? ¿Debió desentenderse de él y dirigirse á la capital, donde se asegura que lo esperaba la poblacion para pronunciarse? ¿Debió marchar al sud? ¿Hizo mal en emprender su retirada? Que lo resuelva el que se halle en estado de hacerlo, que yo me contentaré con algunas reflexiones generales.

Quizá el general Lavalle se equivocó al calcular las disposiciones de la provincia de Buenos Aires, como yo me habia equivocado porque así me lo habian hecho entender las de las provincias interiores cuando once años antes habia marchado á libertarlas de sus caciques (1). Nada mas exacto que lo que oí al general Iriarte, discurrendo á este respecto en Punta gorda. “Pienso, dijo, que los grados de division que encontráremos en la provincia de Buenos Aires, deben medirse por las probalidades del triunfo que les ofrezcamos. Segun este cálculo si llevamos 3,000 hombres tendrémos una tercera parte por nosotros: si penetramos en ella con 5,000, debemos contar con la mitad y con tres cuartas partes si llevamos de 6,000 para arriba.” Preciso era no confundir un entusiasmo generoso con una

---

(1) En 1829 cuando yo marchaba á Córdoba, salieron acompañándome hasta San José de Flores muchos sugetos patriotas y amigos míos. Se preparó allí un pequeño refresco y con el baso en la mano se hicieron votos por la felicidad de mi espedicion. Era la opinion mas comun que no tendria que combatir y que seria un paseo militar. Decian que el descrédito de los caciques era tan grande que se verian abandonados á mi aproximacion. ¡Ah! combati dos años sin cesar; vencí en todas partes, corrieron arroyos de de sangre y si despues se perdió todo, fué por causa de esa misma confianza. Las seguridades que me daban las personas mejor instruidas, me hicieron creer que las poblaciones saldrian á mi encuentro, y llegué á la ciudad de Córdoba, sin que una sola persona se hubiese puesto en inteligencia con migo.

decision equívoca y combinada con los frios cálculos del egoísmo. Marchando sobre este pié se hubiera acertado mejor. ¿Y que nos admiramos de esto cuando los mismos que habian huido de Buenos Aires porque sus vidas estaban amenazadas y que no podian esperarse racionalmente composicion de ningun género con el Dictador argentino, necesitaban de ilusiones que los mantuviesen en sus buenas disposiciones? Ya hice mencion de la razon que se me dió para disculpar ese espíritu de decepcion y engaño que dominaba en todas las comunicaciones, referente al poder de nuestros ejércitos y al resultado de nuestros combates.

Nadie ignora que en todas partes y en todas épocas ay hombres tímidos, egoistas é instrumentos que obran en las resoluciones políticas comô en los demas actos de su vida; pero en la proporcion en que estan estos, es de lo que se debe inferir el grado y quilates del entusiasmo general. A juzgar por lo que hemos visto estamos tentados en creer que la mayoría de los enemigos de Rosas pertenecia á aquella clase (1). Puede que se alegue tambien el *positivismo del siglo*, pero entonces es preciso confesar que nadie más que Rosas marcha al nivel de él; por que nada mas positivo que el puñal, la verga y la geringa por un lado, y por el otro la impunidad y las ventajas materiales.

Volviendo al general Lavalle añadiré que nadie debió sorprenderse tanto como él de la fria indiferencia ó sea oposicion que creyó encontrar en la provincia de Buenos Aires, por que todos sus trabajos y esfuerzos se habian dirigido á vencer á sus enemigos con las armas que antes lo habian vencido á él y debió esperar que esa conmocion eléctrica que sublevò la campaña contra el gobierno el año 1829, hiciese lo mismo contra Rosas en 1840. Esta persuasion, que sínduda era mejor que no hubiera alimentado,

---

(1) La revolucion del sud el año anterior es una excepcion, pues que el pronunciamiento fué tan general como desinteresado, tan uniforme como genoroso, tan valiente como desgraciado.

viendola frustrada influyó poderosamente en sus revoluciones.

Habia otra causa que debió influir en ellas, y era la confusion misma del ejército, que como hemos dicho antes carecia de organizacion y disciplina. El general Lavalle acostumbraba llamarlo *ejército pueblo*, y ya se deja entender que un ejército de esta clase, no es el mas á propósito para una campaña que empezaba á tener los visos de duradera. Por otra parte, el desorden que hacia pesar sobre la provincia de Buenos Aires los males que trae en pos de si, podia al fin enagenarle las voluntades y producir mayor explosion en el sentido contrario al que debia desear. Algo de esto hubo en el interior, donde vimos pueblos que se habian declarado con unanimidad contra Rosas, vacilar despues y hasta hostilizar á sus libertadores. Si no es por todo al menos debió entrar por mucho en este cambio la conducta irregular del ejército, aun que no fuese mas que para servir de pretesto á las difamaciones de sus enemigos.

Finalmente, ni el carácter, ni la educacion, ni los principios del general Lavalle le hacian adecuado para esta clase de guerra, ni para mandar esa clase de ejército. Por mas que sus convicciones del momento lo hubiesen arrasrado á ese sendero, sus hábitos, su génio, y si me es permitido el decirlo una cierta inconstancia en su carácter lo desmentian á cada paso. De todas estas causas reunidas provino, á mi juicio, que el mismo anheloso empeño que puso en dejar Entre Rios y llevar la guerra á la provincia de Buenos Aires, le vimos emplear mes y medio despues de abandonarla.

Se dice que lo alarmó la formación de un cuerpo de ejército que reunia á su espalda el gobernador de Santa-Fé D. Juan Pablo Lopez: mas esto no merccia la pena de un movimiento tan decisivo, tanto mas cuanto no debia sorprenderlo por que debió contar siempre con eso. Tampoco debió estrañar que el ejército de Lopez, se le escapase de entre las manos, por que nadie ignora la movilidad y puede

decirse invisibilidad de esas reuniones de gauchos en su país, que se desaparecen como por encanto para después volver á presentarse como sucede cuando están animados de esa decisión personal que han desplegado muchas ocasiones.

Malogrado el ataque que preparó contra Lopez se dirigió el general Lavalle á Santa-Fé donde tomó la ciudad por fuerza de armas, pero dejando en pié la oposición de la campaña, que continuaba la guerra sin intermision. Ignoro el plan que se proponia el general Lavalle ocupando la ciudad de Santa-Fé, porque el pensamiento de ir á Córdoba no le vino sino después que supo la revolución en su favor que hizo aquella provincia. Se me ha asegurado que tuvo intenciones de dirigirse por el Chaco á Corrientes, lo que hubiera sido el mas original expediente: digo original, porque ningun peligro inminente amagaba ya á aquella provincia y porque abandonaba la revolución entera con una retirada tan extraordinaria. Me inclino á creer que fué un pensamiento fugaz, que nunca tuvo una verdadera acogida ó que fue un arbitrio para alhagar momentáneamente á los correntinos.

Es incomprendible, me decia un sujeto, del general Lavalle; destruyó en los campos de Santa Fé y en algo mas de un mes 20,000 caballos que trajo gordos y potentes de la campaña de Buenos Aires: dicho señor ignoraba lo que puede causar de mal el desorden en un ejército. Puede que hubiese exageracion en el número de caballos, pero es fuera de duda que el ejército sacó en Buenos Aires excelentes y numerosos caballos, y que estos desaparecieron quedando á pié. Otro desastre causó la indisciplina, en la sorpresa que sufrió á las goteras de la ciudad, la division del coronel Mendez, que por su falta de vigilancia fueron los que la componian, lanceados en sus camas. Otros encuentros hubo menos desgraciados, sin que por eso mudasen la faz de los negocios. Esto habia llegado á un grado en que era preciso tomar un partido para

salir de aquella posicion, y el general Lavalle prefirió el de dirigirse á Córdoba, á reunirse con el general Madrid que con un cuerpo de ejército ocupaba aquella provincia.

¿Pero que fatalidad presidió los destinos del infortunado general y del ejército que mandaba? ¿Por qué no emprendió su marcha tres dias antes? No habiendola hecho con esta anticipacion ¿por qué no la hizo por el camino mas recto y de consiguiente mas corto? ¿Por qué, supuesto el rodeo que prefirió dar no abandonó la mitad ó dos tercios de sus carretas para aplicar los bueyes de las que dejaba á las que le convenia conservar? ¿Por qué no las dejó todas si era indispensable para evitar una batalla desventajosa y alcanzar los auxilios que le venian de Córdoba y reunirse al general Madrid? No puedo absolver estas preguntas sin atribuir una parte de estos errores al carácter del general Lavalle, cuyo amor propio sufría presentándose en Córdoba como fugitivo y mendigando los auxilios que le eran tan necesarios. No tengo, repito, los datos necesarios para emitir mi juicio decisivo, pero no puedo explicar de otro modo esa cadena de prolongadas faltas que dió por resultado la desgraciada accion del Quebrachito (1). Si por dos dias hubiera podido retardarla el general Lavalle, su ejército hubiera sido abundantemente provisto de caballos, á cuya falta se atribuye el desastre; y el general Madrid se hubiese reunido muy poco despues con un cuerpo de mas de 2000 hombres, entre los que mas de una tercera parte eran de infantería. La pérdida de Oribe era entonces cierta, infallible, y la revolucion triunfante se hubiera enseñoreado del territorio argentino. No sucedió así: Oribe triunfó en vez de ser

---

(1) En una carta que escribió el finado Dr. Varela (D. Florencio) al general Lavalle, carta que fué tomada en el Quebrachito y cedida por Rosas al almirante Mackau, quien la publicó en Francia; despues de desaprobár de un modo violento la retirada de Buenos Aires, le reprobaba aun mas su marcha á Córdoba, recordándole que este fué en otro tiempo el sepulcro de la revolucion. Es indudable que aludía á los sucesos de 1831, en que yo caí

vencido. ¡Oh! lo que media entre una batalla ganada y una pérdida! media todo el presente y hasta el porvenir.

Aun después del desastre del Quebrachito en que fuera de la infantería, la pérdida fué de poca consideración, hubiera podido remediarse mucho, con la incorporación del general Madrid, sin los elementos de desorden en que iban envueltos los restos de aquella jornada. La retirada era á discreción, la provision de víveres era arbitraria, el remonte de la caballería estaba al cargo individual de los soldados y oficiales. Solo en Chinsacate á 14 leguas Norte de Córdoba, pudieron medio reunirse los dispersos, y eso porque Oribe no los persiguió con la actividad que pudo hacerlo y quizá por los respetos del cuerpo de Madrid.

Allí me han asegurado que se formó el plan de organizar una guerra popular ó sea de partidas y recursos en escala mayor. Con este fin se destacó al coronel Vilela con una gruesa division que debia atravesar por trás la sierra de Córdoba, dirigirse al sud, promover el levantamiento de las provincias de Cuyo y apoyarse á la vez en ellas: al mismo tiempo el general Lavalle fomentaría la guerra en el norte, es decir la resistencia á las tropas federales, si seguian en su persecucion, para lo que le ayudaría eficazmente el general Madrid que tenia tropas de Tucuman y el gobernador Sola de Salta que se avanzaba con una division de dicha provincia.

---

prisionero y entró en aquella provincia el ejército federal, lo que no pudo quedar sin contestacion mia. Segun el Sr. Varela, la revolucion no murió en Buenos Aires con las transacciones del año 29 que dieron todo el poder á Rosas, en el desafío del general Lavalle en su proclama contra el que osase pisar el territorio sagrado, con las declaraciones de que no habia encontrado en los federales, sino buenos porteños, con la disolucion del ejército, con la dispersion y fuga de los unitarios, y con su absoluto vencimiento en dicha provincia. Yo creo poderle decir con tanta verdad como propiedad contestándole, que en Buenos Aires habia muerto del todo la revolucion y habia recibido el triste honor de la sepultura, que yo la resucité en Córdoba y demas provincias y que si allí murió el año 31, fué por causas que no es de este momento especificar. La alusion, es ademas de falsa, una muestra de negra ingratitud.



Segun se deja entender el general Lavalle renunciaba hasta cierto punto á la posibilidad de dar una segunda batalla, reduciéndose á una guerra de gruesas partidas ò divisiones que abarcaba la mayor parte del territorio de la república. Tampoco me atreveré á dar una opinion decidida sobre este gigantesco plan, porque para hacerlo seria preciso fundarse sobre las disposiciones de los pueblos, sobre las cuales no sé hasta que punto se podia contar. Ademas necesitaba mucha confianza en la capacidad de los gefes que habian de presidir estos movimientos y la eleccion que se hizo del coronel Vilela no prueba ni discernimiento, ni abundancia de ellos. Vilela era un excelente hombre privado, pero no era ni un mediano gefe.

El desastre de San-Cala, es de lo mas terrible que puede suceder en la milicia: una division escogida del ejército libertador fué batida por otra que tenia menos de la mitad de su fuerza, sin combatir, sin oponer resistencia, sin hacer algo por el honor de las armas que empuñaban y de la causa que defendian: fué una sorpresa, una tuga, una vergüenza, todo junto.

Los generales Lavalle y Madrid siguieron su retirada al norte y para evitar la provincia de Santiago del Estero se dirijieron por Catamarca. Tenian que pasar una *travesía* ó des poblado de cerca de treinta leguas, sin agua ni recursos. La imprevision y el desórden, corrian parejas, de modo que la confusion llegó á lo sumo y no faltaron desgracias, consecuencia inevitable de aquellos antecedentes. Siempre el general Madrid fué tenido como gefe poco cuidadoso en materias de disciplina y órden militar, lo que ha motivado que algunos oficiales queriendo hacerme una descripcion apropiada del estado de las cosas, despues de relatar algunos pormenores me decian “figurese Vd. del órden del ejército libertador, cuando el cuerpo que mandaba el general Madrid era el modelo de disciplina.”

Demasiado he seguido al ejército libertador separándome de mi principal objeto. Volveré á él dejando que el

primero siga su campaña y sus reveses, reservándome volver á él cuando lo halle por conveniente.

Anteriormente dije que pensaba ocuparme del carácter, capacidad y conducta pública del general Rivera, mas he mudado de propósito y solo diré algunas palabras, porque está tan conocido, tan definido, tan explicado que poco mas podría decir.

Su origen arranca de la última clase, y su educacion ha sido la correspondiente á ella: su ignorancia es grande, por mas que el roce con personas instruidas y cultas le haya dado ciertos ribetes que á veces quisieran desmentir aquellos principios. En un pais rico como la Banda Oriental y en que era tan fácil adquirir, adquirió desde su niñez esos hábitos de prodigalidad y despilfarro que ha conservado siempre. Dotado de una imaginacion viva, de una vista penetrante, de un carácter sagaz, de una audacia genial, debió desde su juventud distinguirse entre sus compañeros en las hazañas de la carpa y demas actos de una vida ociosa y medio bagabunda que era á la que se dedicaban los mozos de su clase: digo de su clase, porque me dicen que su padre tuvo bienes de fortuna que no gastó seguramente en proporcionar á su hijo una educacion científica y esmerada.

Adiestrado desde sus primeros años en esas intrigas vulgares y alentado con el suceso, las ha aplicado constantemente en los negocios públicos que han estado á su cargo. De aqui ese espíritu de falsedad, esa poca fé en sus promesas, y esa dilapidacion en los intereses de la comunidad, que no ha mirado sino como mira los suyos propios. Como pudo ascender con tan limitados principios á la altura que llegó, se explica por el estado de nuestra sociedad, por la situacion excepcional del pais y por otras mil circunstancias propias de la época: ademàs, no le faltan calidades relevantes que lo recomiendan, ni méritos de que no se puede menos que hacer el justo homenaje.

Como necesita tanto de la indulgencia ajena, es muy tolerante, lo que ha sido un suplente de la libertad en sus

**varias administraciones.** Un hombre que mira los bienes de fortuna tan en poco y que ha tenido tanta facilidad en adquirirlos, los malbarata del mismo modo: esto le ha valido la fama de generoso y la mereceria seguramente si hubiese dado con mas justicia y discernimiento. No ha sido asi, pues generalmente los que han utilizado de sus prodigalidades, han sido pillos ó malvados que han tenido el arte de linsongear sus debilidades. Ademas un hombre que no tiene moralidad, ni aun ideas exactas de lo que ella significa y de lo que la constituye, todo lo confunde en su mente, resultando una mezcla indigesta de actos diversos y contrarios. Asi el general Rivera piensa que es el liberalidad el más desenfrenado despilfarro, y que es un medio de premiar servicios, ó de complacer á los que quiere agraciar, ponerlos en una posicion donde ellos puedan por medio de especulaciones sórdidas ó de robos positivos apropiarse la fortuna pública. De alli reportaba la ventaja de que el agraciado le quedaba agradecido y dependiente por cuanto la ilegalidad de sus adquisiciones, le hacia mas necesario el apoyo de la autoridad.

Bajo su administracion llegó la inmoralidad al mas alto punto que pueda imaginarse, dudo que en pueblo alguno se haya visto tan entronizado el peculado y en cierto modo la rapiña. Para probarlo basta indicar que el vicio habia levantado con tanta altanería su horrible cabeza que el hombre probo era despreciado y mirado como un cuitado, un imbecil, un inepto para la carrera pública. Pienso que es lo sublime del vicio, cuando este se enseñorea hasta hacer avergonzar y esconderse á la virtud contraria y esto es lo que sucedia en la capital del Uruguay, sin que haya un ápice de exageracion.

En esta corrupcion general es muy fácil conjeturar que casi sin excepcion, los empleados públicos eran previcadores, mas lo que hay de admirable es la consecuencia que se guardaban y se han guardado hasta el fin entre sí. En vano es que las querellas políticas los hayan dividido,

que se hayan jurado enemistad, que se hayan combatido por la fuerza sin piedad; jamás tocaban este punto delicado, porque al hacerlo sancionaban su propia condenacion, y lo que es mas despertaban al pais para que se ocupase de los males que querian perpetuar. Parecia una arma vedada cuyo uso se habia prohibido por el universal consentimiento.

El mismo silencio que en la prensa, se observaba en la tribuna y mientras se veia á los oradores de los cuerpos deliberantes ocuparse de bagatelas, jamás una acusacion, ni una ligera censura de las horribles y nunca vistas dilapidaciones de los caudales públicos. *Los lobos entre sí no se muerden*, dijo uno; estos se morderian cuando se trataba de otros negocios, pero en el de la administracion de las Rentas; jamás.

Cuando ascendió Orive á la presidencia, publicó un cuaderno en que estan registrados innumerables cargos que una comision encargada de revisar las cuentas de la administracion de Rivera en campaña, formuló con documentos á la vista: ¿Se creerá que este célebre documento no le ha traído responsabilidad alguna ante la opinion del numeroso partido que lo ha sostenido y que jamas se tomó el trabajo, no de desmentirlo por que era imposible, pero ni de disculparse? Bien sabia que no lo necesitaba, por que nadie se atrevería á tirar la primera piedra.

En estas dilapidaciones escandalosas, los militares, si tales deben llamarse esos caudillejos que mandaban sus reuniones de hombres, por los mismos principios que el caudillo principal los mandaba, eran los menos beneficiados. Descendiendo la escala hasta los soldados, hallaremos entre estos unas víctimas sacrificadas á la corrupcion general. Servían mal sin duda, pero sin sueldo, generalmente sin vestuario, sin premios, y morían para dejar sus familias en la horfandad y la miseria. En cambio, se tenía con ellos una tolerancia, mediante la cual la desercion era casi un acto indiferente y aun cuando estaban en sus

casas, y esto era general á toda la plebe, vivían sin ley, sin regla y sin sentir la accion de la autoridad. En la campaña oriental era desconocido el ejercicio de la judicatura y puede decirse enteramente el de la policia. Los asesinatos eran bien frecuentes y los robos no eran escasos, sin que sus autores tuviesen mucho que temer. Cuando llegaba á arrestarse á algun criminal y remitirlo á Montevideo, si tenia medios pecuniarios ó protectores, luego volvia á su distrito (segun oí decir generalmente) á vengarse del que habia promovido su prision (1).

Los que verdaderamente sacaban provecho de ese desorden eran esos intrigantes, de profesion, esos palaciegos del vicio, esos políticos exclusivos que hay en todas partes y que rodeaban al poder. Dejaban á Rivera en plena posesion de ciertos goces y fomentaban su inclinacion favorita por la campaña, para quedar mas á su salvo dueños de la fortuna pública. A ellos seguían una infinidad de mandones subalternos, de comerciantes fraudulentos, de bribones de toda clase que se enriquecian á costa del Erario. Nadie, nadie de Montevideo ignora esos contratos escandalosos que exceden á cuanto puede decirse.

El General Rivera considerado como militar, tendrá muy poco mérito, si lo juzgamos por sus principios é instruccion profesional. Ningunas son las naciones que tiene de táctica, y poquísima la importancia que dá al regimen militar. Esto solo basta para hacerlo poco apto para un mando estenso y en escala mayor, aun que tenga y haya

---

(1) Cuando el año de 1840, pasé por Mercedes para ir al Cuartel-Geral de Rivera, el comandante Cano me presentó un jóven oficial (un perfecto gauchito) que tenia el mérito particular de haber dado muerte al caudillo enemigo Doroteo Velez. En proporcion de la importancia del caudillo era la nombradía del matador y las recomendaciones que de él se hacían. Un año despues pregunté por él y me dijeron muy francamente que como se hubiese hecho incómodo y acaso peligroso á algunos vecinos, se habian prorratedo y dado 200 patacones á la partida que se decia de policia, para que lo asesinasen. Asi se hizo, sin que esto tuviese resultados, ni arrancase un signo de reprobacion. Como este hecho hay infinitos y podrian llenarse libros.

tenido en grado eminente otras calidades que lo hacían distinguirse en uno mas pequeño. Efectivamente, como guerrillero y aun mandando cuerpos poco numerosos ha hecho campañas muy felices y logrado triunfos importantes. En la que mas sobresalió fué en la de 1838, contra Orive, en la que con sus movimientos rápidos y bien combinados, inutilizó las ventajas del número y del poder. Para ello tuvo auxiliares poderosos.

El primero fué la ineptitud de su adversario, sin que prueben nada en contrario sus posteriores triunfos del Quebrachito, Famailla y Arroyo grande. En 2º lugar su perfecto conocimiento de la campaña, pues le son familiares los de las cuchillas, los arroyos, sus pasos, sus bosques &c. En 3º sus vastísimas relaciones personales en todas las poblaciones y hasta en los ranchos aislados del campo, en donde hormigueaban los compadres, las comadres y los alijados: cada uno de ellos era un centinela avanzado, que le advertía los movimientos del enemigo y que encubría los suyos. Estas ventajas han disminuido mucho cuando ha salido del territorio oriental y cuando ha decaído su omnipotente popularidad. En fin, cuando la guerra se ha hecho en escala mayor y cuando ha sido preciso aplicar otros principios que los que él aprendió en la escuela de Artigas.

Lo que le hace un alto honor es su clemencia con los vencidos, su generosidad con sus enemigos. Por mas que estos lo hayan provocado con actos de crueldad y barbarie, no ha desmentido esas inclinaciones de humanidad que lo distinguieron entre los tenientes de Artigas: desde entonces llamó la atención por el contraste que hacía su conducta moderada con Otorquez, Blasito y Andreito.

Mis desinteligencias con él empezaron, segun llevo indicado por no querer darle una prenda contra el general Lavalle: despues ocurrió otro motivo que acabó de indisponer los ánimos. Sus primeras comunicaciones fueron en el sentido de dar impulso á la guerra, dejando ese sistema de mentiras y de falsas promesas con que hasta enton-

ces había engañado á los pueblos esperanzados en sus auxilios. Yo olvidando su desleal conducta cuando la invasión de Echagüe que acababa de pasar, manifesté olvidarla y tomar al serio sus nuevas protestas: en consecuencia de ellas le hablaba francamente y lo urgía con el mayor respeto para que las hiciese efectivas. Hablándole como su subordinado le pedia órdenes terminantes, que huía de dar para hacer menos notable su falta de cumplimiento. Me dijo ultimamente que por febrero abriría la campaña pasando el Uruguay, para cuyo tiempo debía yo estar pronto. A fines de noviembre fué la acción de Caaguazú y él no se había movido del Durazno.

Entretanto estalló nuevamente su cólera, bajo el pretexto de que mis cartas eran muy exigentes, lo que prueba que ellas lo mortificaban, no por su estilo que era moderado, sino por la solidez de las razones que empleaba para persuadirlo. Sin pretensiones de ser un elocuente escritor, alguna diferencia había de notar entre ellas y las que recibía de algunos de sus generales, y de consiguiente era preciso romper una correspondencia que no podía sostener con la misma facilidad. Quiso también menoscabar el concepto que merecía yo á los correntinos y ocurrió á un medio vil que al fin no le produjo mas que vergüenza, si hubiera sido capaz de tenerla.

Ya se recordará la carta que me escribió mi Señora de Montevideo y que sustrajo de mi correspondencia, en que me hablaba de un recado del Ministro Araña. Hacía mas de ocho meses que tenia la carta en su poder sin haber dicho una palabra correspondiéndose conmigo y tratando asuntos de la mas grave importancia. Acababa yo de repeler la invasión de Echagüe y conservaba un puesto eminente y de la mas alta confianza. Cualquiera de estas cosas bastaba para poner en ridículo las sospechas que quería arrojar sobre mi, y seguramente no se hubiera atrevido á emitirlas sin contar con la ignorancia y sencillez de los correntinos. Insinuó pues á Valdes y Bompland para que re-

servadamente lo transmitiesen á Ferré que yo no merecía plena confianza y que tenía documentos que autorizaban sus sospechas. Hasta manifestó la carta haciendo misterios, y suponiendo que se me había caído del bolsillo inadvertidamente cuando estuve en su cuartel general, queriendo con esto ocultar la sustracción que hizo de mi correspondencia, á que yo mismo di poquísima importancia.

Con una sola palabra podía haberse contestado á su torpe calumnia, pues si tenía la carta y con ella ese motivo poderoso de sospecha desde el mes de Mayo anterior que yo estuve en su campo; ¿Cómo es que no habló de ella hasta que su resentimiento le aconsejó que la usase como una arma ofensiva? ¿Cómo es que no lo advirtió al gobierno cuando me dió el mando del ejército, cuando vió librada á mi dirección la salvación de la provincia? ¿Cómo es que no habló nada al comisionado D. Baltasar Acosta cuando celebró el tratado de alianza en Agosto? ¿Cómo es que no insinuó cosa alguna al comandante D. Manuel Diaz cuando iba á buscarme á la Colonia, y antes le dió una carta recomendándome que aceptase el llamamiento del gobierno de Corrientes? El sentido comun basta para conocer la mala fé de su hipócrita insinuación, que por otra parte no hizo efecto alguno en el gobierno de Corrientes.

Sin embargo, yo me valí de ella para renunciar el mando del ejército y solicitar mi salida de Corrientes, á lo que no accedió el gobierno, dándome inequívocas pruebas de ilitada confianza. No obstante, yo quería por lo menos un descanso temporal y solicité permiso para ir á la Colonia donde estaba mi familia: se opuso también el Sr. Ferré y para disuadirme me propuso la venida de ella que él se ofreció á facilitar.

El poco caso que se hizo de la perversa sugestión de Rivera, fué un desengaño para él de que sus arterias estaban conocidas, pero no por eso mejoraron sus disposiciones, antes empeoraron con el motivo que voí á decir.

El general D. Angel María Nuñez ofreció sus servicios



al gobierno de Corrientes y este los aceptó. Rivera lo desaprobó altamente, protestando que no veía en Nuñez sino un traidor (1). Ni el Sr. Ferré ni yo hicimos caso y Nuñez vino al ejército. Después me ocuparé de este desgraciado hombre, retrocediendo ahora un poco para recordar un incidente que hace juego con otros posteriores, y con las esperanzas presentes que forman los enemigos de Rosas, en cierto personage que mas de una vez ha hecho creer que quiere ser él tambien. Hablo de Urquiza, gobernador de Entre-Rios en la actualidad.

Este caudillo que no era entonces sino comandante de un departamento de la provincia de Entre-Rios, manifestada por Echagüe gobernador de ella una aversion decidida. Esto, y los deseos que tenia de sucederle lo hacian creer dispuesto á separarse de la causa que servía y abrazar la contraria. Alucinado con estos antecedentes el general Rivera entabló ciertas relaciones por medio de D. Juan Benito Chain, amigo personal de ambos; relaciones de que se hablaba con gran misterio y á que se daba una inmensa importancia. Pienso que debo conservar carta de Rivera en que habla y encarga una religiosa reserva sobre tan delicado asunto. Entretanto, era todo una burla de Urquiza, á favor de la cual se hacian algunas especulaciones mercantiles. No tengo motivos para creer que Chain obrase de mala fé, porque me han asegurado que Urquiza lo miraba con desprecio y que solo lo toleraba manteniendo sus tonas esperanzas por el interes de su comercio.

Cuando avisé al general Rivera que el enemigo se aproximaba á la frontera con el ánimo, sin duda de invadir me contestó que no creyese tal, pues aunque el general D. Ser-

---

(1) Esta palabra *traidor* á fuerza de abusar de ella ha perdido su significado y su valor. El general Lavalle fué declarado *traidor* por Ferré y yo lo fui después por los Madariagas. Estos, que habian declarado *traidores* á los Virasoros anularon su misma declaracion cuando ellos traicionaron la causa. Ha sucedido lo mismo que en Buenos Aires, donde Rosas declara *salvajes unitarios* á sus enemigos personales.

vando Gomez se habia aproximado con su vanguardia, le iba órden para que no penetrase, y que Echagüe que se conservaba en su estancia de Alcaraz habia licenciado su ejército. Al ver el tono de seguridad con que se me daba la noticia y la clase de ella, debí juzgar y hasta hoy lo creo que fué participada por Urquiza por conducto del intermediario Chain y al considerar que al mismo tiempo que esto se escribia no solo no retrocedia el general Gomez, sino que Echagüe en persona penetraba en Corrientes, y pasaba el rio de este nombre, creo firmemente que fué la tal noticia un medio combinado entre Urquiza y Echagüe para descuidarme y para que el general Rivera no concibiese temores por la suerte de Corrientes, ni le prestase auxilio, Sin embargo de esta flagrante superchería, el general Rivera no se apercibió y continuó engañándose y engañando á todos con sus supuestas inteligencias.

Preciso es creer que el general Rivera, ó aparentaba darles mas valor de aquel en que las apreciaba para dar un colorido á su incomprensible inacción y açallar las críticas que ella merecia en el público, ó que es el mas candido de los hombres. Me inclino á pensar que habia de uno y otro, porque la esperiencianos enseña que por lo comun los hombres adiestrados en intrigas vulgares y pequeñas, son mas niños cuando se trata de negocios de otra esfera mas elevada. Al fin jamás se supo como terminó esa decantada amistad, ni el desenlace de esas pobres relaciones. Despues los hemos visto combatirse con encarnizamiento y á lo que Rivera no ha llevado la mejor parte. Lo singular es, que ni aun se ha sacado fruto de las lecciones de la esperiencianos y que despues no han faltado alucinados en el mismo sentido.

Trataron tambien de persuadirme de las favorables disposiciones de Urquiza y me instaron algunos amigos para que tentase el camino. Me aventuré á ello y le dirijí una carta por conducto del Dr. D. Juan Andres Ferrera, quien la acompañó con otra suya. Tuve el honor de que Urqui,

ga no me contestase, mas quedé en la duda de si se la habia tragado ò dado cuenta de ella al gefe de que dependia: no tardé mucho en salir de la duda, porque tanto mi carta como la del Dr. Ferrera, fueron encontradas en el archivo de Echagüe quando lo perdió en Caguazú. Posteriormente quando á consecuencia de esta victoria, ocupé el Entre-Rios, el cura de la Bajada D. Francisco Alvarez, amigo y panaguado, de Urquiza, se empeñaba en persuadirme que mi carta no habia llegado al poder de este y que fué interceptada por Echagüe. Vano subterfugio que no podia engañar á nadie.

El Sr. Ferré concibió esperanzas de que Urquiza abrazase nuestra causa y dió el paso, de perfecto acuerdo con migo, que voy á referir.

El general Rivera habia propuesto una entrevista al gobernador de Corrientes, que esta habia aceptado. Con este fin se trasladó el Sr. Ferré á Villanueva, con el fin de pasar al Salto, lugar designado para la reunion de ambos. La entrevista, no tuvo lugar, porque Rivera noticioso sin duda de que las disposiciones de Ferré no le eran favorables, faltó á ella apelando á diversos pretextos. Mientras esto Ferré se detuvo en Villanueva (que era mi cuartel general) muchos dias.

Mientras esto D. Gregorio Valdes habia regresado despues del cange de la ratificacion del tratado y pasado á la capital de Corrientes. A su paso por la costa del Uruguay, supo, que D. Vicente Montero estaba en la Concordia y le escribió saludándolo. Esto motivó una carta de Montero invitándolo á una conferencia en la costa de Mocoretá, en que decia se podia poner término á los males públicos.

Montero, cuñado, amigo íntimo y socio, de negocios de Urquiza, no podia obrar aisladamente: era indudable que obraba por autorizacion de éste. Los Madariagas que ocupaban con sus escuadrones la vanguardia de Crusucuatía, habian recibido y abierto la carta de Montero por comision que tenian de Valdes. Ellos la presentaron al Sr. Ferré,

quien creyó, como todos, que la negociacion propuesta iba à entablarse en un sentido favorable á nuestra causa.

Se hizo un extraordinario llamando á Valdes y se le autorizó para que ocurriese á la cita de Montero, el dia y hora y en el lugar que señalaba. A los Madariagas como encargados de la vanguardia (1) se les ordenó que diesen una pequeña escolta y auxiliasen la marcha de Valdes. El hermano D. Juan quiso cumplir tan exactamente esta órden que él mismo fué mandando la escolta y se ingirió en la negociacion como luego se verá.

Valdez era esperado en Villanueva con una ansiedad difícil de esplicar y esperabamos nada menos que comprobantes auténticos de la defeccion de Urquiza de la causa á que habia pertenecido.

Era el 4 de Abril (año de 1841) por la noche, cuando supe que Valdes habia regresado y me trasladé á una casa inmediata al campo, en donde vivia el Sr. Ferré, deseosísimo de saber el resultado. El semblante glacial de los circustantes me reveló antes de hablar, que la mision nada habia producido. Efectivamente, Valdes repitió lo que habia dicho antes á Ferré, reduciéndose todo á que Montero de acuerdo con Urquiza, proponia que para ahorrar los males de la guerra, me separase yo de Corrientes y la provincia entrase en el gremio de la confederacion con todas las aña-

---

(1) Preciso es hablar en plural, porque la autoridad de estos hermanos era una de las mas raras anomalias. Cuando llegué á Corrientes ya ocupaban el punto de Cruscuatía y todas las comunicaciones eran suscriptas por D. Juan que es menor que D. Joaquin. Cuando preguntaba yo cual de los dos hermanos tenia el mando, me decia Ferré que los dos, y que era indiferente dirigirse á uno ó á otro. Yo como ninguno que tenga tintura militar, no podia admitir ese diplomando, esa media responsabilidad, y seguí considerando á D. Juan como gefe del canton y de la vanguardia. Lo mismo sucedió en toda la campaña, sin que el hermano mayor reclamase, ni aun lo estrañase. Cuando la reaccion en 1843, D. Joaquin que sin duda era mas capaz, se puso á la cabeza de ella y ocupó en seguida la silla del gobierno. Posteriormente el descrédito de D. Juan ha llegado á lo sumo, justificando la eleccion de su hermano para el primer puesto: digo justificando la eleccion solo con respecto á la que podría haber recaido en su hermano.

diduras que requiere el *santo sistema*. Nada pues se había adelantado sino poner en claro las disposiciones de Urquiza, destruyendo de raíz las ilusiones que habíamos formado.

Desde que sin hablar á Valdes inferí de su modo forzado de esplicarse que no decia todo lo que había ocurrido y supuse que querría tener con Ferré confianzas que no queria hacer extensivas hasta á mí; suposicion que era tanto mas natural, cuanto que yo era la persona escluida por el negociador enemigo. Me retiré á mi campo en esa persuasion, pero contando con que al dia siguiente el mismo Ferré en cuya lealtad confiaba, me aclararia el enigma.

D. Joaquin Madariaga había obtenido licencia para ir por algunos dias á la capital, y con este motivo había acompañado á Valdes que debía llevar el mismo camino. Esta circunstancia es esencialísima para probar que deseaba explorar los ánimos en la ciudad de Corrientes; ver si era posible llevar adelante el plan que habían concebido y que su hermano de acuerdo con Valdes había propuesto al enemigo. Era una verdadera, una positiva traicion, sin que pueda confundirse con las otras clasificaciones arbitrarias de que antes hice mencion. Los hechos nos lo diran.

Antes de ir á casa de Ferré y sabiendo ya que el hermano D. Juan había ido á la conferencia con Montero, quise hanlar á D. Joaquin, quien me repitió lo mismo que había dicho Valdes sobre mi exclusion, pero añadiendo que *si consentia en retirarme, me ofrecian los enemigos asegurarme una pension adecuada en un pais extranjero*. El tono misterioso y acañtelado que tomó Madariaga para hacerme esta como revelacion, contrastó fuertemente con la indignacion en que estallé cuando oi la revelacion á que aquel parecia dar algun valor. “*Si los correntinos, le dije, quieren entenderse con Rosas, pueden hacerlo, en cuyo caso yo me retiraré de la provincia, pero no será aceptando pensiones y vendiendo la causa que me habia propuesto defender.*” Madariaga que sin duda había querido hacer un tanteo y que no esperaba una sa-

fida mia tan vehemente, se replegó sobre sí mismo, protestándome que no habia hecho sino referir lo que sabia por su hermano que habia propuesto el enemigo, pero sin pensar inferirme el menor agravio (1). Tuve que contentarme con esta explicación, però sin deponer mis sospechas.

Poseido de ellas es que volví á verme con Ferré, contando con adelantar algo más en el asunto, pues creia que Valdes habia sido mas franco en mi ausencia. Me maravillé al verlo á él como á su ministro Leiva, tan tranquilo, tan satisfecho y contento como si no hubiese ocurrido á su ánimo la menor desconfianza. Cuando yo le manifesté la mia se mostró sorprendido y me protestò que nadá habia añadido Valdés á lo que yo habia oido. “Si Vd., le dije, no me guarda reserva, crea firmemente que se la guardan á Vd., como el tiempo lo acreditará.” Mis sospechas tomaron nuevo vigor con la reticencia de Valdes y ya no dudé que habia un secreto que no me era posible penetrar. Tan solo me quedaba la duda de si lo conocia Ferré, y los hechos me probaron que nó.

Feré partía ese día 5 de abril para la capital y yo me habia prestado á acompañarlo porque me proponia dar algunos pasos, cuya necesidad era imperiosamente reclamada por las circunstancias. Fuera del partido que llamaremos *federal neto*, habia otro de oposicion personal á Ferré en que estaban inscriptos muchos de los mas decididos liberales. No habian dejado de hacerme insinuaciones para atraerme á sus miras, pero ocupado esclusivamente del gran objeto de la revolucion, las habia desatendido. El fin que me proponia en mi viaje á la capital era llamar á todos los amigos de la causa á la *Union* y excitarlos á que renunciando á pequenezes de partido, contrajesen sus esfuerzos al interes común.

---

(1) Me ruborizo y me indigno de que Madariaga llegase á entender que era capaz de alhagarme la propuesta que me hacia: por entonces no tenia fundamentos para calcular su malicia y cuando mas me asaltaban sospechas: es despues que conocí que él media á los demas por sus propios sentimientos:

El 8 llegamos á la capital que estaba ocupada en los deberes religiosos de la Semana Santa. D. Joaquin Madariaga siempre con el pretesto de visitar á su madre y hermanas, llegó casi al mismo tiempo. Yo empecé mi obra y él la suya.

Echagüe habia conocido que mi permanencia en Corrientes era un gran obstáculo á sus miras, por lo cual promovía mi separacion: los enemigos de Ferré, sin serlo quizá de la causa percibieron que para derribarlo del poder debian contar con migo: Madariaga con el solo objeto de entronizar su familia, queria servirse de estas disposiciones y traicionar á todos.

Convencido de que yo no me separaría de Corrientes segun el plan primero, mudó de rumbo y haciéndose el emisario de la oposicion, vino á ofrecerme á nombre de ella: que concurriría con todo su poder á que me subministrase la provincia, toda clase de recursos para el sosten del ejército y campaña que debia abrir; pero que estos recursos no habian de pasar por manos del gobierno sino directamente á las mias.

Fundaban esta pretension en los temores de que Ferré emplease los recursos (1) en ganar prosélitos (como dician lo habia hecho antes) mas bien que en sostener el ejército que iba á combatir, y se estendian á otras acusaciones que no es de este lugar referir. Ya se deja entender que semejante pre-

---

(1) En el congreso provincial habia sido tan violenta la oposicion á Ferré, unos meses antes, que este se vió precisado á tomar medidas de cuya legalidad ni quiero ni puedo juzgar. Era indudable que la mayoría del congreso le era contraria, á vista de lo cual no se estrañará que la oposicion se creyera en el caso de disponer de las rentas públicas y de los sacrificios particulares que además se prometian hacer. Esta oposicion, repito era personal á Ferré y de ningun modo á la causa. Madariaga y algun otro de su familia, eran quienes se proponian sacar partido de todo aunque fuese á costa de la libertad y gloria de Corrientes. Puedo asegurar que no reveló á la oposicion la tenebrosa negociacion de Mocoretá: á hacerlo se hubiera perdido. Quería entronizar á su familia por cualquier medio y para esto era preciso trastornar el órden existente, aunque fuese traicionando la causa á que habia servido.

tension importaba una revolucion y sin hacerme cómplice no podía aceptar la proposicion. La rechacé, pero asegurándoles hasta el punto de contraer un compromiso, que, los caudales públicos ya fuesen procedentes de arbitrios extranjeros, ya fueran de las rentas ordinarias, serian empleadas en el objeto preciso de su destinacion, pero sin privar al Gobierno de su administracion.

Al Sr. Ferré y á sus ministros, sin participarles lo que se me habia propuesto les hice ver que el grande y único fin que debian tener en vista era combatir á Echagüe y triunfar de Rosas, y que esto solo se conseguiría fomentando el ejército, y no haciendo *ahijados* que de nada valdrian si eramos vencidos. Por el contrario, les dije, si somos vencedores el Sr. Ferré teadrá á sus enemigos á sus pies y habrá dado el mas solemne desmentido á las que considera imputaciones calumniosas.

Me lisongeo de que no fueron inútiles mis persuasiones y que mi viaje produjo los buenos efectos que me prometí. La oposicion desistió de sus maniobras y Ferré libre de sus ataques, pudo dedicar su atencion á objetos mas importantes: la opinion pública se uniformó, se reanimó el espíritu de todos, y los esfuerzos generales se dirigieron al objeto comun.

Conseguí que se estableciese un periódico, recabando del Dr. D. Santiago Derqui que se encargase de su redaccion. Llamé la atencion hácia algun proyecto de hacienda que ofreciese recursos pecuniarios, lo que ocasionó la discusion sobre esta materia. De allí resultó la idea de emitir á la circulacion una cantidad de papel moneda, garantido por suscripciones voluntarias de los mas ricos propietarios. Ya no estaba yo en la capital cuando la adopcion de este pensamiento, pero se que el Sr. Ferré tuvo una parte muy principal, tanto en la concepcion, como en su ejecucion. Es de notar que desde que empezó á circular la nueva moneda, estuvo á la par del metálico y que conservó el mismo valor en los dias de la batalla decisiva de Cangua-



Tal era la confianza que reinaba. No fué sino despues de la desgraciada batalla del Arroyo-grande, que el papel empezó á disminuir y que ha continuado sufriendo alteraciones, sin bajar eso como en Buenos Aires.

Ademas de estas mejoras, se dió impulso á los preparativos militares: se estableció una maestranza regular; se obtuvieron que viniesen al ejército algunos gefes y oficiales argentinos del Estado Oriental, á pesar de las dificultades sin número que opuso el general Rivera; se estableció un correo periódico á Montevideo, y se organizó mejor el servicio en todos los ramos.

Del número de los gefes recientemente llegados, fueron el coronel D. Faustino Velasco, el comandante D. Felipe Lopez y otros oficiales de menos graduacion. Todos ellos prestaron muy buenos servicios y fueron de mucha utilidad.

Yo pude entonces contraerme á los prolijos cuidados de mi destino, con mejores esperanzas de obtener resultados felices. Desde que situé mi campo en las márgenes del arroyo de Villanueva, me habia dedicado con todo el celo de que era capaz á la instruccion del soldado, á la formacion de oficiales y el arreglo y disciplina del ejército. Mas para qué ocuparme de referir los pormenores de mi ingrata tarea, las vigiliass y las amarguras que tuve que devorar? Luchando sin cesar con el espíritu de desorden, con el mezquino sentimiento de localidad, con la mas crasa ignorancia, con la penuria de recursos, con dificultades sin cuento, hube de agotar mi paciencia. Sin embargo, esperé un consuelo, que no sentia años despues en el mismo teatro, y era el presentimiento de que mis trabajos no serian esteriles, y que aquel ejército que tantos me costaba, reportaria una victoria.

Quando el espíritu está ocupado de negocios tan graves y de tamaños intereses, me parece ridículo hacer ostentacion de los sufrimientos corporales á que están sujetos los militares en nuestro pais. A presencia de aquellos,

se reputa en nada la precision de vivir años bajo un techo de paja que uno mismo se fabrica, cuando no está á la intemperie, de comer un pedazo de mala carne y de sujetarse á toda clase de privaciones.

En los últimos dias de Abril habia regresado de Corrientes y con muy corta diferencia de tiempo recibí una comunicacion de D. Juan Madariaga que estaba siempre en Crusucuatía, avisándome que habia llegado á su poder una correspondencia traída del campo enemigo por dos soldados con sus divisas punzoes y demas zarandajas federales, los que se habian presentado á la hora mas pública del dia en el pueblito que le servia de canton. La publicidad de su llegada le impidió ocultar su mision, pero al avisar la no remitía las comunicaciones y se contentaba con decir muy sucintamente que todo era un mal entendido resultante de algunas palabras sueltas, largadas en la conferencia, y cuyo sentido se habia interpretado equivocadamente (1). Que el negocio era de ningun valor y en consecuencia habia despedido á los conductores.

Como se deja entender, no me satisfizo esta explicacion y le exijí la correspondencia original. Entró entonces en cuidado y se vino en persona á ni cuartel general á traer la carta en cuestion. Era de Montero, avisándole que instruido Echagüe de su propuesta rechazaba la candidatura de D. Baltasar Acosta para el gobierno de Corrientes, por cuanto sus antecedentes no merecian la confianza de los gobiernos federales, sin perjuicio de que por sus actos posteriores pudiese despues obter á él. En su lugar proponia á Cabral, Araujo ó Gaona, y terminaba ofreciendo la cooperacion de fuerza armada si se juzgaba precisa para asegurar el movimiento.

La realidad estaba descubierta y Madariaga estaba

---

(1) Quizá esplico mejor sus conceptos que lo que el mismo Madariaga lo hacia. Debo conservar su carta, mas no estoy en disposicion de registrar papeles. Escribo de memoria, pero como esta me es fiel, no temo equivocarme substancialmente.

confundido: trató de disculparse lo menos mal que pudo, repitiendo que Montero habia dado un valor que no tenia, á algunas espresiones que dejaron él y Valdes escapar en la conferencia, mientras que no habia sido sino un juego de voces, y concluyó negando la candidatura del Sr. Acosta. La torpeza y falsedad de sus excusas, era patente, pero se me humilló, me rogó que lo disculpase con el Sr. Ferré y terminó haciendo las mas solemnes protestas de adhesion y fidelidad á la causa.

Si Madariaga no era de los mejores gefes correntinos, era de los mas ladinos: tenia una larga parentela y relaciones con el partido de oposicion. Me convencí ademas de que no era capaz de dañar, tanto mas cuanto que á él y á su hermano los tendría á la vista. Le reprobé severamente su conducta, mas le prometí olvidarla: hice mas; le prometí interceder con el gobierno para que no tuviese consecuencias lo sucedido. Para probar mejor sus disposiciones me avancé á proponerle que pidiese á Echagüe por conducto de Montero el auxilio de una division de su ejército que apoyase el movimiento que esperaba se hiciese, á la que yo pondría una emboscada que le hiciese pagar su confianza. Con admiracion mia accedió al momento, mas luego deseché la idea, porque generalmente me han repugnado esta clase de operaciones y porque no quise correr el albur de esa prueba.

El Sr Ferré á su vez exigió la carta, y al mandarla empleé mis persuasiones é influencia para que se cortase el negocio y no se le diese ulterioridad alguna: hubimos de contentarnos con una solemne protesta que hizo el hermano D. Joaquin por la prensa, renovando sus juramentos de fidelidad á la causa y su firme propósito de defenderla. Es escusado repetir que lo que decla un Madariaga se entendia que lo hacía á nombre de la familia: de consiguiente este nuevo compromiso ligaba á su hermano en la misma forma que si hubiese sido por él hecho.

A esta protesta hacía alusion Montero en otra carta

posterior dirigida á Urquiza en que manifestaba no desear perar aun del cumplimiento de los ofrecimientos hechos por los Madarjagas, porque podian haberse visto compelidos á dar aquel paso para disipar las sospechas que contra ellos se hubiesen concebido. Esta carta y otras referentes al mismo negociado existen en mi poder: ellas fueron tomadas en el archivo de Echagüe que como he dicho cayó en Caaguazú. Urquiza sin dejar de blasfemar contra su gobernador y compadre, no solo lo instrua de todas estas ocurrencias, sino que le mandaba la correspondencia original de Montero. Por una copia de esta escrita á Rosas tomada tambien en el archivo, se refiere que este tenia un pleno conocimiento del negocio. Todos los papeles de esta referencia fueron encontrados en una cajita de lata barnizada de púnzò y cuidadosamente conservada, lo que me induce á creer que Echagüe les daba bastante importancia; pues los honores de este acomodo no los merecieron otros muchos papeles de interes.

Hé aquí el resultado de los negociados que en aquella época se entablaron con el Sr. Urquiza, juzgándolo siempre pronto á desprenderse de la cadena que lo ata al carro de la federacion. Desde entonces tuvo la rara habilidad de hacer creer á los que combatía que estaba dispuesto á pertenecerles y siempre los engañó. ¿Será una fortuna ó una desgracia; un mérito ó una indignidad aquella singular arteria? Júzguesé como se quiera: yo pienso que al fin se enredará en sus mismos lazos y no es aventurado decir que es con este designio que muchos alientan las disposiciones que se le suponen. Dejemos este asunto para ocuparnos de él despues.

Sucedén algunas veces que incidentes pequeños producen efectos mas graves que lo que podría esperarse y tal fué el que voy á referir. Entre la correspondencia de Montero tomada á Echagüe, venía una carta que comprómeía á un vecino de Corrientes, sujeto de mi amistad y enemigo de Ferrer. Aunque este conservaba contra él

mis sentimientos, á mi insinuacion, había depuesto sus  
ódios y trabajaba sinceramente á favor de la causa. Me  
propuse ocultar la carta para que no llegase á noticia del  
gobierno, quitándole de este modo la ocasion y los medios  
de dañar á este buen hombre, á quien solo podrá acusarse  
un momento de debilidad, por que debe advertirse que la  
carta no era de él y que solo se hacia una referencia que  
podia haber negado. Solo mi secretario D. Gregorio Gar-  
cía y Castro, era depositario de este secreto que reveló en  
confianza al Dr. Dergui. Este, sin duda ignorando mis in-  
tenciones lo transmitió al Sr Ferré, haciendo inútiles mis  
precauciones. Todo esto sucedió en tiempo posterior,  
pero lo refiero ahora por no volver sobre ello otra vez.

El Sr. Ferré que despues de la batalla de Caaguazá  
quiso á mis instancias visitar al ejército y que nos alcanzó  
en Cruzacuatiá, quiso absolutamente ver la carta, á lo que  
me presté con repugnancia: en seguida pretendió quedar-  
se con ella y me negué resueltamente; insistió con la mas  
terca tenacidad y yo me negué con la misma. He aquí  
una pobre competencia que produjo efectos graves, por  
cuanto fué causa de un profundo resentimiento de parte  
del Sr. Ferré. Mi intencion era buena, pues no le queria  
dar armas para herir á un amigo mio, pero quizá en políti-  
ca hice mal, pues hubiera evitado un motivo no pequeño de  
desavenencia, ademas de que es probable que Ferré no ha-  
biera llevado lejos su venganza. Debo advertir que una  
de las razones de mi obstinacion fué el contraste chocante  
que formaba la acrimonia contra mi protegido, con la in-  
dulgenca sin límites que mostraba respecto de otros mu-  
cho mas comprometidos, pero contra quienes no abrigaba  
prevenciones personales.

Esta bagatela, pues tal debe considerarse á presencia  
de los grandes intereses que se versaban, tuvo no pequeña  
parte en las desavenencias que luego estallaron. Todo  
fué debido á la facilidad de mi secretario García y Castro  
y la indiscrecion del Dr. Derquí, quienes sin calcular el mal

que iba á resultar, se permitieron *Confidencias* que tuvieron un efecto deplorable.

Terminaré con decir que desbaratada que fué la traidora negociacion de los Madariagas, para quitar las tentaciones de que se entablase otra, promulgué un solemne bando en el ejército, en los pueblos de campaña y en el mismo Crusucuatía, imponiendo la última pena al que mantuviese comunicaciones con el enemigo, ó recibiese comunicaciones sin manifestarlas. Los Madariagas que veian en este caso una pública reprobación de su atentado y que marcaba al mismo tiempo su magnitud, se resentieron sin duda; pero era lo menos que debian sufrir.

Mi familia se aproximaba al territorio de Corrientes, habiendo tenido que vencer dificultades que no podrían preverse. Luego explicaré mejor esta idea.

En la madrugada del 22 de Mayo tuve el idecible placer de abrazar á mi esposa é hijos, sin olvidarme de mi hermana que los acompañaba despues de once meses de ausencia en que todos habiamos sufrido y teniamos pérdidas que llorar. Las familias emigradas de Buenos Aires habian traído á la Colonia esa fiebre conocida con el nombre de *sarampion* y se cree que contajaron á mis hijos y domésticos. En el mes de Octubre anterior, mi casa se habia convertido en un hospital y era tal la violencia del mal, que habia en ella seis enfermos de gravedad, incluso mis tres hijos. En la noche del 20 al 21 la enfermedad llegó al último periodo de irritacion y la vida de todos estaba en el mas inminente peligro. Mi hijo mayor estuvo ñeshauciado, como tambien el menor: quiso la providencia salvar al primero, pero el segundo pereció á los cinco meses de su casi milagroso nacimiento.

Llegado que hube á Villanueva de donde habia salido cuatro dias antes con el doble fin de visitar la vanguardia de Crusucuatía y encontrar á mi familia, esta se estableció en una casa distante una milla del campo. Su compañía me hizo mas llevaderos los cuidados de un mando tan prolijo.

He olvidado decir que durante los meses anteriores, hubo dos hechos de armas, poco importantes sin duda, pero que contribuian á crear el espíritu militar de mi flamante ejército. El primero fué una escursion que hicieron con mi conocimiento los Madariagas sobre Mandisoví, en la cual sino se recojió el fruto que podia esperarse, por la ineptia de los gefes, no se sufrieron perdidas. El segundo fué mas feliz, pues el mayor Borda sorprendió al célebre Cabral, que habia reunido á su cuerpo algunos correntinos prisioneros en varias acciones del ejército libertador.

Tampoco desechó Echagüe los medios de seduccion, pues hizo venir á Corrientes como escapados de su prision á varios oficiales correntinos que habian pertenecido al ejército del general Lavalle y que se hallaban prisioneros en Entre-Rios, despues de haber estado muchos de ellos en Buenos Aires. Un mayor Alonso tuvo la poca destreza de empezar su predicacion desde el dia que llegó, lo hice arrestar con otro oficial que lo acompañaba y lo remití á Ferré, quien no quiso ver en su conducta toda la gravedad que tenia: despues de algun tiempo de prision fué puesto en libertad, mas no volvió al ejército.

Con el mayor D. Valentin Silva, á quien tomaron prisionero en los puntos avanzados, hicieron lo mismo, mas este no pudo por circunstancias especiales llevar adelante el engaño y confesó paladinamente su vergonzosa mision. Otros varios de menores graduaciones la obtuvieron idéntica y la desempeñaron como quisieron: es decir ó confesando que habian aceptado aquel encargo por salvar de las prisiones, ó simulándola, en cuyo caso se les alejaba, mandándolos á la capital á disposicion del gobierno.

Es imponderable la fuerza del provincialismo que distingue á los correntinos, aunque sean de las clases mas elevadas de la sociedad. El punto gefe en que estribaba la seduccion y que hacian valer todos los emisarios de Echagüe, era decir á sus comprovincianos que yo era un *extranjero* que solo queria servirme de ellos para ir á mi provin-

cia. Les ponían delante el ejemplo del ejército libertador y concluían por asegurarles que yo hacia lo que habia hecho Lavalle. Querían además persuadirles que era mengua que fuesen mandados por uno que no fuese correntino, siendo esta razón tan poderosa, que aun que no adhiriesen á sus solicitudes, hallaban en todos la mas amplia disculpa. En el mismo Ferré encontraban siempre iguales sentimientos en tan alto grado que parecia olvidar que el golpe que dirigian contra mí debia herirlo á él sin remedio.

El general Nuñez llegó al ejército en el mes siguiente y pasó á la capital á presentarse al gobierno. Sus servicios fueron aceptados y obtuvo colocacion no obstante las protestas del general Rivera. Aunque no tenia una gran idea de él como un gefe de órden y de instruccion, nunca lo creí capaz de las faltas con que despues se manchó. Ignoraba tambien un hecho reciente que bastára por sí solo para cubrirlo de infamia.

Cuando atravesaba la provincia brasilera del Rio-grande del sud, para venir á Corrientes, lo hacia acompañado de un jóven que no conocí, pero que segun informes que me dieron, no carecía de mérito. En un acceso de cólera y de embriaguez, lo mató por su propia mano, y trató por todos los medios imuginables de ocultar el homicidio. Mas estas cosas nunca quedan secretas: el Dr. D. N. Funes que es la persona de quien hablo, desapareció; y él aseguró que se le habia separado en el camino y que ignoraba su paradero. El estado de inseguridad por la guerra civil que devoraba la provincia limitrofe, hizo al principio creer que hubiese sido víctima de alguna emboscada de bandidos: nada de esto hubo, pues despues se supo que su amigo, compañero de viaje, su correligionario político habia sido su asesino (1).

---

(1) Los pormenores de este suceso quedaron sepultados en el mas profundo misterio, porque nunca se hizo diligencia judicial para descubrirlo. Yo lo ignoré por bastante tiempo y cuando llegaron á mi conocimiento las primeras sospechas del hecho, se ha-



Otro escándalo, dieron dos oficiales que desertaron por meterse en los buques y sin duda esperar allí al ejército de Echagüe, cuya invasión se esperaba á cada instante, uno de ellos era un Romero, hijo del gobernador de este nombre que fué de Corrientes años anteriores: el otro cuyo nombre no recuerdo era de una familia mas oscura. Este fué sin embargo mas feliz pues que salvo la vida: el otro pereció en el suplicio.

Romero fué primero aprendido por un sargento que mandaba la partida de policia del departamento de San Roque que era su enemigo y traído al ejército fué procesado y puesto en consejo de guerra. Este, separándose de la severidad de las leyes, lo sentenció á presidio por intervencion clandestina del Auditor de guerra Dr. D. Juan Andres Ferrera, y en consecuencia quedó guardando arresto hasta ser remitido á Corrientes (á la capital). En estas circunstancias vino á alguna diligencia el sargento que lo habia apresado y llegó por la guardia donde estaba preso:

bia separado Nuñez del ejército y estaba en Montevideo. Quien sabe este horroroso arcano es un mayor Ortega, oriental, que debió presenciario y acaso algo mas. Una conversacion que les oyó el Sr. Murguiondo á dos oficiales de Nuñez, fué el primer indicio que se tuvo. El mismo Nuñez me dió otro que solo despues pude comprender y esplicarme. Sucedió despues de la batalla de Caaguazú que se sacaban los prisioneros de tropa para los cuerpos y él habia informado contra dos hermanos entrerrianos, para que no se les sacase de la prision por ser unos malvados: alguno sin duda, le informo mal que habian salido sus recomendados del depósito de prisioneros y vino á reclamar en términos algo altaneros, diciendo que eran unos asesinos que no debian obtener su libertad, y antes al contrario continuar en su calidad de presos. Altamente chocado de sus modales y tono, le dije. ¿De cuándo acá general tjene Vd. tanto horror á los asesinos? Yo aludía á varias solicitudes que habia hecho para que al desgraciado Pancho Alzaga se le permitiese permanecer agregado al ejército, revocando la orden que habia dado de su separacion: mas él sea que temiese que yo hubiese tenido noticia de su atentado, sea que el crimen se presentase á su imaginacion, sea en fin algo de remordimientos, el hecho es que mis palabras tuvieron el efecto de un rayo: perdió el color, se demudaron sus facciones y vaciló sobre sus pies. Por entonces no supe distintamente á que atribuir su turbacion. despues pude explicarla.

apenas lo vió Romero, prorrumpió en insultos y amenazas de muerte, protestando que se vengaría y que no pararía hasta acabar con su vida. El sargento se quejó, lo que dió motivo á otro juicio en el que el consejo de guerra lo condenó á muerte, que fué ejecutada al frente de todo el ejército. Debo advertir que las amenazas que hizo al sargento, iban mezcladas con palabras subversivas y ofensivas á las autoridades y á la causa que defendíamos.

El otro oficial se presentó él mismo, sin que por eso dejase de ser sugeto á un juicio en que salió sentenciado á prision, que fué á cumplir á disposicion del gobierno, lo que era poco menos que nada.

Habiendo nombrado al Dr. Ferrera, me es forzoso decir algo sobre este Sr. y de las causas que originaron su separacion del ejército. Poco antes del juicio de Romero se habia presentado ofreciendo sus servicios, y los acepté dándole interinamente la Auditoria de guerra. Cuando se aproximaba la celebracion del consejo de guerra y que debia decidir la suerte de aquel oficial, me habló confidencial y privadamente para saber si mi deseo era que se fusilase: mi contestacion fué, que no queria sino que se cumpliesen las leyes militares: él insistió y yo me mantuve en mi primera contestacion. Cuando ví la flojedad con que habia procedido el consejo no supe á que atribuirlo, mas luego fuí instruido de que habia dicho en confianza á los jueces que yo queria que se condenase á muerte al reo, con el fin de indultarlo y recomendarme por la clemencia. Los jueces no quisieron ser menos clementes que yo, y he aqui el motivo de su flojedad.

Esta intriguilla que sin duda habia sido dirigida á salvar al reo para captarse la benevolencia de los correntinos, me disgustó en alto grado, pero me contenté con una desaprobacion pasajera y quedaron las cosas en el mismo estado. Cuando el segundo juzgamiento de Romero, no estaba él en el campo porque habia marchado á Paisandú á

hacer pasar á manos de Urquiza aquella carta mia de que antes hice mencion.

A este motivo de desagrado se unieron otros pequeños, cuyo detalle seria muy prolijo. Baste decir que él venia de acuerdo con algunos personajes de Montevideo con el designio de ganar mi confianza, entrar en mis consejos y dirigirlos si era posible. Aspiraba tambien á hacerse un circulito de algunos gefes y á tomar la posible influencia en todas las deliberaciones, jamás he reusado los dictámenes juiciosos y aun los consejos: lejos de eso los busco y adopto aun que vengan de mis inferiores, si me parecen justos y racionales, pero jamás he pensado por eso renunciar á mi propio juicio y mucho menos á mi conciencia. Tampoco he querido, ni tenido favoritos en los mandos que he desempeñado, de modo que los que se han quejado de que yo reducía mi amistad á cierto número de personas, no han obrado de buena fé, pues que el verdadero motivo ha sido que no los admitia á ellos en la clase de amistad que peatecian! la del *favoritismo*. Volvamos al Dr. Ferrera.

No hablaré de las rarezas de su genio, de su carácter original que toca en extravagante, pero sí de los arbitrios que tocó para hacercárseme y dominarme si posible le fuese. Trató primeramente de hacerme creer que era provinciano nacido en Corrientes: en seguida que era un hombre de una severidad de costumbres y principios aun superior á la que me suponía: y finalmente que era tan religioso que tocaba en devoto. Creyó que esta última era una buena recomendacion para un cordobés, y asi se lo dije un dia en tono jocosó. No quiero decir que él no posea esas virtudes, pero es seguro que las exageraba si es que las tiene, con fin de cautivarme. Otra calidad tenia que lo recomendaba mucho á mi estimacion y era su incansable contraccion al trabajo. A toda hora del dia ó de la noche, que lloviese ó hiciese calor, siempre estaba pronto para escribir y despachar cualquier asunto y con la advertencia de que cuando no estaba ocupado por mí, escribia de su cuenta y sin co-

sar. Escribo, es, su entretenimiento, su diversion, su pasion dominante. Tanto por lo que he observado personalmente, como por lo que he oido á sus amigos, debe tener algunas toneladas de papeles escritos de su puño.

Ahora que escribo esto me lo figuro con la pluma en la mano y gastando tinta con profusion. Si supiera que yo me ocupo de él, me consagraria sin duda algunas líneas mas de las innumerables que me habia ya consagrado. Solo desearia que escribiese con la misma buena fé que yo lo hago y le quedaria agradecido. Sin que él lo quede de mi por la justicia que le hago, diré que su desinterés, segun lo que yo he visto en sus acciones, es superior á todo encarecimiento.

Para dar la última mano á los tintes de resfrio que aquellas disposiciones habian engendrado en nuestras relaciones, vino otro pequeño suceso que acabó de echarlas á perder. Fué cuando invadió Echagüe y yo moví el ejército en direccion al rio Corrientes. Marchaba una tarde á la cabeza de la columna y el Dr. Ferrera venia á mi lado conversando de objetos indiferentes. Como media legua antes de llegar al campo que iba á ocupar se presentó el Dr Derqui que venia de la capital de Corrientes, enviado por el gobernador con objetos de servicio. La recepcion que le hice fué amistosa y urbana, y pasados los cumplimientos de estilo se colocó á mi lado y continuamos el camino. Ni aun noté por el momento el desvio del Dr. Ferrera, pero habiéndolo luego apercibido, lo llamé para que tomase parte en la conversacion, a lo que se negó con cualquier pretexto. No pasó aqui su displicencia, pues llegado que hubimos al campo no quiso acercarse á mi tienda ni aun venir á cenar, dando muestras del mas marcado descontento. Ya esto era demasiado, pues pretendia circunscribir mis relaciones á la esfera que él quisiese señalarme. No pude ya contenerme y quise corresponder su terca incivilidad de un modo que comprendiese para siempre que no era hombre que le pediria licencia para saludar á mis amigos. Qui-

rá fué algo severo, mas el caso no era para menos. Sea como fuere, nuestras relaciones aunque no terminaron del todo, y aunque al dia siguiente estuvo mas tratable con el Dr. Dcr., qui á quien no habia querido ni saludar, bien que jamás lo habiese visto, mi alejamiento por él, y reciprocamente, se hizo mas patente. Asi seguimos algunos dias: casi ya no lo ocupaba, cuando aconteció la derrota del coronel enemigo Tacuavé y captura del comandante D. Desiderio Benitez pasado al ejército de Echagüe.

La justicia, la política, la disciplina militar, nuestra propia seguridad, requiria un ejemplar castigo y para su aplicacion deseaba que fuese juzgado con rectitud y sin esas intrigas forenses que tambien saben manejar los togados. Temí una nueva embrolla de parte de Ferrera y la misma noche del dia en que recibí el parte lo hice marchar á la capital de Corrientes. Despues encontré al Dr. Ferrera en Montevideo y ultimamente en el Paraguay á donde llegó por Cuyabá desde Bolivia en solicitud mia, trayendo comunicaciones de varios argentinos que estaban en el Perú. No tengo motivos para creer que sea mi enemigo, mas tampoco lo tengo por amigo. Es uno de esos hombres que sin simpatizar conmigo, no puede menos de hacer justicia á mis puras intenciones y buenos deseos. Es un sincero enemigo de Rosas, á quien hace la guerra de todos los modos que puede.

He olvidado decir un incidente importante que explica la aplicacion de leyes militares que yo hacia en el ejército. Desde que me recibí del mando, pedí al gobierno una regla para conducirme, consultando si regia la ordenanza militar para hacerla observar, y en caso negativo exigiendo una ley que marcára mis atribuciones y los deberes míos y de mis subordinados. El gobierno contestó declarando que la ordenanza militar, debería observarse en el *ejército de reserva*, que es la denominacion que habia tomado el que estaba á mis órdenes.

Cualquiera comprenderá que estaba muy lejos de exir-

gir la rigurosa observancia de la ordenanza militar, pero al menos una base que servia de regla, sin la cual era imposible marchar. Algunos sábios superficiales dicen que es injusto hablar de leyes militares, respecto de soldados que no se pagan: digan esos sábios, si deberemos romper nuestro único código, y declarar que cada uno puede hacer lo que quiera. En tal caso una guardia podrá abandonar impunemente su puesto, un centinela se echará á dormir, un oficial desobedecerá á su superior, el cabo hará otro tanto con el sargento, y todo será una horrenda confusion. Entretanto el enemigo ataca, sorprende el campo y obtiene la victoria, sin que el general pueda impedirlo.

Si se quiere que precaba estos resultados, será preciso que aplique algunas penas y sí no son las de la ordenanza, es indispensable que se le designen, á no ser que sé prefiera que obre á su discrecion y arbitrio. En este caso habrá el peligro de que el dia que esté de mal humor abunde en severidad, mientras que si lo toman en su buena hora dejará impune el delito, pero al fin sabrá que su simple arbitrio ha de ser la regla de su conducta, y para que lo sepa él y sus subordinados, bueno sería que lo declarase el gobierno.

Mas, es en esto en lo menos que se ha pensado, y lo que se ha querido es dejar indefinida tanto la autoridad del que manda, como la obediencia de sus subalternos. Algunos privadamente han espresado sus conceptos, manifestando que querrian la observancia de la ordenanza militar, pero templada segun las circunstancias y las personas. Esta sola vaguedad encierra graves dificultades en la práctica, pero para su satisfaccion les diré que asi ha sucedido, pues nunca puede alegarse que se ha hecho una exacta aplicacion. En prueba de ello les haré observar que hablando yo continuamente de ordenanza, de leyes militares, de disciplina, es difícil que haya ejército donde menos castigos se hayan hecho que en los que he mandado, mientras en otros donde no se mentan las reglas y las formas, corre la sangre á torren-

tes y se estreñece la humanidad al ruido de horrendos castigos.

Era el mes de Setiembre y el general Rivera que habia ofrecido que en Enero anterior estaria con su ejército en el Uruguay para pasarlo en Febrero, ni aun habia movido del Durazno unos cuantos cientos de hombres á que llamaba ejército, y él mismo se habia marchado á Montevideo. Entretanto Echagüe completaba sus preparativos para la campaña que abrió en dicho mes. Antes de concluirse ya pisaba el territorio de Corrientes y se avanzaba en solicitud del ejército de reserva que yo mandaba, para librar la batalla. Yo no podia ni debia aceptarla sin reunir todos mis medios; es decir sin aumentar mis fuerzas que eran bien inferiores á las invasoras, con las milicias de la provincia que habian de reunirse en este caso extremo. Para ello necesitaba retirarme, en la inteligencia de que á proporción que perdía algun terreno, mi ejército se aumentaba.

Ganaba ademas tiempo para ir organizando las milicias ó si se quiere reclutas que llegaban, operacion que facilitaba la disciplina que habia dado al cuerpo de ejército que habia formado en Villanueva, que podría subir á 2,000 hombres. Encajonados en estos escuadrones los nuevamente venidos me era mucho mas fácil, era educacion rápida, esa media instruccion con que por lo menos debia contarse para que fuesen útiles en el dia de un conflicto. No se perdió tiempo y ayudado de la buena voluntad que reinaba y que se habia avivado á presencia del peligro, se hizo cuanto podia esperarse.

Quería tambien aprovechar este tiempo debilitando al enemigo con una guerra de partidas, mientras me ponía en estado de darle el gran golpe, á lo que el pais se presta admirablemente siempre que haya quien quiera y sepa practicarla. Los Madariagas, y principalmente D. Juan me habian ponderado hasta el fastidio lo mucho que debia esperar en este sentido de los cuerpos que mandaban él y su hermano D. Joaquin que eran precisamente pertenecientes á

los departamentos de Crusucuatia y Payubre, que eran los primeros que habia de tocar el enemigo. En su jactancia, me dijo muchas veces que solos sus dos cuerpos, bastarian para enloquecer al enemigo y rechazar la invasion. Aunque no diese crédito á tan ridícula promesa, esperaba que hicieran algo que se pareciese á esa clase de hostilidad, pero sucedió lo contrario, porque cuando las cosas se presentaron serias, hubo de perder la cabeza y me pidió con fastidiosa repeticion y en tono clamoroso un gefe que los mandase y refuerzos sobre refuerzos. Así lo tenia yo pensado, é hice marchar al general Nuñez, con un aumento de tropas que unida á las de los Madariagas, formaba una vanguardia de 800 hombres.

Despues de algunas guerrillas de poca importancia, hubo un encuentro mas formal en el arroyo llamado *Maria grande*, donde por descuido de un gefe hubo de ser sorprendida nuestra vanguardia. Perdimos un capitán y cosa de 20 hombres muertos: los enemigos tuvieron su parte proporcional. Esto nada decidia, pero Nuñez que carecía de valor, y de práctica en este servicio al modo que se hace en nuestro país, perdió la confianza en los gefes sorrentinos y me declaró positivamente que valian muy poco los que tenía á sus órdenes, no obstante que eran de los mejores que habia.

Sin embargo de ese valor y esa esperiencia, tenía Nuñez todos los resavios de un gaucho, ó lo que es casi lo mismo de un gefe educado en la escuela de Rivera. Las órdenes que llevó á vanguardia eran de hostilizar al enemigo por todos los medios posibles y obrar segun las circunstancias, atacando á un cuerpo que pudiese hacerlo con probabilidades de vencerlo y retirándose cuando se le presentase otro de mayor fuerza. Afectando que no comprendía el sentido de mis instrucciones, me urgía para que le diese órdenes positivas de atacar ó retirarse. Como no podia dar las primeras de un modo absoluto, porque hubiera sido preciso decirle que combatiera todo el ejército de Echagüe,



esperaba las segundas y en este caso hacía recaer sobre el general en jefe su inaccion y el desaire de la retirada.

Son bien comunes estos manejos en esos caudillejos que quieren á todo trance formar su crédito personal á costa del general que los manda y de la disciplina misma. En eso hacen consistir una buena parte de su habilidad y mérito, contando en poco, con tal que logren su objeto, hasta el éxito real de la operacion que se les ha encargado.

Núñez desques del suceso de *María grande ó los Molles*, porque allí fué lo principal de la refriega, ya no pensó en probar la suerte en otro combate, ni en urgirme exigiendo órdenes perentorias; se redujo á observar al enemigo, evitándolo á pesar de que tuvo ocasiones bellas para intentar nuevos empeños. Estoy persuadido de que influyó en su desaliento el conocimiento práctico de las tropas y gefes que mandaba, los que no eran sin duda lo que se habia imaginado. Habian bajado muchos grados en su concepto.

Entretanto el ejército habia emprendido muy lentamente su movimiento, no tomando el camino mas corto para dirigirse al rio Corrientes, sino tomando el camino del paso de Pucheta en el Payubre. Este arroyo con las lluvias estaba á nado y en esta forma lo pasaron los cuerpos. El enemigo nos siguió pero pasó este arroyo por el paso del Naranjito que está mas arriba, quedando ambos ejércitos en el rincon que forma con el rio Corrientes.

Mas no era mi ánimo esperarlo allí y pasé á la margen derecha de dicho rio en el paso de Caaguazú. El rio Corrientes estaba á nado y se pasó tambien en la misma forma que se habia hecho con Payubre, bien que aquel sea de mucho mas caudal. Algunos de los rios de la provincia de Corrientes, tienen la singularidad de que mientras mas se aproxima á su vertiente, son menos accesibles, y el que lleva su nombre es de esta calidad. Principiando pues por la parte superior de dicho rio, el primer paso que se presenta es el de Morairá; una legua mas abajo está el de Capitaminí, y á las dos leguas bajando aun, está el de Caagua-

zú. En seguida tiene otros muchos pasos, cuya enumeracion no viene á nuestro caso.

Desde que me cercioré del estado del rio y reconocí los pasos, me decidí á empeñar el combate cuando Echagüe se propusiese atravesarlo. Esta operacion debia consumirle algun tiempo, que era el bastante para trasladarme al punto de pasage que él eligiera. Con el fin de engañarlo, luego que hubo pasado el rio todo el ejército, lo moví por una diagonal, aparentando internarme, pero sin alejarme mas distancia que la que pudiese andar en la mitad del tiempo que él habia de emplear en la operacion.

Habia hecho reconocer todos los pasos con la mas prolija exactitud y de todos los informes resultaba que el paso de Moraira estaba intransitable por una planta acuatica, que llaman *camalote* que forma una especie de tejido en forma de red sobre la superficie de la agua ó muy cerca de ella. Es verdad que no es imposible romperse, pero requiere mucho trabajo, tiempo y canoas ó botes que no habia dejado yo una sola. Quedaba pues el paso de Catamini que es contiguo, y al cual parecian dirigirse los movimientos de Echagüe, que aun no habia tocado la ribera izquierda del rio. Yo á penas distaba dos leguas, pero mi posicion estaba oculta por las quiebras del terreno y por el bosque que intencionalmente habia elegido.

En la madrugada del 12 de Octubre me trasladé con los generales y gefes de division sobre el paso de Capitamini para reconocerlo personalmente, dar mis órdenes á los dichos gefes y esplicarles lo que convenia que supiesen de mis intenciones si el enemigo como parecia, se resolvia á franquear el rio en dicho punto. Asumaba el sol sobre el horizonte, cuando vimos al ejército enemigo, que formando una columna, tomaba la direccion del paso de Moraira. No me inquietó esto, porque como he dicho, se me habia avisado que estaba impracticable: mas fue otra cosa cuando recibí el parte de las avanzadas de ese lado, de que habia pasado un escuadron, y luego otro y otro, en términos que

guardada proporcion, debia luego estar en la márgen derecha todo el ejército enemigo. Corrieso que casi me abandonó mi sangre fria, y que en aquel momento hasta me crei vendido por una infame traicion ó cuando menos engañado del modo mas torpe y culpable. Recuerdo que dije algunas palabras duras al capitán de guias ó baqueanos, el célebre *moçito Acuña*, que era uno de los que habia mandado á reconocer los pasos y que habia clasificado de impracticable el de Moreira. El pobre hombre se confundia, y con razon, porque efectivamente su reconocimiento habia sido exacto, mas titubeaba y se desesperaba á vista de partes positivas y repetidos de que el enemigo habia pasado algunas fuerzas y que continuaba haciendo lo mismo con el resto. Lo singular era que para pasarlas con tanta rapidéz era preciso, no solo que estuviese despejado de camalote, sino que estuviese vadeable ó que la hondúra fuese insignificante.

Desde que ví al ejército enemigo marchando sobre el rio, habia destacado ayudantes que llevasen órdenes para que el ejército nuestro se alistase para moverse inmediatamente y luego otras para que lo hiciese en direccion al enemigo. Yo mismo fui para acelerar y coordinar el movimiento, dando órdenes al general Nuñez, cuya posicion quedaba mas cerca de Moreira que detuviese cuanto le fuese posible al enemigo para que retardase su operacion y nos diese tiempo á suspenderla ó batirlo. Habriamos andado media legua aproximándonos al rio, cuando recibí nuevos partes que desmentian los primeros. El enemigo, no podia, ni habia pensado pasar el rio, por el contrario, luego que se aproximó al paso de Moreira hizo alto, armó su tienda y campó tranquilamente (1).

Ya no quise volver á mi campo y renunciando á la ventaja de permanecer oculto, vine á situarme á media legua

---

(1) No se crea que nuestros ejércitos van provistos de tiendas, como los de Europa, las tienen algunos gefes y oficiales en escala muy diminuta, por eso deja de ser un signo de acamparse, el acto de armarlas.

del río, para estar mas en aptitud de disputar el paso. Lo sucedido me revelaba la poca pericia de los correntinos en esta clase de servicio por que era indudable que las guardias avanzadas no habian cumplido sus deberes. Era muy claro que asustadas con la presencia del enemigo, se habian retirado á largas distancias, no obstante que mediaba un río profundo y que su imaginacion aturdida y acaso engañada con las quejras del terreno, les hizo ver ya al enemigo en la misma márgen que á ellos. En todas partes se castigan del modo mas severo estas equivocaciones, ó estas mentiras que pueden acarrear males irremediables, pero en nuestros ejércitos, apenas son venialidades poco importantes. Si un general quiere dar al hecho una parte de la gravedad que merece, luego viene la cantinela: *Son ciudadanos, es demasiada tirantéz, no se les puede sugetar á la ordenanza &ca.* Entonces pues, ó será preciso dejarnos de guerra, ó ser mas indulgentes con los generales que tienen que lidiar con dificultades tan enórmes.

En esta situacion permanecemos algunos dias, sin mas movimientos que los precisos para mudar de campo y procurar pasto para nuestros caballos. El ejército iba siempre aumentandose, pero no sucedia esto sin trabajo, y trabajo que provenia no solo de la primera autoridad del pais, sino de los comandantes de departamentos y hasta de los empleados subalternos. No sucedia esto por mala voluntad, ni por falta de patriotismo, sino por la ignorancia, las preocupaciones y escasez de inteligencia: me explicaré.

Habia, por ejemplo, en la capital un batallon cívico (al que denominé Guardia Republicana) compuesto de artesanos y gente pobre, que no podia conseguir que me mandase Ferré, porque alegaba que era la guarnicion de la ciudad. En vano le decia que en la capital nada se habia de decidir y que el resultado de la batalla que iba á darse seria todo; que si ella se ganaba seria salva la capital, y si se perdia nada haria el batallon que habia dejado ocioso: (1)

(1) Catorce meses despues la sola noticia de la pérdida del

la contestacion era que la capital no podia quedar *exenta*. A la par del gobernador, pero proporcionalmente pensaban y obraban los comandantes de departamentos, queriendo cada uno con pretexto de conservar partidas de policia guardar cerca de si los mejores hombres, las mejores armas, los mejores caballos, que al fin no venian á servir sino á su seguridad personal, y ni aun esto, pues debo advertir que entonces no habia el menor peligro interior, ni asomos de montoneras en el centro de la provincia. En cuanto al exterior, el ejército cubria perfectamente todas las avenidas, de modo que nada absolutamente tenian que temer de esa parte.

Mas no se piense que para darme esas repulsas se empleaban los conceptos espresos y categóricos, segun los he referido: se entretenia, se tergiversaba, se ofrecia y se mentia al fin. Para cosa de estas y aun para pequenezes de menor importancia, tenia que escribir pliegos enteros y agotar los recursos de mi pobre elocuencia, sin obtener á veces mas que resultados mezquinos é insuficientes. Recuerdo que para obtener una parte del batallon cívico que fué lo que vino, adoptamos con el Dr. Derqui que estuvo unos cuantos dias en el ejército, el arbitrio siguiente.

El general Nuñez, desde que en los primeros pasos de la campaña se puso al frente de Echagüe, reconoció la fuerza y calidad de su ejército y me pasó un parte y cartas particulares en que me decia que el ejército enemigo era respetable y numeroso, que era disciplinado y aguerrido. De estas cartas se apoderó el Dr. Derqui y ademas nos propusimos adular el peligro de nuestra situacion para intimidar á Ferré y que consintiese en mandar el batallon cívico y dejar *exenta* la capital que nadie pensaba atacar: produjo esto su efecto, pues se consiguió no solo el bata-

---

Arroyo Grande, causó tal trastorno en la provincia, en la capital y en la cabeza de Ferré que dejó la silla del gobierno y huyó, cuando estaban los enemigos á 120 leguas, dejando perdida para la causa la provincia toda ¿Qué hubiera sido cuando el enemigo estaba á 40 leguas?

llor en su mayor parte, sino que apurase a los comandantes de departamentos para que mandasen también una parte de sus guarniciones.

No menos trabajo costaba el que mandase el gobierno armas, municiones, vestuario y otros artículos, porque á mas del extraño error de creer que estos enseres tienen la virtud de obrar por sí solos aunque esten depositados en los almacenes, en el sentido de defender el pais, creia que era un atributo de la dignidad gubernativa el tener bajo su mano algunos repuestos de artículos militares (1), sin los cuales pudiera considerarse menguado su poder. Yó hubiera perdonado muy de buena gana estas debilidades, si hubiera tenido las bastantes armas; pero no era así y tenia que sostener una lucha continua, pero hasta donde podia moderada.

Es una grave dificultad, cuando los que están á la cabeza de la administracion de un pais que está en guerra, no tienen tintura de ella, ni de las necesidades de un ejército. Graduando sus consumos por los de una casa particular ó una estancia, todo les parece excesivo, sin calcular que no se llevan los hombres á la muerte, sin ofrecerles algunos gozes que les hagan menos ingrata la profesion y la disciplina que es indispensable para vencer. Es una extraña anomalía de ideas, la de los que quieren que no se use de rigor con el soldado porque no se le paga, y que no se le pague en dinero ú otros artículos porque no lo considera preciso.

Cuando el gobierno habia mandado algunas arrobas de tabaco y algunas camisetas, creia haber hecho mas de

---

(1) Quien conozca al Sr. Ferré no extrañara esta observacion. Hombre metódico, arreglado y económico, hallaba un placer en hacer acomodar y conservar con esmero los efectos de propiedad pública. Como Brigadier que es, y en circunstancias de una guerra activa, los militares le merecian la preferencia y llegó á creer que se consideraba descendido de rango, sino tenia algunas espadas ó fusiles encajonados de que poder disponer su actividad por otra parte necesitaba alimento y este cuidado la entretenia. Cuando el Arroyo-grande, se perdió un gran repuesto de armas sin sacarse de los cajones,

lo necesario, y contaba con descansar durante medio año. Casi llegué á pensar que consideraba al ejército como un cuerpo inanimado, como á un fardo que puede guardarse y encontrarlo intacto despues de muchos meses. Apurando una vez mis solicitudes, le dije al Sr. Ferré: "Figurese Vd. que un ejército debe ser considerado como un monstruo que consume mucho." Celebró la ocurrencia mucho, pero mirándola solamente como una figura retórica, no mudó de opinion, ni de conducta. En obsequio de la justicia debo decir que lo que jamas escaseó fué *japon*, pues frecuentemente venian gruesos cargamentos, en términos que cuando llegó la retirada se hallaba atestada la comisaria. No sé lo que motivaba esta parcial generosidad, y me inclino á pensar que como Corrientes es un pais ardiente y sus habitantes gustan de bañarse y andar limpios, ponía esto en la categoría de la primera y principal necesidad.

En cuanto á dinero, ya recordarán todos que publique el *estado de la caja del ejército* á la que en un año apenas habian entrado unos pocos miles de pesos. Los que me conocen y aun los que no me conocen, saben que no soy un despilfarrado: harto he sufrido las censuras de mis compañeros por mis principios de orden y de economía: harto me han criticado tambien otros que no eran militares por mí *misma delicadeza*, como la llamaban: y despues de esto, tener que estar pidiendo continuamente, á peligro de que se atribuyesen mis solicitudes á causas menos justas, era un sacrificio casi superior á mis fuerzas. Mi ejemplo, mi modo de vivir, mi completa abnegacion, todo era poco para persuadir que merecian alguna atencion mis representaciones. Ferré es uno de los hombres que mira á los militares de todos rangos, cuyo vestido gusta cargar sin embargo, como unos miserables peones á quienes considera desde una elevada posicion. Volvamos á las operaciones de la campaña.

El tiempo que permanecimos al frente de Echagüe, no solo fué aprovechado en sentido de las mejoras mate-

riales, sino que se adiestraba el ejército, se familiarizaba con la presencia del enemigo y se aguerria con pequeños encuentros. Había hecho pasar algunas partidas que lo hostilizaban por la espalda y que si no le impedían del todo la saca de ganado, la dificultaban al menos obligándolo á emplear gruesas divisiones. Sus comunicaciones con el Entre-Rios estaban tan completamente cortadas, que en dos meses no recibió Echagüe una sola correspondencia, habiendo todas caído en mi poder con pérdida de los conductores y derrota de las partidas que los escoltaban.

En todos esos pequeños encuentros fuimos felices, pero sobre todo en el ataque de Mercedes, pueblo situado cerca de Villanueva y que quedaba diez leguas á retaguardia del enemigo. Como la emigracion habia sido universal, el pueblito quedó desierto y Echagüe que no queria conquistar solo paredes, llamó á algunos vecinos de los que habian ganado las fragosidades de los desiertos para que lo poblasen. Un antiguo comandante de milicias, hombre pudiente, perteneciente á las primeras familias llamado D. Desiderio Benítez se habia ido con un hermano, teniente tambien que habia servido en el ejército, á las filas enemigas. Nombrado por Echagüe comandante del departamento que ocupaba, logró atraer algunas familias y repobló Mercedes haciendo una mala trinchera para su defensa y apoyándose en un escuadron fuerte que mandaba el ya mencionado coronel Tacuaré.

El coronel D. Faustino Velasco fué destinado á dirigir las operaciones de las partidas al sud del rio Corrientes y tuvo la órden de reunir las para caer sobre el pueblo de Mercedes y sorprenderlo. Lo consiguió cumplidamente, pero teniendo que batirse con bravura y buena fortuna. Primero batió al fuerte escuadron de Tacuaré que se le presentó fuera del pueblo y en seguida penetró en él empleando para ello una pequeña partida de infanteria que le habia dado. La mortandad del enemigo fué proporcionada y quedaron prisioneros el coman-



dante Benitez y el mayor Maroto, ayudante de campo del general Echagüe con otros mas de menos importancia.— Velasco despues de dar el manoton se apresuró á replegarse al ejército por los pasos de mas abajo del rio Corrientes, que era por donde habia pasado al emprender su marcha. Fué en vano que el enemigo ocurriese á Mercedes con fuerzas numerosas, ya no halló ninguna nuestra ni habitantes: tampoco quiso repetir la tentativa de repoblarlo.

Maroto, fué considerado como prisionero, perfectamente tratado y remitido á Corrientes. Tuvo la complacencia de recibir cartas de su familia que se le mandaron entregar, lo que no habia sucedido en su ejército, porque todos los correos venian á mi poder. En cuanto á Benitez era otra cosa: era correntino, transfuga, y sobre transfuga activo cooperador del enemigo. Era á todas luces conveniente hacer un ejemplar que quitase las tentaciones de imitarlo y que nos hiciese respetar del enemigo mismo. Fué juzgado como militar por un consejo de guerra y sentenciado á muerte con la observancia de todas las formas. El general Ramirez presidió el consejo: D. Juan Madariaga se escusó de entrar en él como vocal por ser pariente del reo. Pienso que el y su hermano serían los únicos en el ejército que desaprobaron este acto de justicia, mas si fué así no se atrevieron á manifestarlo. Bien sabian á que haber obrado con igual severidad con respecto á ellos, no estarían tan tranquilos al frente de sus escuadrones. Ferré aprobó cumplidamente todo.

Por las comunicaciones tomadas al enemigo habia sabido los desastres ocurridos al ejército libertador: tenia en mi poder los partes oficiales de la derrota de Famaillá en que fué batido el general Lavalle en Tucuman y de la del Rodeo del Medio, en que lo fué el general Madrid en Mendoza. Era fuera de duda que por aquella parte estaba todo concluido para nosotros. Apesar de que el silencio sobre estos sucesos fué rigurosamente guardado por el go-

bierno y por mí, era de temer que transpirasen y que influyesen de diversos modos en los dos ejércitos contendientes; es decir animando á los ya desalentados soldados de Echagüe y abatiendo a los nuestros que se habian engreído con los sucesos que habiamos obtenido. No es temeridad pensar que si en ambos ejércitos hubiera sido bien conocido el verdadero estado de las fuerzas de la revolucion, hubiera sido muy difícil llevar al combate á los correntinos, ó por lo menos todas las probabilidades estaban por el enemigo. Esta fué una poderosísima razon que me obligó á apresurar la batalla, aun que fuese franqueando yo el rio que servia de barrera al ejército contrario, como sucedió.

Al fin fué imposible ocultar una parte de estas desgracias, porque se recibieron avisos de que una division perteneciente á las fuerzas del general Lavalle, batidas en Famaillá habia atravesado el Chaco y se aproximaba á Corrientes. Era conducida por el coronel Salas y otros gefes que arrastraban como 400 hombres de varias provincias, pero en su mayor parte correntinos. Si este suceso patentizaba uno de los desastres que se habia querido ocultar, se compensaba la mala impresion que producía con el aumento de fuerza que nos daba y la cooperacion de gefes de crédito que venian á reunirsenos, así fué que neutralizado este golpe, no produjo todo el mal efecto que pudo temerse. En el mismo ejército enemigo, mas llamó la atencion del vulgo la incorporacion del de una division al nuestro, que la causa que la producía.

Por otra parte los expedicionarios del Chaco, venian impresionados de los triunfos del ejército del general Madrid, por la brillante victoria del general Acha en Angaso y no sospechando ni remotamente los desastres que se subsiguieron á tan insigne hecho de armas, suponian al primero de estos gefes reunido al segundo y obrando victoriosamente en el centro de la república. En prueba de ello referiré lo que sucedió con el coronel Salas, gefe como he dicho, de la division del Chaco,

Desde que llegó á la capital de Corrientes habia propuesto al gobierno un proyecto de obrar separadamente, con una fuerza que se le confiase, sobre la frontera de Córdoba, atravesando una parte del Chaco. Cuando llegó á mi noticia este proyecto *un si es no es* apoyado por Ferré, me indignó por su inoportunidad creyendo ver una repetición de la funestísima campaña de Reinafé el año anterior. Lo desaprobé altamente y el Sr. Ferré le contestó á Salas remitiendolo á mí. Cuando éste llegó al ejército, me presentó su proposición que quise rebatir con observaciones generales, mas como se encastillase en el triunfo de Acha y en las soñadas ventajas del general Madrid á quien era conveniente auxiliar con caballadas que él podia sacar de Córdoba, tuve que revelarle con las debidas precauciones una parte de nuestros secretos. Le dije que las operaciones del general Madrid debian haberse paralizado, por la derrota de Acha en San Juan y que por bien que hubiesen ido despues las cosas, no podria estar en situación de ocupar la provincia de Córdoba.

El sentimiento de la mas viva incredulidad se pintó en el semblante de Salas y aun que no era dable que me la expresase, no me quedó la menor duda de que pensaba que era un cuento forjado por mí para disuadirlo de su brillante concepción. Sin embargo ya no podia hacer mas y le dije terminantemente que olvidase por entonces semejante pensamiento y que solo nos ocupásemos de batir al enemigo que teniamos al frente: que cuando fuese tiempo y oportunidad, yo tomaria la iniciativa para practicar la misma operación que ahora no convenia.

El coronel Salas es un paisano de buena razon, sumamente moderado y que bajo la apariencia de una frialdad glacial encubre una alma ardiente y un espíritu perseverante y hasta tenaz. Es un oficial valiente y aun que todas sus aptitudes, su educacion y sus tendencias son las de un candillo, no es inclinado á la crueldad, ni á los desórdenes. Su aspecto y todo su talante es el menos militar

que se pueda imaginar, de modo que la especie de disciplina que imprime en sus subordinados, quiere que sea mas bien efecto de la persuacion que de sus órdenes imperativas. No siempre le ha salido bien ese arbitrio, á pesar de los eternos sermones que dirige á sus soldados, como sucedió el año 1845 en su desgraciada expedicion al Chaco, de que trataré despues, pero no por eso deja de seguir el mismo sistema. Voy á dar la razon porque supongo que entonces me miraba con desconfianza.

Cuando estuve en Córdoba el año 31, abrazó el partido federal y combatió contra la causa que yo defendia y á la que él ha prestado despues buenos servicios. Cuando caí prisionero estaba entre mis enemigos y es probable que temiese que yo conservase esos recuerdos. Fuera de este habia otros motivos mas poderosos.

Me dicen que el general Lavalle le habia ofrecido el Gobierno de Córdoba, ó apoyar su eleccion que es lo mismo, y como podia hallar en mi un concurrente peligroso nada tiene de extraño que me mirase como rival. Temería ademas que yo cruzase sus designios inutilizandolos por los medios que tiene un general, ó que me lo anticipase abriéndome el camino por una victoria. Hé aquí pues un motivo para que él desease ir antes á Córdoba, y entenderse con el general Madrid, mas bien que conmigo. Despues ha conocido el coronel Salas que yo no le pondria embarazo personal á sus miras, y pienso que se tranquilizó completamente sobre este punto. Mas tarde, no una, sino por varias veces yo mismo he propendido á que verificase sus deseos expedicionarios, y si no tuvieron efecto, no fué por culpa mia.

Despues de un descanso de unos cuantos dias en la capital de Corrientes, la division del Chaco, con alguna disminucion llegó al ejército, donde le hice un digno recibimiento. Salí á su encuentro y le hablé adecuadamente, encomiando sus servicios y agradeciéndolos á nombre de la patria. El ejército se formó en su campo para recibirla.

Después de campada vino el coronel Salas con todos los gefes y oficiales, que andarían por cincuenta par cumplimentarme en mi cuartel general. Habían formado un círculo, el que fui recorriendo, dando la mano á todos y dirigiéndolos algunas palabras: llegué á un oficial que al hablarle se demudò notablemente, su mano temblaba dentro de la mia y vaciló sobre sus pies en términos que temí que cayese. Creí que se hubiera enfermado y dí órden que se le atendiese, mientras concluía mi revista. Luego supe que era el capitán Acosta, el mismo que me hizo prisionero en Córdoba diez años antes. El recelo de que lo reconociese, el temor de que me vengase, traicionaron su firmeza y hubo de sufrir un desmayo. ¡Qué mal conocía mi corazón! Ni por un instante abrigué un sentimiento poco generoso: le mandé ofrecer todas seguridades y se tranquilizó completamente.

Se creerá que esos soldados tan indisciplinados del ejército libertador, sin mas que el ejemplo entraron sin dificultad en el sendero del órden! Tan cierto es esto, como que nuestros paisanos son dóciles, y que esos gauchos tan indómitos al parecer, son muy susceptibles de disciplina, cuando se les inculca con sensatez y no se les tiraniza ó se les estravía.

● Al principio solo apareció la venida de la division del Chaco, como una resolucion espontanea de los gefes que la mandaron, tomada á consecuencia de los últimos desastres, pero no en contradiccion con las órdenes del general Lavalle, y mucho menos como efecto de una verdadera sublevacion. Se creyó que en una universal dispersion, en que unos toman un camino, y otros otro diverso, ellos habian elegido el mas digno, buscando la reunion con sus nuevos compañeros, para volver á combatir por la causa que habian defendido. Después se supo que desgraciadamente era lo contrario y que si el objeto era bueno, los medios no habian sido los mejores. Los gefes principales solicitaron efectivamente permiso para dirigirse á Corrientes por el

Chaco: el general sin negarse les dijo que aguardasen, y lo hicieron hasta recibir un socorro pecuniario que se daba al ejército: mas despues se separaron desconociendo la autoridad del general y apartándose sin su consentimiento de la columna, á cuya cabeza marchaba él en persona. En la carta que me escribió el general tres dias antes de su muerte, me dice que se ocupaba de continuar la guerra en Salta y que si esto no era posible, me mandaría dichos gefes, [á quienes me recomendaba] con la fuerza que lo seguía.

Quizá no era ya posible continuar la guerra: quizá se pasaba el tiempo y la oportunidad de poder emprender la jornada del Chaco: quizá todo esto tuvieron presente los gefes que á ello se decidieron. Bueno es tambien advertir que en el sistema adoptado y seguido en el ejército libertador, esos actos no presentaban la deformidad que en otro mejor constituido. Sin embargo, no quiero juzgarlos: que lo haga el pais y la historia. Lo que han dicho algunos de que su separacion fué á causa de la muerte del general, es inexacto, porque el general Lavalle, pudo salvar como salvaron los restos que llevó el general Pedernera al Perú.— La muerte fué obra de su confianza, de una casualidad y de una fatalidad tambien.

Casi al mismo tiempo que la division del Chaco, lleó á Corrientes no recuerdo que oficial traia dos cartas para mí del general Lavalle del 2 y 3 de Octubre. La primera de una gran estension era un detalle de su última campaña y de la desgraciada batalla de Famaillá que la terminó. De estas cartas han corrido innumerables copias, sin que nuestros escritores públicos hayan querido imprimirlas, ni aun mostrarlas. ¡Rara reserva! cuya causa es difícil adivinar al que las lea con un poco de cuidado.

Por entonces no se supo positivamente la muerte del general, pero un rumor vago la anunciaba. Pienso que alguno de los últimos que se separaron de los restos del ejército y alcanzaron la division del Chaco, trajo la noticia que

trataron tener oculta los gefes de aquella: pronto llegó por otras vias la confirmacion de su triste destino.

Como creo que he insinuado en una nota anterior, yo no había escrito una palabra al general Lavalle desde mi separacion de Punta-gorda: la frialdad y el desvío de este antiguo compañero, me autorizaban para cortar mi correspondencia, y así lo había hecho, mientras Rivera y aun Ferré afectaban sospechar que yo venía á obrar no solo por sus inspiraciones, sino por sus órdenes. Ya dije tambien que lo que el primero quería era una declaracion mia, cualquiera contra el general Lavalle para publicarla y agitar mas la discordia entre los argentinos.

Cuando á mediados del año fué enviado el capitan Aldao á la provincia de Salta, atravesando el Chaco, escribí al gobierno de Salta y al general Madrid. Estas cartas fueron las que vió el general Lavalle y de que hace mencion en la suya. Cuando todo se hubo perdido, cuando se dissiparon las ilusiones cuando llegó la hora del desengaño, se acordò del amigo de cuya lealtad, acaso habia dudado. Entonces, sin mas consejeros que sus sentimientos, hizo justicia á los míos y echando la vista sobre todos los argentinos que sostenian la causa de la libertad, me prefirió para desahogarse, y legar su última memoria. No escribió á nadie mas, fuera de su señora, á quien remitiò inclusa en la mia una cartita, que tuve cuidado de hacer poner en sus manos.

He dado mucho aprecio á esta última prueba de confianza, tanto mas apreciable, por cuanto antecedentes bien desagradables habian resfriado nuestras relaciones. La respondo ahora mismo, deplorando sinceramente su fatal destino y tributando un recuerdo honroso á su digna memoria.

Mi correspondencia con el general Rivera, antes de la batalla de Caaguazú, estaba poco menos que interrumpida, mas luego de la invasion de Echagüe recibí una carta de

letra suya del tenor siguiente (1). “Sr. general D. José María Paz—Montevideo, Octubre 9 de 1841—Con fecha “22 del pasado escribí á Vd. lo conveniente respecto á la “invasión del ejército de Entre Ríos, el cual por las noti- “cias recibidas del Uruguay, el 28 estaba ya en Pago “Largo. Confío que en caso de que aquel ejército se in- “terne, buscará á Vd. con el objeto de batirse; importa “que Vd. se le escuse maniobrando hábilmente sobre el “flanco izquierdo, es decir á ponerle por delante el Miri- “ñay y dejando que el manibre sobre el territorio de el “Vatel, ó rio de Corrientes, para así entretenerlo y ale- “jarlo del interior de ese país, que Vd. debe dejar desier- “to si es posible, apoderándose de todos los elementos “de movilidad, y evitar una batalla, que Vd. sabe lo que “esto importa.—Yo voy á marchar y pronto estaré en el “Uruguay, y no dude que lo pasaré antes de 20 dias con “4000 hombres. Le daré mis noticias: espero que Vd. me “dé las suyas para entendernos, mientras no lo haga con “el Gobernador Ferré á quien me dirijiré oportunamente. “Saluda á Vd. afectuosamente su servidor Q. B. S. M.— “Fructuoso Rivera.”

(1) Innumerables cartas y papeles como este existen en mi poder que podrían servir de documentos justificativos de esta memoria y que los habia citado en sus lugares respectivos, sino me fuera muy penoso revolver papeles para extraer los que dicen relacion á mi asunto. Dejo esta tarea á mi hijo, si algun dia quiere decir algo de los hechos y vida de su padre, como tambien la de corregir alguna pequeña inexactitud que pueda haber y aun de suprimir algunos pasages que sea conveniente callar. Yo no desconozco que mientras mas me aproximo á la época presente, en que he desempeñado un rol mas elevado que en mis primeros años, mis impresiones son mas fuertes y están mas vivas: de consiguiente puede que cargue la mano, mas de lo que convenga á una obra de esta clase: mas tambien de lo que pueda ser útil para la historia. Acaso soy demasiado prolijo, á lo que puede aplicarse el mismo remedio. Sin embargo de la omision de innumerables documentos, he querido copiar esta carta del general Rivera, porque muestra la falsedad é inconsecuencia de este hombre, y sus miras interesadas, pero torpemente interesadas en los consejos ú órdenes que me daba. La carta es toda de su puño y abunda en incorrecciones de estilo que he suprimido y que se verán en el original.



Sin el perfecto conocimiento que tenía de este hombre, la carta que acabo de copiar hubiera podido distraerme de mi objeto y trastornar el proyecto que habia formado esperando la realizacion de los sucesos que me anunciaba. ¿Quién puede dudar que el éxito de la campaña hubiera sido lo mas seguro, esperando que él invadiese el Entre Rios? Felizmente no me aluciné ni por un instante y obré como si tal carta no hubiese llegado á mi poder. Sin embargo, ahora merece que haga de ella un ligero análisis.

A quien tenga la mas vulgar tintura de la provincia de Corrientes, le costará trabajo comprender cuanta es la ignorancia de su topografía que manifiesta el autor de la carta, y á mi me hubiese costado otro tanto, si no me lo hubiese explicado por el deseo que tenia, el general Rivera de verme llegar al Estado Oriental con dos, tres, ó cuatro mil correntinos y seis ó diez mil caballos, importándole bien poco que la provincia hubiese sucumbido y hubiese sido derrotado sin batirme. Desde mucho tiempo estaba resuelto á llevar sus tropas fuera del Estado que presidia y empleaba todo su poder y habilidad en atizar la guerra en el nuestro. Bastante se ha repetido, sin que yo responda de su autenticidad, la esclamacion que le arrancó la desgraciada jornada del Pago Largo, donde los correntinos fueron por él cruelmente abandonados, sin embargo de sus mas solemnes promesas; *Ya corrió sangre, dijo, ya los correntinos son míos!* Y se engañaba miserablemente: los correntinos dejaron de pertenecerle para siempre.

Si se exceptúa la parte Norte de la provincia de Corrientes, en que el gran lago Iberá, casi toca en el Paraná, ocupa el lago en lo demas el centro de su territorio, desprendiendo en su extremo Sud como dos brazos que son los rios Corrientes y Miriñay, de los que el primero se arroja en el Paraná y el segundo se echa en el Uruguay. Las antiguas Misiones Jesuiticas, que en el dia son un terre-

no despoblado, quedan entre el lago y el último de dichos rios, quedando de la otra parte toda la riqueza, los pueblos todos y casi toda la poblacion, inclusa la capital. Este territorio que hace la totalidad de la provincia, era el que se me aconsejaba ú ordenaba que abandonase, retirándome tras del Miriñay, donde nada tenia que cubrir sino un árido desierto y donde hasta mis comunicaciones con el Gobierno eran dificiles y no podian conservarse sino haciendo un gran rodeo por la Tranquera de Loreto.

Por de contado que con solo practicar el movimiento que me indicaba habia puesto la provincia en manos del enemigo, siendo hasta imposible que el Gobierno se conservase en la capital. Ademas, los soldados del ejército, cuyas familias quedaban abandonadas se hubiesen desbandado y hubiera sido inevitable la mas vergonzosa y cobarde derrota. Toda la ventaja que realmente tenia este movimiento en el concepto del general Rivera, era que me aproximaba al Uruguay y que pasando este rio con algunos miles ó cientos de hombres, y acaso con familias, iríamos á engrosar lo que llamaba su ejército.

El general Rivera, aun despues del baño de civilizacion que ha recibido, no ha renunciado del todo á los principios militares que aprendió de Artigas, y da una gran importancia á esas reuniones, informes y confusas en que van mezclados hombres, niños, mugeres, viejos y mozos: en que van carretas, ganados, caballadas y cuanto tiene pies y puede arrear de los pueblos y de los campos. Esas reuniones han sido el medio y el núcleo de sus ejércitos indisciplinados, en medio de las cuales se formaba mas, que si se tuviese en el centro de una gran capital. Una cosa parecida es lo que pienso que deseaba; venir de Corrientes á pedirle asilo en sus estados, adquiriendo asi el derecho de organizar los correntinos á su modo en numerosos escuadrones y acaso proporcionarse alguna infanteria, para la que á su juicio no pueden ser destinados los orientales, porque seria una especie de envilecimiento. Entre

las ideas singulares que tiene, cree que solo los negros (hablo de la gente de su pais) pueden ser empleados de esta arma, asi es que se le oye decir y á muchos de sus gefes lo mismo: “*Que nos manden negros y tendrémos infantes..*”

La prevencion de que proeurase evitar una batalla era buena, porque él creia que nuestro ejército no estaba en estado de poder ofrecerla ni aceptarla, mas el medio que me proponia de maniobrar habilmente detras del Miriñay, era el mas absurdo que podia imaginarse (1). Ya he demostrado que él era ruinoso, ahora solo he querido indicar que lejos de probar habilidad, era fuera de todo cálculo.

¿Y qué dirémos de la promesa de estar pronto con cuatro mil hombres y pasar el Uruguay antes de veinte dias? Quizá preguntará alguno ¿Cuando escribió estas terminantes palabras, tuvo ú no la intencion de cumplir lo que ellas prometian? Le diré decididamente que nó, porque para él el ofrecimiento mas solemne, hasta la fé jurada, no es mas que un juego de voces sin resultado ni consecuencia. Establecido ya como está sobre bases indestructibles su crédito de falsario ó mejor diré su descrédito, ha declinado toda responsabilidad, de modo que ésta vendria á pesar sobre el que le creyese fiándose de sus promesas. Asi me hubiera sucedido, sino las hubiera apreciado como merecen,

Jamás pensó el general Rivera en hacer cosa alguna en favor de Corrientes, relativamente á repeler la invasion que sufría y voy á dar una prueba incontestable. El coronel D. Bernardino Baez estaba situado con 500 hombres en el paso de Higos ó Bella-Union que es lo mismo, mi-

---

(1) Esto no impidió que el coronel Chelvert, procurando suavizar la fuerte y dolorosa impresion que le hizo la victoria de Caguazú, le dijese en una arenga—“*Aunque V. E. no se ha encontrado en el campo de batalla, suya es la victoria, pues que V. E. es quien la ha ganado. Este triunfo es debido á sus sabias disposiciones.*”—Esta tirada tiene tanto de falsa como de ridícula. Es por el general Pacheco y Obes, testigo presencial que sé este incidente.

rando el territorio de Corrientes que solo divide el rio Uruguay: no solo, segun sus órdenes, no pasó un solo hombre de su fuerza, pero ni hizo una simple demostracion, como podia sin compromiso y sin el menor peligro: fué en todo el rigor de la espresion un frio espectador de la campaña y de nuestra victoria. No fué sino despues de obtenida esta, que hizo pasar algunas partidas que tomaron pocos prisioneros sin resistencia y sin trabajo. Esto no tiene contestacion, como tampoco tiene duda que la comision única de Baez, se reducía á recoger los restos del ejército correntino, que pensaba habian de ir á asilarse en el territorio oriental.

El ya coronel Chenaut, gefe de E. M. G. del ejército de reserva, habia ido á Montevideo meses antes con licencia temporal y alli lo tomó la invasion enemiga. Cuando la supo se apresuró á venir á reunirse al ejército, trayendo consigo al coronel D. Federico Baez, al mayor Echenagusia y entre ellos el ayudante mayor Tejerina, que con una rapidéz asombrosa hemos visto un año despues figurar en Corrientes en clase de coronel.

Mientras estaba nuestro ejército al frente del de Echagüe, mediando solo el rio Corrientes, quiso á mis instancias hacer una visita al ejército el Sr. Ferré. Lo verificó gozandò del espectáculo que ofrecia el enemigo clavado en el rincon de Moreira, sin poder avanzar ni adelatar un punto en su conquista, antes por el contrario perdiendo en moral, y fuerza física por la desercion, y nuestras armas. Alli tuve ocasion de esplicar de viva voz al Sr. Ferré mis proyectos para que fuese batido Echagüe, que aprobó inmediatamente, dándome una ilimitada estension de facultades. Para que se entienda mejor lo que despues sucedió, quiero hacer mérito de un incidente especial.

Cuando retirándome de Echagüe pasé al norte del rio Corrientes, se me ofrecieron caballos de los departamentos alli situados y los reusé y aun hice devolver alguna partida, diciendo al gobierno que por entonces tenia los

bastantes, pero que llegado el caso de batir á Echagüe los necesitaba con urgencia, para cuyo caso exigia que estuviese pronto el mayor número posible. Mis recomendaciones fueron tan vivas que el gobierno me contestó diciendo que no solo estaban prevenidos los comandantes de departamentos de tener prontas las caballadas, sino que estaban, aun que sin fecha, tiradas las órdenes para su remision, economizando de ese modo el tiempo que materialmente se esplicaria en escribirlas. Esta idea á que yo daba una gran importancia, porque me proponia sacar todo el provecho posible de la victoria, fué tratada á viva voz y obtuve las mas completas seguridades. Para no dar ni aun pretextos á demoras, me limité rigorosamente á solo hacer uso de los caballos que habia traído del Sud del rio Corrientes y ni aun esto bastó para que no me viese engañado, como lo diré á su tiempo.

Otro incidente hubo que nos puso á todos en conflicto y fué un ataque de fiebre que sufrí en lo mas crítico de las operaciones. Hubo una circunstancia que si yo hubiese sido aprensivo hubiera agravado notablemente mi situacion: no fué así porque miré con indiferencia lo que voí á referir. El Dr. D. Juan Gregorio Acuña, era el médico principal del ejército y bajo su direccion se habia puesto mi curacion. Al saberlo Ferré me escribe reservadamente y aun me manda decir con un oficial de su confianza, que no tómasen los remedios que me propinase Acuña, sino los que él me remitia, á cuyo efecto me fué entregada de su parte una dosis proporcionada de medicamentos adaptados. Véase la idea que tenia el mismo Ferré de la moralidad de Acuña, desconcepto que se habia grangeado por el desarreglo de sus principios y ciertos rumores, quizá infundados que circulaban en el público. El gobernador Atienza, recorriendo la provincia fué atacado de una violenta enfermedad que lo concluyó en pocos dias sin que hubiese tiempo de trasladarlo á la capital. Acuña habia sido el médico de cabecera y se sospechó que hubiese abusa-

do de su ministerio, para acelerar la muerte del gobernante. Beron de Estrada era amigo íntimo de Acuña y tomaba frecuentemente brevages que este le suministraba. Bien sabido es que cuando la batalla del Pago-largo habia llegado á un estado de entorpecimiento moral y fisico que fué causa de su muerte en la derrota que él mismo se preparó. El vulgo tambien atribuyó á Acuña esta fatal metamorfosis.

He sido siempre inclinado á despreciar en honor de la humanidad esas imputaciones atroces que constituyen en la peor clase de asesinos á los hombres destinados precisamente á salvar á la humanidad y socorrer á sus semejantes. No niego que todo es posible, pero es muy raro hallar esos monstruos destituidos de todo sentimiento honroso, como es preciso que sea el bárbaro que abusa de la mas sagrada de las confianzas. Diré en obsequio de Acuña, que tomé sus remedios y con ellos me restablecí. Este acto de justicia que hago es tanto mas sincero, por cuanto me dió infinitos motivos de queja, tuve que separarlo del ejército y fué muy luego mi enemigo declarado.

Hacia tiempo que se sabia la desinteligencia que mediaba entre Rosas y el gobernador de Santa-Fé D. Juan Pablo Lopez. Hacian meses que tanto el Sr. Ferré como yo habiamos anticipado algunos pasos cerca del último, que si no habian producido efecto, por lo menos no habian sido mal recibidos. En tal estado se hallaban las cosas, cuando pocos dias antes de la batalla de Caaguazú, se anunció la llegada de un enviado de Santa-Fé que era el coronel D. Ramon Ruiz Moreno, que venia autorizado para celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Corrientes contra el dictador de la república argentina. ¿Se creerá que lo que al parecer debia retardar la esplosion es lo que la precipitó? Nada es mas cierto, como tambien nada prueba mas la poca capacidad de Lopez.

Hacia mucho tiempo, como he dicho, que entre los dos gobernadores, Rosas y Lopez, reinaba el mas completo en-

**tedicho.** Nadie ignora que en el estado actual de la república argentina, equivale esto á una declaracion de guerra, á una enemistad jurada y á una hostilidad de muerte. Sin embargo Rosas que tenia sus ejércitos en las provincias interiores, hacia pasar por la de Santa-Fé caballadas que iban ó venian, vèstuarios, armas y municiones, sin que Lopez pusiese obstaculo ni se apoderase de ellas. Rosas, lo dejaba andar, reservándolo para su tiempo, que era cuando hubiese terminado la guerra que sostenia con el general Lavalle, y Lopez que lo conocia hasta la evidencia, no tomaba otras medidas que acoger uno que otro desertor que se venia del ejército de Oribe, y balandronear en los ranchos de sus comprovincianos.

Durante ese largo periodo de expectativa, ni quiso declararse contra Rosas abiertamente, ni estrechar sus relaciones con Corrientes. Cuando los ejércitos de Rosas hubieron vencido en Famaillá y Rodeo del Medio, y calculó que esas fuerzas ya desocupadas se convertirían contra él; se apoderó de su alma el temor y vino á hacer por miedo el acto mas arriesgado de toda su vida. Ni aun esperó para esto que se decidiera la cuestion en Corrientes y en visperas de una batalla decisiva, vino á entablar relaciones que debería haber aceptado seis meses antes.

Si así lo hubiese hecho hubiera sido crítica la situacion de los ejércitos de Rosas en el interior. Sus comunicaciones estaban cortadas, inhabilitada la vía de remitirles auxilios, los ejércitos contrarios y los pueblos (es decir los nuestros) hubieran recobrado un aliento incontrastable: es probable que Oribe y Pacheco hubiesen sucumbido, ó por lo menos hubieran tenido que retirarse con los restos de sus numerosas fuerzas. Los temores que podia inspirarle el ejército de Echagüe, que sin duda estaba mas cerca antes de la invasion á Corrientes, eran de poquísima importancia tanto porque no podia este general desentenderse de nosotros, quanto porque el ejército de reserva hubiese maniobrado en el sentido de no dejarlo operar sobre Santa-Fé.

No puede contébirse, y mucho menos explicarse la conducta de Lopez, sino admitiendo la mas marcada imprevision, ó una segunda intencion que es menos honrosa (1).

No pudo pues menos de sorprendernos la decisiva mi-

---

(1) Lopez, tanto por su educacion, como por sus principios y ademas por los ejemplos que le dejó su hermano D. Estanislao á quien se ha propuesto por modelo, no puede pertenecer al partido que desea el progreso y que promueve la civilizacion. Si él desertó del partido federal, si se hizo enemigo de Rosas, fué por motivos de otra naturaleza.

1.º Porque Rosas no quiso, ni podia consentir que conservase la influencia que su hermano en los negocios generales, y que la provincia moribunda de Santa Fé, continuase gozando de la importancia política que antes habia ejercido unicamente por el prestigio de su caudillo.

2.º Porque desengañó Rosas de las aptitudes militares de Lopez y conociendo que no tenia capacidad para dirigir un ejército, le confirió á Oribe el mando del que destinaba á obrar contra el general Lavalle. Como ademas mediasen antipatias personales respecto del elegido, fué mas creó el resentimiento de Lopez que desde ese momento manifestó su disgusto, pero lo limitó como he dicho á promover secretamente la desercion y acoger á los que desertaban.

El coronel Andrade que siguió constantemente en el ejército de Oribe y que por lo mismo mereció sus distinciones, fué ya un objeto de emulacion y de odio para Lopez, que no le perdonaba el que no se hubiese vuelto á Santa Fé.

En este estado, es muy posible que Lopez calculara que Oribe, cuyo ejército subrepticamente queria desmembrar, sufriria algun contraste y que entonces Rosas se veria forzado á buscarlo á él. Entonces lo llamaria y le daria un mando superior, le prodigaria auxilios y recursos, con que formaria un ejército y habria satisfecho sus miras ambiciosas. Se habria tambien gozado en el descrédito de Oribe.

Mas las cosas sucedieron al contrario, pues que este lejos de sufrir contrastes obtuvo las victorias del Quebrachito y Famaillá, sin contar las de Sancala y Rodeo del Medio, que consiguió Pacheco que era su subalterno.

Todas las esperanzas de Lopez vinieron entonces por tierra, trayéndole ademas la nueva situacion muy graves y muy serios cuidados.

No solo era imposible que Rosas le diése el mando deseado, sino que era seguro que al regreso de Oribe, le pediria cuenta de sus manejos, de su incomunicacion que equivalia á una desobediencia, y lo que es mas de los desertores que habia apadriñado.

Lopez tembló y de miedo buscó la alianza, que meses antes le hubiera sido mas provechosa.



sion del coronel Ruiz Moreno, cuando creiamos que Lopez despues de contemporizar tantos meses estaria aterrado con los triunfos de Rosas y ocupado en buscar arbitrios que lo recomendasen con el dictador, si era posible. Aun al efectuar dicha mision, se echaba de ver un tinte de timidez que contrastaba singularmente con la sustancia del negocio. Quería el Sr. Lopez que el tratado se tuviese oculto por algun tiempo, reserva que hasta ahora puede ganar que objeto tenia. Mas, todo esto era ya poco importante y se atendió solo al fondo del asunto.

El Sr. Ferré que estaba en el pueblo de Saladas, recibió al enviado santafesino y nombró al Dr. Derqui como apoderado del de Corrientes, para que ajustasen el tratado que se hizo sin la menor dificultad. En cuanto á las convenciones militares que eran consiguientes, se le insinuó á Ruiz Moreno que se dirigiese á mí, y él que tenia deseos naturalmente de ver el ejército y observar las posiciones respectivas de los contendentes, se trasladó á mi cuartel general.

Lo recibí como es de conjeturarse del modo mas amistoso, y le hice ver los cuerpos del ejército que maniobraron por divisiones á su presencia. Gustó mucho de este espectáculo y concibió las mas fundadas esperanzas de que obtendríamos completa victoria. Es escusado decir que lo felicitaron muy cordialmente todos los gefes con sus respectivos oficiales, dirigiéndole palabras análogas al suceso que celebrabamos.

La division del general Nuñez, quien habia venido solo á cumplimentar al enviado, campaba á media legua ó mas de distancia, observando el paso de Capitaminí, razon porque el Sr. Ruiz Moreno no la vió maniobrar cuando lo hicieron las demas del ejército. Sin embargo de estar el día muy avanzado, Nuñez manifestó deseos de que su division tuviese tambien este honor, y me interesó en que no pudiendo ella abandonar su puesto, llevase al enviado á las inmediaciones de su campamento. Así lo hice, siendo

el mismo Nuñez de la comitiva; sin perjuicio de haber anticipado órdenes á D. Juan Madariaga que accidentalmente habia quedado á la cabeza de la division para que la hiciese montar y formar en parada.

Despues de hacer algunas maniobras, luego que hubimos llegado, se le mandó echar pié á tierra y con todos los oficiales se avanzó [Madariaga] á cumplimentar al Sr. Ruiz Moreno. Los que componian mi comitiva, ó sea la del enviado, serían 30 ó 40 generales y gefes en su mayor parte, y los oficiales que traja Madariaga serían otros tantos, con los que formó al frente en línea paralela á distancia de 20 ò 30 varas. De allí se avanzó solo unos cuantos pasos y tomando la palabra hizo un discurso de felicitacion á nombre de la division que momentaneamente mandaba, al enviado santafesino. Este que no le iba en zaga en punto á locuacidad avanzándose tambien algunos pasos contestó con otro discurso no menos altisonante. Madariaga que al parecer habia resuelto no dejar á Moreno con la palabra, ó impelido quizá de esa irresistible manía de hablar que lo domina, pronunció una segunda arenga que por supuesto el enviado no dejó sin contestacion. Por tercera vez habló Madariaga y Moreno tampoco quiso quedarse atras, de tal modo que sucediéndose uno à otro en su ridícula charla nos habian espetado como una docena de discursos, dados y recibidos.

Para que el paso fuese mas divertido, cada vez que hablaba uno de ellos daba un paso adelante, en forma que vinieron á quedar al último á una vara de distancia, mientras las respectivas líneas se conservaban á las mismas que estuvierton cuando principió esta lucha de cortesía. Madariaga para encontrar materia digna á tantos discursos, habia ido sucesivamente tomando la personería de su division, del ejército, de la provincia de Corrientes, de la República y de la humanidad entera: Moreno le contestaba en el mismo tono, supliendo ademas ambas con ges-

tos y ademanes cómicos la deficiencias de palabras que empezaban á sentir.

La escena se volvía soberanamente ridícula y empezaba á excitar la risa de los circunstantes, excepto quizá uno ù otro oficial correntino que con la boca abierta admiraba la elocuencia de su paisano. Forzoso era terminar, para precaver que se apercibiese el Sr. Ruiz Moreno y me apresuré á aproximarme á los interlocutores cuyo diálogo, (pues al fin iba tomando este carácter), no me costó poco cortar. Conseguido que lo hube, regresamos al cuartel general donde nos ocupamos de otras cosas mas importantes.

Estábamos á mediados de Noviembre y ofrecí á Ruiz Moreno que antes de terminar el mes atacaría á Echagüe pasando el rio que nos dividia, si el no se atrevía á franquearlo. A mi vez le exijí que Lopez hiciese en los mismos dias un movimiento para ocupar la Bajada, capital de Entre Rios que estaba casi indefensa. Asi lo ofreció á nombre de su Gobierno, el cual no lo cumplió, pues en los primeros dias de Febrero siguiente que yo entré en dicha ciudad hallé las cosas en el mismo estado, sin mas diferencia que haber huido las personas de la administracion, sin que López hubiera hecho algo para apoderarse de ellas. Ruiz Moreno partió sin tardanza y nosotros quedamos preparándonos para el combate y esperando mucho para lo sucesivo de nuestro nuevo aliado.

No puedo discernir hasta ahora si Echagüe pensó seriamente en pasar el rio Corrientes. Verdad es que á falta de botes ó canoas, mandó construir dos botes de cuero que es bien sabido que suplen perfectamente. Es cierto tambien que varias veces aproximó sus columnas á la ribera del rio, aparentando la intencion de atravesarlo; pero esto fué todo, porque muy luego se retiraba y volvía á sus posiciones. El rio estaba á nado, sin duda, pero en ciertos pasos el trecho que no daba vado era cortísimo, y por otra parte nadie ignora que los entre-rianos son

casi tan nadadores como los correntinos, lo que hacia la operacion menos difícil de lo que puede creerse á primera vista. Sin embargo, me persuadí que no la intentaria y que si habiamos de combatir en una batalla era preciso que yo me anticipase.

La noche del 26 al 27 de Noviembre, fué la destinada para que nuestro ejército atravesase el río, haciéndolo á nado la caballería é infantería y en las canoas que pude reunir los cañones y los que no supiesen nadar. Al anocheecer debian las divisiones aproximarse á la orilla del río para que no fuesen observadas por el enemigo en los puntos que les estaban designados, é inmediatamente debia darse principio á la operacion. El paso de Caaguazú fué el elegido, con otros nuevos principales como el del hinojo, la Garita &c. que le son como adyacentes. De este modo el paso de las divisiones era simultaneo en cuanto era posible.

El enemigo que se habia concentrado sobre la de Capitaminí que como he dicho está dos leguas mas arriba, nos dejaba en estos puntos libre la orilla opuesta, y cuando mas la hacia recorrer con partidas que mas de una vez habian sido escarmentadas. Era pues probable que no hallasemos resistencia y aun que no nos sintiese: todo vino á concurrir para dar este resultado.

Era un dia solemne, en que se toma una de esas grandes resoluciones que deciden no solo de la reputacion de un general, sino de la vida de millares de hombres y del destino de los pueblos. Iba á dar una gran batalla y combatir con un río poderoso á la espalda, en cuya situacion una derrota seria tremenda para los vencidos. Iba á jugar la suerte de la revolucion argentina y á destruir ó aumentar las únicas esperanzas que quedaban á los amigos de la libertad. Este dia, cuyas emociones tengo muy presentes, hubo todavia de verme vacilar en mi firme propósito de franquear el río por la circunstancia que voy á referir.

No eran aun los dos de la tarde cuando se dejó oír un vivo fuego de fusilería acompañado de algunos cañonazos por la parte de Capitaminí. Indagada la causa supe que todo el ejército enemigo se habia aproximado á la playa y que colocando infantería y artillería hacia serios amagos. Una compañía de infantes nuestros con dos cañoncitos de á uno, contestaban los fuegos enemigos desde la orilla opuesta del rio que tendrá 80 varas de ancho, pero cediendo á los contrarios muy superiores, habia tenido que replegarse un tanto con pérdida de ocho muertos y algunos heridos. Dos ó tres soldados enemigos alcanzaron á pasar el rio y recuerdo que se llevaron como trofeo una ó dos armas de nuestros muertos ó heridos. No menciono estos pormenores, sino para dar á entender que el empeño parecia serio y que tuve razon para vacilar en mi resolucion.

Si el enemigo habia, por una rara casualidad ó por algun medio que yo no alcanzaba, resuelto pasar en Capitaminí al tiempo que yo lo hacia en Caaguazú, iba á resultar la mas singular situacion, cuyas desventajas eran para mi: ámbos quedábamos cortados de nuestras bases respectivas de operaciones, pero con la diferencia que á él no le traia ningun resultado sensible, por cuanto sus comunicaciones estaban interceptadas, mientras que yo no conservaba las mias y lo que es peor le dejaba la parte poblada de la provincia quedándome solo un desierto. Si él obraba con actividad se apoderaria de todos ó mucha parte de los recursos y someteria las poblaciones, pudiendo estender su influencia hasta la misma capital donde seguramente no hubiera permanecido el gobierno. El terror se habia apoderado de todos y mi mismo ejército corria peligro de desbandarse, para ir sus individuos á socorrer sus familias que estaban á merced del enemigo. No me quedaba sino pasar el rio por donde lo habia pasado, lo que podia estorbarme el enemigo, ó ir á buscar otros pasos mas abajo ó dirigirme al Mariñay segun el plan de Rivera, si es que la

obediencia de los soldados me lo hubiese permitido, y todo era fatal. Lo que pensaban algunos era abandonar á Corrientes, y dirigirme al Entre Rios, es un disparate que no merece contestacion.

Ignoro si Echagüe cansado de su inaccion meditaba alguna operacion mas formal, como parece indicarlo la demostracion de esa tarde: puede ser, mas entonces renunció á ella y al caer el sol retiró todo su ejército á su campamento, dejando tranquilo el paso que habia amagado con tanto aparato. Yo me persuadí entonces que podia proseguir mi intento con mas seguridad que nunca, pues despues de haber hecho sufrir á sus hombres y caballos un sol abrasador, durante las horas del dia mas calorosas, nada era mas consiguiente sino que esa noche los hiciese descansar. Yo tenia la ventaja de no haber fatigado á los mijos y podia sin grave inconveniente aprovechar la noche con una tropa descansada.\*1

Los preparativos de acercar al rio algunas canoas y unos cuantos cientos de cueros para hacer pelotas, de tener reunidas las calidades de hacer fiambres para no encender fuego al dia siguiente, se habian suspendido por una consecuencia natural del movimiento del enemigo esa tarde. A la caida del sol se aceleraron, pero sin poder impedir que la operacion principal se retardase de dos horas.

Serian las 9, cuando el cuerpo de vanguardia que encomendé al coronel Velasco habia pasado el rio y empezaba á estender sus reconocimientos para cerciorarse de que no habia enemigos en las inmediaciones. Las demas divisiones llegaron tambien á los puntos que les estaban señalados y dieron principio á su pasaje inmediatamente. El modo era el siguiente :

Luego que la division habia llegado á la orilla del rio, formaba en batalla ó por escuadrones, si el terreno lo permitia y desensillaban : los hombres se desnudaban y haciendo una especie de cajon que es lo que llaman

*pelota*, con la carna de cuero, cuyo uso es casi general, depositaban en ella sus armas y municiones, su ropa y montura, sin exceptuar la balija el que la tenía : á este cajón ó *pelota* se asegura una cuerda de cuero, por la cual tira el nadador. Hecho esto y colocado el soldado á la orilla del rio, monta á caballo en pelo y hace entrar al animal en el agua : mientras el caballo hace pié va montado, mas cuando empieza á nadar, se tira el ginete á su lado y le agarra de la crin ó de la cola, sin abandonar la *pelota* que llega á la banda opuesta sin haberse mojado lo que va dentro. Para esto es preciso que el conductor sepa no solamente nadar, sino conducir el caballo, porque es bien general que este se vuelve atras, manotea y puede surgir y matar al ginete si no es diestro y anda muy listo.

El bufido y respiraciones violentas de dos ó tres mil caballos que nadaban á la vez, era tan fuerte que debia oirse á gran distancia. Me parecia muy dificil que hubiera dejado de sentirnos el enemigo, y entre tanto nada era mas cierto, porque Echagüe y su ejército descansaban profundamente de la inútil fatiga del dia antes, sin imaginar siquiera que los *Escueleros de Paz* (1) pasasen esa noche el rio para buscarlos en seguida.

La infantería pasó lo mismo, sin mas desgracia que dos ahogados y algunas municiones mojadas, principalmente del batallon voltigeros que tuvo gran perdida de ellas. Como no todos los hombres tenían caronas á propósito, se distribuyó un numero de cueros de vaca para pelotas : lós hombres que no sabian nadar y principalmente los oficiales de otras provincias eran auxiliados con las canoas.

---

(1) Era opinion corriente en el ejército de Echagüe que habiendo llevado el ejército libertador, la mejor parte de la gente de Corrientes no habian quedado sino los muchachos de la escuela que habian sido llamados á formar el de reserva. Como por otra parte yo los enseñaba á ser militares, los llamaban y gritaban en las guerrillas *Escueleros de Paz*.

La artillería se desmontó para pasarla en las canoas y principalmente en una que era de mayores dimensiones. No quise que se pasase á la prolonga por las desigualdades y barrancos del cauce para no esponermé á la desgracia que hubo de sucederme la primera vez que pasé el rio, en que casi se perdió el cañon de á 12: desgracia que esa noche hubiera sido irreparable por falta de tiempo. El parque y municiones de repuesto, pasaron en las canoas tambien, operacion que por mucho que se activó no pudo estar concluida hasta amanecido el dia siguiente.

Sería la media noche cuando yo pasé, á tiempo que ya montaba una gran parte de la caballería y que la division de vanguardia empezaba á avanzarse en cumplimiento de las órdenes que habia recibido: Despues de eso todos tomaron los puestos que se les habian designado y esperamos la aurora sin separarnos mucho de la ribera del rio.

Amaneció el 27 cuando nuestra vanguardia se habia perdido de vista sin que hubiese dado muestras de tropezar con el enemigo. Mi plan era que este cuerpo que constaría como de 500 hombres se hiciese ver del enemigo, el cual destacaría un cuerpo doble ó triple en su persecucion: la vanguardia se retiraría atrayéndolo y yo podia dar un golpe parcial pero fuerte al invasor. Mis cálculos fueron errados, porque si el coronel Velasco anduvo tan circunspecto, lo que no desapruuebo, que fué cerca de medio dia que se presentó al enemigo, este anduvo mucho mas prudente, pues no quiso destacar fuerza alguna, y lejos de eso reunió todas sus partidas y con su ejército en masa se precipitó esa tarde sobre nuestra pequeña division de vanguardia.

El coronel Velasco se vió acosado por una multitud de tiradores, apoyados en fuertes reservas, que lo oprimian de todos lados, y aunque no perdió tiempo en retirarse, se vió tan apurado que me pidió refuerzo sobre refuerzo, hasta que hice mover casi toda la caballería. Estas remesas sucesivas de tropa que no iban sino á sostener el movimien-



to retrogrado del coronel Velasco, tuvieron su utilidad, porque impedían que el enemigo se precipitase sobre un cuerpo que era reforzado á cada instante por otros cuya fuerza y procedencia no podían comprender. Por otra parte, el enemigo veía mas bien á un reconocimiento en que quería emplear todo su ejército, porque no calculaba que una batalla general estaba tan próxima, sin dejar por eso de estar dispuesto para todo.

Desde por la mañana habia formado mi ejército sin desplegarlo, haciendo que la infantería conservase sus caballos á sogá á retaguardia de la línea avanzando un poco de la cabeza del estero que está marcado en el croquis que se hizo de esta batalla, lo dejaba á la espalda á muy corta distancia y si ese dia hubiera venido el enemigo, es probable que en esa disposicion nos hubieramos batido; mas al cerrar la noche, cuando habia dispuesto de la caballería de la derecha y de la reserva, quise hacer mudar de posicion á la infantería, haciendo que practicase un cambio oblicuo de frente, retirando su ala derecha. El fuego era cada vez mas vivo y se aproximaba rapidamente: el menor desórden de nuestra caballería avanzada podia comprometer gravemente los negocios y en precaucion de esto es que quité la infantería de primera posicion, haciéndola entonces apoyarse en el estero. Los caballos de esta que se conservaban aun atados, eran una especie de obstáculo de que se podia sacar algun partido si avanzaba caballería, y todo me persuadió á esperar en esta situacion.

El fuego aumentaba por instantes y lo que mas llamó mi atencion fué, que empezaba á estenderse á nuestra izquierda de modo que la division del general Nuñez que hasta entonces no habia disparado un tiro, tuvo que sostener un fuerte tiroteo. Serian las diez cuando el coronel Velasco dió parte de que el enemigo empleaba guerrillas de infantería y en consecuencia pedia se le mandase de esta arma: fué primero una compañía, luego dos y tres y hasta un batallon con cuyo auxilio se reduplicó el fuego, en

términos que parecia una batalla dada á seis ú ocho cuádras del cuerpo principal. Era un espectáculo curioso, por no decir magnifico, ver en la estension de dos ó tres mil varas batiéndose en la oscuridad de la noche dos cuerpos numerosos, cuyos fognazos equivalian á una vistosa luminaria. Por otra parte, el ruido de la mosqueteria, el sonido de los clarines y cornetas que se dejaban oír con frecuencia, no pocos gritos y voces de mando con el estrépito de los caballos, daban á la escena un aspecto solemne y particular.

El empeño del enemigo de prolongarse por su derecha, me reveló que allí seria el punto principal de sus esfuerzos y me sugirió el medio de inutilizarlos. Percibí tambien que el estrecho en que el rio se aproxima al estero, aunque quedase á retaguardia de la division era un punto importante que debia conservar y mandé desde luego un piquete de infanteria que luego aumenté con todo el batallon republicano que serian mas de doscientos hombres.

Serian las doce de la noche cuando acompañado del gefe de E. M. recorri el campo y reconocí prolijamente la circunferencia del estero, no obstante haberlo hecho ya de dia. Llegado á la izquierda, no quise separar de ella al general Nuñez, para darle mis órdenes sobre el terreno, pero llamé y llevé con migo al coronel Salas á quien di las instrucciones mas prolijas, para que las transmitiese al general de su division.

El general Nuñez debia hacer demostraciones sobre su izquierda para engañar mejor al enemigo, llamar toda su atencion y atraerlo al lazo que le estaba preparando. Cuando el enemigo hubiese pronunciado su movimiento ofensivo, debia plegarse rapidamente, entrar en el embudo (digámoslo asi) que formaba el estero y el rio y escurrirse por la abertura estrecha, que guarnecia un batallon con dos piezas de á uno y la ventaja ademas de las quiebras que tenia el terreno. Nuñez obrando siempre con la misma rapidéz, debia trasladarse á nuestra derecha á la

que serviría de reserva obrando según las circunstancias.

Salas comprendió perfectamente mis esplicaciones y las transmitió á Nuñez con igual exactitud. Este verificó el movimiento al día siguiente con gran destreza y puede decirse que fué toda la parte que tuvo en la batalla, porque al colocarse á la derecha ó no comprendió bien mis intenciones, ó no fué exacto en llenarlas. Se fué muy sobre la derecha, como para ser espectador de la batalla, sin que esto importase otra cosa que esas tendencias de caudillo, de que ya me habia dado una muestra.

El coronel Velasco me habia referido algunos días antes de la batalla, que Nuñez en ciertas visitas que habia dado en hacerle, en las que entablaba largas conversaciones confidenciales con el vaso en la mano, le decia que no tenia fe en el éxito de la batalla, que no tenia confianza en los correntinos, que el general Ramirez era un inepto, el otro un cobarde y los demas unos entes nulos: que cuando mas esperaba que su division haría algo por la victoria, y que por lo tanto le encargaba que lo tuviese presente el día del combate, que la buscase y se le reuniese. Velasco que sin ser un santo oyó con escándalo esta proposicion, no la contradijo sino en parte, pero vino á darme cuenta para que tomase mis precauciones reservadamente contra las aspiraciones de este gaucho mimado.

La tarde del 27 cuando ya era inminente la ocasion de la batalla, aprovechando estos solemnes instantes, y para que la impresion no tuviese tiempo de borrarse, redacté una órden y la escribí de mi puño sobre la rodilla, y dándosela al jefe de E. M., lo mandé á que él en persona la leyese y esplicase á los generales y jefes de division. Siendo no haber conservado un ejemplar, porque el único que se escribió se perdió entonces, pero poco mas ó menos decia lo siguiente: "Que los generales, ni jefes de division se permitirían movimiento alguno aislado, que no estuviera en íntima relacion con el plan general de la batalla: que seria criminal y tratado como tal el quisiese con pretesto

en cualquiera distraer á otros de su deber y separarlo del punto ú objeto que se le habia confiado. Finalmente que era una rigorosa obligacion de todos y cada uno de los gefes concurrir por todos sus medios al éxito general de la batalla, sin detenerse en consideracion de ningun género, bajo la mas severa responsabilidad que pesaría sobre el que contraviniese &c.” Nuñez debió creerse adivinado y si la admonicion no era bastante para corregirlo, sobraba para contenerlo por el momento.

Este naciente caudillo desde la accion de Cagancha, en que no sé si con entera justicia ó por ódio á Rivera le adjudicaron muchas personas toda la gloria, queria que en todos los combates que subsiguieron se le considerase como el heroe del dia, á lo que habian contribuido jóvenes lisongeros que lo habian afiliado á una sociedad secreta con el fin de hacerle un pobre instrumento de su ambicion y sus miras. Para conseguir su intento de hacerse notar como de primer personaje de la batalla, y sacar el mayor partido que pudiese del conflicto general, es que convidaba á otro ú otros gefes á que se le incorporasen desatendiendo por supuesto sus esenciales deberes, y luego aparecer si las cosas iban bien como el principal ó el único resorte de la victoria, y si las cosas tomaban un aspecto adverso procurarase una buena escolta para salir del peligro.

Estas habilidades que nada tienen de nuevo, pero que él como otros las creen fruto de su sublime inteligencia, comprometen por lo general el éxito de los combates y son frecuentemente la causa de los desastres. Se figuran que dejando batir y debilitar otros cuerpos y conservando los suyos van á ser los reguladores de la batalla y dueños de la victoria. Arrastrados de estos cálculos egoistas en que puede mezclarse muy bien la cobardía, dejan pasar las ocasiones de obrar y cuando acuerdan ya el mal está hecho y no es posible remediarlo, es decir ya la victoria se ha declarado por el enemigo y es imposible volverla

á nuestras filas. No sé si me engaño, pero pienso que una cosa parecida sucedió al ejército federal en Cagancha, cuando el general Lavalleja se entretuvo inutilmente en el Hospital Rivera, pensando que siempre tendría tiempo de cantar victoria.

Estos inconvenientes son mas graves cuando un jefe de division, á demas de ambicion tiene enemistad por el general en jefe, pues entonces se propone el doble objeto de desacreditarlo y de adquirir toda la gloria. En los combates, mas que en ningun otro negocio, se necesita la uniformidad y la simultaneidad de los esfuerzos y de los movimientos. El jefe que por efecto de pasiones mezquinas se separa de estos principios es un mal patriota y sin conocerlo puede hacer tanto mal como un declarado traidor. Muchos ejemplos pueden comprobar lo que he dicho y los hallaria si los buscase en mi memoria, mas no quiero omitir uno que es tan saliente como verídico. El año 1831 en la batalla de la Ciudadela en Tucuman, el general D. Javier Lopez, enemigo declarado del general Madrid que lo era en jefe, se retirò con su fuerte division y dejó batir el ejército á que pertenecia, pensando dominar despues los acontecimientos. El resultado fué dar la completa victoria á Quiroga.

Serían mas de las dos de la mañana del 28 de Noviembre cuando empezó á debilitarse el fuego que habia durado toda la noche con rara actividad, pero no por eso se retiraron los contendientes y tan solo se propusieron tomar algun pequeño descanso para disponerse á la batalla que era inevitable. Yo, que no habia dormido la noche ni dias anteriores, necesitaba algun reposo y mis ayudantes y el jefe de E. M. se empeñaron en proporcionármelo.

La noche era calorosa en proporcion del dia que habia precedido que fué abrasador y la falta de agua en el punto en que estaba colocada la linea de guerrillas, hacja que á cada momento viniesen á buscar agua en cuernos ó porongos, pues no tenian caramañolas nuestros soldados.

Las mujeres eran las encargadas espontáneamente de esta operación y aunque habían pasado muchas contraviniendo mis órdenes que les había mandado quedar al otro lado, tuve que capitular y permitirles seguir en su utilísima ocupación. A la verdad me admiré ver la actividad con que venían á llenar de agua sus vasijas para volver, sin permitirse la menor detención á las guerrillas donde se hallaban sus maridos legítimos ó no legítimos: operación era esta que no carecía de peligro, pero que al paso que probaba su tierna solicitud, mostraba el interés que tomaban en que los soldados no dejaran sus puestos. Sin embargo, las que habían pasado no eran en gran número, habiendo quedado la mayor parte que había yo mandado que se formasen á guisa de soldados en la banda opuesta para abultar algunas guardias que había dejado en los pasos de mas arriba y hacer creer al enemigo que estaban guardados. El capitán correntino D. Juan Bautista Vargas, á quien di la comisión de arreglar y mandar estos *escuadrones femeninos*, se manifestó muy contento de su comisión y aun pienso que se creyó muy honrado.

Como yo estaba sobre la orilla del estero, me hallaba espuesto á ser pisoteado á cada rato por los caballos de las conductoras de agua y fué preciso colocar á mi alrededor unos cuantos centinelas para preservarme. Estos solícitos cuidados como el empeño de que reposase, fueron efecto de pura oficiosidad de varios gefes y de mis ayudantes. Todos á porfía querían conservar mis fuerzas para el acto solemne y clásico que nos restaba.

He hablado despues con algunos del ejército enemigo y me han asegurado que esa noche fueron atormentados por la sed, lo mismo que al día siguiente. Debía ser así, porque ocupando nosotros la ribera del río y el estero, no les quedaba otra agua. De este modo no le quedaba otra alternativa á Echagüe que atacarnos ó retirarse para satisfacer esta necesidad. Su amor propio de invasor, no le permitía lo último: tenía pues que hacer lo primero,

Ya muy anunciado el crepúsculo me recordaron y muy luego alcancé á ver el ejército enemigo que apenas distaba dos mil varas del nuestro. Toda nuestra caballería á excepcion de la division Baez, se habia replegado y quedaba franco el campo que nos seperaba. Los dos batallones que me quedaban, pues el Republicano estaba en el estrecho, se conservaban en columna y algo ocultos por el estero (1). La artillería tenia la misma posicion. Esta disposicion hacia que el general enemigo no pudiese percibir distintamente nuestra formacion, aunque para conseguirlo se trepase sobre la tolda de una carreta é hiciese uso de su antejo.

En esos momentos me dirijí al estrecho y considerándolo como la llave de nuestra posicion, le recomendé su defensa al comandante Virasoro, dándole la orden de sostener su puesto *á toda costa*: me lo ofreció con tal espresion de seguridad que quedé satisfecho. Sin embargo, despues mandé al gefe de E. M. que asistiese allí personalmente.

El enemigo se movió, el coronel Baez tomó su puesto en la línea, la artillería empezó à jugar: la nuestra infinitamente mas débil y mas mal servida, al mismo tiempo que escasa de municiones, no podia competir con la enemiga. No habia podido conseguir otro comandante para esta arma (2) que un jóven extranjero llamado Picard enteramen-

---

(1) El de cazadores tenia gorras punzoés, y el de voltigeros verdes. El primero perdió catorce hombres de los fuegos del cañon enemigo, mientras el segundo no perdió ninguno, lo que atribuyo al color de las gorras que los hacia percibir, en tanto que los otros se confundian con el juncal de que abundaba el estero.

(2) En los dias antes de la invasion habia venjdo de la Banda Oriental conduciendo oficios del general Rivera para el Gobierno de Corrientes el mayor Goyena, antiguo oficial de artillería que habia servido conmigo en el ejército que llevé á Córdoba. Como lo tomase allí la invasion y casi le cerrase el camino para volver y como me hallase falto de un gefe ú oficial de su arma, le escribí á la capital llamándolo y ofreciéndole el mando en comision de la artillería, mientras se diese la batalla, sin que por eso

te inepto (2), pero que á falta de otro suplió en aquel lance, y es preciso decir, lo hizo lo mejor que pudo.

Yo no me habia engañado conjeturando que los esfuerzos principales del enemigo serian sobre nuestra izquierda, pues sobre ella es que se dirigió la numerosa y acreditada caballería que mandaba el general D. Servando Gomez. Su empeño siempre constante de estenderse á su derecha, probaba que queria flanquearnos y el general Nuñez que habia comprendido perfectamente mis intenciones obró diestramente en el sentido de aluciarlo y atraerlo al lazo que le estaba preparado. Despues de hacer amagos de carga y demostraciones falsas, cuando lo vió ponerse en movimiento se replegó con rapidéz é hizo lo que yo le habia mandado. En proporcion que el general Gomez avanzaba con su division, se estrechaba el terreno entre la barranca del rio y el estero, y oprimidos sus costados por estos obstáculos perdía cada vez mas su formacion. El batallon mas fuerte que tenia, que era el de cazadores, colocado convenientemente tomó en flanco á la division Gomez, la que no obstante sus mortíferos fuegos, continuó su movimiento sobre la division Nuñez que se retiraba. Cuando esta pasó el estrecho y dejó libres los fuegos de otro batallon (el Republicano) que lo ocupaba, ya el enemigo no presentaba sino un peloton informe que no pudo resistir á los duplicados fuegos y volvió las grupas para salir por donde habia entrado.

El batallon de cazadores volvió á emplear segunda

---

dejase el servicio del Estado Oriental que habia tomado. No solo se negó este argentino á prestarse al esfuerzo patriótico que le pedia, sino que se apresuró á salir de la provincia dando un gran rodeo por la Tranquera de Loreto y el territorio brasileró y fué á hacerse el mérito con el general Rivera de haber resistido á mis seducciones. Le valió esta conducta algunos cientos de pesos y el grado de teniente coronel. Debo advertir que yo ofrecí en mi carta dar cuenta al general Rivera y obtener su aprobacion.

(2) El mismo que se pasó al enemigo con Nuñez en Montevideo, el año 43.



vez sus fuegos sobre la malhadada división Gomez, que sin forma ni concierto solo trataba de salir en el mayor desorden de aquel infierno en que se habian metido. Los fuegos cruzados de dos batallones debian producir un gran efecto en mas de mil hombres agrupados que por algunos minutos trataron de sostener la lucha y aun ganar terreno: pero no fué así porque registrado despues el campo el número de muertos era mucho menor del que debia esperarse. La razon no era otra que la impericia de nuestros infantes: aturdidos con un espectáculo á que asistian por primera vez, sorprendidos con maniobras que no habian previsto, estaban azorados en términos que para que los cazadores apuntasen sus fusiles fué preciso que me desgañitase: aun cuando dispararon, creo que mas de la mitad dirigieron sus tiros á las nubes, pues que los fusiles estaban en una oblicuidad que se acercaba á la perpendicular. Verdad es que la retirada de Nuñez los habia sorprendido porque: al principio no entendieron lo que nos proponiamos, y esto pudo influir en su aturdimiento.

Cuando esto sucedia, nuestra derecha ya se habia puesto en accion y atacado la izquierda enemiga: veamos como se practicò esto. Momentos antes del ataque del general Gomez, me dirigí rapidamente á la caballería de la derecha y alzando mi voz cuanto pude les dije: “Soldados, tengo que daros una gran noticia: Sabed que teneis el honor de dar la primera carga.” A mis palabras fué visible el sentimiento de curiosidad que esperimentaron mis buenos corentinos y que asomò sin disimulo á sus semblantes: cuando dije las últimas, creo que no fueron mal recibidas, y al menos yo quedé satisfecho. Dirigiéndome luego al general Ramirez que mandaba esta caballería, le dije en privado: “General, no puede Vd. ignorar que su crédito ha sufrido mucho en otros combates, y que la opinion pública lo condena con razon, ó sin ella. Hé aquí una ocasion de recuperar una gloriosa reputacion que le ofrezco y le deseo como su amigo. Marche Vd., triunfe y desmienta practi-

camente á sus detractores." El viejo general quiso darse por ofendido, mas le dijo rapidamente: "Dejemonos de satisfacciones, lo que le he dicho es cierto, y lo que le exijo de absoluta necesidad para su crédito y su gloria." Debí conocer que mi voz era la de un amigo y me dijo: "Sr. general, haré ver que no merezco las imputaciones de mis enemigos personales;" y diciendo esto pidió su lanza que llevaba su asistente, se encasquetó el sombrero, dió la voz de mando y partió (1). El coronel Velasco que mandaba la reserva siguió trás él para apoyar y proteger su carga. Yo me trasladé otra vez al centro y de consiguiente no fuí testigo inmediato de lo que pasó en este costado, pero segun todos los informes fué lo siguiente.

El general Ramirez cargó bien, mas sin necesitar que la division del coronel Velasco entrase en accion, para decidir el éxito de aquel empeño: varios escuadrones fueron rechazados, pero se rehicieron y protegidos por otros volvieron á hacer frente al enemigo; al fin la victoria fué nuestra en este punto y la caballería enemiga dispersa en su mayor parte, y arrinconada la poca que quedaba á retaguardia de su infantería ya no disputaba la victoria. Entonces fué que se presentó Nuñez con su hermosa division que era capaz de hacer mucho si hubiera habido algo que hacer, mas ya estaba casi todo decidido en este punto, y sin embargo se fué muy á la derecha como á tomar una posicion expectativa y de cálculo [no militar seguramente] que tanto he reprobado anteriormente.

Las dos alas del ejército de Echagüe, podemos decir que estaban fuera de combate. De la izquierda acabo de hacer mencion: la derecha despues de salir del *cul-de-sac*, donde imprudentemente se habia introducido, se retiró en

---

(1) Era de las mas rigurosa verdad cuanto habia dicho al general Ramirez, y aun mas, pues su descrédito entre los mismos correntinos, llegaba á términos que nadie queria estar en su division. Para que le obedeciesen, tuve muchas veces que hacer valer mi autoridad. A la verdad estaba muy viejo: él cargó y llenó su deber.

desórden fuera del alcance de nuestros fuegos, donde á lo que me parece se ocuparia el general Gomez de reorganizarla, para hacerla pesar aun en la balanza del combate. Mas fuese que encontrase dificultades en la voluntad de la tropa, sea que el desastre de su izquierda acabó con el poco de ánimo que les habia dejado su aventura del estero, nada hizo de provecho. El desórden continuó, y viéndose amagada de nuevo por nuestra caballería, se deshizo y desbandó.

Mientras esto los centros de ambas líneas no estaban ociosos: segun creo el pensamiento de Echagüe era debilitar el mio con su superior artillería, que estaba bien servida y regularmente mandada por un oficial extranjero cuyo nombre no recuerdo. La situacion de nuestros batallones en un bajío, en que en mucha parte los cubría el terreno, los preservó de tener mucha pérdida. Mas, yo que con una comitiva como de veinte hombres entre ayudantes, guias, asistencia &c. era lo único que habia allí montado, era el blanco de los cañones enemigos. Fué preciso hacer retirar los asistentes á una buena distancia, para no esponer á tantos hombres á un riesgo inútil y quitar al enemigo aquel punto de direccion. Nuestra artilleria contestaba aunque debilmente el fuego enemigo, siendo casi inútiles cuatro cañoncitos de á uno que apenas podian compararse á unos pedreros. Sin embargo, nos fué útil, pues supe que habia sorprendido al enemigo que suponía que no teniamos ninguna. Pienso que Echagüe no participaria de este error, que era comun entre sus tropas.

Cuándo llegó la oportunidad, nuestros batallones hicieron un movimiento de frente que no aguardó el enemigo, poniendose en retirada. La emprendió en orden con su artillería, parque, bagages, infanteria y los restos que le quedaban de su derrotada caballeria. Mas ya era su situacion desesperada: atacados de frente, oprimidos por ambos flancos, por numerosos escuadrones, su destino estaba irrevocablemente fijado. La poca caballeria que les restaba

se desprendia en grupos para salvarse por la única abertura que les quedaba, en terminos que antes de media legua ya no quedaban mas que los infantes, y la artilleria con el parque y bagages. Nuestra infanteria habia acelerado el paso cuanto era posible, mas no podia dar alcance á la enemiga que parecia tener alas. Sin embargo, por dos veces hizo un pequeño alto, como para tomar aliento, en que volvió á jugar su artilleria; mas luego que la nuestra se acercaba emprendia la retirada con igual empeño. Ni las carretas, ni los cañones, podian acompañar tan rápido movimiento y empezaron á quedar las primeras de á una, de á dos ó mas. Ningun soldado se separó á aprovecharse del botin y siguieron ordenadamente la marcha y formacion que llevaban. Cosa ha sido esa nunca vista, ni imaginada en Corrientes, cuyos habitantes son propensos á la dispersion y al merodéo.

Lo mismo que con las carretas, sucedió muy luego con los cañones, que empezaron á abandonar de uno en uno, porque los caballos se cansaban y no podian seguir con la celeridad de la marcha. Con este motivo me sucedió una cosa graciosa con el general Nuñez, cuya relacion no quiero omitir. Yo con la infanteria y alguna caballeria que habia llamado cerca de mí, seguia sobre las huellas de la columna enemiga, de modo que los cañones que abandonaba, no solo eran vistos sino ocupados por la tropa que iba á mis inmediatas órdenes, antes que por otra. El general Nuñez, colocado sobre mi flanco, seguia el movimiento general á una distancia que solo alcanzaba á ver las piezas de artilleria que abandonaba el enemigo. Acaso tambien ignoraba que yo iba á la cabeza dirigiendo en persona la persecucion y queria darse el aire y el mérito de haber tomado cañones que el enemigo abandonaba, y que no era él materialmente quien se apoderaba de ellos. Repentinamente se me presentó un oficial Roa, que era su ayudante, y á grandes voces me dió el pomposo parte á nombre de su general Nuñez de que se habia tomado al enemigo un

cañon. Me sorprendió que en la dirección que llevaba este general, á cuyo frente no habia enemigo alguno, se hubiese encontrado una pieza de artillería y pidiendo esplicaciones vine á saber que el cañon de que me hablaba era el que estaba ya en mi poder. Despedí al ayudante y continuamos nuestra marcha.

Al poco rato volvió el mismo Roa con segundo parte en que avisaba el general Nuñez que se habian tomado otros dos cañones al enemigo; que averiguada otra vez la cosa, eran los mismos de que acababamos de apoderarnos. Entonces comprendí el espíritu de su oficialidad: conocí que era lo que llaman nuestros paisanos *una gauchada*; queria sin duda que lo recomendase en el parte como apresador de toda la artillería por haber ido avisando el abandono que hacia el enemigo de los cañones que tenia en mi poder. "*Diga Vd. al general Nuñez, previne al ayudante, que antes de recibir sus partes, ya estos cañones estaban en nuestro poder, y que será escusado me avise de los restantes, que antes de mucho habrán corrido la misma suerte.*" Esto bastó para que no volviese á incomodarme.

Poco mas de una legua habria andado la columna enemiga, cuando tuvo que rendirse totalmente: ya habia dejado todos sus cañones y carretas, ya habia perdido muchos hombres que quedaban exhaustos de fatiga, calor y sed. He visto espirar algunos en los tormentos que les causaban estas urgentes necesidades, sin que fuese ya tiempo de socorrerlos. Además, numeroras guerrillas de caballería porque las de nuestra infantería no podian alcanzar, hostilizaban por todas partes á aquellos pobres restos, cuya tenacidad podia venir á serles fatal. Al fin hicieron alto, y levantaron una señal blanca, visto lo cual se aproximaron algunos nuestros, á quienes ofrecieron rendirse, pidiendo por gracia la conservacion de sus vidas. En el acto se rindieron, fueron desarmados, y di las órdenes mas positivas para que se les respetase y tratase con humanidad.

Mandé que volviesen al campo de batalla y fuesen entregados al jefe de E. M., á quien habia dejado encargado de los arreglos consiguientes: mas era una verdadera dificultad hacer marchar á aquellos hombres enteramente agotados. Sobre todo la sed los devoraba, y se tuvieron que hacer positivas diligencias para proporcionarles alguna agua.

Entre los rendidos allí no habia ningun jefe de consideracion, pues se habian ido separando en proporcion que su situacion se ponía mas desesperada. Nada pude adquirir de Echagüe, ni se hasta el presente en que hora se separó del combate. No obstante, él corrió muy grandes peligros por una circunstancia que debió serle muy funesta, si D. Juan Madariaga que no se halló en la accion, cumple mejor con las órdenes que tenia.

Hacia como seis dias que lo habia destacado con su escuadron, para hostilizar por el lado de Payubre la retaguardia y flanco izquierdo del enemigo. Antes de la batalla le previne espresamente que luego que el cañon le anunciase que se empeñaba la accion, se hiciese sentir á toda costa sobre el flanco ó retaguardia del enemigo. Nada de esto hizo, y me dió por pretexto que prolongándose mucho el cañoneo, juzgó que no llevabamos la mejor parte del combate. Que juzgue cualquiera del mérito de esta excusa y de la situacion de un general que tiene que contentarse con ella., en nuestros ejércitos de paisanos. Sin embargo como vagaba en la direccion que llevaba el enemigo en su retirada, se encontró á medio dia, es decir mas de seis horas despues del cañoneo que anunció el principio de la batalla, con un grupo que huyó en esa direccion por el bosque á su sola presencia, en este grupo iba Echagüe, quien en su rápida carrera perdió el sombrero. Al fin pudo salvar y ganar el Entre Rios con cuatro ó cinco hombres.

Hubo otro hecho original y característico que no supe sino mucho despues. Al principiar la batalla se me dió

parte de que un cuerpo enemigo ocultándose en el bosque, que á distancia de un cuarto de legua circunía nuestra derecha, trataba sin duda de flanquearnos. No di gran importancia á la noticia, pero mandé un ayudante al general Ramirez para que lo hiciese observar. Este general, mandó un escuadron con este objeto, el cual se encontró luego con el enemigo que iba á observar. Ambos destacaron sus guerrillas, que rompieron luego sus fuegos: despues de algunos tiros los oficiales que las mandaban se hablaron y se hicieron mutuamente el siguiente raciocinio, que luego sometieron á la ratificacion de sus gefes respectivos. "*Nuestro combate, se dijeron, en nada ha de influir para la decision de la batalla, y seria una tontera matarnos sin necesidad y sin utilidad conocida: mejor será que nos conservémos inofensivos hasta ver á quienes corresponde ceder el campo.*" Asi se hizo y cuando vieron la derrota de Echagüe, el oficial correntino, dijo al entrerriano: "*Ya es tiempo de que Vds. tomen el portante,*" quien lo hizo con los suyos sin hacerse de rogar (1).

Yo no volví mas al campo de batalla y en vez de eso seguí mi marcha, reuniendo cuanto podia de nuestra caballería que en la persecucion se habia diseminado por escuadrones, compañías y aun menos.—Para reposar durante las horas mas calorosas del dia y proveer al posible arreglo de los escuadrones y divisiones, campé en un bosque, donde habia una laguna, en que todos nos guarecimos bajo las sombras que hacian los árboles. Apenas harian algunos minutos que me habia desmontado, se oyó un tiro y luego otro y otro que disparaban los soldados, como muestra de alegría y de fiesta por la victoria. Mandé á varios de mis ayudantes á renovar la prohibicion mil veces hecha de no disparar tiros arbitrariamente, mas como siguiesen los disparos, lleno de cólera, monté á caballo y me dirigí al lugar de donde salian. Dificíl era atinar de que punto par-

---

(1) Pienso que esto lo he referido en otra parte, aunque no puedo asegurarlo. Si así fuese, téngase por dicho una sola vez, pues me seria muy trabajoso releer lo que ya he escrito.

tian precisamente, porque bajo cada árbol habia un fogon con sus grandes asados y en cada fogon un círculo de soldados. Sin embargo, lleno de indignacion me encaré con uno de estos grupos y lo reprendia acremente, cuando á mi espalda salió una voz que gritaba ; *Viva nuestro General!* la cual fué repetida por mil bocas, ocasionando una confusion mayor que la de los tiros que queria impedir: tuve que serenarme para agradecer aquella demostracion de afecto tan sincera y espontánea como universal, pero sin dejar de requerirlos sobre la prohibicion de los tiros.

Puedo decir que en este momento empezó la lucha que tuve que sostener en toda la campaña contra el desorden que hacia esfuerzos para introducirse y que apoyaban con todo su poder varios gefes correntinos, y nada era mas aparente para conseguirlo que esa libertad del soldado de disparar sus armas, gastar municiones y faltar á todas las reglas del orden militar. Yo, con mi cabeza llena de los proyectos de invasion que á mi vez iba á ejecutar sobre el Entre Rios, calculaba que para hacerla con suceso, debia no permitir que se relajase la disciplina y que por el contrario debia vigorizarla. Hasta allí, los correntinos habian defendido sus hogares, sus familias sus intereses, y cualquiera se hace cargo de cuan poderosos eran estos estímulos para que ellos se dejasen conducir. Cuando estos iban á faltar en una guerra que tomaba el carácter de ofensiva, era menester emplear otros resortes de los que el principal era la obediencia militar. Por otra parte, la de Entre Rios era una provincia hermana, y este era un motivo para que yo no consintiese que entrasen como salteadores los que ibamos á libertarla. Y eso era lo que querian muchos correntinos, á la cabeza de los cuales estaban los Madariagas, como lo demostraré en el curso de esta memoria.

Mi primer parte al gobernador Ferré, habia sido dirigido desde el campo de batalla aun antes de rendirse la infanteria, por conducto de mi ayudante Portaleá que solo llevó dos cartas de mi secretario para el gobernador y pa-



rami esposa. El segundo parte lo remití esa tarde desde la costa de Payubre, donde campé y en él ya hice mención de las caballadas que tanto había recomendado. Mi intención era abrir la campaña ofensiva antes de diez días, ó por mejor decir continuar la persecucion que había principiado desde el campo de batalla. Así hubiera sido, sin la fatal demora de tan indispensable artículo.

Al día siguiente 20, por la noche entré en mi campo de Villanueva, que encontré sin mas detrimento que el que le habían hecho sufrir las aguas y el abandono en que quedó. Al enfrentar la columna se dispararon algunos tiros como en señal de alegría y triunfo, lo que me causó el mayor desagrado, tanto por las razones que he apuntado antes, cuanto porque parecía que era una espresa resistencia á mis órdenes. Como era de noche, era difícil encontrar á los culpados que conocidamente eran protegidos por los comandantes de peloton, y aun de escuadron, mas no por eso dejé de tomar medidas haciendo á estos responsables si tal cosa se repetía. Me resolví á luchar á todo trance contra la indisciplina y aventurarlo todo antes que transigir con ella.

No era este un ciego capricho: mi resolucion provenia no solo de mis principios, sino del convencimiento de que sin ella sucumbiamos, y yo me sacrificaría sin utilidad del público y sin gloria. Al día siguiente al primer tiro que se oyó hice buscar al que lo había disparado y le mandé aplicar un castigo: lo mismo con el segundo y tercero, lo que bastó para que no continuase, pero muy luego vino D. Juan Madariaga á interceder por uno de los sentenciados, alegando que era un soldado muy benemerito. Con este motivo le hice una buena reprimenda, cuyos pormenores escuso por no incurrir en proligidad, pero que serian muy útiles para hacer conocer bien el espíritu de estos caudillos, que entonces empezaban á manifestarse. Este tambien es el motivo que hace á cada rato ocuparme de ellos;

por que como despues jugaron un rol elevado á la par que funesto no estan de mas estos antecedentes.

Logré sobreponerme á todo, y mal que les pesase, se conservó el orden y se observó la disciplina. Si me he fijado tanto en los disparos arbitrarios de sus armas es por que este era un abuso muy antiguo, contra el que habia luchado constantemente, no solo como un pnnto disciplinal, sino tambien como una medida económica que hacia necesaria la escasez de municiones (1). Jamás pude decir que hubiese abundancia de este preciso artículo, y si cuando no ascaséa es preciso conservarlo, ¿qué será cuando es poco?

Ya instalados momentaneamente en Villanueva, reorganizando los cuerpos aumentándolos con mas de 800 prisioneros y formando otros nuevos, tal como el batallon Union, y varios escuadrones, nos separaremos un poco de esta narracion, para ocuparnos de algunas observaciones generales sobre la batalla y los movimientos estratégicos que la precedieron. Procuraré ser tan suscinto como posible me sea.

El general enemigo Echagüe, educado en la escuela de D. Estanislao Lopez, no conoce otros medios de disciplina que los que empleaba aquel caudillo. Sumamente tolerante con sus subordinados, sacrifica al concepto de *bueno*, que quiere conservar, todo otro interes, toda otra consideracion. Ya creo que he dicho en alguna otra parte y repetiré ahora que esto no proviene de la bondad de su corazon, pues en tal caso no lo hubiesemos visto ser pasivo instrumento de las mas bárbaras crueldades: tampoco creo que es cruel por inclinacion, porque no se complace en ejecutarlas él mismo. En lo que consiste realmente su ca-

---

(1) Cuando los Madariagas obtuvieron despues un maudo mas estenso, su gran medida era tener á los cuerpos, aun no lajos del enemigo, sin cartuchos, y cuando se los daban porque era indispensable, el campo parecia un campo de batalla por el fuego granado que se sentia. Bien caro han pagado despues el desorden que ellos mismos promovian, sin ser capaces de contenerlo cuando quisieron.

rácter, es, en un egoismo perfecto que lo hace indiferente á los males ajenos, é indolente en todo lo que no le afecta personalmente. Semejante á su modelo, quiere dar á entender que le horroriza la sangre, pero sirve con bajeza al que hace correr torrentes. Como militar tiene muy limitada capacidad y carece de resolucion: es tímido en sus planes, lento en sus operaciones, menos en la de dejar el campo de batalla, cuando la suerte de las armas se ha declarado en contra. Si no es en la de Cagancha en que este triste honor le corresponde á Urquiza que vino con una celeridad prodigiosa y casi solo al Uruguay: en todas las demas que ha mandado, y en que no ha vencido, se ha retirado antes de tiempo.

Sus movimientos primeros en la invasion de Corrientes, nada tienen de censurable, porque eran los marcados por la simple razon natural, pero la poca celeridad que empleó nos dió tiempo á prepararnos mejor para recibirlo. Pudo haber picado nuestra retaguardia con mas viveza, á no ser que le sirva de disculpa el mal estado de sus caballos: mas él tenia la culpa de ello, pues su ejército algo desordenado, consumia mas de los que mejor regularizado hubiera destruido. En esto le hace gran ventaja Urquiza, como que profesa distintos principios en cuanto á disciplina. Me dicen que al principio de su carrera, era entusiasta admirador de Quiroga y que preconizaba la sabiduría del sistema gubernativo de este feroz caudillo. Como si no le ha igualado, poco le resta, es natural que la aproximacion haya disminuido la vehemencia de su entusiasmo.

Desde que desaprovechó los primeros momentos, ya le fué mas difícil conservar la superioridad que le daba el rol de invasor. Situado en el rincon de Moreira, cada dia perdía en prestigio y poder. Su inaccion allí fué memorable, pues no se puede atinar como no intentó cosa alguna en cincuenta dias que estuvo allí plantado, y aun ni se concibe que es lo que pudo estar pensando. Si era que algu-

nos correntinos buscasen su ejército y que sus intrigas ganasen algun terreno, pronto debió desengañarse, y mas creible me parece que frustrados sus primeros intentos, perdió la cabeza y se quedó en la posicion de aquel que pretendiendo subir á una altura se quedó en la mitad del camino sin poder subir ni bajar.

Sin duda estaba equivocado con respecto á la importancia real de nuestro ejército, á quien no suponía capaz de presentársele en batalla campal, y aunque su modo de pensar no fuese exacto en toda su estension, hasta cierto punto, debo confesar, que no carecía de fundamento. Sus tropas eran mejor armadas é infinitamente mas aguerridas. El bajo concepo que tenia de los correntinos, era disculpable, porque siempre que estos han hecho algo, ha sido con gefes y oficiales estraños y ahora tenian muy pocos. Despues de la batalla he podido apreciar lo que valian las tropas contendentes y persuadirme que á lances iguales todas las probabilidades del triunfo estaban por las enemigas.

**FIN DEL TOMO 3.**

## INDICE ANALITICO DEL 3.º TOMO.

	pág.
Circunstancias que preparan la traslacion de Paz al poder de Rosas—Verificase la traslacion de Paz á la Provincia de Buenos Aires, Ramirez lo recibe de orden de Rosas en el Arroyo del medio.....	3 y sig.
Paralelo de Rosas y Lopez.—Viage de este último á Buenos Aires—Ramirez, sus escentricidades.....	31 y sig.
Concédese á Paz la libertad, y la ciudad de Buenos Aires por cárcel.—Ultima campaña del general Madrid en el interior de la República año de 1839, 40 y 41..	65 y sig.
Asesinato del Dr. Maza, revolucion del Sud.—Operaciones de Lavalle y La Madrid en el interior de la República.—Situacion angustiosa de la capital.....	91 y sig.
Concierta Paz su fuga con el Dr. Barros Pazós y la ejecutan entre mil peligros.—Victoria de Angaso—desaciertos de Acha—errores de La Madrid.—Batalla del Rodeo del Medio.....	121 y sig.
Reflexiones críticas sobre el estado militar en la República.—Refutacion del folleto de Lamas en su parangon entre los progresos sociales del Brasil y las Repúblicas del Plata.—Paz encuentra en los argentinos emigrados cierta indiferencia y desconfianza.—Invitado por el general Rivera se dirige á su cuartel general.—El Gobernador de Santa Fé don Pablo Lopez se adhiere á los unitarios.—Solicitado Paz por Rivera para levantar bandera contra Lavalle, se rehusa aquel, y dejando el cuartel general se vuelve á la Colonia.—Baltar.—Manejos del Gobierno de Corrientes y de la comision argentina para atraerse á Paz.....	139 y sig.
Julian S. Agüero, juicio crítico de este misterioso personaje—Paz en Punta Gorda, observa de cerca las tropas de Lavalle.....	196 y sig.
Descripcion del ejército Libertador.—Juicio crítico del general Lavalle.—El ejército Libertador despues de la batalla del Sauce Grande pasa el Paraná.—Paz	

se dirige á Corrientes á formar el ejército de reserva.—Juicio crítico sobre la batalla del Sauce Grande.	239 y sig.
Paz despues de su entrevista con Ferré, dá principio á la formacion del ejército de reserva.—Juicio crítico sobre la campaña de Buenos Aires del general Lavalle.—Rasgos biográficos del general Rivera.—Intrigas de Rivera y Urquiza para separar del mando del ejército correntino al general Paz.	276 y sig.
Echagüe invade segunda vez la provincia de Corrientes.—Una division del ejército Libertador derrotado en Famaillá, atraviesa el chaco y se incorpora al general Paz.—Mision de Lopez al gobierno de Corrientes y al ejército de reserva—Paz se resuelve á atacar á Echagüe y repasa el rio de Corrientes.	329 y sig.
Batalla de Canguazú.—Triunfo del ejército de reserva.—Echagüe.	363 y sig.



